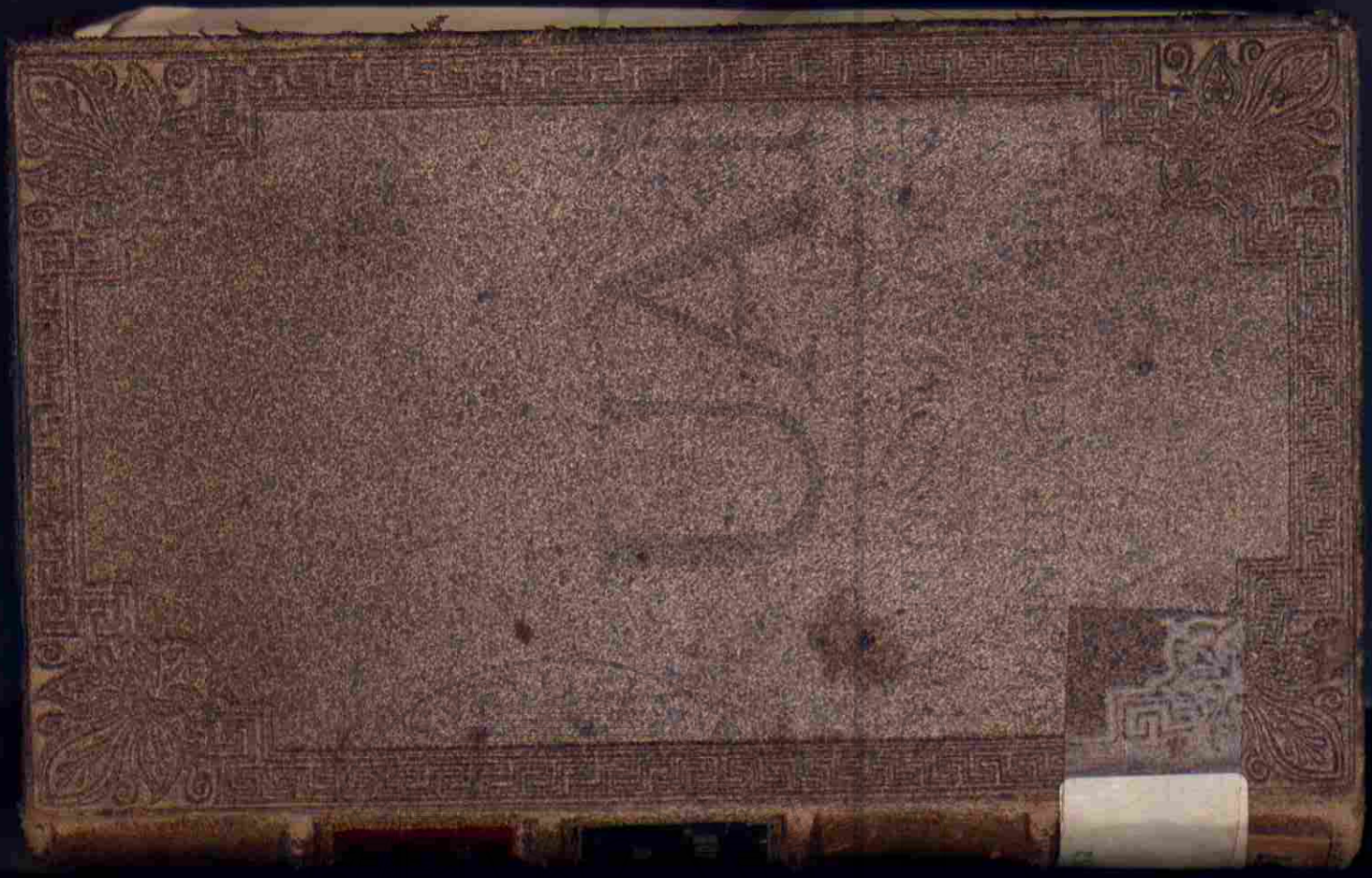




OBRAS

DEL ILMO.

SR. PORTUGAL

LAS FLORES

DEL CORAZON



BX1752
P6

002537



1080015952

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

LAS FLORES

DEL

CORAZÓN

POR EL

ILMO. SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. JOSÉ MARÍA DE JESÚS PORTUGAL

O. M.

Obra dedicada á Nuestro Santísimo Padre León XIII en su Jubileo Pontifical.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID
EST. TIP. Á CARGO DE ANTONIO MARZO
Calle de Trujillos
1903

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria
39930

BX1752
P6

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

LEONI XIII

PONTIFICI MAXIMO, MIRE REGNANTI

BME. PATER:

Tibi, cujus in fronte serenâ divinae scientiae fulgores mirificè splendent; et cujus conceptus irremeabile mare longè profunditate exsuperant; atque altisso profundiora consilia universo mundo benefica adsunt: non aliter purissimus Phisson, aut rapidus Tigris in florida aestate campos irrigant, limphas crystallinas spargentes; aut dives Euphrates, seu sacer ille Jordanis, tumentès quotidie, tempore messis, undas accrescentes: sic, Beatissime Pater, in Orbe terrarum universo sapientia et prudentia quibus ditatus extitis, omnia replent, et Servatoris Vicarius quoquoversus splendidam lucem effundis, quando quidem loquuta

002537

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nobis est Veritas, pandens profunda secreta ore tuo benedicto: Tibi, igitur, causa jubilaei honorandi, librum a me elucubratum, modernus Episcopus de Aguascalientes eâ reverentia et obsequio, quibus, pro posse, in se est, ad pedes Sanctitatis Tuae humillimè provolutus, vovet et consecrat.

Et re quidem vera, non solum, Beatissime Pater, eloquentissimis verbis hominum intelligentias illuminasti; immo etiam ad coelum perveniendum, flamam divinae charitatis christicolarum cordibus vivificasti dum animos erigere constanter, et pluries tentasti. Et Christi vices gerens: «Rigabo hortum meum, inquis, plantationum, et inebriabo prati mei fructum.—Et ecce factus est mihi trames abundans, et fluvius meus appropinquavit ad mare. Quoniam doctrinam quasi auteluceanum illumino omnibus, et enarrabo illam usque ad longinquum.»

In votis nobis est, quando sic Dei gloria, Ecclesia Christi immaculata sponsa, perpetuò duratura, et filiorum in Te flagratissimus amor expostulant, ut vitam et annos meritis plenissimos proroget, et dire te sospitem asservet.

Munusculum, tandem, demississimè episcoporum minimus quidem in meritis, sed minime in amore fraternale, Beatissime Pater; amore, quem in me semper ostendere dignatus est, acceptare lubentissime: mihique, clero, populo sub mea cura positis, necnon

et librum, munusculum tibi ab imo corde sacratum, apostolicam benedictionem impartire digneris.

Ad pedes Beatitudinis Tuae prostratus, eos deosculans, obsequentissimus Episcopus de Aguascalientes.

† Josephus M. a Jesu Portugal.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Venerabili Fratri Josepho

Episcopo de Aguascalientes.

LEO P. P. XIII

Venerabilis Frater: salutem et Apostolicam benedictionem. Opus a te conditum ac "de Floribus Cordis" inscriptum recepimus cum epistola tua, quae illud Personae Nostrae dicari humane devoteque declarabat. Pietatis observantiaeque officium libenti sane animo complectimur, plurimumque etiam gaudemus tali hoc ingenii religionisque argumento memoriam ac decus Jubilaei Nostri Pontificalis te augere voluisse. Itaque quum de sensibus a te patefactis, tum de oblato munere gratam demonstramus voluntatem, simulque vota concipimus ut studia, quibus incubuisti, laetissimos in christiano grege fructus percipiant. Libet ad haec benevolentiam testari qua te paterne prosequimur, quum interea divinorum munerum auspicem Apostolicam Benedictionem tibi tuisque fidelibus peramanter in Domino impertimur.

Datum Romae apud S. Petrum die *XV* decembris anno *MCMII* Pontificatus Nostri vicesimo quinto.

LEO P. P. XIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

Fuente de luz y de amor, de verdad y gracia, es la doctrina católica, que ilumina la inteligencia con los bellos resplandores de la ciencia de Dios é inclina el corazón del hombre á la virtud. Al mostrarnos sus dogmas sacrosantos revela la verdad, y cuando señala el camino que conduce al cielo nos enseña la práctica de las virtudes.

De una doctrina tan hermosa y santa, tan elevada y pura, podemos con verdad decir estas palabras: Es luminosa é inmarcesible, y se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan... Ocupar en ella el pensamiento es consumada pruden-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, y quien velare por su amor hallará reposo. Va por todas parte ella misma buscando á los que son dignos de poseerla, y por los caminos se les presenta con agrado, y consigo la tienen en todas ocasiones y en todos los negocios de la vida. Procurar instruirse es amarla, es guardar sus leyes; y la guarda de estas leyes es la perfecta pureza que con Dios nos une (1).

La doctrina católica eleva y santifica nuestras almas; nos habla siempre de Dios y nos inspira amor á la virtud; enseña la verdad que nos libra, y trata de encender en nuestro corazón el fuego del amor divino.

En lo que acabamos de decir queda indicado el objeto del presente libro, en el que tratamos de los principales dogmas de la religión católica en sus relaciones con la piedad, y de las virtudes cristianas.

Por medio de María, nuestra Madre amorosísima, ofrecemos al Sagrado Corazón de Jesús nuestro humilde trabajo; el Hijo y la Madre se dignen bendecirlo para que pueda servir á la gloria divina y á la eterna salud de las almas, que es lo que deseamos.

(1) Sap. VI, 13-20.

PRIMERA PARTE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, y quien velare por su amor hallará reposo. Va por todas parte ella misma buscando á los que son dignos de poseerla, y por los caminos se les presenta con agrado, y consigo la tienen en todas ocasiones y en todos los negocios de la vida. Procurar instruirse es amarla, es guardar sus leyes; y la guarda de estas leyes es la perfecta pureza que con Dios nos une (1).

La doctrina católica eleva y santifica nuestras almas; nos habla siempre de Dios y nos inspira amor á la virtud; enseña la verdad que nos libra, y trata de encender en nuestro corazón el fuego del amor divino.

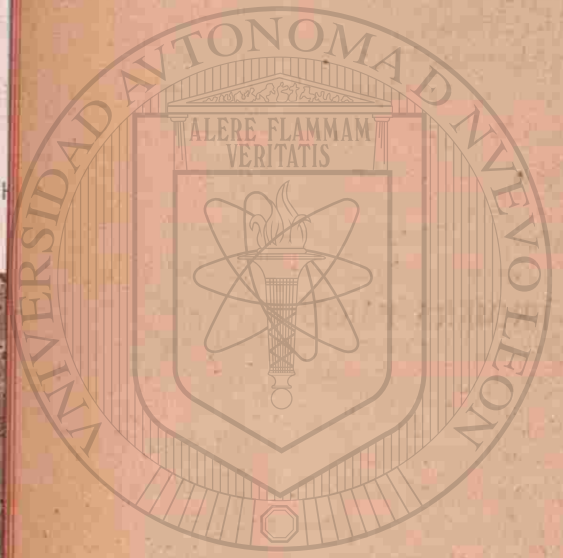
En lo que acabamos de decir queda indicado el objeto del presente libro, en el que tratamos de los principales dogmas de la religión católica en sus relaciones con la piedad, y de las virtudes cristianas.

Por medio de María, nuestra Madre amorosísima, ofrecemos al Sagrado Corazón de Jesús nuestro humilde trabajo; el Hijo y la Madre se dignen bendecirlo para que pueda servir á la gloria divina y á la eterna salud de las almas, que es lo que deseamos.

(1) Sap. VI, 13-20.

PRIMERA PARTE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO

PENSEMOS EN DIOS

I

Al ocuparnos de Dios Nuestro Señor, se eleva nuestro pensamiento más allá de las nubes, más allá de los cielos; y al pasar junto á los ángeles de Dios, si la espléndida belleza de estos purísimos espíritus le admira y encanta, no se detiene ni un instante; no va en busca de una hermosura que ha tenido principio y que en sí misma no tiene la vida. *Ascende superius,* le dice una voz que desciende de lo alto; y nuestro pensamiento, en alas de la fe y del amor, sigue remontándose á una altura infinita. ¿Qué es lo que busca, y dónde quiere descansar? Busca una belleza perfecta y eterna y quiere descansar en Dios. Dios, ¡qué palabra tan llena de amor y de encanto! Dios, el Sér necesario, inmutable y eterno; fuente de vida, de luz y de amor; amable y perfecta belleza; y nuestro pensamiento le con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valenzuela y Tellez

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

templa al través de los cándidos velos de la fe; y si bien suspira por verle cara á cara, descansa, sin embargo, dulcemente en el seno de ese Sér querido, que es la eterna verdad.

Dios; su divina existencia es luz purísima que alumbra nuestros ojos con una claridad divina, y disipa las tinieblas de todos los errores. Él existe. Sér inmóvil que comunica el movimiento á todas las criaturas. Existe por sí mismo y es causa eficiente de todas las cosas. Él existe: la vida y la muerte, ó sea la contingencia de las criaturas, así nos lo demuestra; porque éstas no siempre han existido, y jamás hubieran venido á la existencia á no haberla recibido del Sér que existe por sí mismo.—También nos prueba la existencia de Dios Nuestro Señor, la diversa perfección que vemos en las criaturas, las cuales son, respectivamente, más ó menos buenas, verdaderas ó nobles. Todas ellas se acercan más ó menos, según su diversa condición, á lo que es verdadero y noble por excelencia; esto es, al Sér perfectísimo, eterno y él primero de todos los seres.—Asimismo la existencia de nuestro Dios querido está comprobada por el gobierno del mundo, en el cual los seres desprovistos de inteligencia se dirigen con admirable concierto á un fin que sólo puede haberles señalado, y al que sólo puede dirigirlos una soberana inteligencia: el que es la eterna verdad (1).

(1) Thom., 1.ª p. q. II a III.

Nuestro Dios amado no es cuerpo, ni hay en Él composición de materia y forma; porque es un acto puro en el que no hay potencialidad alguna; es el primer bien, el bien por excelencia y no por participación. Él es su misma esencia, su deidad, su vida y todo cuanto de Él se predica y afirma; y siendo, como es, la primera causa eficiente, acto puro, y el primero de todos los seres, su esencia y su existencia no son cosas distintas; no pertenece á ningun género, ni admite en sí mismo ningún accidente; es simplicísimo, y no entra en composición con ningún sér. Su perfección es infinita, porque es el primer principio activo que existe en acto, y tiene en sí mismo las perfecciones de todos los seres; porque todo lo que un efecto contiene de perfección, debe encontrarse en su causa eficiente, ya bajo el mismo concepto, si el agente es unívoco, ya de un modo más eminente, si es equívoco; y Dios es la primera causa efectiva de las cosas, y un Sér infinitamente superior á todos los demás; por esto existen en Él, y de una manera muy eminente, las perfecciones de todas las criaturas (1). ¡Con qué miradas podremos contemplarle! ¡Qué sentiremos con tan hermosa y apacible vista! Ahora sólo por medio de la fe le contemplamos, *per speculum et in aenigmate*, según la expresión del Apóstol; y sin embargo, la luz con que la fe alumbra nuestras almas, nos descubre en

(1) Thom., q. IV, á I-II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestro Dios amado una hermosura divina que arrebata y encanta; y al pensar que Él existe, que es el Sér de los seres, el Sér necesario que comunica vida y movimiento á todos los demás, y que es su causa eficiente en quien están lo verdadero, lo bueno, lo noble por excelencia, y que todo lo gobierna con sabiduría infinita; le bendecimos y adoramos por su misma grandeza, y nuestra alma descansa en el seno del Señor dulcemente, con una confianza que nadie perturba. Él existe, y viviendo nosotros en su amoroso regazo seremos dichosísimos; no será su preciosa vida estéril en manera alguna para aquellos que creen en su existencia, que ponen en Él su esperanza y amor.

La vida de Dios, su existencia, es su infinita y soberana dicha; y por esto, al pensar en esa vida nuestras almas se llenan de inmensa alegría y de un júbilo divino. Vive y siempre ha de vivir el Dios que amamos; su felicidad es infinita, perfecta y eterna. Que Él viva y sea dichosísimo por su propia vida, por su misma esencia. ¿Habrá para nosotros unas delicias más puras que aquellas que nos vienen de la dicha de Dios? ¿Será posible un gozo más profundo que aquel en que el alma queda sumergida por la felicidad del mismo Dios? Entra en el gozo de tu Señor; y ese gozo nos inunda, y penetra todo nuestro corazón, y nos transforma en Dios. Unidos á Él somos con Él un mismo espíritu; y nuestro amor es generosísimo, porque olvidando cuanto le es posible sus pro-

pios intereses, piensa en la gloria de Dios, en la dicha infinita de ese Sér que tanto ama. En verdad que nuestro amor no será enteramente perfecto; mas esto mismo tendrá que redundar en beneficio y gloria para Dios, confesando nosotros nuestra inmensa miseria, y alegrándonos una y mil veces de que Él y solamente Él es la vida, la perfección absoluta y la infinita grandeza.

Él vive y siempre ha de vivir; Él es la misma vida: su naturaleza es su misma inteligencia; y no le es impuesto por causa extraña lo que le pertenece por su propio Sér, la plenitud de la vida, eterna y siempre en acto; y todas las cosas son vida en Dios Nuestro Señor; porque el vivir en Dios es su mismo entender y éste lo mismo que lo que entiende y que su acto intelectivo; y por lo mismo, cuanto Él conoce es su misma vida (1). He aquí para nosotros un inmenso gozo: la felicidad de Nuestro Señor dulcísimo, que es su misma vida, jamás ha de concluir, Tú eres, oh señor, decía David, el que al principio criaste la tierra; los cielos son obra de tus manos; éstos perecerán, pero tú eres inmutable. Llegarán á gastarse como un vestido, y los mudarás como quien muda una capa, y quedarán mudados; mas tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin (2). Vivirá para siempre nuestro Dios querido; y cuando

(1) D. Thom. ut q. XVIII á III-IV.
(2) Ps. CI, 26-28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le veamos manifiestamente, seremos semejantes á Él. ¡Con qué bendiciones ensalzaremos su divina gloria, y cuál será nuestra dicha al descansar en su seno amorosísimo, y esto para siempre jamás!

Aún estamos lejos del que es la fuente de la vida: ¿qué deberemos hacer sino suspirar acá en la tierra, elevando á Dios nuestros afectos? Así lo hacemos, diciendo una y otra vez con el Profeta rey: ¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira con abrasadas ansias por los atrios del Señor.—Oh Dios mío, de tí está sedienta mi alma: ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo! (1). Estas tristezas que nos inspira el amor, á pesar de las lágrimas que nos arrancan, son para nosotros un tesoro de riquísima valía; y después de haber llorado por la ausencia de Dios, su Majestad nos llena de consuelo: está muy cerca de nosotros, y al desahogar nuestro amor en su bendito seno, gustamos celestial delicia, y una paz dulcísima que calma nuestras ansias y congojas. Nos conformamos con la santa voluntad de Dios, y sin pensar en más, todo lo esperamos de su gran bondad. Bendito sea para siempre nuestro Dios querido.

(1) Ps. LXXXIII, v 3—LXII, 2, 3.

II

Si pensamos en los atributos de Dios Nuestro Señor, gozaremos de las mismas delicias que pensando en Él; porque ellos son el mismo Dios. Él es su bondad, y su omnipotencia, y su sabiduría, y su amable y divina justicia. ¡Oh cuánta es la perfección y la belleza que tienen en sí mismos: una, soberana y eterna!

La bondad divina. No hay expresiones en el humano lenguaje con que pueda explicarse su inefable dulzura, su arrobador y celestial encanto, y los misteriosos y suaves atractivos con que sabe inclinarnos á su amor divino, con que rinde y cautiva todo nuestro afecto.

Dios es bueno, es la misma bondad; es el sumo bien; y el ser bueno por esencia sólo á Dios conviene. La bondad de una cosa consiste en ser apetecible, y cada sér aspira á su perfección; mas la perfección y la forma de un efecto consisten en cierta semejanza del agente, que lo hace parecido á sí mismo; por lo que el agente es apetecible y tiene razón de bien, ya que lo que de él se apetece es la participación de su semejanza. Por esta razón á Dios, primera causa efectiva de todas las cosas, le corresponde la naturaleza del bien y de lo apetecible. Por Él subsisten todas las criaturas, y de Él dimanan, como de primera y excelentísima causa, todas las perfecciones. Sólo Él es bueno por su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esencia; porque todo sér es bueno en cuanto es perfecto; y esta perfección puede consistir en el mismo sér, ó bien en los accidentes que se le agregan y que le son necesarios para su perfecta operación, ó en haber conseguido el objeto en que estaba su fin. Esta triple perfección no conviene á ningún ser criado, según su esencia, sino sólo á Dios, en quien únicamente la esencia es el mismo sér, que no puede recibír ningunos accidentes, ni está subordinado á cosa alguna como á su fin, sino que Él es el fin último de todas las cosas (1).

Somos miserables, mas Dios es una bondad infinita. ¿Habrá para nosotros cosa alguna que así nos consuele como esa bondad soberana, que así nos admire y encante? Nuestras miserias á cada instante nos obligan á buscar el remedio que necesitamos; y al hallarlo queda desahogado nuestro corazón, se secan las lágrimas de nuestros ojos y se acallan los ayes del dolor. Pues he ahí la bondad amorosísima de nuestro Dios, remedio soberano de todos nuestros males. Es ella un piélago insondable de amor y de dulzura; es el sumo bien; por sí misma se inclina á remediarnos, y nos comunica sus riquísimos tesoros con una liberalidad incomparable. Quien la invoca, quien espera en ella, no será confundido. Sabe perdonar porque es infinita su clemencia, y nos llena de consuelo si se hallan nuestras almas oprimidas de dolor,

(1) D. Thom. cit. q. VI.

porque no se deleita en nuestros males, y nos da bonanza después de la borrasca: tiene sus delicias en hacernos bien. ¿En dónde sino en ella hallaremos la paz del corazón? Si hemos perdido la esperanza, ¿quién podrá volverla á nuestro pecho, sino esa bondad dulcísima de Dios Nuestro Señor, que nunca en esta vida nos niega la indulgencia, si acudimos á ella llorando nuestras culpas y en busca de socorro?

La divina bondad no sólo nos alivia y socorre en todas las necesidades de la vida, sino también, al hacerlo, llena nuestras almas de una admiración que no podemos explicarnos. Nosotros ¿quiénes somos, preguntamos, y quién es ella? Si descendemos hasta el fondo de nuestra nada, conoceremos con mucha claridad, mas no con toda perfección, la infinita distancia que de Dios nos separa; porque Él es el Sér de los seres, soberano y altísimo Señor, que tiene la vida por su misma esencia; que su grandeza y majestad son infinitas, y que á Él le corresponden el amor y la adoración de las criaturas. Después de esto, ¿cómo explicarnos su bondad inmensa para con nosotros? No somos únicamente como nada en su presencia; somos también pecadores; y el pecado nos cubre de ignominia y nos hace aborrecibles á los ojos del Señor, cuya santidad es infinita; y sin embargo, su bondad dulcísima y amable se derrama en beneficios y misericordias; y á fin de atraernos á su gracia, se nos manifiesta llena de suavidad, de encanto y de dulzura. ¡Oh

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bondad de nuestro Dios querido, cuán amable eres! Y ¿cómo no amarte con todo el corazón; cómo no cantar las maravillas de tu gloria y los encantos de su amor divino para con nosotros, miserables pecadores? Te adoramos, te bendecimos y te alabamos con todo nuestro afecto.

Nada hay más dulce y consolador para nuestras almas como el pensamiento de la divina bondad; y nada asimismo como ella, que con tanta dulzura nos atraiga á su seno. Cuando hemos caído en la profunda sima del pecado, el desaliento y la tristeza se apoderan de nosotros; conocemos la gravedad de nuestras faltas, y la desesperación se nos acerca. ¡Ay de nosotros si en tales circunstancias echamos en olvido la bondad de Dios! porque sólo ella nos puede alentar; esa bondad que disimula los pecados y nos conserva la vida para dar lugar al arrepentimiento; esa bondad dulcísima y amable, decimos otra vez, que no se cansa de favorecernos, y que quiere que todos nos salvemos.

Yo les atraje hacia Mí con vínculos propios de hombres; con vínculos de caridad (1).

Con sus gracias y favores y con la dulzura de su gran misericordia, nos atrae á su seno la divina bondad. ¿Cómo querer resistir á las dulces instancias de su amor, cuando todo lo hace por nuestro bien y con una benignidad tan dul-

(1) Oseas, XI, 4.

ce y delicada que pudiera ablandar las piedras? No quiere confundirnos ni despreciarnos antes de concedernos el perdón; sino al contrario, nos lo ofrece descubriéndonos el más vivo interés por nuestras almas; y el amor más noble y generoso que todo lo olvida cuando nos convierte. ¡Oh bondad divina, cuán amable eres...! No hay que hacer otra cosa sino rendirnos á ella y amarla con todo el corazón. Al pensar en todo esto, nuestras almas han quedado llenas de suavidad y de consuelo; y la dulzura y los encantos de la bondad de Dios las hacen muy dichosas. Bendita sea ella, ahora y para siempre. Amén.



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II

LA OMNIPOTENCIA Y LA CIENCIA DE DIOS

I

Si la bondad de Dios Nuestro Señor nos ha llenado de delicias y encanto, también hallaremos todo esto en los divinos atributos, de que tendremos que tratar en este capítulo.

El poder de Dios es infinito, porque su Sér divino, también infinito, no está limitado por cosa alguna que pueda contenerlo. Es tanto más poderosa la acción de los agentes, cuanto es más perfecta la forma por que obran; mas Dios obra por su esencia, la cual es infinita, y por esto también lo es su poder. Puede todo lo que es posible en absoluto (1).

(1) D. Thom. cit. q. XXV, á I-III

He aquí ahora los sentimientos que nos inspira la omnipotencia del Señor. Dios todo lo puede; nadie puede resistir á su santa voluntad; nadie escapar de sus manos. Caminaba el anciano Eleázaro al suplicio por no quebrantar la santa ley de Dios; mas algunos, á fin de libertarle, le aconsejaban que aparentase cumplir con las órdenes del rey, que mandaba comer carnes ofrecidas á los ídolos. Eleázaro contestó que más bien quería morir; porque no es decoroso, dijo, á nuestra edad, usar de esa ficción... Fuera de esto, aun cuando pudiese librarme al presente de los suplicios de los hombres, yo no podría, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Omnipotente (1). He ahí cómo el pensamiento de la divina Omnipotencia infunde en el alma de Eleázaro un santo temor que le prohibe cometer un detestable crimen y le anima á seguir el camino del martirio. Este es uno de los más hermosos frutos que produce en el alma el poder de Dios.

No temáis — decía el Divino Maestro — á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno (2). He aquí un saludable remedio para no caer en pecado. Si el demonio nos tienta, si las pasiones nos halagan é incitan al mal, reflexionemos que al cometer la culpa puede Dios arrojarnos al infierno. Allí están

(1) Mach., 19-26.
(2) Math, X, 28.

002537

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zambri y la compañera de su delito para infundirnos un saludable temor. ¿Por qué no decirnos en esas circunstancias: si me atrevo á cometer la iniquidad, en ese mismo instante Dios Nuestro Señor puede privarme de la vida con una muerte desastrosa? Y entonces ¿qué sería de mí? Ardería para siempre en el infierno en medio de atrocísimos tormentos. ¿Quién podría sacarme de aquel lúgar de llanto y de dolor? ¿Podré habitar en medio de un fuego que devora; podré vivir entre los ardores sempiternos? Mi gusano no, nunca morirá, y el fuego de mis tormentos jamás se extinguiría (1). Estas reflexiones nos harían elevar el corazón á Dios Nuestro Señor, pidiéndole el socorro de su santa gracia, y así saldríamos victoriosos de la tentación y con gran mérito para la vida eterna.

La omnipotencia del Señor no sólo impedirá que caigamos en la culpa; mas también nos hará practicar la justicia; porque el que teme á Dios hará buenas obras (2). Los que temen al Señor no serán desobedientes á su palabra, y procurarán las cosas que le son agradables; prepararán sus corazones y santificarán sus almas. Los que temen al Señor guardarán sus mandamientos, y conservarán la paciencia hasta el día que los visite (3).

(1) Isa. XXXIII, 14.—LXVI 24.
(2) Eccl. XV, 1.
(3) Id. III, 18-21.

Dios todo lo puede; por eso nuestra confianza en su poder divino es muy grande, y no reconoce límites ningunos; porque cuanto Él es grande, omnipotente, otro tanto es misericordioso (1). Él tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede (2). La omnipotencia del Señor es para nosotros segurísimo refugio en todas nuestras calamidades y miserias, en nuestras necesidades y congojas, y en las terribles ansiedades que á causa de nuestros pecados nos llenan de amargura y turbación. ¡Ay de mí, oh Señor, porque he pecado demasiado en toda mi vida! ¿Qué haré, miserable de mí? ¿Adónde tendré que huir sino á tus brazos, oh Dios mío? Así nos hace hablarle la Iglesia (3); sí, llenos de desolación y de miseria, y oprimidos por el peso del pecado, correremos hacia el seno del Dios omnipotente, á fin de hallar en Él el remedio de todos nuestros males. Todo lo puede; y su mano, llena de virtud divina, no se ha de abreviar, sino antes bien se extenderá sobre nosotros para colmarnos de su santa gracia.

Al pensar en el sér que amamos, queremos para él todos los bienes; mas si ya los tiene, nuestra alma se llena de dulce complacencia. He aquí lo que nos pasa respecto de Dios Nuestro Señor. Él es el soberano amor de nuestras

(1) Eccl. III, 23.
(2) Sap., XI, 24.
(3) Offic. def.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

almas: ¿qué bien podemos desearle que no tenga? Por eso al pensar en las riquezas que atesora en su divino seno, el gozo de nuestra alma es muy profundo, y la más dulce complacencia del amor con todos sus encantos y delicias inunda todo nuestro sér. Dios todo lo puede; bendito sea Él, bendita sea su omnipotencia, la virtud soberana de su brazo; y al contemplar las obras de su diestra, tenemos que exclamar: ¡Oh cielos, bendecid la gloria del Eterno! Y tú, hermoso firmamento, que eres obra del poder divino, canta las alabanzas del Señor. Vosotros, espíritus de luz, adorad rendidos al que quiso daros la existencia, y entonad á una aquel hermoso cántico de amor y gratitud que habéis enseñado á los mortales: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos de la majestad de vuestra gloria.

La complacencia de que hablamos nos hace descansar, gozando de santísimas delicias, en el seno del Dios omnipotente, á quien tanto amamos. Todo lo puede, y su santa voluntad es reina soberana, cuyos santísimos decretos siempre tendrán que cumplirse. He aquí una dicha inefable que nadie nos puede arrebatar; pues sólo el Dios que amamos es el grande, el único Dios verdadero, el que todo lo puede en los cielos y en la tierra. Descansamos, tal vez dormimos en ese amadísimo seno de que hemos hablado; mas, sin embargo, nuestro corazón está velando, y piensa en el Señor; y ¿qué es lo

que piensa? Que tiene para con Dios Nuestro Señor una deuda, en verdad muy grande, de reconocimiento y gratitud. Dios emplea su omnipotencia en hacernos bien; nos franquea sus riquísimos tesoros con una largueza incomparable; prolonga nuestra vida para que hagamos penitencia, y con su santa gracia nos previene é inclina nuestro corazón al amor de la virtud; y al seguir las inspiraciones de su amor, aumenta sus bondades, y caen sobre nosotros sus misericordias cual lluvia fecundante de consuelo y gracia. ¡Cómo dejar de bendecir ese poder excelso y admirable que emplea su virtud soberana en beneficio nuestro!—En verdad que no es posible contar las gracias que se digna concedernos, ni estimar en lo que vale el tesoro de su amor, con que tantas veces se ha dignado enriquecernos; y nuestro reconocimiento y santa gratitud para con Él, ¿dejarán de ser muy grandes? No, no hay que ponerles límites ningunos; ni nuestros labios tienen que callar la gloria y la virtud del Dios omnipotente que así se ocupa en el bien de sus criaturas. Yo celebraré tu fidelidad, oh Señor, al son de instrumentos músicos; te cantaré salmos, ¡oh Dios santo de Israel! De gozo rebosarán mis labios, y mi alma, que tú redimiste, al cantar tus alabanzas. Todo el día se empleará mi lengua en hablar de tu justicia.—¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor; quién entre los hijos de Dios á Él será semejante? ¿Quién como tú, oh

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señor Dios de los ejércitos? Eres poderoso, y siempre en torno de tí está tu verdad. Tú tienes señorío sobre la bravura del mar, y tú sosiegas el furor de sus olas. Tú abatiste al soberbio como al hombre que está herido de muerte, y con el poder de tu brazo has abatido á tus enemigos... Tu brazo lleno está de fortaleza.—Descubra tu mano su admirable fuerza, sea ensalzada tu diestra (1). Sí, que la diestra omnipotente del Eterno descubra su virtud, y nos salve de todos los peligros y nos conduzca sin tropiezo por las sendas de la santidad y la justicia.

II

Contemplemos ahora nuevos horizontes inundados de divina luz, en los cuales todo es hermoso, admirable y sagrado: la ciencia de Dios. En Dios existe la ciencia más perfecta: se conoce á Sí mismo y se comprende; su entender es su misma substancia; conoce las cosas que están fuera de Él con un conocimiento propio: su ciencia es causa de las cosas (2); su conocimiento es infinito: conoce todo lo futuro; su ciencia es invariable; la inmaterialidad de una cosa es la razón de ser cognoscitiva, y el modo del conocimiento es el de la inmaterialidad, y

(1) Ps. LXX, 22-24.—LXXXVIII, 7-14.
(2) D. Thom. cit. q. XIV.

Dios está en el punto más elevado y culminante de lo inmaterial; por esto su conocimento es, sobre toda expresión, elevadísimo y perfecto.—Dios es un acto purísimo, y nada potencial existe en el sér necesario; por esto en Él lo entendido y el entendimiento son una misma cosa: se conoce, pues, á sí mismo, por sí mismo. Este conocimiento comprende todo lo que hay en el mismo Dios; conocimiento que es tan perfecto cuanto puede serlo; y la facultad de conocer es tan grande en Dios, como la actualidad de su existencia; porque es cognoscitivo porque existe en acto y nada hay en Él ni de materia ni de potencia; y por esto se comprende Él mismo con la más elevada perfección. El entender de Dios es su misma substancia; pues si ésta y aquél fuesen diversos, sería indispensable que alguna obra fuese acto y perfección de la substancia divina, siendo ésta lo que la potencia con relación al acto, lo cual en Dios es imposible. Entender es una operación inmanente en el que la ejecuta como su acto y perfección, así como la existencia es perfección del que existe; porque así como el sér sigue á la forma, el acto de entender sigue á la especie inteligible; mas en Dios la forma no es distinta de la existencia; y siendo su esencia misma la especie inteligible, se sigue que su mismo entender es su esencia y su existencia. En Dios el entendimiento que entiende, lo entendido, la especie inteligible y el entender, son una misma cosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta ciencia de Dios no es discursiva, porque Dios ve en sí mismo, como en causa, todos sus efectos. Es además la ciencia de Dios causa de las cosas; porque Dios produce los seres por su inteligencia, pues su entender es su sér; por esto es necesario que su ciencia, según que está unida á su voluntad, sea la causa de lo que existe. Él conoce también las cosas que no existen, pues éstas pueden ser de alguna manera; lo son, absolutamente, las que existen en acto; mas las otras son en potencia, ya del mismo Dios, ya de la criatura; y Dios conoce todo lo que la criatura puede hacer, pensar ó decir; y también lo que Él mismo puede hacer, aun lo que no existe.—Conoce lo bueno, lo malo; ya que para conocer perfectamente una cosa es congruente se sepa todo lo que la pueda sobrevenir, y lo bueno pueda corromperse por lo malo; así, por lo mismo que Dios conoce lo bueno, conoce también lo malo, como se conocen las tinieblas por la luz.—La ciencia de Dios conoce cosas infinitas, pues conoce aun las que están en potencia, las cuales realmente son infinitas. Sabe los pensamientos y los afectos del corazón que hayan de multiplicarse hasta el infinito en las criaturas racionales, cuya existencia es inmortal.—Todo lo que existe está presente á Dios desde la eternidad, no sólo en el concepto de que todas las razones de las cosas le están presentes desde entónces, sino porque su mirada las abarca todas, tales como son en su actualidad presencial.—La ciencia de Dios

es invariable, porque es su misma substancia, y ésta no puede cambiar.

Dios se ve á sí mismo, y comprende perfectamente su divina esencia. ¿Qué es esta mirada, esta vista divina, este conocimiento de su esencia? Es esta misma con toda su hermosura y sus encantos, y su poder divino, y su infinita grandeza, y su adorable y eterna santidad, y su perfección absoluta. ¿Quién sino Él mismo puede comprenderse? Al hombre miserable no le corresponde escudriñar esos misterios de divina gloria, sino adorarlos en la humildad más profunda de su corazón. Cuando el Cordero de Dios abrió el libro sellado con los siete sellos, dice San Juan en el Apocalipsis, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los Santos, y cantaban un cántico nuevo. Esos ancianos se postraban también delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive por los siglos de los siglos (1). Esto mismo tenemos que hacer acá en el mundo nosotros al pensar en la ciencia de Dios y en la grandeza infinita y en la eterna majestad que tiene en sí mismo. Digno eres, oh Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poderío, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad subsisten y fueron criadas.

¡Qué abismo de grandeza, de luz y de divina

(1) V, 8, 9, y 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria es la ciencia de Dios! Todo lo sabe; nada puede ocultarse á sus miradas; todo lo ve, aun el mal que no tiene cabida en esencia divina; el mal que no ha hecho, ni puede ser conocido por sí mismo, Dios lo conoce según que su inteligencia es la luz universal del bien. Si la luz fuese inteligente, sabría donde alumbra y donde no alumbra: conocería la claridad y las tinieblas. El bien es la claridad, el mal las tinieblas. En su día sin declinación Dios ve las tinieblas del mal, ya sean defectos de la naturaleza, ya castigos de los culpables, ya infracciones de la justicia y del deber. ¡Oh, Dios mío—decía David,—tú sabes mis necedades y ninguno de mis delitos te es desconocido! (1).

El pecador y el justo ante la ciencia de Dios. ¡Cuán terrible y espantosa es la ciencia de Dios para el pecador! Nada se oculta ni puede ocultarse á esa ciencia divina que todo lo conoce. Ante ella están patentes todas las obras, las palabras y los pensamientos del impío; todos sus designios y aun los más ligeros movimientos de su corazón. ¿En dónde podrá ocultarse á las terribles miradas del Señor; en qué lugar dejará de oir la voz de su justicia? Ese desgraciado puede decir con toda verdad: Tú sabes cuanto hago, ora esté quieto, ora vaya de camino. Desde muy lejos penetras mis pensamientos y has averiguado mis pasos y designios; previste todas las acciones de mi vida;

(1) Ps. LXVIII, 6. Montsabré conf. c.t.

todo lo sabes aunque mi lengua no pronuncia palabra. Todo lo conoces: lo pasado y lo futuro... ¿Á dónde iré que me aleje de tu espíritu, ó á qué lugar habré de retirarme que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro... Tal vez las tinieblas me podrán ocultar—así dije en mi corazón—mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres; porque las tinieblas no son obscuras para tí y la noche es clara como el día; obscuridad y claridad son para tí una misma cosa (1).

Oirá el impío la voz de la justicia del Señor, que le habla en estos términos: Has cometido la culpa y yo he callado.—¿Pensaste injustamente que yo había de ser como tú? Mas yo te pediré cuenta de tus maldades, y te las arrojaré sobre tu rostro. ¡Qué indecible tormento, qué amargura para el hombre que vive en el pecado! Entended esto bien—añadía David á las palabras antes citadas — entendedlo vosotros los que andais olvidados de Dios; no sea que algún día os arrebate, sin que haya nadie que pueda libraros.

La ciencia de Dios para los justos es clara y apacible luz que ilumina todas sus sendas y los llena de consuelo. Es para ellos Dios Nuestro Señor padre cuidadoso y compasivo y que nunca llega á abandonarles; que los corona de misericordias y de gracias, y que de ellos se

(1) Ps. CXXXVIII, 2-12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apiada como el más tierno y compasivo padre; porque Dios conoce, dice la Escritura, la fragilidad de nuestro sér. Tiene muy presente que somos polvo, y que los días del hombre son como el heno: cual la flor del campo, así florece y se marchita... Pero la misericordia del Señor es eterna y dura para siempre sobre aquellos que le temen (1).

¡Oh, Dios mío! que vuestra ciencia alumbre todos mis caminos y dirija mis pasos hacia Vos, en quien está la fuente de la vida, y en cuya luz veremos la luz de indeficiente y eterna claridad; y al contemplar vuestra divina hermosura, quedaremos embriagados con la abundancia de tu casa, y nos harás beber en el torrente de tus delicias (2).

(1) Ps. CII, 13-17.
(2) Ps. XXXV, 9, 10.

CAPÍTULO III

EL AMOR EN DIOS NUESTRO SEÑOR

1

Dios, el Sér de los séres, acto purísimo, inteligencia infinita, tiene una voluntad perfectísima, y por esto hay en Él amor; porque el amor es el primer acto propio de la voluntad, y por lo mismo donde ésta existe, hay amor (1). El primer movimiento de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor. El acto de la voluntad tiende al bien y al mal como á sus propios objetos; entre estos, el bien es por sí el principal y directo, y el mal el secundario é indirecto, esto es, en cuanto que se opone al bien. Síguese de aquí que los actos de la voluntad y del apetito concernientes al bien, son primero que los que se refieren

(1) D. Thom, cit. q. XX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apiada como el más tierno y compasivo padre; porque Dios conoce, dice la Escritura, la fragilidad de nuestro sér. Tiene muy presente que somos polvo, y que los días del hombre son como el heno: cual la flor del campo, así florece y se marchita... Pero la misericordia del Señor es eterna y dura para siempre sobre aquellos que le temen (1).

¡Oh, Dios mío! que vuestra ciencia alumbre todos mis caminos y dirija mis pasos hacia Vos, en quien está la fuente de la vida, y en cuya luz veremos la luz de indeficiente y eterna claridad; y al contemplar vuestra divina hermosura, quedaremos embriagados con la abundancia de tu casa, y nos harás beber en el torrente de tus delicias (2).

(1) Ps. CII, 13-17.
(2) Ps. XXXV, 9, 10.

CAPÍTULO III

EL AMOR EN DIOS NUESTRO SEÑOR

1

Dios, el Sér de los séres, acto purísimo, inteligencia infinita, tiene una voluntad perfectísima, y por esto hay en Él amor; porque el amor es el primer acto propio de la voluntad, y por lo mismo donde ésta existe, hay amor (1). El primer movimiento de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor. El acto de la voluntad tiende al bien y al mal como á sus propios objetos; entre estos, el bien es por sí el principal y directo, y el mal el secundario é indirecto, esto es, en cuanto que se opone al bien. Síguese de aquí que los actos de la voluntad y del apetito concernientes al bien, son primero que los que se refieren

(1) D. Thom, cit. q. XX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al mal; como la alegría respecto á la tristeza, y el amor opuesto al odio; pues lo que existe por sí es anterior á lo que existe por otro.

Es propio de la razón del amor que el amante quiera el bien del amado, y Dios quiere su propio bien y el de las criaturas. ¿Y por qué quiere su propio bien? Porque todo sér inteligente tiene que quererlo; porque la luz, la verdad y la vida son amables por sí mismas. Siendo Él, como es, la inteligencia suprema, ¿dejaría de conocer el océano infinito de sus perfecciones; pudiera ser indiferente á su santa voluntad la perfecta hermosura y todos los encantos de la esencia divina? Y si todo esto fuera distinto de Él mismo, no veríamos con toda claridad la suprema y altísima razón de su eterno y soberano amor; mas la hermosura y la bondad infinita, y el océano de toda grandeza y perfección, y la vida, y la luz y la gloria, todo es Él mismo. Se ama, pues, con un amor eterno, infinito y perfecto.

El amor se refiere al amado cual si fuese con él un mismo sér: por esto la razón del amor consiste en que el afecto del amante se dirija al amado cual si fuese uno mismo con éste. Sígue-se de aquí que cuanto es más estrecho el vínculo de unión, es más intenso el amor; y cuanto es más íntima y profunda la unión que entre ambos existe, el amante y el amado, es más firme el amor. Ahora bien: el vínculo por el cual todas las cosas se unen á Dios, es su bondad, que en Él mismo es íntima y profunda, que

es el mismo Dios. Hay por lo mismo en Dios Nuestro Señor amor, no sólo verdadero, sino perfectísimo y firmísimo.

Es propio del amor inclinar mutuamente al amante y al amado. Ya que la semejanza, la conformidad ó la conveniencia de los afectos de entrambos llevan dulcemente el uno al otro, á fin de que la unión que ha comenzado el afecto quede realizada con la obra. Mas Dios mueve todas las otras cosas á la unión, y dándoles el ser y las otras perfecciones, las une consigo del modo que esto es posible.

Finalmente, el principio de toda afección es el amor; por esto, el gozo y el deseo no son sino del bien del amado, y el temor y la tristeza por el mal que se teme contrario al amado; de estos afectos se originan todos los demás; mas en Dios existen el gozo y las delicias, como lo testifican los Sagrados Libros. Hicísteme conocer las sendas de la vida, decía David, me coronarás de gozo con la vista de tu divino rostro: en tu diestra se hallan delicias eternas (1). Yo tenía mis delicias en su presencia, nos dice la Sabiduría de Dios, *ludens coram eo* (2).

Dios se ama á sí mismo con un amor eterno, infinito y perfecto. Nadie sino Él comprende la divina y adorable complacencia que tiene en su propia grandeza, en ser quien es, el Sér de los seres, dichosísimo y sólo poderoso, Rey de

(1) Ps. XV, 11.
(2) Prov. VIII, 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los reyes y Señor de los señores (1). Es el sumo bien; su perfección es infinita, y no desea ni puede desear felicidad alguna que en sí mismo no tenga. Su felicidad es inmutable, no puede aumentar ni disminuir. Por felicidad se entiende el bien perfecto de la naturaleza intelectual, á la que corresponde conocer su propia suficiencia en el bien que posee, previendo lo que le puede acontecer, ya sea favorable, ya adverso, y ser dueño de sus operaciones. Todo esto conviene á Dios de una manera excelentísima, porque es inteligente y perfecto (2).

La felicidad de Dios es por razón de su entendimiento; pues como todo sér aspira á su perfección, igualmente la naturaleza intelectual apetece su felicidad. Siendo inteligente, la felicidad será su propio bien; bien al cual no pueda dirigirse cual si no lo poseyese, sino en el que se deleita, pues lo tiene consigo, y Él es el mismo bien, su misma dicha. La naturaleza intelectual desea ó quiere en gran manera lo más perfecto que en ella existe, esto es, su felicidad; mas lo perfectísimo en cada uno es su más acabada operación; y el que esto sea perfecto, depende de su propio género, esto es, que sea inmanente, ó sea existiendo siempre en el que obra, no habiendo cosa alguna fuera de la misma operación, ni que tenga que referirse

(1) I Tim. VI, 15.
(2) D. Thom. I, P. q. XXVI.

á otra cosa. Debe ser de una altísima potencia, el principio de la operación, y en cuanto á su objeto ser el más elevado, y éste es la inteligencia infinita. Cuanto á la forma de la operación, debe ésta realizarse perfecta, fácil y deleitablemente. Todo esto lo hallamos en la operación de Dios, porque Él es inteligente, y su divino entendimiento es de altísima y soberana virtud: ni necesita de hábito alguno que lo perfeccione, porque en sí mismo es perfecto; Dios se conoce y entiende á sí mismo, siendo, como es, el Sér inteligible; y se conoce perfectamente, sin dificultad alguna y con dulzura infinita.

La felicidad de nuestro Dios querido es operación intelectual, y ésta es su misma substancia; por esto Él es su propia dicha. Además, la felicidad, siendo el último fin, es lo que se ama principalmente; Dios de esta manera quiere su esencia, la cual es por lo mismo su felicidad. Por último, todo lo que se quiere se ordena á la misma felicidad, que ni se ordena á otra cosa, y en ella descansan todos los deseos; mas Dios quiere todas las otras cosas por su bondad, que es su esencia; y así como una y otra es Él mismo, así también Él es su propia dicha. Esta dicha es perfectísima, que no se acerca á Dios, sino que es Él mismo, y bien sabemos que cada uno es tanto más feliz cuanto más se acerca á la fuente de la dicha; y por esto, siendo la felicidad una misma cosa con Dios, es perfectísimo sobre toda expresión y no corresponde sino á Él, que es feliz por su misma esencia, lo cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es enteramente incomunicable á las criaturas (1).

La enseñanza del Doctor Angélico que hemos transcrito, hace que nos ocupemos en pensamientos verdaderamente celestiales. En efecto; al pensar que en Dios existe el amor, que Él es el mismo amor, que es infinitamente dichoso y que Él mismo es su dicha infinita, inmutable y eterna, el corazón le adora y bendice y le ama con toda su ternura. Los ángeles allá en el cielo, al contemplar la dicha del Señor, como olvidados de sí mismos, cantan sin cesar el himno del amor eterno: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Esta es la dicha de aquellos felicísimos espíritus: contemplar á Dios, bendecirle y amarle. Nosotros aún no vemos claramente al que es el Sumo Bien; mas sin embargo, iluminados con la luz de la fe elevamos á Él nuestros ojos, y le enviamos todo nuestro amor, y bendecimos y adoramos su infinita gloria, su eterna y soberana dicha.

El amor que le tenemos hácenos hallar nuestras delicias en su gloria, en su felicidad santa y adorable, y cuanto mas le amemos mayor será nuestra delicia. En Él está el amor, es el mismo amor, su felicidad es infinita y Él es su misma dicha. ¿Quién podrá decirnos el inmenso gozo de Dios Nuestro Señor en todo esto, que

(1) *Summ. contr. gent.* libro. I. c. C,-CI-CII

es Él mismo, aquel su descanso dulcísimo y sagrado de su voluntad en lo que ama, que es el mismo Dios? En esto, siéntese nuestra alma inundada en júblilo inefable y brotan de los ojos lágrimas de amor, y nuestros labios prorrumpen en humildes y tiernas alabanzas al Dios que tanto amamos. El amor quiere el bien de su amado; mas cuando éste es el Sér de los seres, el Santo, el Creador de la hermosura, aquel á quien todo se debe, el amor se deshace en dulcísimos y ardientes afectos; y viendo que la dicha del que ama es infinita, que tiene en sí mismo todos los bienes, el amor desfallece; su gozo es inmenso, y, como olvidado de sí mismo, sólo se goza en el seno de su Amado. Aquí tiene sus divinas delicias, aquí su descanso dulcísimo y santo, su vida y toda su dicha, y está contemplando aquella felicidad eterna y perfecta del que tanto ama; felicidad que no puede comprender, pero sí alabar y ofrecerle todos sus afectos; y esto es lo que hace, y exclama lleno de ternura: Bendición y claridad y sabiduría y acción de gracias y honor y virtud y fortaleza á mi Dios querido, ahora y para siempre. Amén.

II

Dios es amor, es perfecta caridad; mas ¿en ese amor existimos nosotros, y esa caridad nos encierra en sus divinos ardores? Dulcísimo es poder contestar afirmativamente. Dios nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ama y estamos en Él, no sólo porque Él mismo es inmenso, sino además porque su amor nos tiene consigo. Dios ama todo lo que existe, porque todo lo que tiene sér es bueno en este concepto, ya que la existencia es un bien, como son bienes asimismo las demás perfecciones que lo adornan. La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas; y en estas hay tanto de sér y de bien, cuanto Dios ha querido. Quiere, pues, Dios un bien para cada sér que existe; y como amar no es otra cosa que querer el bien para alguno, síguese que Dios ama cuanto existe (1). Mas el amor de Dios para con nosotros no ha sido prevenido por nuestro amor para con Él; nos amó primero. Él mismo nos escogió, antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al sér de hijos suyos adoptivos por Jesucristo, á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo (2). Su buena voluntad, la gloria de su gracia... ¡oh, y cuán alto habla todo esto al amor de nuestras almas; y cómo las obliga enteramente para con Dios Nuestro Señor! Se inclinó á nosotros; nos amó desde la misma eternidad, no porque le hubiesen obligado nuestros méritos, ya que entonces no existíamos, ni hay quien

(1) I p. V, XX, a. II.
(2) Ephes. I. 4-6.

á Él le haya dado primero para que pretenda ser recompensado (1). No, no es dable comprender la benignidad y la dulzura de su amor, tan noble y generoso.

Si nuestros méritos no podían obligarle á que nos amase, Él no ignoraba cuán ingratos seríamos para con su Majestad, y sin embargo, quiso amarnos con singular y tiernísimo cariño. En efecto, no solamente determinó darnos la existencia, sino además quiso llamarnos al reino de su Hijo muy amado, Nuestro Señor Jesucristo, por cuya sangre logramos la redención y el perdón de los pecados, por las riquezas de su gracia que ha derramado con abundancia sobre nosotros, colmándonos de toda sabiduría y prudencia, para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundado en su mero beneplácito (2).

¿Queremos contemplar nuevas maravíllas en el amor que Dios se ha dignado tenernos? Pues reflexionemos que con un mismo acto de su adorable voluntad se ama á sí mismo, y ama también á cada uno de nosotros. El acto sacratísimo de su voluntad, en cuanto á Él es necesario; mas no respecto de nosotros. Si consideramos la unión que establece ese acto único de la voluntad divina entre Dios y nosotros, el gozo más profundo inundará nuestras almas. ¡Qué santas delicias, qué júbilo inefable ten-

(1) Rom. XI, 35.
(2) Eph. I, 7-).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dremos que experimentar pensando en esa unión dulcísima y sagrada con el Sér de los seres, nuestro Dios amado, principio de la vida, fuente inagotable de la luz y toda nuestra gloria!

La virtud, con una operación, ó sea con un acto, se dirige á su objeto y á la razón formal de este mismo; mas cuando solamente por el fin deseamos alguna cosa, ésta toma su razón de aquel fin. Por esto Dios, queriendo todas las otras cosas, por sí mismo, como por fin, con un solo acto de la voluntad se ama á sí mismo y á las criaturas. Dios siempre se ama á sí mismo; y si con otro acto de su voluntad amase á las criaturas, se seguiría que en esta voluntad santísima habría dos actos, lo cual es imposible; porque en una potencia simple no puede haber dos operaciones. El querer de Dios es su Sér; y siendo éste uno, uno es también su divino querer. Corresponde á Dios esta voluntad según que es inteligente; y por lo mismo, así como con un solo acto se entiende á sí mismo y á las criaturas, según que su esencia es el ejemplar de todas, así también con solo un acto de su voluntad se ama á sí mismo y á ellas, ya que su divina bondad es la razón de toda bondad (1).

La benignidad de Dios nos descubre todos sus encantos en habernos amado con el mismo acto con que se ama á sí mismo; y esto, ¿por qué causa? Porque su amor hacia nosotros no

(1) Rom. cap. LXXVI, y 76.

fue necesario, sino libre. Él ordena todas las cosas al fin de su bondad; mas su voluntad no se inclina necesariamente á las cosas que miran al fin, si éste puede subsistir sin aquéllas; y no hay duda alguna que la bondad de Dios puede subsistir sin las criaturas; aun hay más: éstas no pueden aumentarla. Además, Dios conoce necesariamente lo que es distinto de sí mismo; mas no es necesario que lo quiera; exige lo primero la misma perfección de Dios; pero esa bondad divina no requiere necesariamente que existan cosas distintas de sí mismo que se ordenen á ella como á su fin; y de hecho no quiere todas aquellas que puedan ordenarse á ella misma (1).

Ni nuestros méritos pudieron obligar el amor que Dios nos tiene, ni este amor era necesario á la divina esencia, y sin embargo se ha dignado amarnos, y con un afecto que no podemos comprender, eterno, generoso en sus manifestaciones, sufridísimo y constante. ¿Encontraremos quien así nos ame, ó el amor de las criaturas nos hará dichosos como el que Dios nos tiene? He ahí, pues, por una parte, la obligación en que estamos de amarle con todo el corazón y sobre todas las cosas; y por otra el interés con que debemos velar por nuestra propia dicha. El amor del mundo, en vez de hacernos felices, nos aleja de la fuente del bien, que sólo hallamos en el seno de Dios, en su

(1) Rom. cap. LXXXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor divino. Amemos, pues, al que así nos quiso amar; al Dios Altísimo y eterno en quien están todos nuestros bienes.

Dios no ama igualmente á todos los seres. Amar es querer el bien para alguno, y este amor puede considerarse por parte del acto de la voluntad; que puede ser más ó menos intenso, y en este sentido no ama Dios más á unos seres que á otros; porque los ama á todos por un simple y único acto de su voluntad, que siempre es el mismo; mas por parte del bien que se quiera para el amado, se dice con verdad que amamos más al que deseamos mayor bien, aunque no le amemos con voluntad más intensa; de este modo, Dios ama más á unos seres que á otros; porque siendo el amor de Dios la causa de la bondad de los seres, no sería el uno mejor que el otro si no quisiera Dios mayor bien para aquel que para este; por lo mismo Dios ama más los seres más excelentes, ya que sobre estos, con preferencia á los demás, la voluntad divina derrama con mayor largueza los tesoros de su bondad, y les comunica mayores bienes que á los restantes (1).—Pensemos ahora en las gracias que hemos recibido del Señor. ¿Hay algún don en nuestras almas que sea más excelente que otros que ha comunicado á muchos de nuestros hermanos? Si esto fuese así, desde luego tenemos que humillarnos en la presencia del Señor, no atribuyendo á nuestros méritos

(1) I. p. q. XX, a. II-IV.

sus gracias, sino viendo en todo esto su voluntad dulcísima y amable, que quiso así favorecernos por su infinita bondad. ¡Mas ay! Tal vez las singulares gracias con que el Señor se ha dignado preferirnos, no solamente no las habíamos merecido, sino, todo lo contrario, con nuestra indigna conducta pusimos repetidas veces grandes obstáculos á tales efusiones de la divina bondad; mas ésta quiso triunfar de nosotros, y se dignó alejarnos del peligro y quiso perdonarnos nuestras maldades... y ¿todo esto por qué causa? Oigamos lo que decía de sí mismo el Rey David: El Señor me sacó á un lugar espacioso; me salvó por un efecto de su buena voluntad para conmigo (1). ¡Qué confusión tan saludable debe apoderarse de nosotros! Nuestras culpas tienen que humillarnos hasta el fondo de la nada; y así humillados descubrimos las riquezas de la divina bondad para con nosotros, y la humildad engendrará la gratitud. Muy obligados nos tiene el Señor para con Él; debemos ser enteramente suyos, y sus dones sólo nos deben servir para ser agradecidos, y, en verdad, muy fieles á su santo servicio. Deben humillarnos más y más, ya que la propia conciencia nos descubre que estábamos muy lejos de poder merecerlos; y no sólo tendrá que decirnos: ¿qué tienes que no hayas recibido de mí? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido? Tendrá

(1) Ps. XV, II, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que añadir: ¿Á cuál de las gracias del Señor no has puesto embarazo, ó cuál de ellas te ha encontrado dispuesto á recibirla?

Si son argumentos del amor que Dios nos tiene las gracias con que se ha dignado enriquecernos, son también una carga muy grande que ha puesto sobre nosotros, y de todas ellas tendremos que dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Á quien mucho se le ha dado, mucho tendrá que pedírsele (1); por esto, el santo temor de Dios nunca debe separarse de nosotros, y la vigilancia cristiana jamás nos ha de abandonar.

(1) Luc. XII, 48.

CAPÍTULO IV

EL PADRE CELESTIAL

I

A la primera persona de la Santísima Trinidad le damos el nombre de Padre, y lo es con toda propiedad; porque en aquel augusto Misterio, el nombre propio de cada persona significa lo que la distingue de todas las demás; porque así como es de la esencia del hombre constar de alma y cuerpo, así en la noción de un hombre determinado, entran tal alma y tal cuerpo; como que esto es lo que le distingue de sus semejantes; mas la paternidad es lo que distingue la persona del Padre, de las otras; por esto su nombre propio es el de Padre (1).

La razón de paternidad y filiación se hallan

(1) I. p. q. XXXIII, a. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que añadir: ¿Á cuál de las gracias del Señor no has puesto embarazo, ó cuál de ellas te ha encontrado dispuesto á recibirla?

Si son argumentos del amor que Dios nos tiene las gracias con que se ha dignado enriquecernos, son también una carga muy grande que ha puesto sobre nosotros, y de todas ellas tendremos que dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Á quien mucho se le ha dado, mucho tendrá que pedírsele (1); por esto, el santo temor de Dios nunca debe separarse de nosotros, y la vigilancia cristiana jamás nos ha de abandonar.

(1) Luc. XII, 48.

CAPÍTULO IV

EL PADRE CELESTIAL

I

A la primera persona de la Santísima Trinidad le damos el nombre de Padre, y lo es con toda propiedad; porque en aquel augusto Misterio, el nombre propio de cada persona significa lo que la distingue de todas las demás; porque así como es de la esencia del hombre constar de alma y cuerpo, así en la noción de un hombre determinado, entran tal alma y tal cuerpo; como que esto es lo que le distingue de sus semejantes; mas la paternidad es lo que distingue la persona del Padre, de las otras; por esto su nombre propio es el de Padre (1).

La razón de paternidad y filiación se hallan

(1) I. p. q. XXXIII, a. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en Dios Padre y en Dios Hijo, porque los dos tienen una misma naturaleza y gloria; mas en la criatura la filiación respecto á Dios existe, no de un modo perfecto; porque el Criador y la criatura no son de una misma naturaleza; existe en virtud de cierta semejanza, que cuanto sea más perfecta, tanto más se acercará al verdadero concepto de filiación; pues se dice que Dios es Padre de alguna criatura por la semejanza de vestigio, si se habla de los irracionales, según estas palabras: ¿Quién es el padre de la lluvia, ó quién engendró las gotas del rocío? (1) Llámase Padre de la criatura racional por la semejanza de imagen según estas palabras: ¿No es Él tu padre, que te poseyó, te hizo y te creó? (2). Es también Padre de algunos por la semejanza de gracia, y estos se llaman hijos adoptivos, en cuanto están destinados á la herencia de la gloria eterna mediante el don de la gracia recibida. El mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos (3).

Por último, es Padre de otros por la semejanza de gloria, en cuanto gozan ya de esta herencia, según dice el Apóstol: Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios (4).

(1) Job, XXXVIII, 28.
(2) Deut. XXXIII, 6.
(3) Rom. VIII, 16, 17
(4) Id. V, 2.

La paternidad, pues, se atribuye á Dios en su concepto de persona á persona, antes que por su respecto de Dios á la criatura (1).

En las personas divinas existe un principio sin principio, que es el Padre, sin que en ellas haya antes ni después; y existe también un principio derivado de otro, cual es el Hijo (2).

Padre celestial. Este nombre está lleno de majestad y de grandeza; al pronunciarlo debe doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y tiene que bendecirlo toda lengua. El Padre celestial: he ahí la fuente de la divinidad; aquella sacratísima persona de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo.— ¿Quién puede comprender cuánta es la grandeza de aquel Padre á quien no abarcan los cielos y la tierra; que existe por sí mismo, y cuyo poder es infinito? Grande es el Señor, y su grandeza no tiene ningún término, decía David. Grande es el Señor y digno en gran manera de alabanza (3). ¡Qué majestad la de ese Padre; majestad que brilla con todos los encantos de una gloria inaccesible; con todas las bellezas de la luz increada...! La contemplan los ángeles allá en el cielo, y cúbrense el rostro con sus blancas alas; y llenos de respeto se humillan, la adoran y bendicen con inmenso amor. También nosotros acá en la tierra adoramos la infi-

(1) D. Thom. cit. a. III.
(2) Id. a. IV.
(3) Ps. CXI-IV, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nita majestad de Dios Nuestro Señor, y bendecimos y ensalzamos la gloria de su Nombre; É sea glorificado eternamente.

El Padre celestial; Él es de donde nace eternamente la verdad y de quien procede el amor divino; es ese Padre una hermosura encantadora y santa que arrebata el alma, y una perfección altísima y sagrada que admira nuestro espíritu. Origen de todos nuestros bienes. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de lo alto; desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación. Por un efecto de su voluntad nos ha engendrado para hijos suyos con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus nuevas criaturas (1). ¡Oh! ¡Cuánto es el amor que le debemos por ser quien es, bondad infinita y fuente inagotable de gracia!

Nuestro Padre divino no sólo nos inspira un profundísimo respeto á su eterna y adorable majestad, sino también una confianza muy grande en su misericordia. El respeto de que hablamos es filial y no impide en manera alguna que derramemos en el seno de nuestro Padre querido todo nuestro amor; que pongamos en Él nuestra confianza, y que á Él nos dirijamos en todas ocasiones, sabiendo que ha de recibirnos con bondad; porque así como un padre se compadece de sus hijos, así también tiene compasión de nosotros nuestro Padre celestial.

(1) Jac. I, X, 17, 18.

Él nos descubre su ternura inmensa en los Libros Santos, con las más amorosas expresiones. Dícenos que nos lleva en su seno y nos trae en sus entrañas, y que no nos dejará hasta la última vejez (1). ¿Qué haré por tí, oh Efraín? dícenos también. ¿Seré yo tu protector, oh Israel? Pues qué ¿podré tratarte como á Adama ni ponerte como á Ceboín? ¡Ah! mis entrañas se conmueven dentro de mí: yo me siento como arrepentido. No dejaré obrar el furor de mi indignación; no he de resolverme á destruir á Efraín; porque yo soy Dios y no un hombre (2). También nuestras entrañas se han conmovido de ternura con esas palabras del más tierno y amoroso de todos los padres. En Él están nuestra confianza y todo nuestro amor. No, no hay padre alguno que pueda compararse con el Padre dulcísimo que tenemos en los cielos: *tam Pater nemo est*.

No sólo sus palabras, también sus obras nos dan testimonio del amor incomparable que nos tiene nuestro dulce Padre. Él gobierna con su providencia todas las cosas; y esta providencia es una revelación encantadora de su amor y su bondad; nunca nos llega á olvidar; todo lo dispone para el bién de sus amantes hijos, y sus cuidados se extienden á todos los acontecimientos de nuestra vida, que arregla y dispone según los consejos de su amor. No caerá

(1) Isa. XLVI, 3, 4.
(2) Ose. XI, 8, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ni un solo cabello de nuestra cabeza sin que así lo disponga el Padre celestial (1). Podemos, pues, descansar confiadamente en el seno de tan dulce Padre. Los hijos de los hombres, decía David á este buen Padre, descansarán bajo la sombra de tus alas (2).

Pensar que tenemos un Padre amorosísimo que siempre se ocupa de nuestro bien, y que á ese Padre nada se le oculta porque es infinita su sabiduría; que nadie le resiste, porque es omnipotente, y que nunca verá con indiferencia nuestros males, porque tiene sus delicias en favorecernos, es para nosotros inefable dicha, que si bien no hemos merecido, sí nos obliga enteramente para con El; tenemos que amarle con todo el corazón, y es necesario estar consagrados á su divino servicio: tal es nuestra felicidad y la verdadera gloria de los que somos hijos de un Padre tan bueno.

II

¿Qué haremos á fin de amarle cuanto sea posible á nuestra gran miseria, y de qué manera tendremos que servirle? Nuestro Hermano primogénito, el Hijo natural de Dios, debe ser nuestro modelo en el amor del Padre celestial: ¿de qué manera amó Jesucristo á su divino Padre?

(1) Math. X, 29.
(2) Ps. XXXV, 8.

¿Qué hizo por la gloria de Aquel que le envió á la tierra para santificarla? Esto es en lo que vamos á ocuparnos siquiera un momento.—Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre.—Yo no busco mi gloria.—Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz y no hay en él injusticia (1). Así amó Jesús á su divino Padre. ¿Queremos amarle nosotros, imitando al que es nuestro Maestro, al que es la verdad y en quien no hay injusticia? Hagamos siempre las cosas que son del agrado del Señor. Ora comais, ora bebais, decía el Apóstol, ora hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (2). Tal es nuestro deber, y al cumplirlo daremos testimonio del amor que á Dios tenemos. No somos de nosotros mismos, sino de Dios: *Non estis vestri;* si somos enteramente de Dios, tenemos que agradarle en todos nuestros actos. Si esto nos descubre la grande obligación que pesa sobre nosotros, nos muestra, al mismo tiempo, que aquel deber es nobilísimo y sublime, y en cumplirlo está cifrada toda nuestra gloria: pensar en Dios; trabajar por su gloria; ¿habrá por ventura, en este mundo, grandeza alguna que con esta pueda compararse? Añadamos que no hay consuelos y delicias semejantes á los que el alma disfruta cuando en verdad sólo perte-

(1) Joan, VIII, 29-50.—VII, 18.
(2) Cor. X, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nece á Dios en las palabras, en los afectos y en las obras.

No somos de nosotros mismos; tenemos, pues, que elevar hasta Dios nuestras miradas y preguntarnos una y otra vez: ¿qué haremos para agradar á nuestro Padre celestial? y recordamos luego que Jesús al entrar en el mundo dijo estas palabras: Vengo, oh Dios, á cumplir tu voluntad (1); y dijo después á sus discípulos: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento á su obra (2). Hacer la voluntad del Padre celestial es una dicha inefable que el mundo no conoce. Al cumplir aquella voluntad contemplamos á Dios; al Señor altísimo que reina en lo más alto de los cielos; al Padre más dulce que tenemos; que todo cuanto tiene nos ha dado en Jesucristo; al Padre que es fuente inagotable de piedad y gracia, y que es todo nuestro bien.—No somos de nosotros mismos; y al ponernos sin reserva en manos del Señor, su santa voluntad dirige todos nuestros pasos, y está siempre con nosotros inspirándonos santos pensamientos y afectos de amor y de ternura para con Dios Nuestro Señor; y esa voluntad divina, al señalarnos los caminos de la vida eterna, nos toma de la mano, sostiene nuestros pasos y nos llena de alegría y consuelo, de paz y de dulzura. Nos hace recordar á cada instante estas pala-

(1) Hebr. X, 7.
(2) Joan., IV, 34.

bras de los Libros Santos: Señor, enséñame á hacer tu voluntad (1). Señor, ¿qué quieres que haga (2)? Ella misma, la voluntad de Dios, se nos presenta dulcísima y amable, y llena de atractivos; vestida de luz, porque es sabiduría infinita; llena de majestad y de grandeza, porque es reina soberana del cielo y de la tierra; y con semblante apacible nos dice una y otra vez: Dios pide vuestro amor y quiere que cumplais sus divinos preceptos. Acordaos de Jesucristo, que le amó sobre todas las cosas, y que siempre cumplió el mandamiento de su divino Padre.—En ese instante ponemos nuestros ojos en Jesús y le pedimos que nos enseñe á amar á su divino Padre y á cumplir su voluntad, y exclamamos después de un momento: Oh Señor, mostradnos esa voluntad que tanto amamos; disipad las tinieblas que por todas partes nos rodean, y haced que la contemplemos con fidelidad. Vuestra voluntad sagrada sea el pan que nos sustente; nuestra alma tiene sed inextinguible de Vos, oh Señor Altísimo; hambre insaciable que nos devora las entrañas; apagad aquella sed y dadnos ese pan de vida que os pedimos: el cumplimiento de esa voluntad que refrigera el alma más sedienta y la deja satisfecha cual delicioso manjar. ¡Oh, si todo lo olvidásemos á fin de complacerla, cuán dichosos

(1) Ps. CXLII, 10.
(2) Act. IX, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seríamos entonces! Este es el consuelo, esta la dicha y la gloria á que aspiramos.

¡Qué suspiros tan tiernos y ardientes exhala el alma pensando en la divina voluntad de nuestro Dios querido! Si no podemos hallarla preguntamos por ella, transidos de indecible pena: ¿la habéis visto; en dónde está? Y si entonces oímos la voz de nuestro dulce Padre, que dice á cada uno de nosotros: Hijo mío, guarda mis consejos y deposita mis preceptos en tu corazón; observa mis mandamientos y vivirás; y guarda mi ley como la niña de tus ojos; ponla como una sortija en los dedos; escríbela en las telas de tu corazón (1); aquellos mandamientos y consejos, esta ley divina, todo es para nosotros delicias de los cielos, felicidad incomparable; la voluntad de Dios que nos revela á fin de complacerla y de unirnos con ella con los vínculos de un amor sagrado, y al abrazarla, al descansar en su divino seno, decimos una y otra vez: Mi amada es para mí y yo para ella.

No busquemos nuestra propia gloria, sino la del Padre celestial. Así lo hizo y así lo enseñó Jesucristo.—Como olvidados de nosotros mismos, sólo pensemos en servir á Dios, en glorificar su santo nombre. Es vuestra, oh Señor, la justicia, decía Daniel; y á nosotros nos toca la confusión de nuestro rostro (2); y antes David había rogado al Señor en estos términos: Se-

(1) Ec., VII, 1-3.
(2) IX, 7.

ñor, no deis á nosotros la gloria, dadla á vuestro santo nombre (1). A este nombre corresponde todo honor y gloria, y no es lícito en manera alguna robar ese tesoro inviolable y sagrado. La humillación y la vergüenza, el olvido y el desprecio, tal es nuestra herencia; porque somos pecadores y de nosotros mismos no tenemos bien alguno.

Si diariamente nos ocupamos en extender por todo el mundo la gloria del Señor; si trabajamos sin descanso por su causa, ni aun entonces debemos gloriarnos en nosotros mismos, ni hemos de buscar por esto las alabanzas de los hombres. Acordémonos de estas palabras del Divino Maestro: ¿El amo se tendrá por obligado para con su siervo porque éste hizo lo que le mandó? No por cierto. Así también vosotros: después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho sino aquello que debíamos hacer (2).—Ahora preguntemos: ¿lo que hemos hecho por la gloria del Señor ha sido grato á sus divinos ojos? Y Aquel en cuya presencia no son limpias las mismas estrellas, ¿no hallaría mancha alguna en nuestras obras? Todos nosotros, dijo Isaías, somos como un inmundo leproso, y son como lienzo manchado todas nuestras justicias (3).—Por esto el Padre

(1) Ps. CXIII, 1.
(2) Luc. XVII, 9, 10.
(3) LXIV, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

celestial debe recibir todo honor y gloria, ahora y para siempre. Amén.

Siéntese desahogado el corazón y lleno de contento cuando ofrece al Señor toda la gloria que sólo corresponde á su grandeza; humillados y como perdidos á nuestros propios ojos, sólo pensamos en Él, y los intereses de su gloria ocupan sin descanso nuestra inteligencia, y en pos de sí llevan todo nuestro afecto. Amarle y verle amado; servirle y que el mundo entero le sirva, esta es la paz de nuestras almas, nuestra corona de gloria y toda nuestra dicha.



CAPÍTULO V

JESUCRISTO

I

Pensando en Nuestro Señor dulcísimo, recordamos estas sus divinas palabras: Yo soy el camino, la verdad y la vida (1).—Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (2). Las primeras nos descubren la infinita grandeza de Jesús, y las segundas le inclinan á nosotros y nos le muestran dulcísimo y amable cual convenía que lo fuese Aquel que había descendido de los cielos por su amor infinito á los hombres.

Él es el camino, la verdad y la vida. Hacia Él deben dirigirse nuestras miradas y afectos; debemos seguirle, imitarle, escuchar su divina

(1) Joann, XIV, 6.
(2) Mat. XI, 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doctrina y recibir de Él la vida de la gracia. Desde estos puntos de vista contemplamos á nuestro amadísimo Señor resplandeciente de luz y de belleza, y atrayendo á sí mismo todas las cosas. ¡Oh cuánta es su majestad, cuánta su grandeza! Es el grande, el que todo lo puede con la virtud de su brazo; es el Eterno é infinitamente sabio por su misma esencia; Unigénito de Dios, consubstancial al Padre y su eterna palabra. Vino á visitarnos bajando desde lo más alto de los cielos y nos abrió un camino nuevo y de vida por el velo, esto es, por su carne, según la expresión de San Pablo (1).—Y no hay otro camino que nos lleve al cielo, porque Jesús fue constituído para nosotros por fuente de sabiduría, y por justicia, y santificación y redención (2).

Veamos ahora de qué manera Jesucristo Nuestro Señor tiene que ser para nosotros camino de vida. El que me sigue no anda en tinieblas (3). Estas palabras del Señor, dice el libro de la Imitación, nos advierten que si queremos ser alumbrados verdaderamente y libres de toda ceguedad del corazón, imitemos la vida de Jesucristo y la santidad de sus costumbres (4). El Apóstol San Pedro nos dice que para esto fuimos llamados á la dignidad de hijos de Dios;

(1) Hebr X, 19.
(2) Cor. I, 30.
(3) Jeann. VIII, 12.
(4) Lib. I, cap. I.

porque Jesucristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (1). Esta imitación nos hará despojar del hombre viejo y revestir de Jesucristo, porque en el bautismo hemos quedado sepultados con Jesucristo muriendo al pecado, á fin de que, como Jesucristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida (2); y bien sabemos que á los que Dios tiene previstos, los predestinó para que se hiciesen conforme á la imagen de su Hijo (3).

Jesucristo caminó por las sendas de la santidad y de la justicia, y nosotros, revestidos del mismo Señor, debemos seguir sus pisadas; solamente así será para nosotros camino de vida; pues no entrará en el reino de los cielos quien le llame una y otra vez: Señor, Señor, sino el que cumpla la voluntad del Padre celestial (4), y la voluntad de ese divino Padre es que imitemos en todo á su Hijo muy amado. Oidle, nos dijo aquel Padre; y el Hijo, á su vez, díjonos también: Os he dado ejemplo para que lo que he hecho con vosotros también vosotros lo hagais (5). Allí están las santísimas virtudes que practicó sobre la tierra y que tenemos que imitar: su amor al Padre, su caridad para con

(1) I. Ep. II, 21.
(2) Rom. VI, 4.
(3) Id. VIII, 29.
(4) Math. VII, 21.
(5) Math. XVII, 5.—Joann. I, XIII, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los hombres, la humildad y mansedumbre de su corazón, su perfectísima obediencia y el celo que le consumía por la divina gloria. Este fue el camino nuevo y de vida que abrió para nosotros el Hijo de Dios; camino que directamente nos conduce al Padre.

¿Quién puede contemplar sin quedar deslumbrado la purísima luz de la verdad que eternamente procede del seno del Padre? Esa luz es inaccesible á los mortales, mas quiso descender hasta nosotros, y cubriéndose con el velo de su purísima carne, hízonos capaces de contemplarla en el misterio de la Encarnación. Lo que fue desde el principio, decía San Juan, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida; vida que se hizo patente y así la vimos, y damos de ella testimonio y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros (1). Esa vida es la verdad de que hablamos. ¿Qué ha traído consigo para nuestro bien? La verdadera libertad de hijos de Dios. Conoceréis la verdad, dijo Jesucristo, y la verdad os librará (2). Esta libertad es un don precioso de los cielos, ya que nos libra del cautiverio del error y del pecado. Al conocer á Jesucristo, al que es la fuente inextinguible de la luz; al imitar sus santísimos ejemplos y al po-

(1) I. Ep. I, 1, 2.
(2) Joan. VIII, 32.

ner en Él nuestros afectos, ni el error obscurece nuestras almas, ni nos hace gemir en sus tristes cadenas el pecado. Sois libres, dijo el Apóstol, con la libertad que os ha concedido Jesucristo (1). ¡Qué libertad tan sublime y gloriosa! Es el triunfo de la gracia de Jesucristo en nosotros; gracia que purifica y eleva nuestras almas, y las une con vínculos de la más estrecha caridad con el mismo Jesucristo. Somos libres, mas esto, por la verdad del Hijo de Dios; y libres, no para seguir el engaño de nuestras pasiones, sino la rectitud y la justicia; y esa verdad nunca nos engaña porque es inmutable, y colma nuestras almas de inefables y santísimas delicias, porque en ella están la vida, la fuente de la gracia y todos nuestros bienes.

Jesucristo, nuestro amadísimo Señor, es el camino y la verdad, y es también la vida. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido... Hemos visto la gloria de Jesús, gloria cual debía recibir el Unigénito del Padre; gloria que le inunda de gracia y de verdad; y de la plenitud de Jesucristo todos hemos participado y recibido gracia por gracia (2).

La vida del Hijo de Dios en el seno del Padre, es misterio altísimo y profundo que sólo

(1) Galat. IV, 31.
(2) I, 4-6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios comprende, y grandeza divina que bendecimos y adoramos con toda la humildad de nuestras almas. Vive Jesús en el seno de su Padre, contemplando al que es su divino principio con amorosa y eternal mirada, y de Él recibe cuanto tiene: el poder y la grandeza, la ciencia y la hermosura; en una palabra, la divina esencia, el sér de Dios.

El Hijo de Dios se contempla también á sí mismo, con todas sus divinas perfecciones, en su eterno principio. El Padre se complace en este su Hijo muy amado, y el Hijo tiene sus divinas complacencias en su Padre.

La vida que el Hijo de Dios tiene en el seno del Padre, se digna comunicarla en cierta manera á los hombres. Jesucristo es Hijo natural de Dios, y nosotros somos hijos adoptivos por la gracia del mismo Jesucristo. La filiación adoptiva es una semejanza de la natural; y es diferente de ésta, en que el Hijo natural de Dios es engendrado, no hecho, y el adoptivo es hecho, según estas palabras del Evangelio: Les dió potestad de ser hechos hijos de Dios (1). Esta adopción nos hace hermanos de Jesucristo, como teniendo un mismo padre con Él. Al pensar en esto, tenemos que exclamar: ¡oh cuanta es la dignidad de nuestras almas, y cuán preciosa y rica la herencia que se ha dignado darnos el Señor! Le bendecimos y le amamos con todo nuestro afecto; nos ha elevado á una

(1) Joann., I, 12.

dignidad incomparable, y ha querido enriquecernos con los más preciosos dones de la gracia; le debemos pues, una gratitud inmensa, un amor sin límite; y ya que nada podemos sin su gracia, se la pedimos con todo rendimiento, y nos ofrecemos para siempre á su servicio; no somos de nosotros mismos, sino de aquel dulcísimo Señor que es para nosotros el camino que nos lleva al Padre, la verdad que alumbra nuestras sendas, y la vida que nos comunica todas sus riquezas.

II

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón... ¡Admirable condescendencia de Jesucristo; benignidad incomprensible de su corazón dulcísimo! Vedle un instante y quedaréis conmovidos, y los sentimientos de la más delicada ternura rebosarán de vuestro seno, que no podrá contenerlos.

Es nuestro Señor amorosísimo, el manso, el humilde de corazón; es el Cordero de Dios. He aquí mi siervo, decía el Señor por Isaías; yo estaré con Él; mi escogido en quien se complace mi alma; sobre Él he derramado mi espíritu; mostrará la justicia á las naciones; no dará voces, ni será aceptador de personas; su voz no se oirá en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que aun humea... No será melancólico ni turbulento, mientras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

establecerá en la tierra la justicia, y de Él esperarán las islas la ley divina. Cuando llegó el tiempo de su santísima pasión, fue conducido al sacrificio como un manso cordero, y antes de esto, al entrar en triunfo por las calles de Jerusalem, lo hizo, en verdad, como un rey, pero lleno de mansedumbre, y sentado sobre una asna y su pollino, según estaba anunciado por un Profeta (1).

¿En dónde están la majestad y la grandeza del Hijo de Dios, y el brillo de su gloria, ante el cual bajan sus miradas los ángeles del cielo? La humildad y mansedumbre de Jesús ocultan todo eso, y le presentan á nuestras miradas dulcísimo y amable, hecho hombre, y en todo semejante á nosotros, fuera del pecado. He aquí por qué esas virtudes de que hablamos tienen un encanto que subyuga el alma, y una belleza que arrebata y suspende todo nuestro sér. Vedle, exclamamos, poniendo en Jesús nuestras miradas; El es quien vive en el seno del Padre en lo más elevado de los cielos, nuestro Jesús dulcísimo; Él es quien recibe las adoraciones de los ángeles, y escucha desde el trono de la Majestad sus cánticos de amor y de alabanza; es el grande, el que reina por los siglos de los siglos; y en su benignidad incomparable inclinó hasta nosotros su infinita grandeza y apareció sobre la tierra mansísimo y humilde y lleno de dulzura; si á Él nos acercamos, no hallare-

(1) Math. XXI, 15,

mos otra cosa en el Dios de la majestad y del poder, sino clemencia infinita y un corazón dulcísimo y amable, que rebosando está de gracias y misericordias en favor de nosotros.

Si algo más podemos hallar en el Hijo de Dios que se hizo hombre por salvarnos, será una hermosura que rinda y cautive todo nuestro amor; porque es el más gentil en hermosura entre todos los hijos de los hombres; y la gracia se ve derramada en los labios del que es primogénito entre muchos hermanos (1).

La humildad y mansedumbre son en Jesucristo el desbordamiento natural y espontáneo, si así podemos decirlo, de su amor dulcísimo para con los hombres. Nadie le impone violencia, porque es el soberano Señor del universo; y por otra parte, ¿cuáles son nuestros méritos en su presencia? Y si no tenemos méritos, ¿careceremos también de pecados que nos hagan indignos de su gracia? Todo esto descubre el amor que nos tiene; y en su humildad y mansedubre hallamos nuevos encantos y atractivos que nos llevan hacia Él, á fin de bendecirle y adorarle, y de poner á sus piés todo nuestro afecto.

Dulcísimo es para nosotros pensar en la mansedumbre y humildad de Jesucristo. Él nos ha dicho: Al que viniere á mí no le desecharé, pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha

(1) Ps. XLIV, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enviado; y la voluntad de mi Padre que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que á todos les resucite en el último día (1). Tales palabras nos inspiran una confianza sin límites en la bondad de Nuestro Señor dulcísimo, y son además un testimonio brillante de su humildad incomparable.— No desecharé al que á mí viniere; y si el que llega á Jesús es un pecador abominable, que se ha manchado con los más horrendos crímenes, ¿no le alejará de su presencia el buen Jesús, y aquel hombre, contemplando sus grandes delitos, no tendrá que temer una funesta repulsa? Jesús bajó del cielo para salvar los pecadores, y vino á llamarlos á la penitencia; y es tan grande la bondad del Divino Salvador, que nadie tiene que temer el ser arrojado de su presencia si viene humilde y contrito en busca del perdón. Las misericordias de Jesús no tienen número, y su bondad es infinita.

He descendido del cielo para hacer la voluntad de mi Padre, que quiere que todos los hombres se salven. He ahí cómo el humildísimo Jesús ofrece toda la gloria á su Divino Padre. Quiere nuestro dulcísimo Señor ocultarse del todo á nuestros ojos; es el enviado del Padre, y viene á cumplir su voluntad. De esta manera quiere que demos toda la gloria al que lo ha enviado; que al Padre demos gracias por su voluntad amable y generosa de salvarnos. Mas

(1) Joan., VI, 37-39.

no, no hemos de olvidar al buen Jesús: amaremos al Padre como á su eterno Principio, como á Aquel de quien todo lo ha recibido, y amaremos asimismo al Hijo divino que tiene con su Padre la misma voluntad, la misma esencia; y á uno y á otro hemos también de adorar y bendecir por el gran beneficio de la redención humana; y de esta suerte todo será para el Padre, y todo será para el Hijo.

¿Quedó vencida la humildad de Jesucristo? De ninguna suerte. Quedó coronada de honor y gloria, y nosotros quedamos rendidos de amor y de ternura; y al admirarla con todo el entusiasmo de nuestra alma, le pedimos que nos haga participantes de ésta su amadísima virtud, para ser agradables á sus ojos.

Contemplemos ahora la mansedumbre de nuestro amadísimo Jesús. Es admirable el esplendor de su belleza, y cuando en tal virtud ponemos los ojos, quedan llenas de dulzura nuestras almas. Cuando maldecían al Señor, dice San Pedro, no contestaba con maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas; antes bien, se ponía en manos del que le sentenciaba injustamente (1).

Pensemos en Él y recordemos que en su santísima Pasión fue coronado de espinas, escupido, abofeteado, y que sus enemigos le escarnecían ignominiosamente, adorándole por burla y diciéndole: Dios te salve, Rey de los judíos (2);

(1) I. Ep. II, 23.
(2) Math., XXVII, 27-30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le desnudaron de sus vestidos y le cubrieron con un manto de grana y le pusieron en su mano derecha una caña, como Rey de burlas; y entre tanto, el mansísimo Jesús no profería una palabra; y si tuvo que hablar sobre la cruz, fué para rogar al Padre que perdonase á los que tanto habían escarnecido al que era su Hijo Unigénito. Si pensanda en esto quedamos sorprendidos de tanta mansedumbre, quedamos también enternecidos, y nuestros labios prorrumpen en bendiciones y alabanzas y en acción de gracias á nuestro dulcísimo Señor, al Cordero de Dios, mansísimo y humilde, á quien corresponde todo honor y gloria.

La humildad y mansedumbre de Jesucristo son para nosotros camino, verdad y vida; nos llevan á Dios; hacen que el Padre celestial nos revele sus secretos y nos comunique los tesoros de su gracia. Preciso es el ser mansos y humildes de corazón, si queremos andar por los caminos de Dios, conocer su verdad y alcanzar la gloria; y ¿cómo no esforzarnos por adquirir estas virtudes, cuando el Dios de la majestad y la grandeza descendió de los cielos y se dignó decirnos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?

¡Oh buen Jesús!, por el amor de estas santas virtudes, comunicadlas á nuestro espíritu á fin de ser agradables á vuestros ojos, y reinad en nosotros por medio de la mansedumbre y la humildad. A Vos sea toda gloria para siempre. Amén.

CAPÍTULO VI

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE NUESTRO AMADO

I

Iré á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (1). Así habló Moisés al ver que en el monte Horeb una zarza estaba ardiendo y no se consumía; nosotros, al contemplar el santísimo Corazón de Jesucristo, no veremos la zarza de Moisés, sino únicamente el incendio de vivísimas llamas de un amor que nunca se consume. Jesús ama á su divino Padre y ama también á los hombres, sus hermanos; pensemos un instante en esos dos amores, que tienen un mismo origen y que á Dios nos llevan para descansar en Él con una felicidad incomparable.

El Hijo de Dios, Jesucristo, ama á su eterno

(1) Exod. III, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le desnudaron de sus vestidos y le cubrieron con un manto de grana y le pusieron en su mano derecha una caña, como Rey de burlas; y entre tanto, el mansísimo Jesús no profería una palabra; y si tuvo que hablar sobre la cruz, fué para rogar al Padre que perdonase á los que tanto habían escarnecido al que era su Hijo Unigénito. Si pensanda en esto quedamos sorprendidos de tanta mansedumbre, quedamos también enternecidos, y nuestros labios prorrumpen en bendiciones y alabanzas y en acción de gracias á nuestro dulcísimo Señor, al Cordero de Dios, mansísimo y humilde, á quien corresponde todo honor y gloria.

La humildad y mansedumbre de Jesucristo son para nosotros camino, verdad y vida; nos llevan á Dios; hacen que el Padre celestial nos revele sus secretos y nos comunique los tesoros de su gracia. Preciso es el ser mansos y humildes de corazón, si queremos andar por los caminos de Dios, conocer su verdad y alcanzar la gloria; y ¿cómo no esforzarnos por adquirir estas virtudes, cuando el Dios de la majestad y la grandeza descendió de los cielos y se dignó decirnos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?

¡Oh buen Jesús!, por el amor de estas santas virtudes, comunicadlas á nuestro espíritu á fin de ser agradables á vuestros ojos, y reinad en nosotros por medio de la mansedumbre y la humildad. A Vos sea toda gloria para siempre. Amén.

CAPÍTULO VI

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE NUESTRO AMADO

I

Iré á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (1). Así habló Moisés al ver que en el monte Horeb una zarza estaba ardiendo y no se consumía; nosotros, al contemplar el santísimo Corazón de Jesucristo, no veremos la zarza de Moisés, sino únicamente el incendio de vivísimas llamas de un amor que nunca se consume. Jesús ama á su divino Padre y ama también á los hombres, sus hermanos; pensemos un instante en esos dos amores, que tienen un mismo origen y que á Dios nos llevan para descansar en Él con una felicidad incomparable.

El Hijo de Dios, Jesucristo, ama á su eterno

(1) Exod. III, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y divino Principio, que es el Padre, con infinito y eternal amor. Su Padre es la fuente de la vida, y ese Hijo vive por el Padre, y por esto las llamas del amor que abrazan el Corazón de Jesucristo no lo consumen; que antes bien son fuentes de eterna vida.

La hermosura del Padre es infinita, y su Hijo la contempla en toda su grandeza; nada se oculta ni puede ocultarse á las miradas del Verbo de Dios; sabiduría eterna, que comprende cuanto hay en el Padre: eternidad, omnipotencia, bondad infinita; y no sólo esto, sino que están en el Hijo todos los tesoros del Divino Padre; y si este Padre se complace en su Verbo Divino, también este Verbo tiene sus dulces complacencias en su amado Padre. ¡Qué amor tan puro y ardiente abrasa el Corazón del Hijo! Tiene ese amor una fuerza divina que nunca desfallece; una dulzura infinita; santísimas delicias que no podemos comprender; y el Hijo oye eternamente de labios de su Padre estas palabras divinas: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; y es uno mismo con su Padre. La gloria del Hijo es santa y adorable, pues su divino Principio todo le ha comunicado; y brillan en el Hijo la santidad y la hermosura, la majestad y la grandeza que brillan en el Padre, de quien todo lo tiene.

Vivo por el Padre. Palabra es esta llena de grandeza, de una profundidad incomprensible, y que, sin embargo, nos revela un amor infinito en el Hijo de Dios á su Divino Padre.—¿Qué

es la vida del Hijo en el seno de su Padre? ¡Oh misterio santo y adorable! Es la contemplación eterna de la verdad y la hermosura, y la justicia y las perfecciones todas del Divino Padre; y esa vida es infinito y soberano amor; pues Dios es caridad dulcísima, invariable y sagrada; fuego inextinguible, suavísima delicia y descanso santo y adorable del Hijo de Dios en su divino Principio.

Al pensar en la bondad, en la hermosura y en las demás perfecciones del Padre celestial, el alma suspira llena de amor y de ternura. ¡Ay, y quién pudiera amarle con infinito y soberano amor! Y conociendo que es imposible el amar á su Dios de esa manera, se siente llena de tristeza y desfallece de amargura y pena; mas después de un instante se acuerda del Hijo de Dios, y en gozo cambia aquellos sentimientos que tanto la angustiaban; hay quien ame al Padre con un amor dignísimo, y cual tiene que ser amado el Dios de la majestad y de la grandeza: el Hijo divino que vive en su seno y que es un mismo Dios con Aquel que le ha engendrado en los resplandores de la santidad, antes que brillase el lucero de la mañana. Bendito sea el Hijo de Dios que así ama á su Padre, exclama aquella alma, que asimismo bendice al Padre celestial.

El amor del Hijo á su Divino Padre sírvenos también de gran consuelo cuando pensamos en las ofensas que sin cesar recibe de los hombres. Si nuestras buenas obras, si nuestro amor á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios no ahogan en sus méritos, por decirlo así, aquellas ofensas y nuestras propias debilidades, el amor eterno, infinito y sagrado del Hijo al Padre aventaja sin medida alguna en delicia y gloria, y en honra divina, á todas las injurias que el pecado infiere á la majestad y á la grandeza del Señor. He aquí por qué en las santas amarguras de nuestra alma tenemos que pensar, una y otra vez, en el amor del Hijo á su Divino Padre. El mundo le desprecia, mas el Hijo le ama, y el Padre se complace en su Hijo divino. El mundo le abandona y se aleja más y más de Dios, y el Hijo, á quien ama, vive y vivirá siempre en su seno, y descenderá del cielo para dar una gloria soberana á su divino Principio, é inclinará la inconmutable deidad ese Verbo de Dios hasta hacerse hombre por nosotros. Tal es nuestra dicha, la paz y el consuelo que llenan nuestras almas, pensando en el amor del Hijo á su Divino Padre; esto es lo que alienta y fortalece nuestro espíritu en los trabajos que emprendemos por su gloria; lo que hácenos pensar en Él á cada instante: el amor del Hijo al Padre, Hijo que ha venido al mundo para encender en él el fuego del amor divino.

Santa es, en verdad, la tristeza que infunde en nuestras almas ese amor por causa de los pecados de los hombres, mas no ha de llegar al desaliento, á la inacción; si á pesar de todo nuestro celo no volvemos á Dios toda la gloria que el pecado le roba, no caigamos de ánimo

ni crucemos las manos; pongamos los ojos en el amor del Hijo de Dios á su Padre y en la gloria infinita que de su Hijo recibe, y sigamos trabajando sin descanso por la causa de Dios; si nada conseguimos, humillemos nuestro espíritu, y reconozcamos que somos muy indignos de servir á Dios, de amar al soberano y altísimo Padre, á quien ama el Hijo con un amor infinito y eterno; y este es el consuelo, y este el dulcísimo gozo de nuestras almas.

Hemos dicho que en el Corazón amoroso de Jesús sólo hay llamas de divino amor á su Padre celestial y á nosotros, hijos adoptivos del Eterno y hermanos de Jesús; pensemos, pues, en el amor que nos tiene nuestro Hermano primogénito.

¿Cómo es que no se consume la zarza en medio de llamas tan ardientes? Si esas llamas simbolizan el amor del Corazón santísimo de Jesucristo, ¿por qué no pensar que las espinas de la zarza simbolizan nuestras culpas? Pues he ahí la maravilla del amor que nos tiene Jesús; siendo, como es, la pureza, y teniendo un odio infinito al pecado, descendió de los cielos para salvar á los pecadores.

¡Oh, y cuánto hizo con tal objeto durante su vida mortal; y cómo, aun despues de ésta sigue haciendo lo mismo y lo hará hasta la consumación del mundo! Su amor no desfallece, no siente el cansancio, y aunque las culpas de los hombres sean gravísimas y aumenten día por día, con todo eso siempre quiere salvarnos, y una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y otra vez les llama con el más tierno y delicado amor, les habla al corazón y les prodiga los tesoros de su gracia. ¡Qué amor tan generoso y tan paciente! Y si esto admira y no hallamos cómo pueda explicarse, la obstinación y la dureza de los mismos hombres y la resistencia que presentan á la gracia de aquel amorosísimo Señor, nos sorprende y deja confundidos. ¿Por qué nosotros mismos no nos hemos rendido al amor de Jesucristo; por qué á pesar de todas sus misericordias todavía caminamos por las sendas del pecado? Y el pecado no es sino el grande enemigo de nuestras almas; es nuestra mayor desgracia. ¡Ay de nosotros si el amor de Jesucristo no consume esas espinas de que hablamos, y que hasta ahora han herido con tanta crueldad su Corazón divino! Sí, le han herido, porque al que es manso y humilde de corazón, al que es santísimo por su misma esencia, le ofenden y le lastiman la ira y la soberbia, la impureza y tantas otras culpas con que nos manchamos con muchísima frecuencia. No, no lastimemos en adelante un Corazón tan dulce y tan lleno de bondad para con nosotros; que su amor consuma nuestras culpas y nos abrase enteramente con sus vivas llamas.

II

Yo ví, nos dice San Juan en su Apocalipsis, que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como inmolado... el cual vino y recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio; y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, y cantaban un cántico nuevo diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro y abrir sus sellos, porque tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos, y naciones (1).— Jesucristo ha revelado al mundo los secretos de Dios, y ha abierto, para nuestro bien, el libro de su propio conocimiento; mas todo lo que nos ha revelado del Padre celestial y lo que de sí mismo nos ha dicho, no solamente contiene altísimas verdades, sino un amor ardiente, fuego de inextinguible caridad en que quiere abrasar al mundo entero. En efecto; la palabra del Maestro divino es viva y eficaz, y penetra hasta el fondo del alma, y la conmueve, y la enamora de su enseñanza sublime y en verdad celestial.

(1) _V, 6-9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando nos habla de la Providencia del Divino Padre lo hace con tan expresivas palabras, que, desde luego, despiertan en el alma el amor, la gratitud, la confianza y los más elevados sentimientos; mirad las aves del cielo, nos dice; no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas? Y ¿quién de vosotros, á fuerza de discurrir, añadirá un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo en toda su hermosura y lozanía: ellos no labran ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió como uno de ellos; pues si á una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así es que no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber; dónde, con qué vestirnos? Esto hacen los paganos que andan ansiosos en pos de todas esas cosas; mas vuestro Padre celestial bien sabe la necesidad que de ellas tenéis.—¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto? y, no obstante, ninguno de ellos caerá en tierra sin que vuestro Padre lo disponga. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (1); ni un cabello de vuestra cabeza se perderá (2).

(1) Math., VI, 26-32 —X, 29, 30.
(2) Luc. XXI, 18.

Si Jesús nos habla de la misericordia de su Divino Padre, nos la presenta dulcemente inclinada hacia nosotros. Pedid y recibiréis, nos dice; buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se le abrirá. Que si entre vosotros un hijo pide pan á su padre, éste ¿le dará una piedra? ó si pide un huevo ¿le dará un escorpión? Y si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿no dará vuestro Padre, que está en los cielos, el espíritu bueno á los que lo piden? (1).

La bondad de Dios nos lo presenta derramando sus beneficios con admirable largueza. El Padre celestial hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, y derrama la lluvia sobre los justos y los pecadores (2). Del amor que ese Padre nos tiene, nos dice una palabra que vale un tesoro, como todas las que salieron de los labios de Jesús: Va llegando el tiempo, nos dice, en que ya no os hablaré en parábolas, sino que, abiertamente, os anunciaré las cosas del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre y no os digo que interceré con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creido que yo he salido de Dios (3).

Al dársenos á conocer á sí mismo, nos revela

(1) Luc. XI 9-13.
(2) Math. V, 45.
(3) Joann. XVI, 25-27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús, con dulcísimas palabras, el amor que nos tiene. La brillantísima prueba de ese amor que el Padre nos tiene, la ha revelado Jesucristo en estos términos: Así amó Dios al mundo, que no paró hasta darle á su Hijo Unigénito... y no lo envió para condenar al mundo, sino para que por medio de ese Hijo el mundo se salve. Creéis en Dios, nos dice, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... yo voy á preparar lugar para vosotros; y cuando habré ido y os habré preparado ese lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.—Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor... Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando... Os he llamado amigos por haberos dado á conocer cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo os he elegido á vosotros, y os he destinado para que vayais por todo el mundo, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero, á fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la conceda (1).

Así es como enseña el Maestro divino lo que el Padre nos ha dado; así es como encierra en toda su enseñanza tesoros de amor. No es así como enseñan los hombres; mas Él es el Hijo de Dios que vino á enseñarnos una ciencia divina de verdad y gracia, de luz y de amor.

(1) Joann. XIV, 1-3.—XV, 9, 14-16.

Al pensar en la enseñanza del dulcísimo Jesús, tenemos que exclamar: sus palabras son de vida eterna; la gracia está derramada en sus labios. Vida eterna es conocer á Dios y á su Hijo á quien Él envió; y la gracia divina se derramó sobre los hombres al aparecer en el mundo el enviado del Padre.

Al oir la enseñanza de Jesucristo, descansamos dulcemente á los pies del Padre celestial. Él es el mejor de todos los padres; su misericordia es infinita; su bondad dulcísima, y el amor que nos tiene excede todo entendimiento.—Lo que Jesucristo dice de sí mismo nos descubre que es todo amor, todo corazón para nosotros. Como olvidado de sí mismo, piensa y trabaja de continuo en nuestra salvación; sus palabras divinas son como dardos de encendido amor que hieren nuestras almas y las abrasan en el fuego de su santa caridad. Tenemos que rendirnos y ser enteramente suyos; tenemos que amarle con todo nuestro afecto.

¡Oh Jesús dulcísimo! que no haya un solo instante en nuestra vida en que lleguemos á olvidaros; que á Vos se dirijan sin interrupción todos los suspiros de nuestra alma; vivid y reinad en nosotros para siempre. Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII

LA PASIÓN DE JESUCRISTO

I

Hemos visto, decía Isaías hablando del futuro Redentor de los hombres, hemos visto al que ha de venir, y nada hay en Él que atraiga nuestros ojos ni llame la atención; le hemos visto despreciado y como el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado... tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados, y cargó con nuestras penalidades; nosotros le reputamos como á un leproso y como á un hombre herido por la mano de Dios y humillado, siendo así que fue llagado por nuestras iniquidades y despedazado por nuestras culpas. El castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios descargó sobre El, y con sus cardenales fuimos curados... fue

ofrecido porque Él mismo lo quiso, y no abrió su boca para quejarse; será conducido á la muerte como la oveja al matadero, y no abrirá su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila (1).—David, en persona del Divino Redentor, dijo lo siguiente: Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza... han taladrado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos (2). Todo esto se cumplió fielmente en Jesucristo Nuestro Señor; así nos lo prueba la historia de su santísima Pasión.

Al contemplar las humillaciones profundísimas de Jesucristo y la grandeza de sus sufrimientos, preguntamos, como fuera de nosotros mismos, sobrecogidos de indecible asombro: ¿no es El, por ventura, el esplendor del Padre y la imagen de su substancia, que todo lo sustenta y lo rige con su palabra omnipotente; heredero universal de todas las cosas; por quien fueron creados los siglos y que está sentado á la diestra de la Majestad, en lo más alto de los cielos? ¿No es el mismo Jesucristo el objeto dulcísimo de las complacencias del divino Padre? Hay, pues, en las humillaciones del Hombre Dios misterios de infinita grandeza: allí están su obediencia al Padre y su amor á los hom-

(1) LXXX, 2-7.
(2) Ps. XXI, 7, 8, 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres. Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y se entregó á la muerte por salvarnos.

La grandeza infinita del Hijo de Dios que inclina la inconmutable Deidad hasta hacerse hombre y padecer por nosotros, descúbrenos, sin duda, un amor que nos es del todo incomprensible, que excede todo entendimiento. Cual si pudiera olvidarse de sí mismo, así se consagra al bien de sus hermanos; y no hay momento en la vida del Dios Redentor en que llegue á olvidarnos; esa vida preciosa será sacrificada para darnos la salud eterna.

¿Es por ventura la violencia, ó una necesidad imprescindible las que le llevan á la muerte? Mi Padre me ama, nos dijo el mismo Jesucristo, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad y soy dueño de darla y dueño de recobrarla (1). Su sacrificio, pues, nos revela una generosidad amorosísima y que tiene que rendirnos á su amor. Nuestro bien; esto es lo que tenía delante de sus ojos el Divino Redentor al dar su vida por nosotros. Muertos por el pecado y cautivos por el demonio, quería nuestro amadísimo Jesús volvernos á la vida y restituirnos la perdida libertad; y vino del cielo y se sacrificó y murió en la cruz para darnos la vida y dárnosla con abundacia; y nos volvió esa libertad, comprándonos con el precio

(1) Joann. X, 17, 18.

de su sangre. Somos, pues, de Jesús, y por Él todas las cosas son nuestras, decía el Apóstol; el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro, todo es nuestro; nosotros, empero, somos de Cristo (1); y ¿cómo no serlo, cuando Él quiso ser nuestro hermano y fue, y es y será todo para nuestro bien? Ni hay, realmente, bien alguno fuera de Él que pueda hacernos felices. Por Él hemos sido reconciliados con el Padre; ni hay otro alguno, sino Jesús, por quien podamos obtener la salvación.

Somos de Jesús; ¡qué palabra tan dulce, tan llena de consuelo para nuestras almas! y lo somos porque Él ha querido; y á fin de llevar adelante esa su amorosa voluntad, dió su vida por nosotros; el amor que nos tuvo le condujo al sacrificio; y este sacrificio, de una humillación incomparable y de acerbísimos dolores, nos está diciendo cuánta fue la grandeza de su amor para con nosotros. ¿Dejaremos de rendirnos á su dulce imperio? y ¿quién, entonces, tendrá que llevar en pos de sí nuestros afectos? Allí están el mundo y las pasiones: el primero con sus vanidades y miserias, y las segundas con sus ignominias y desgracias. Si el mundo nos lleva en pos de sí ó si nos esclavizan las pasiones, Jesús podrá decirnos: ¿con quién me habéis comparado; ó, á qué cosa me habéis igualado? Alzad vuestros ojos á los cielos y considerad quién crió y quién hace marchar

(1) I. Cor. III, 22, 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con todo orden perfecto el ejército de las estrellas; quién llama á cada una por su nombre sin que se queden atrás; tal es la grandeza de mi poder, de mi fuerza y virtud (1).—Dos maldades ha cometido mi pueblo: me ha abandonado á mí, que soy fuente de agua viva, y ha ido á fabricarse aljibes rotos, que no pueden retener las aguas (2). Tales palabras, tan tiernos reclamos, nos cubrirían de confusión y de vergüenza, nos harían llorar de amarga pena. No, jamás dejaremos el amor de Jesús, y al verle enclavado en un madero, coronado de espinas y derramando su sangre preciosa, tendremos que exclamar llenos de ternura: nadie como Él merece nuestro amor; ninguno ha dado su vida por salvarnos; nos ha comprado con el precio de su sangre; seremos siempre de Él; arrojándonos á sus divinos pies, lloraremos allí nuestros pecados, y los inmensos dolores que el Señor padeció por nosotros herirán nuestras almas, y la compasión más tierna y amorosa nos hará sumergir en el océano de sus amarguras; lloraremos porque también Él lloró, y nuestras serán todas sus penas.

Al dejar el mundo y sus placeres por el amor de Jesucristo Nuestro Señor, no tendremos de qué gloriarnos, ni creeremos haber hecho alguna cosa de que podamos envanecernos. Si lo hemos hecho ha sido por la gracia con que se

(1) Isa. XL, 25, 26.
(2) Hierem. II, 13.

dignó prevenirnos el Señor, y no es Él quien necesita de nosotros, y nosotros sí necesitamos de su Majestad. La gracia que se nos ha dispensado, nos obliga por sí misma para con Dios Nuestro Señor; porque es ella don excelentísimo de su gran misericordia, y nos revela la grandeza del amor que Dios nos tiene. Esa gracia también nos humilla; porque no se nos ocultan la resistencia y los obstáculos que una y otra vez hemos puesto á sus inspiraciones. Son, pues, la gratitud y la humildad los ricos frutos que debemos recoger al convertirnos á Dios Nuestro Señor; la gratitud nos hará bendecir la gloria de su gracia, y la humildad atribuirle, solamente á Él, el honor y la gloria, reservando para nosotros la confusión y la vergüenza; porque sólo Él es Dios, es el Señor y el Altísimo que se ha dignado poner en nosotros sus ojos de misericordia, de bondad y gracia.

II

Al pensar en los padecimientos del Divino Redentor, desde luego, su majestad infinita, su adorable grandeza, que no pueden abarcar los cielos de los cielos, nos llenan de asombro, revelándonos, en parte, el amor que nos tiene.

En seguida la santidad y la pureza del que es santo por su misma esencia, se nos dejan ver vestidas de luz y resplandecientes de belleza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Cómo es, decimos entonces, que Jesucristo ha tomado sobre sus espaldas la terrible y ominosa carga de nuestros pecados? Tal es su amor dulcísimo para con nosotros: ese amor todo lo puede, y ha realizado para nuestro bien las obras más grandiosas de la divina misericordia. Ese amor ha obligado al Hijo de Dios hecho hombre á tomar sobre sí nuestras maldades, acercándose á éstas cuanto era posible, sin mancharse con ellas, y sólo para satisfacer por las mismas á la justicia del Eterno y alcanzarnos la divina gracia.

Contemplemos un instante siquiera, oprimido con el peso de nuestras culpas á nuestro dulcísimo Señor. Se presenta á los ojos de su Padre como responsable de todas esas culpas, y tendrá que sufrir los castigos de la divina justicia. Jesucristo, que es la misma santidad y el objeto de las complacencias de su Padre, está cubierto de la ignominia del pecado, y su Padre tendrá que castigarle. Aquella inocencia perfectísima del buen Jesús, ¿no exhalará tristísimos gemidos de dolor, y no quedará sumergida en un océano de amargura? Allí están el pavor, el tedio y la tristeza que inundan el alma de Jesús, y le ponen en agonía dolorosísima. Triste está mi alma hasta la muerte, tiene que exclamar el Hombre Dios; y su aflicción incomparable le hace sudar como gotas de sangre que corren hasta la tierra. ¿Por qué al pensar en esto no lloramos la gravedad de nuestras culpas; por qué no acompañarle en su agonía? ¡Ay

de nosotros, que tanto hemos afligido su Corazón amorosísimo! Él que es la misma inocencia y no conoció el pecado, así se aflige y llora por nuestras maldades; ¿dejaremos nosotros de llorarlas, nosotros que somos los culpables?

Las penas y dolores del Señor á la luz de su inocencia incomparable, nos inspiran para con su Majestad la más delicada y tierna compasión. ¡Hasta dónde llegarían las amarguras en su alma, tan sensible y amorosa y tan llena de inocencia y de pureza! Todo lo sufrió por nuestras culpas; ¿dejaremos de amarle? Este es el punto adonde nos conducen la compasión que nos inspiran las penas y amarguras de Jesús: á su santo amor; este amor nos encadena y hace, por decirlo así, una santa violencia á nuestras almas. Veamos hasta dónde ha llegado por hacernos bien, y cómo nos revela su generosidad y su grandeza. Si ha tomado sobre sus espaldas nuestras culpas, al mismo tiempo nos guarda en su divino Corazón y nos libra de los castigos de la divina justicia. Caerán sobre Él esos castigos, pero sus hermanos, sus hijos muy queridos, serán perdonados, y alcanzarán por la pasión y muerte del que tanto se ha dignado amarles, la reconciliación y la vida, todas las gracias del Señor.

Jesús padeció por nosotros. Somos unos miserables; nada tenemos de nosotros mismos, y nuestras culpas nos han hecho dignos de los eternos castigos. ¿Qué ha visto en nosotros el Hijo de Dios que no sólo se ha hecho nuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hermano, sino también ha querido padecer y morir por nuestra eterna salud? Si considerásemos cuánta es la fealdad de la culpa y cuánto la aborrece el que es la misma santidad, descubriríamos algún tanto la grandeza del amor que nos tiene Jesús, y este amor al mismo tiempo sería para nosotros más y más inexplicable.

Negar á Dios la obediencia que se le debe, desconociendo el supremo dominio que tiene sobre sus criaturas, y rebelarse contra la majestad excelsa y soberana despreciando su infinita grandeza y su adorable poder, es, sin duda, una culpa gravísima que tiene que atraer la indignación del Eterno, y que tendrá que ser castigada con interminables penas. ¡Cuánta ignominia y qué malicia tan abominable encierran nuestras culpas! Si agregamos á esto los incontables beneficios que Dios derrama sobre sus criaturas, aquella ignominia y la malicia de que hemos hablado se nos presentan con tal deformidad, que nos llena de espanto y nos causa un horror indecible. Después de esto, ¿podremos explicarnos que el Hijo de Dios se haya dignado tomar sobre sus hombros nuestras culpas y padecer por nosotros, si no nos acordamos que su bondad es infinita, que su amor excede todo entendimiento, que son innumerables sus misericordias y que son sobre todas sus obras?

Desde este punto de vista, el amor de Jesús hacia nosotros nos descubre todos sus encan-

tos, y se nos presenta con una hermosura que rinde y cautiva nuestras almas. La gratitud y la humildad se nos acercan y nos dicen: debéis agradecer el incomparable amor que Jesús os manifiesta al padecer por vosotros; debéis humillaros, confundiros en su divina presencia. Pídenos la gratitud una fidelidad á toda prueba; que velemos sin descanso sobre nosotros mismos; que nunca admitamos la más ligera falta, y que hagamos todo esfuerzo á fin de agradar á Dios Nuestro Señor en todas nuestras obras. ¿Qué haré para servir; qué haré para agradar al que quiso padecer por mi amor? Esto es lo que tiene que decir cada uno de nosotros, y este el deseo que debe animarle, y pondremos los ojos en nuestras propias faltas para evitarlas en lo sucesivo.

Al humillarnos delante del Señor por nuestras grandes culpas, el amor no tendrá que abandonarnos, sino al contrario, sentiremos que sus purísimas llamas se avivan más y más en nuestro corazón. ¡Cómo no amar con el más acendrado cariño al buen Jesús, que, sin embargo de todas nuestras culpas, nos ha mostrado un amor tan generoso, tan lleno de paciencia y de dulzura! Que colme de favores á los que han conservado la inocencia, y fije en ellos sus divinos ojos llenos de bondad, podemos explicarlo; porque Él ama la inocencia y la pureza; mas también se vuelve á los que somos miserables pecadores, y se digna tratarnos con una bondad tan indulgente, y derrama en nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tras almas tantas gracias y misericordias, que ni podemos llegar á comprenderlas, ni hay palabras con que puedan encomiarse dignamente.

Bendito sea Él; que Él mismo ensalce y glorifique la magnificencia de su amor divino para con nosotros, y las gracias y misericordias con que se ha dignado enriquecernos después de nuestras culpas; que su pasión y muerte sean glorificadas para siempre. Amén.

¡Oh buen Jesús, que tanto padecísteis por nosotros!, no permitais que lleguemos á olvidar vuestros dolores; sean éstos como un manojito de mirra que traigamos siempre en el pecho. Que vuestras humillaciones nos llenen de paz y de consuelo cuando seamos humillados, y las amarguras que gustasteis por nosotros suavicen todas nuestras penas. Humillado, sufriendo terribilísimos dolores y siempre amándonos, enseñadnos con el ejemplo, y haced que sigamos vuestras santísimas pisadas, pues sois nuestro Maestro y vinisteis á enseñarnos el camino del cielo, y no ignoramos que si padecemos, con Vos seremos glorificados. Padecer con Vos, sufrir por vuestra causa, he aquí nuestros deseos, he aquí también nuestra gloria; y al sentirnos oprimidos bajo el peso del dolor, á fin de alentarnos, nos acordaremos de los azotes que desgarraron vuestras santísimas espaldas, de las espinas que coronaron vuestra frente, de los clavos, de la hiel y del vinagre, y de la cruz en que morísteis por nosotros, y arrojándonos

á vuestros pies santísimos os diremos: Vos sois nuestro amor; estais crucificado; aquí nos tenéis, oh buen Señor; nadie nos separará de vuestra cruz; ésta será nuestro consuelo, será nuestra delicia, y en ella moriremos para reinar con Vos eternamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

JESUCRISTO VIVIENDO EN LA DIVINA EUCARISTÍA

I

Acerquémonos al Tabernáculo sagrado, donde se halla Jesús por nuestro amor. ¡Qué vida la suya tan santa, tan llena de misterios y de inefables delicias! Él es la santidad por esencia; se oculta á nuestras miradas; descansa dulcemente en el seno de su Padre. Esto es en lo que vamos á ocuparnos.

El templo de Dios es santo; así lo sabemos, Dios lo ha dicho y no podemos dudarlo. Si esto es así, ¿cual tendrá que ser, y en efecto lo es, la santidad de la vida de Jesús que reside en el Tabernáculo, de ese dulcísimo Señor que es la gloria del templo y la causa de la santidad de este mismo?

La vida de Jesús viene de Dios: el Padre tiene en sí mismo la vida, y ha dado al Hijo

tener la vida en sí mismo (1).—Esta vida de Jesús en el misterio de nuestros altares está consagrada á la gloria del Padre y al amor de los hombres. El divino Salvador, en ese misterio, presenta al Padre la ofrenda que le es más agradable; porque la Eucaristía es el sacramento de la pasión de Cristo, según que el hombre es perfeccionado en su unión con Jesucristo, que padeció por salvarle, y recuerda su santísima muerte en cuanto el mismo Jesucristo que ha padecido se nos da como convite pascual, según estas palabras de San Pablo: Jesucristo, que es nuestro Cordero pascual, ha sido inmolado por nosotros (2).– Esa ofrenda preciosa es de humildad, de obediencia y de amor; porque el Hijo de Dios se anonadó á sí mismo, obedeció al Padre y dijo estas dulcísimas palabras: Conozca el mundo que yo amo al Padre y que cumplo con lo que me ha mandado (3).

No podemos concebir una vida más santa y perfecta, alimentada de Dios, llena de Dios y ocupada enteramente en la divina gloria. Está admirable santidad descubre nuevos encantos y bellezas, si pensamos que Jesucristo en la divina Eucaristía no se olvida ds nosotros: ruega sin descanso á su divino Padre por la salud de los hombres. ¡Oh qué plegarias son las del Hijo

(1) Joann., V, 26.
(2) I Cor. V, 26.—D. Thom. 3 p. q. LXXIII, a. III, ad III —Q. LXVI, a. IX.
(3) Joann. XIV, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Dios tan ardientes, tan llenas de amor y de ternura! Presenta sus méritos divinos, su pasión y muerte al Eterno, que se inclina dulcemente á nosotros por Aquel su Hijo muy amado, que es la reconciliación del mundo y el supremo mediador entre Dios y los hombres.

¡Con cuánta dulzura le contemplan nuestros ojos al través de los cándidos velos que nos le ocultan en la Eucaristía! Es nuestra fe la que ahí le descubre. Es muy grande el interés que tiene por salvarnos; así nos lo prueban los ardientes ruegos que eleva por nosotros; parécenos oir estas palabras que en otro tiempo salieron de sus labios: *Pro eis ego sanctifico meipsum.* Yo por el amor que tengo á mis hijos me santifico, me ofrezco por víctima á mí mismo, para que sean santificados en la verdad; y no ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación (1).

Tal es la vida de Nuestro Señor amorosísimo en el Sacramento del altar: la gloria de su Padre y nuestro bien; y el que dijo que su alimento era hacer la voluntad de su Padre, vive en la divina Eucaristía, cumpliendo aquella voluntad santísima, que es gloria divina, dulzura inefable y rico manantial de bondad y gracia para nosotros.

De la santidad de la vida eucarística, pasamos á ocuparnos en sus divinos misterios, ó sea

(1) Joann., XVII, 19, 20.

en algunas maravillas que en aquella podemos contemplar.

Todo Jesucristo está en la Eucaristía. Por fuerza del sacramento está bajo las especies del mismo aquello en que directamente se convierte á substancia preexistente del pan y del vino, según se significa por las palabras de la forma que son efectivas en este sacramento, como en las demás mutaciones. Por concomitancia natural está en él aquello que realmente está unido á la cosa en que se termina la predicha conversión; porque si dos cosas están realmente unidas, adecuadamente y con mutua dependencia, donde quiera que la una exista realmente es menester que exista la otra; pues las cosas que están realmente unidas se distinguen por sólo la operación del alma (1). Además, debe tenerse por certísimo que todo Jesucristo está bajo una y otra especie del sacramento, pero de una manera diferente; porque bajo la especie de pan está el cuerpo por la fuerza sacramental y la sangre por conexión natural y concomitancia real; mas bajo las especies del vino está la sangre del Señor por fuerza sacramental, y su cuerpo por la misma conexión y concomitancia, como el alma y la divinidad, puesto que ahora la sangre del Señor no está separada de su cuerpo como lo estuvo en el tiempo de su muerte; por consiguiente, si entonces se hubiese celebrado este sacra-

(1) 3. p. q. LXXVI, a. I.—Billuart.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento, bajo las especies de pan hubiera estado el cuerpo del Señor sin la sangre, y bajo las especies del vino la sangre sin el cuerpo, tal como estaba real y verdaderamente (1). Además el cuerpo del Señor está en el sacramento por modo de substancia, esto es, por el modo con que la substancia está bajo las dimensiones, mas no por modo de estas, ó sea por el que la cantidad dimensiva de algún cuerpo está bajo la cantidad dimensiva del lugar. Toda la naturaleza de la substancia se encuentra bajo cada parte de las dimensiones que la contienen, como en cada parte de pan se halla la naturaleza de éste, é indiferentemente, ya estén divididas las dimensiones en acto, ó sólo sean divisibles en potencia. Por esto es notorio que todo Jesucristo está bajo cada parte de las especies de pan, aun permaneciendo íntegra la hostia (2).

El cuerpo del Señor no está en este sacramento según el modo propio de la cantidad dimensiva, sino más bien según el modo de la substancia; porque la substancia del cuerpo de Cristo sucede en este sacramento á la substancia del pan; y por esto, así como la substancia de éste no estaba bajo sus dimensiones localmente, sino por modo de substancia, así ni la substancia del cuerpo del Señor. Sin embargo, este cuerpo no es el sujeto de aquellas dimensiones, como lo era la substancia de pan; y por lo mismo, la substancia de éste por razón de sus dimensiones estaba allí localmente, puesto que se comparaba al lugar mediante aquellas dimensiones; mientras que la substancia del cuerpo del Señor se compara al lugar mediante dimensiones extrañas; de suerte, que sus propias dimensiones se comparan al lugar mediante la substancia, lo cual es contrario á la razón de un cuerpo localizado. Por consiguiente, de ningún modo el cuerpo del Señor está localmente en este sacramento. Sin embargo, si estar en un lugar se toma con más generalidad por estar realmente presente en él, de esta manera el cuerpo del Señor en la Eucaristía está en un lugar; pues en realidad está presente en el espacio en que están las especies (1).

¡Cuántas maravillas y grandezas! Extiende Jesucristo la mano de su omnipotencia, y nos descubre en esa maravilla de la Eucaristía el inmenso amor que nos tiene. Nos es indispensable prorrumpir en sus divinas alabanzas. Bendita su bondad, y bendito el amor que nos tiene.

Son sus delicias el estar con nosotros: ¿hallaremos fuera de Él nuestras delicias? Él no pasa ni engaña como el mundo; y mientras éste nos llena de desolación y de amargura, el amor de Jesús derrama en nuestras almas alegrías del cielo, delicias inefables que jamás fastidian y

(1) Id. a. 2.
(2) A. III, Id. a. V.—Silvio.

(1) Id. a. V.—Silvio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que son como el preludio de la inmensa dicha que reserva para nosotros en la gloria.

Las maravillas y grandezas que ostenta Jesucristo en la divina Eucaristía, son un verdadero paraíso de delicias: el amor que nos tiene le humilla hasta el extremo; siempre hallamos con nosotros á nuestro amadísimo Señor; ¿qué más queremos? Queremos serle agradecidos y pagar con nuestro amor el suyo; mas al pensar en esto el alma se llena de tristeza. Somos unos miserables, y nada vale nuestro amor si lo comparamos con el que Jesús nos tiene; por esto acudimos á Él y le pedimos algún don de los que guarda en sus tesoros, que en seguida tendremos que ofrecerle, y Él nos da su Corazón santísimo; y con este Corazón le amamos; y Él es la ofrenda con que hoy queremos pagarle sus bondades; es el tesoro que el mismo Jesús nos ha dado y hoy le ofrecemos á su santa gloria.

II

Las santas delicias de la vida de Jesús en la Eucaristía, son, en verdad, un misterio profundísimo y que no puede comprender la inteligencia humana. ¿Qué pasa entre Él y su Padre divino; qué pasa entre Él y nosotros? Jesucristo contempla á su divino Padre como á su eterno y santísimo Principio, de quien ha recibido cuanto tiene. ¡Qué complacencia la de ese Hijo

al ver en su Padre la vida, la luz, la verdad y la hermosura, la majestad y la grandeza, y los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y cuanto hay en ese Padre, que también lo hay en el Hijo porque el Padre se lo ha dado! El Padre tiene todas sus complacencias en ese Hijo, que es su imagen perfectísima, resplandor de su gloria, y que le es consubstancial.—Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado. Esto es lo que eternamente dice el Padre á su Verbo Divino.—Él me invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios y el autor de mi salud (1). ¡Qué delicias tan puras las del Padre y del Hijo; qué llama de amor tan ardiente; qué suavidad de inefable y eterna dulzura procede de entrambos! Bendita sea la gloria del Señor; bendito sea el Unigénito del Padre, que vive en su amoroso seno, y bendito sea también ese amor que une al Padre y al Hijo cual inviolable y sacrosanto lazo. Tenemos que adorar esas grandezas divinas, y pensar en ellas con toda la humildad de nuestras almas y en el recogimiento de la oración, si deseamos que el Señor nos ilumine y nos dé á gustar, en cuanto esto sea posible, las delicias de su vida eucarística.

¿Qué pasa entre Jesús sacramentado y nosotros? ¿Podremos juntar extremos tan distantes? Jesús ha descendido de los cielos para unirnos consigo, ha tomado nuestra carne y se ha dig-

(1) Ps. LXXXVIII, 26. *Ut homo est, Deum suum vocat, ut Deus est, Patrem.*—Calmet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nado llamarnos sus hermanos; toda su vida la ha consagrado á nuestro bien, y su amor ha hecho los últimos esfuerzos para obtener el nuestro. ¿Lo ha conseguido? Al oir esta pregunta la vergüenza cubre nuestro rostro, y suspiramos llenos de tristeza; todas nuestras culpas vienen á oprimirnos como una carga que nos es insoportable. Las resistencias á la gracia del Señor, con que tantas veces hemos contristado al Espíritu divino; nuestros descuidos en su santo servicio, y tantas otras faltas en que diariamente incurrimos, sellan nuestros labios, no nos dejan decir: todo lo ha conseguido de nosotros el Señor; y si lo dijésemos, nuestra propia conciencia tendría que desmentirnos.

¿Quién hay como Vos, dulcísimo Jesús, en el amor y en la fidelidad, y en todo lo bueno, y santo, noble y hermoso que atesora vuestro Corazón?—Este es el consuelo que nos queda al pensar en todas nuestras faltas: bendecir á nuestro Jesús querido, ensalzar su grandeza, publicar su gloria; porque Él solo es el santo, el Señor, el Altísimo á quien son debidas toda bendición y gloria.

Preguntamos de nuevo: ¿qué pasa entre Jesús y nosotros? Por parte de Su Majestad tenemos que en ese sacramento nunca llega á olvidarnos, aún más, ruega por nosotros á su Padre. ¡Oh Padre, le dice, yo te ruego por estos que creen en mí y que vienen á adorarme en el sacramento del altar! Y desde ese sacramento cuida sin descanso de todos nosotros; no dor-

mita ni duerme un instante, según la expresión de David; y no es esto solamente lo que hace nuestro Jesús por nosotros, sino además, con sagrada y misteriosa fuerza procura atraernos á su Corazón dulcísimo; hácenos pensar en su benignidad incomparable, en ese amor tan noble y generoso que nos manifiesta en el sacramento del altar; llena nuestras almas de dulzura, y con voz de suavidad y encanto nos dice estas palabras: Permaneced en mí y yo en vosotros. ¡Oh, qué dignación tan admirable! Cual si fuera para Él nuestro amor la razón de su dicha, así parece que anhela y suspira por conseguirlo, teniendo como tiene delicias infinitas en el seno de su Padre y no teniendo nada que desear. Pensando en esto, nuestras almas se sienten inclinadas, atraídas al amor de Jesús sacramentado. ¿Dejarían de amar al que ha llegado á tal extremo en la manifestación de su ternura?—Hablando de otra cosa, el santo Job decía: Ni es mi firmeza como la de las peñas, ni es de bronce mi carne (1). También nosotros nos rendimos al amor de Jesucristo; el fuego de su santa caridad ablanda y derrite nuestro corazón, que ya no quiere resistirle, y sin reserva se entrega en sus manos.

Es inmenso el amor que nos tiene: humilde, paciente, afectuoso, insinuante. ¿Qué más queremos?... Pongamos ahora los ojos un instante en nuestra gran miseria, y quedaremos asom-

(1) VI, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brados del amor que nos tiéne Jesucristo. Somos unos miserables pecadores; somos nada en su presencia, y, sin embargo, nos trata con una benignidad incomparable, y son dulcísimas, á fin de atraernos á su amor, las insinuaciones de su bondad. Si una distancia infinita le separa de nosotros, porque Él es Dios de soberana majestad, cual si esa distancia no existiese, así nos le acerca el amor. De la misma manera su santidad infinita le aleja, por decirlo así, de los que tantas veces nos hemos manchado con la ignominia de la culpa; mas también el amor previene los caminos de la piedad y la gracia, y Jesús se acerca á nosotros; vive en medio de su pueblo, y tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Maravillas son estas de su amor divino que no podemos comprender, y que nos dejan confundidos y llenos de vergüenza al pensar en nuestra conducta para con ese Dios que tanto se ha dignado amarnos.

El amor que nos tuviese algún hombre, amor generosísimo y constante cuanto queramos suponerlo, ¿pudiera resistir un olvido tan profundo como el nuestro y las ingratitudes y desprecios tan sensibles con que pagamos el de Jesucristo? Nos va siguiendo á todas partes, y sin cesar nos llama con voces de dulcísimo cariño, y las inspiraciones de su santa gracia tratan de volvernos hacia Él. Él mismo, desde el fondo del sagrario, nós dice en repetidas ocasiones: permaneced en mí y yo en vosotros... Tal palabra ¿es una violencia que se impone á nuestro

amor? *Precatur et rogat,* dice San Bernardo, y, sin embargo, ella rinde y cautiva nuestro corazón y nos hace exclamar: Señor, ¿qué queréis que hagamos? Quiere que le amemos, que seamos enteramente suyos, y este es, en virtud de su gracia, el más vivo y ardiente de nuestros deseos: ser enteramente de Jesús y amarle con todo el corazón.

¿Qué pasa entre Jesús y nosotros? Él dijo en otro tiempo por medio de Isaías: ¿Qué más debí yo hacer por mi viña y no lo hice? ¿Acaso porque esperé que diera uvas y ella dió agraces? (1). La razón y la justicia nos están diciendo que, en efecto, tiene el Señor que esperar de nosotros la más fiel correspondencia: réstanos saber de qué manera debemos hacerlo. Del Tabernáculo sagrado donde vive Jesús por nuestro amor, trasciende la más delicada fragancia de todas las virtudes: la humildad, que oculta la infinita grandeza de nuestro Señor dulcísimo, la paciencia que le hace sufrir el olvido y el desprecio de los hombres; su amor al Padre, á quien se ofrece en agradable sacrificio; su caridad para con nosotros, rogando sin cesar por nuestra salud; su benignidad y mansedumbre, y el celo, en fin, que le abrasa y consume por la gloria de su Padre, á quien obedece con la sumisión más rendida y perfecta. Pongamos los ojos en estas santísimas virtudes de Jesús y procuremos imitarlas: esto es lo que

(1) V, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Él espera de sus hijos. No nos apartemos del sagrado Tabernáculo sin haber escuchado atentamente la enseñanza que nos dan sus santísimas virtudes. El Apóstol ha dicho lo siguiente de los que han resucitado con Jesucristo: Ya estais muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (1). Quien así vive busca las cosas que son de arriba, y en ellas tiene sus delicias y no en las de la tierra; y esa vida que huye del bullicio del mundo y deja sus placeres; que piensa en Jesucristo y pone todo su empeño en imitarle, es la que obtiene esta promesa del Apóstol: Cuando aparezca Jesucristo, que es vuestra vida, apareceréis con Él llenos de gloria.

Si realmente nuestra vida estuviese oculta con Jesucristo en Dios, las horas que pasásemos junto al sagrado Tabernáculo se deslizarían con suavidad inefable, y al separarnos dejaríamos allí todo nuestro afecto; y llenos de fortaleza y como leones que respiran fuego, pelearíamos contra el pecado, y las virtudes de Jesús se dejarían ver en nuestra vida mortal. Mas ¡ay de nosotros! nada de esto nos pasa, y siempre débiles y llenos de tibieza, arrastramos una vida que nos es enojosa y pesada por tantas imperfecciones y defectos con que nos manchamos diariamente. El remedio para todos estos males lo tenemos en Jesús sacramentado: visitémosle con mucha frecuencia; pensemos en el inmenso amor que nos tiene y pidamos con instancia á su gran misericordia que nos dé el tesoro de su amor divino.

(1) Colos. III, 3.

Concluiremos el presente capítulo con las siguientes palabras del Tridentino: Amonesta el Santo Concilio, con paternal amor; exhorta, ruega y suplica por las entrañas de misericordia de Dios Nuestro Señor, á todos y á cada uno de los cristianos, que se unan y conformen en esta señal de unidad, en este vínculo de caridad y en este símbolo de concordia; y que, acordándose de la Majestad soberana y del amor tan extremado de Jesucristo Nuestro Señor, que dió su amada vida en precio de nuestra redención, y su carne para que nos sirviese de alimento, crean y veneren estos sagrados misterios de su cuerpo y sangre con fe tan constante y tan firme, con tal devoción de ánimo y con tanta piedad y reverencia, que puedan recibir frecuentemente aquel pan substancial, de manera que sea en verdad vida de sus almas y salud perpetua de sus entendimientos, para que, fortalecidos con el vigor que de él recibieron, puedan llegar, de esta miserable peregrinación, á la patria celestial para comer en ella, sin ningún velo, el mismo pan de los ángeles que aquí se come bajo las sagradas especies (1). Una fe firme y constante, sincera

(1) Sess. XIII, cap. 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

devoción, piedad y reverencia: estas son las virtudes, los sentimientos con que debemos estar en la presencia de Jesús sacramentado, y con los que debemos adornar nuestras almas al recibirle en la sagrada comunión, y de esta manera la vida de Jesús será nuestra vida.



CAPÍTULO IX

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

I

Hablando el Concilio Tridentino del santo sacrificio de la misa, se expresa en estos términos: En el Antiguo Testamento no había consumación á causa de la debilidad del sacerdocio de Leví, y por esto fue conveniente, disponiéndolo así Dios, padre de misericordia, que naciese otro Sacerdote según el orden de Melquisedec, esto es, Nuestro Señor Jesucristo, quien pudiese completar y llevar á la perfección á todos los que habían de ser santificados. Por esto, nuestro mismo Dios y Señor, aunque había de ofrecerse á sí mismo á Dios Padre una vez por medio de la muerte en el ara de la cruz, para obrar en ella la redención eterna; con todo eso, como su sacerdocio no había de acabarse con su muerte,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

devoción, piedad y reverencia: estas son las virtudes, los sentimientos con que debemos estar en la presencia de Jesús sacramentado, y con los que debemos adornar nuestras almas al recibirle en la sagrada comunión, y de esta manera la vida de Jesús será nuestra vida.



CAPÍTULO IX

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

I

Hablando el Concilio Tridentino del santo sacrificio de la misa, se expresa en estos términos: En el Antiguo Testamento no había consumación á causa de la debilidad del sacerdocio de Leví, y por esto fue conveniente, disponiéndolo así Dios, padre de misericordia, que naciese otro Sacerdote según el orden de Melquisedec, esto es, Nuestro Señor Jesucristo, quien pudiese completar y llevar á la perfección á todos los que habían de ser santificados. Por esto, nuestro mismo Dios y Señor, aunque había de ofrecerse á sí mismo á Dios Padre una vez por medio de la muerte en el ara de la cruz, para obrar en ella la redención eterna; con todo eso, como su sacerdocio no había de acabarse con su muerte,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la última cena de la noche en que era entregado quiso dejarle á su amada Esposa, la Iglesia, un sacrificio visible según lo requiere la condición de los hombres, y en el que se representase el sacrificio cruento que por una vez se había de hacer en la cruz, y permaneciese su ceremonia hasta el fin del mundo, y se aplicase su virtud saludable á la remisión de los pecados que cada día cometemos; al mismo tiempo que se declaró sacerdote según el orden de Melquisedec, constituído para toda la eternidad, ofreció á Dios Padre su cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino, y lo dió á sus apóstoles, á quienes entonces constituyó sacerdotes del Nuevo Testamento, para que le recibiesen bajo los signos de aquellas mismas cosas; mandándoles, lo mismo que á sus sucesores en el sacerdocio, que lo ofreciesen por estas palabras, Haced esto en memoria mía, como siempre lo ha entendido y enseñado la Iglesia católica. Porque habiendo celebrado la antigua Pascua, que la muchedumbre de los hijos de Israel sacrificaba en memoria de su salida de Egipto, se sacrificó á sí mismo, nueva Pascua, para ser sacrificado bajo signos visibles á nombre de la Iglesia, por ministerio de los sacerdotes, en memoria de su tránsito de este mundo á su Padre, cuando derramando su sangre nos redimió, nos sacó del poder de las tinieblas y nos trasladó á su reino. Esta es aquella oblación pura, que no puede mancharse por indignos y malos que sean los que la ofrecen; la misma que predijo Dios por Malaquías, que se había de ofrecer limpia en todo lugar á su nombre; que había de ser grande entre todas las gentes, y la misma que significa sin obscuridad el Apóstol San Pablo, cuando dice á los corintios: No pueden ser participantes de la mesa del Señor, los que están manchados con la participación de la mesa de los demonios; entendiéndose en una y otra parte por la mesa el altar. Esta es, finalmente, aquella que se figuraba en varias semejanzas de los sacrificios en los tiempos de la ley natural y de la escrita, pues incluye todos los bienes que aquéllos significaban, como consumación y perfección de todos ellos (1).

La perfección y la grandeza del santo sacrificio de la misa, no puede realmente comprenderlas la humana inteligencia. Ese sacrificio es la obra de la omnipotencia del Eterno, de su sabiduría infinita y de su amor adorable y soberano. Ese sacrificio ofrece á Dios un culto de suprema adoración por el cual se reconoce su domino soberano sobre todas las criaturas. En todo lugar, decía el mismo Dios por medio de un profeta, se ofrece á mi nombre una oblación pura (2).

El sacrificio de la misa es, además, eucarístico, ó sea de acción de gracias, que damos á

(1) Sess. XXII, cap. 2.
(2) Malach. I, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios Nuestro Señor por los beneficios que hemos recibido de su Majestad.—Es, asimismo, propiciatorio é impetratorio, porque la sangre de Jesucristo fue derramada para la remisión de los pecados; y de ese sacrificio, cual de fuente que nunca se agota, se derrama por el mundo la abundancia de las divinas gracias; y todo esto se realiza y se obtiene por Nuestro Señor Jesucristo, mediador supremo entre Dios y los hombres. En efecto, en el sacrificio que se hace en la misa, se contiene y sacrifica incruentamente al mismo Cristo, que se ofreció por una vez en el ara de la cruz, y por esto, con toda verdad, es propiciatorio; y si nos acercamos al Señor contritos y penitentes, con sincero corazón y recta fe, con temor y reverencia, conseguiremos misericordia y hallaremos gracia en sus divinos auxilios. Aplacado el Señor con esta oblación, y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los pecados por grandes que sean, porque la hostia es una misma, uno mismo el que ahora ofrece por el ministerio de sus sacerdotes, que el que entonces se ofreció á sí mismo en la cruz, con sólo la diferencia del modo de ofrecerse. Los frutos de aquella oblación cruenta se logran abundantísimamente por medio ésta, que es incruenta: tan lejos así está de derogar ésta en modo alguno á la primera. De aquí es, que no sólo se ofrece rectamente por los pecados, penas, satisfacciones y por las otras necesidades de los fieles que viven, sino también por los que han

muerto en Cristo sin estar plenamente purificados (1).

Si tanta es la grandeza, y así es tan elevada la perfección del sacrificio de la misa, también se ostenta en ese sacrificio con todos sus encantos, magnífico y glorioso, el amor de Jesús hacia nosotros. Desde la noche de la última cena, ese amor ha derramado sus preciosas ondas de salud y vida, cual río caudalosísimo que riega todo el mundo. Hablaba Isaías de un manantial cuyas aguas jamás llegarían á faltar (2); así también las del amor divino nunca se agotan; porque la sangre de Jesús, que lava los pecados del mundo, corre diariamente en el sacrificio del altar.

Nuestro Señor Jesucristo, con un solo acto, pudo satisfacer por nuestros pecados; sin embargo, por causa del amor que nos tiene, quiso multiplicar los actos de satisfacción hasta que murió en la cruz; así también, aunque por la oblación de su sacrificio en el calvario, ó por una sola misa podía alcanzarnos todos los bienes, quiso, sin embargo, que el fruto de su sacrificio se nos aplicase con cierta medida, no solamente según la virtud de ese mismo sacrificio, sino teniendo en cuenta las acciones y disposiciones de los que lo ofrecían, á fin de que, repetido una y otra vez el sacrificio de la misa, recordásemos con más frecuencia los

(1) Sess. XXII, cap. 2.
(2) LVIII, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misterios de su pasión y muerte, y nos hiciésemos más dignos de recibir los frutos del mismo sacrificio (1).

Así es como el amor de Jesucristo trata de cautivar nuestros afectos. Jamás interrumpido y siempre generoso, nos está mostrando cuánta es la obligación en que nos pone de ser enteramente suyos, ya que sin cesar nos colma de gracias y favores. ¡Oh ceguedad la nuestra; oh dureza inconcebible si no nos rendimos á su imperio! Seamos de Jesús; no del mundo ni de las pasiones, pues en Jesús, y solamente en Él, está nuestra vida.

II

Si hubiésemos asistido á la crucifixión y muerte de Jesucristo Nuestro Señor creyendo en su divinidad y sabiendo la causa de su muerte, á la vista de aquel doloroso espectáculo, penetrados de asombro, no hubieran cabido en nuestras almas la compasión y la ternura, el dolor de nuestros pecados, la humildad, y sobre todo lo demás, el amor á la víctima adorable que padecía por nosotros. No habríamos podido explicarnos cómo un Dios de majestad infinita se humillaba á tal extremo y amaba tanto á sus criaturas. Nuestros labios se hubieran llenado de alabanzas para glorificar y bendecir al

(1) Pulg, *Institutiones Theologicae.*

Dios que así se veía tan humillado. Recordando después que por causa de nuestros pecados el Hijo de Dios agonizaba entre indecibles tormentos, nuestro corazón se hubiera llenado de amargura, y las lágrimas de la más sincera penitencia, del arrepentimiento y del dolor, hubieran corrido sin cesar de nuestros ojos. Hubiéramos visto al inocente, al que nunca conoció el pecado, sufriendo el castigo de todas nuestras culpas, y la compasión y la ternura nos habrían hecho exclamar: ¡Oh buen Jesús, Cordero de Dios, quién pudiera morir de dolor por los pecados que hemos cometido! Ellos os han clavado en ese madero; os tienen sumergido en un océano de penas y amarguras. ¡Ay de nosotros! ¿Por qué no morimos por el que así muere por nuestros delitos? Iríamos registrando una por una sus sangrientas llagas, y abrazaríamos los pies de nuestro Amado, lloraríamos con indecible pena, desahogando sin medida nuestro corazón. ¡Qué elocuente, qué ardoroso y cuán tierno hubiera sido entonces nuestro amor! ¿Quién nos hubiera arrancado de su cruz? Clavados en ella con el Hijo de Dios, no hubiéramos pensado sino en Él ni amado sino al que así moría por nosotros.

No presenciamos las terribles escenas del Calvario, pero sí asistimos con mucha frecuencia al sacrificio de nuestros altares, y este es el mismo que se ofreció en la cruz, con la sola diferencia del modo de ofrecerse; siendo esto así, ¿por qué no experimentamos aquellos sen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

timientos de que hemos hablado? ¿Por qué al oir la santa misa nuestro corazón no se conmueve hasta las lágrimas, ó por qué también no nos asombra el exceso del amor de Jesucristo al pensar que diariamente se ofrece al Padre por nuestra salud? Mas no es esto lo único que pudiera decirse sobre el particular, ya que tantas veces asistimos á la santa misa con tan poco recogimiento y devoción, ó con una frialdad tan notable que da lugar á que pueda preguntárseños: ¿en dónde estais, en qué se ocupa vuestra mente; creéis en los grandes misterios que tienen lugar en estos momentos, en que se ofrece al Eterno el sacrificio de su Hijo? Estamos en el templo, contestaríamos, pensamos en Dios y creemos que Jesucristo, por ministerio de sus sacerdotes, es inmolado sobre el altar y se ofrece á sí mismo por la salud de los hombres. Esto, en verdad, contestaríamos; más dable nos sería explicar la indiferencia y la frialdad de nuestro corazón, sin tener en cuenta que nuestra fe era muy débil é imperfecta. He aquí el verdadero origen de aquella indiferencia, lo que ha podido sostener nuestra frialdad; y esta es, asimismo, la razón del escaso fruto que recogemos de la santa misa. Si es tan débil nuestra fe, ¿podrá la esperanza derramar en nuestras almas la abundancia y la dulzura de sus consuelos, ó llegará la caridad á encender en ellas sus ardientes llamas? Descubierto el origen de los males de que acabamos de hablar, es indispensable que procuremos aplicarles

oportuno remedio, y éste es avivar más y más cuanto sea de nuestra parte la fe á que nos referimos. Se ofrece el Dios de la majestad y la grandeza, debemos decirnos cuando asistimos al sacrificio de la santa misa, el Unigénito del Padre, que descendió desde el cielo al seno de María; Él es quien está en manos del sacerdote. Vendrán en seguida, uno en pos de otro, los recuerdos de Jesús á nuestras almas, derramando en ellas sus más dulces consuelos. Al verle sobre el altar nos acordaremos del establo de Belén, y Jesús, pobre y humilde por su amor á los hombres, nos hará bendecirle y adorarle; sus gracias infantiles, la luz de sus miradas y la dulce sonrisa de sus labios nos llenarán de confianza y tendremos que mandarle un suspiro de amor. ¡Cómo no estrecharle en nuestros brazos y decirle mil caricias al Niño que así se nos muestra tan hermoso y tan lleno de bondad y de ternura!

Recordaremos en seguida su vida oculta en Nazaret, y la obediencia, y la humildad, y la oración, y tantas otras virtudes de que nos dió brillantísimos ejemplos. Le seguiremos después en su vida pública, y sus inmensos trabajos y su celo infatigable por la gloria divina y por nuestra salvación nos irán descubriendo la grandeza de su amor. Traeremos también á la memoria todos los misterios de su pasión y muerte. ¡Cuánto fue lo que quiso sufrir por nosotros! La compasión y la ternura llenarán nuestras almas al pensar en las tristes agonías que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestro amado Señor tuvo que sufrir en el Getsemaní. Un instante después le veremos atado á la columna y recibiendo cruelísimos azotes, que desgarran sus espaldas, y veremos también que su sangre preciosa corre hasta el suelo. Esos azotes fueron nuestros pecados, tendremos que decirnos; aquellos le hicieron sufrir terriblemente, y las lágrimas vendrán á nuestros ojos, y lloraremos de dolor por haberle ofendido. ¿Con qué ojos podremos contemplar su coronación de espinas y las sangrientas burlas que quiso sufrir por nosotros? Iremos con Él por el camino del Calvario: ¡qué angustias, qué penas tan terribles tuvo que sufrir nuestro amado Jesús en esa jornada de amargura y de dolor!

Al recordar la crucifixión de Jesucristo nos parecerá que oímos los sordos y fatídicos golpes del martillo, y que vemos los torrentes de sangre divina que corren de los pies y de las manos de la santa Víctima. Le veremos en seguida levantado entre el cielo y la tierra... ¿Dejará de cumplirse en nosotros su palabra divina, de atraer todas las cosas á sí mismo al ser levantado en la cruz? Nuestros pecados le han causado indecibles tormentos, y el amor que nos tiene le ha obligado á morir sobre la cruz. Al pensar en esto y al ver que ha querido renovar, si bien de una manera incruenta, en el sacrificio de la misa el que ofreció en el Calvario, nuestros corazones se llenan de dolor, y tenemos que exclamar: ¡Oh buen Jesús, cuánto os

hicieron sufrir nuestros pecados!; y los lloraremos con el pesar más vivo. Con ellos ofendimos á la Majestad infinita del Eterno, y despreciamos la bondad y la ternura de un Padre amorosísimo. Nos colmó de innumerables gracias y favores, y su clemencia y generosidad para con nosotros fueron indecibles; y nosotros lo hemos ofendido, y la gravedad de nuestras culpas es inmensa, y nuestra ingratitud para con Él nos cubre de ignominia. ¡Oh buen Jesús, quién nunca os hubiera ofendido!

El sacrificio de la santa misa nos está mostrando que el amor que nos tiene Jesús excede todo entendimiento; en ella ofrece sus méritos divinos por nosotros, y ruega al Padre que perdone nuestras culpas, y le presenta cuanto hizo por salvarnos: los azotes que recibió atado á la columna, las espinas que coronaron su divina frente; sus manos y sus pies, que fueron traspasados con los clavos, y su Corazón dulcísimo abierto con la herida de la lanza... ¡Cómo no amarle con todo nuestro afecto; cómo no sentir abrasado nuestro corazón en las llamas de la más ardiente caridad para con Jesús! Y olvidando nuestra propia miseria, nos arrojaremos á sus divinos pies para llorar nuestros pecados, para morir de amor si así nos fuese concedido; y al ver la grandeza de su ardiente caridad, pondremos en nuestro dulcísimo Señor nuestra esperanza. Él será para nosotros reconciliación y vida y todo nuestro bien; Él será todo nuestro amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asistamos, pues, al sacrificio de la santa misa con una fe muy viva, y ésta sabrá despertar los más nobles y delicados sentimientos: la humildad, la esperanza, el amor, la compasión y la ternura, y la más afectuosa devoción, y sacaremos del santo sacrificio copiosísimos frutos de virtud y gracia, y entonces muy lejos estarán de nuestras almas la indiferencia y el fastidio, la falta de atención y de respeto, que tantas veces tenemos que lamentar en nuestros templos. Acerca de la reverencia que nos pide el tremendo misterio de nuestros altares, dícenos la Iglesia lo que sigue: Fácilmente podrá comprenderse cuánto sea el cuidado que debe ponerse en el sacrosanto sacrificio de la misa, á fin de celebrarlo con todo el culto y la veneración que se pueda, si se considera que la Sagrada Escritura llama maldito al que ejecuta con negligencia la obra de Dios; y si necesariamente confesamos que ninguna otra obra puede ejercitarse por los fieles cristianos tan santa ni divina como este tremendo misterio, en el que todos los días se ofrece á Dios en sacrificio por los sacerdotes en el altar aquella hostia vivificante, por la que fuimos reconciliados con Dios Padre, déjase ver con toda claridad que debe ponerse todo cuidado y diligencia en ejecutarla con toda la inocencia y pureza interior de corazón y con las exteriores manifestaciones de devoción y de piedad que se pueda (1).

(1) Trid. Sess. XXII, *De observandis et evit. in celebr. Missæ.*

CAPÍTULO X

LA SAGRADA COMUNIÓN

I

La Comunión, la Comunión... ¡Qué maravilla es esta que siempre nos oculta sus misterios aunque pensemos en ella con frecuencia y la recibamos diariamente! ¡Qué encantos y delicias son los suyos, que nunca se pueden agotar!

Sus misterios. Comulgamos recibiendo en nosotros el cuerpo y la sangre del Señor: esta es la Comunión; mas ¿dónde está el misterio? Jesucristo, al hablar de la divina Eucaristía, se expresó en estos términos: Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas este es el pan que desciende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo... Quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asistamos, pues, al sacrificio de la santa misa con una fe muy viva, y ésta sabrá despertar los más nobles y delicados sentimientos: la humildad, la esperanza, el amor, la compasión y la ternura, y la más afectuosa devoción, y sacaremos del santo sacrificio copiosísimos frutos de virtud y gracia, y entonces muy lejos estarán de nuestras almas la indiferencia y el fastidio, la falta de atención y de respeto, que tantas veces tenemos que lamentar en nuestros templos. Acerca de la reverencia que nos pide el tremendo misterio de nuestros altares, dícenos la Iglesia lo que sigue: Fácilmente podrá comprenderse cuánto sea el cuidado que debe ponerse en el sacrosanto sacrificio de la misa, á fin de celebrarlo con todo el culto y la veneración que se pueda, si se considera que la Sagrada Escritura llama maldito al que ejecuta con negligencia la obra de Dios; y si necesariamente confesamos que ninguna otra obra puede ejercitarse por los fieles cristianos tan santa ni divina como este tremendo misterio, en el que todos los días se ofrece á Dios en sacrificio por los sacerdotes en el altar aquella hostia vivificante, por la que fuimos reconciliados con Dios Padre, déjase ver con toda claridad que debe ponerse todo cuidado y diligencia en ejecutarla con toda la inocencia y pureza interior de corazón y con las exteriores manifestaciones de devoción y de piedad que se pueda (1).

(1) Trid. Sess. XXII, *De observandis et evit. in celebr. Missæ.*

CAPÍTULO X

LA SAGRADA COMUNIÓN

I

La Comunión, la Comunión... ¡Qué maravilla es esta que siempre nos oculta sus misterios aunque pensemos en ella con frecuencia y la recibamos diariamente! ¡Qué encantos y delicias son los suyos, que nunca se pueden agotar!

Sus misterios. Comulgamos recibiendo en nosotros el cuerpo y la sangre del Señor: esta es la Comunión; mas ¿dónde está el misterio? Jesucristo, al hablar de la divina Eucaristía, se expresó en estos términos: Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas este es el pan que desciende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo... Quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día; porque es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí (1). Vivimos en Dios y por Dios, mediante la sagrada Comunión, y Él vive en nosotros. La vida que nos comunica es en algún modo semejante á la que Él recibe de su Padre. Ahora bien: ¿podremos comprender de qué manera las corrientes de la vida divina de Jesús penetran en nuestra alma y la alientan con un vigor que le es desconocido, y la transforman en Aquel de quien todo lo recibe, que todo lo sostiene?

Mediante la Sagrada Comunión, permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros; vivimos en Él y por Él. Estamos en el Señor cuando somos sus miembros; está Él en nosotros cuando somos su templo. Para que seamos sus miembros, la caridad debe unirnos con Él, y ésta se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado; es, pues, este divino Espíritu quien nos vivifica; quien da la vida á nuestros miembros, y esto no sucede si tales miembros están separados del cuerpo que vivifica aquel Espíritu. Mas sólo el cuerpo de Cristo vive de su espíritu, y

(1) Joann., VI, 48 et seq.

aún más, ese cuerpo no puede vivir sino de aquel espíritu. Quien quiere, pues, vivir, tiene en donde viva, y tiene también de donde viva (1).

Hablándonos de esta divina comunicación de la vida de Cristo, decía el Apóstol: Crezcamos en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo místico de los fieles, trabado y conexo entre sí por la fe y la caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad, y según la medida correspondiente á cada uno de sus miembros (2).

Cuando recibimos al Señor en nuestro pecho vivimos en Él y por Él. Vivir en Él: para esto es indispensable animarnos de sus mismos sentimientos. Habéis de tener en vuestros corazones, decía el Apóstol, los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo (3). Pensar, sentir, querer como Él; he aquí lo que produce en nosotros la Sagrada Comunión; mas esto no se realiza sin el auxilio del Señor, que hace brillar su omnipotencia y nos descubre los encantos de su bondad amabilísima en esa obra de su gracia. Todas nuestras obras, oh Señor, Tú nos las hiciste, dijo Isaías (4); y, sin embargo,

(1) S. August. tract. XXVI-XXVII.
(2) Ephes. IV, 15, 16.
(3) Philip. II, 5.
(4) XXVI, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

también nosotros las hacemos; y por esto decía el Apóstol: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; antes he trabajado más copiosamente que todos los Apóstoles; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1); Dios, que es el que obra en nosotros, así el querer como el ejecutar, según su buena voluntad (2). ¿Cómo se verifica lo que acabamos de decir en nuestras almas? Sólo tenemos que que contestar que Dios es la causa primera y que la libertad no sufre la menor violencia en sus operaciones; y esto nos es suficiente para bendecir á Dios y darle gloria por las maravillas de su gracia. Bendito sea Él que así se nos acerca por su acción divina y nos deja el mérito de las buenas obras.

Pensar, sentir, querer como el mismo Jesucristo; todo esto es, en verdad, una maravilla encantadora, porque los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su juventud (3); mas la Sagrada Comunión eleva nuestros pensamientos hasta el cielo y nos llena de generosidad y de nobleza y enciende nuestros corazones con las llamas del amor divino. Poder y bondad, y gracia de Dios que se derraman en nuestras almas con una largueza incomparable; esto es lo que descubrimos en la Sagrada Comunión; mas esto no

(1) I. Cor. XV, 10.
(2) Philip. II, 13.
(3) Gen. VIII, 21.

se nos presenta en toda su grandeza ni con el brillo purísimo de su virtud, s no al través de cándidos velos que jamás se descorren en la presente vida.

Contemplemos ahora la sagrada Comunión desde otro punto de vista. La Iglesia al, pensar en la Encarnación del Hijo de Dios, exclama llena de asombro: ¡Oh Señor, por librar al hombre del pecado, Vos no tuvisteis horror al seno de una Virgen!, y, sin embargo, esa Virgen fue la preferida de Dios entre todas sus criaturas; inmaculada y santa, y llena de gracia y virtud desde su primer instante, fue prevista desde la eternidad entre las divinas complacencias del Altísimo; y la existencia de esa Niña de Dios fue determinada en el mismo decreto de la Encarnación; ¿cuál, pues, tendrá que ser nuestro asombro al pensar que el Hijo del Altísimo, santidad por esencia y fuente de toda pureza, no entra solamente en el seno de los que siempre han conservado la inocencia, sino también en el de aquellos que en otro tiempo se mancharon con todas las abominaciones de la culpa? No, no es dable comprender una generosidad tan llena de misericordia y de dúlzura.

Los escribas y fariseos murmuraban de Jesucristo, al ver que Su Majestad comía y bebía con los pecadores; mas, si esto nos revela la bondad incomparable del Señor, ¿qué nuevos tesoros de esa misma bondad no nos descubre la sagrada Comunión? No sólo conversa con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros y se sienta á nuestra mesa, por decirlo así, sino que se digna alimentarnos con su misma carne y con su sangre preciosa. Cuando Jesús anunciaba el gran misterio de nuestros altares, y decía estas palabras: Mi carne es verdadero manjar y mi sangre es verdadera bebida; el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo, dijeron los judios: ¿cómo puede darnos á comer su carne? Y muchos de sus discípulos dijeron también: Es dura esta doctrina, y ¿quién puede escucharla? La doctrina del Divino Maestro no era dura en manera alguna; pero revelaba un amor tan grande, tan noble y generoso, que aquellos hombres no la podían comprender. Nosotros, con espíritu muy diferente, preguntamos también: ¿cómo puede el divino Jesús darnos á comer su carne y á beber su sangre? Y al preguntarlo no desconocemos la virtud del que es omnipotente; ponemos, sí, los ojos en su infinita grandeza, y pensamos en nuestra nada y en la ignominia de todas nuestras culpas, y no hallamos como explicar la bondad infinita de Jesús para con nosotros. Él es quien es, y el amor que nos tiene le ha hecho como salir de sí mismo. ¡Cómo pagaremos su inmensa caridad! La más sincera y profunda gratitud, y todo nuestro amor, y nuestra vida, y cuanto somos, consagrado á su divina gloria, lo tendremos cual si nada fuese; y como nada, en verdad, debemos tenerlo, ya que no hay comparación alguna entre el miserable sér de la

criatura y la grandeza infinita del amor divino con que Jesús se ha dignado honrarla.

La sagrada Comunión es una dádiva preciosa de los cielos; no sólo por su infinita riqueza, sino también por la generosidad con que se nos da, nos obliga enteramente con nuestro Señor amorosísimo. En efecto, para justificarnos y salvarnor no era indispensable que el Señor nos diese á comer su carne y á beber su sangre; mas Él lo quiso así á fin de derramar en nuestras almas casi sin medida las riquezas de su amor. Todo esto nos llena de asombro y nos confunde; y sin embargo todavía parece que aquel amor no quedaba satisfecho con tanta largueza; y he aquí que aquella dádiva del cielo tenemos que aceptarla como un deber sagrado, y si así no lo hiciésemos seríamos culpables á los ojos de Dios. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros, nos dijo el Maestro divino. Así es como trata de rendirnos; así nos encadena su amor dulcísimo. ¡Con qué palabras podremos expresar cumplidamente la grandeza de este amor, y su benignidad y su dulzura incomparables! Por otra parte, tales palabras nos llenan de confusión y de vergüenza. Bien conocía el amorosísimo Jesús cómo habríamos de corresponder á su ternura inmensa: con una ingratitud incomprensible; mas quiso sobrepujarla; quiso ahogar nuestras iniquidades y pecados en un océano de misericordias infinitas. Después de esto, ¿dejaremos de rendirnos á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor? Que éste triunfe de nosotros y reine para siempre en nuestras almas.

II

Siendo de altísima importancia en la vida cristiana la sagrada Comunión, bueno será que tratemos de las disposiciones con que debe recibirse; de la manera de aprovechar aquel tiempo precioso que tenemos con nosotros á Jesús, y finalmente, de las acciones de gracias que le debemos por esa dádiva tan regalada y amorosa de su bondad divina.

Si no conviene que alguno se presente á las funciones sagradas sin llevar consigo santidad y pureza; cuanto es más notoria á los cristianos la santidad y divinidad de este sacramento celestial, con tanta mayor diligencia deben procurar el recibirlo con gran respeto y santidad, principalmente teniendo en cuenta estas terribles palabras de San Pablo: Quien come y bebe indignamente, come y bebe su condenación; pues no hace diferencia entre el cuerpo del Señor y los otros manjares. Por esta causa, quien ha de comulgar, recuerde el precepto del mismo Apóstol: Reconózcase el hombre á sí mismo. La costumbre de la Iglesia declara que es necesario este examen, para que ninguno, sabedor de que está en pecado mortal, se pueda acercar á recibir la sagrada Eucaristía, aunque le parezca que está muy contrito, sin

disponerse antes con la confesión sacramental. Esto ha decretado el Concilio de Trento, á fin de que se observe perpetuamente por todos los cristianos (1).

La principales disposiciones que se necesitan para acercarnos como conviene á la Mesa del Señor, son las siguientes: humildad, pureza y amor.

Nuestro Señor amorosísimo, en virtud de su ardiente caridad para con nosotros, se ha dignado humillarse hasta el extremo de dársenos en alimento; mas esto en nada disminuye su grandeza, que es inmutable y eterna. La fe nos asegura que Él es el creador del cielo y de la tierra, que es el Unigénito del Padre, que está sentado en lo más alto de los cielos á la diestra de la Majestad, y que las columnas del cielo se estremecen y tiemblan á una de sus miradas (2). Esta grandeza infinita de Jesús, su majestad santa y adorable tiene que humillarnos hasta el polvo. ¿Quiénes somos nosotros para estar en su presencia, quiénes para recibirle en nuestro corazón? Este corazón ha sido mil veces, no el trono de Dios, sino la morada del pecado, la fuente cenagosa y corrompida de mil iniquidades y abominaciones; y ¿podremos acercarnos á recibir el santísimo cuerpo de Jesús sin una humildad muy grande, sin reconocer que somos muy indignos de la Comunión, sin implorar sus

(1) Sess. XIII, cap. VII.
(2) Job, XXVI, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misericordias y sin arrepentirnos de todas nuestras culpas?

En el libro de Job hallamos estas palabras: ¿Acaso un hombre comparado con Dios será tenido por justo, ó podrá creerse más puro que su Hacedor? No han sido firmes sus mismos ministros, y halló culpa en sus ángeles... Aun cuando tuviese yo alguna cosa que alegar por mi parte, decía Job, no la alegaré, sino que he de implorar la clemencia de mi Juez...; si yo quisiere justificarme, me condenará mi propia boca, y si yo me quisiere manifestar inocente, Él me convencerá de reo (1). En Isaías hallamos lo siguiente: Todos nosotros venimos á ser como un inmundo leproso, y todas nuestras obras de justificación como un sucio y asqueroso lienzo (2). Pensemos un instante en esas expresiones, y acordémonos después de nuestras culpas. ¿No quedaremos profundamente humillados? Y la humildad de nuestras almas nos hará exclamar una y otra vez, antes de acercarnos á la sagrada Comunión: Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pecho; y el dolor más vivo y penetrante de nuestros pecados nos hará llorar al pie de los altares. La humildad que ha puesto delante de nosotros todas nuestras culpas, nos inclina también á detestarlas con todo el corazón. Tened piedad de mí, oh Señor, que soy un gran pecador, ten-

(1) IV, 17, 18.—IX, 15-20.
(2) LXIV, 6.

drá que decir cada uno de nosotros en esos instantes.

La humildad y el dolor de nuestras faltas no nos alejan de la sagrada Comunión, porque al mismo tiempo nos descubren la misericordia infinita de Jesús, que no está en la divina Eucaristía para juzgar al mundo, sino para salvarlo y para socorrer á los miserables pecadores que se acerquen á Él con un corazón contrito y humillado.

La humildad, la contrición, bellísimas disposiciones para acercarnos á la santa Mesa; no, Dios jamás depreciará al que así se acercare á recibirle. Humillémonos, pues, cuanto podamos antes de recibir en nuestro pecho al que es Dios de infinita santidad, y ejercitémonos en actos de una perfecta contrición de nuestras culpas, y será para nosotros la santa Comunión una fuente inagotable de divinas gracias.

La sabiduría, dice en el Libro de los Proverbios, se fabricó una casa y labró siete columnas; inmoló sus víctimas para el convite; compuso el vino y preparó la mesa. Envió sus criados á convidar que viniesen al alcázar, y desde las murallas de la ciudad daba voces diciendo: Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado (1). He aquí el convite de la divina Eucaristía; para acercarnos á ella es indispensable llevar el traje de gala, el vestido que se exige en tales circunstancias. No debe-

(1) IX, 1-5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos sentarnos á esa Mesa, en verdad espléndida, ni asistir al suntuoso banquete á que Dios nos convida, si no es que podamos hacerlo convenientemente; de otra suerte, bien podemos temer que se nos diga: ¿Cómo habéis entrado sin el traje de boda?

Al participar de la Mesa del Señor, sin duda alguna debemos ir con la mayor santidad que sea posible. La boca que se llena de fuego espiritual, dice el Crisóstomo, y la lengua que queda enrojecida con la sangre del Cordero de Dios, deben ser más puras y brillantes que los rayos del sol. Piensa en el honor con que Dios te distingue, considera la Mesa á que te hallas sentado. Los ángeles contemplan este misterio del divino amor, y llenos de asombro, no se atreven á poner en Él sus ojos libremente, por los vivos y ardientes resplandores que despide; y nosotros nos apacentamos con la carne inmaculada y santa de Jesús, nos unimos á Él y somos su cuerpo y su carne. ¿Quién podrá cantar el poder del Señor, haciendo que lleguen sus alabanzas divinas hasta el término del mundo? Por esto nadie tiene que acercarse á la sagrada Mesa tibio ó disipado, sino al contrario, encendido, fervoroso, y abrasada el alma en las vivas llamas del amor de Jesucristo (1).

A la humildad y á la pureza tenemos que añadir el amor de que acabamos de hablar, á fin de prepararnos dignamente para recibir la sa-

(1) Hom. LX, ad pop. Antioch.

grada Eucaristía. Antes de recibir el cuerpo del Señor, preciso es suspirar por esa inmensa dicha, y desearla con todo el ardor de nuestro pecho. Como el siervo sediento desea las fuentes de las aguas, decía David, así, oh Dios mío, mi alma te desea. Está sedienta de Vos, que sois todo su bien. ¡Cuándo llegará el instante de teneros en mi pecho!—¿Qué cosa puedo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Tí, oh Dios mío? Mi carne y mi corazón desfallecen, oh Dios de mi corazón; Vos sois mi herencia por toda la eternidad (1). Estos suspiros de amor, estos deseos por tener con nosotros á Jesús, nos harán pensar en su bondad infinita, en su hermosura arrobadora y santa, y saldrán del fondo del alma voces de amor purísimo y ardiente que llamen á Jesús y le supliquen con los más humildes y fervientes ruegos que venga á visitarnos; y si Él tardare, nos humillaremos más y más en su presencia, confesando que no merecemos recibirle, y la humildad y el amor le harán venir lleno de misericordia y de bondad, á fin de enriquecernos con sus gracias. Después de haberle recibido, ¿qué haremos con el amor de nuestras almas? Aquellos momentos que le tenemos con nosotros son preciosos, y no hay que dejarlos pasar inútilmente. Pensaremos en su infinita grandeza, á fin de admirar y agradecer el amor que nos tiene.

(1) Ps. XII, 2, 3.—LXXII, 25, 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nos humillaremos más y más en su presencia, ya que somos tan indignos de tenerle con nosotros; y al acordarnos de los pecados con que le hemos ofendido, los lloraremos con el dolor más amargo y profundo. ¡Así es como paga Dios á los ingratos!, tendremos que decir al ver el amor que nos dispensa. Ha olvidado todas nuestras culpas, y sólo se acuerda que su bondad es infinita. Esto es lo que entonces debe excitar en nuestras almas la contrición más viva y los propósitos más firmes de nunca volver á ofenderle.—Después vendrá el amor con todos sus encantos y con la más delicada ternura á rendirse á los pies de Jesucristo; á consagrarse enteramente á su servicio, y á revelarle, en fin, toda la sinceridad de sus afectos. Sois todo mío, le dirá, y yo soy enteramente vuestro; os amo sobre todas las cosas, y todo lo renuncio á fin de amaros con todas mis fuerzas. Mandad, que quiero obedeceros; cumplid en mí vuestra santa voluntad.

En ese tiempo precioso en que tenemos á Jesús en nuestro pecho, debemos pedirle el socorro y alivio de todos nuestros males; que nos dé luz para conocerle y fortaleza para vencer nuestras pasiones; que nos inflame más y más en su divino amor y nos dé la perseverancia final en su gracia.—Él es, bien lo sabemos, Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, y viene á visitarnos para enriquecernos de sus gracias; pidámosle, pues, cuanto necesitemos con mucha humildad y confianza.

Después de haber comulgado debemos manifestar á Nuestro Señor amorosísimo la más delicada y sincera gratitud, porque se ha dignado entrar en nuestro pecho con un amor tan grande. Este es nuestro deber; mas, por desgracia, muy pocos son los que lo cumplen; y ¿de dónde proviene que de esta manera nos portemos con Dios Nuestro Señor? Nuestra ceguedad, la falta de reflexión sobre ese acto importantísimo de la vida cristiana, explicará nuestra indigna conducta en esta materia. Si conocieras el dón de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido á Él, y Él te hubiera dado agua viva (1). Así hablaba Jesucristo á la Samaritana, y así también podemos expresarnos al hablar de la sagrada Comunión. Si conociéramos con fe viva y ardiente la grandeza del beneficio que Jesús nos dispensa al entrar en nuestro corazón; si reflexionásemos cuánto es lo que su amor nos obliga con la dádiva preciosa de su cuerpo y sangre; si pusiéramos delante de los ojos las riquísimas gracias y mercedes que podemos alcanzar de Dios cuando le hemos recibido, y los bienes de que nos privamos al separarnos de su presencia y al retirarnos de la Iglesia sin detenernos en ella el tiempo conveniente para la acción de gracias, sin duda alguna sería muy distinto nuestro proceder.

No nos cansemos, no nos fastidiemos de dar

(1) Joann., IV, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gracias muy despacio á Dios Nuestro Señor por el gran beneficio que se ha dignado hacernos entrando en nuestro corazón. Hemos gustado la dulzura de Dios en su principio, la suavidad espiritual en su misma fuente. Traigamos á la memoria estas palabras de los Sagrados Libros, en que se nos habla de la divina Sabiduría: La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Entrando en mi casa hallaré mi reposo en la Sabiduría, porque ni en su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien, consuelo y alegría (1). Mas no gustaremos las delicias del amor de Dios ni la suavidad con que alegra nuestras almas en la santa Comunión si sólo damos gracias por tan señalado beneficio leyendo muy deprisa unas cuantas oraciones, y saliendo luego del templo nos ocupamos en los negocios de la tierra, olvidándonos enteramente que aquel día el Señor se dignó visitarnos. El día que comulgamos debe ser de recogimiento y de oración, de santos y dulces recuerdos, de tierna y amorosa gratitud. Este día debemos decirnos: He recibido en mis entrañas á mi Dios querido; ¿olvidaré las caricias de su santo amor? ¿Seré infiel á los propósitos que hice al desear tenerle conmigo?

(1) Sap. VII, 10, 11.—VIII, 16.

De esta manera la Comunión será para nosotros fuente inagotable de santas bendiciones, Jesús hará que oigamos su voz consoladora en el fondo de nuestra alma. Él nos dirá: Quien come mi carne y bebe mi sangre permanecerá en mí y yo en él, y alcanzará la vida eterna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI

EL ESPÍRITU SANTO

I

Antes de escribir acerca del Espíritu Santo, ponemos en Él nuestras miradas y le decimos: oh Señor, iluminadnos con vuestra luz divina é inflamad nuestro corazón en vuestro amor, á fin de bendeciros y alabaros dignamente.

La tercera persona de la Divina Trinidad se llama Espíritu Santo, Amor, Don. He aquí lo que el Angel de las Escuelas nos dice sobre el particular (1): En la divina Trinidad hay dos procesiones; mas la que se verifica por modo de amor no tiene nombre propio; así es, que aun las relaciones basadas en este modo de procesión, tampoco lo tienen; por esto la Persona que así procede no tiene nombre propio.

(1) P. q., XXXVI, I.

Mas así como ha consagrado el uso ciertos nombres para significar aquellas relaciones... igualmente el uso de la Santa Escritura ha apropiado este nombre, Espíritu Santo, á la designación de la Persona divina que procede por modo de amor.

La significación propia del nombre espíritu en los seres corpóreos parece denotar cierto impulso y moción, pues al soplo y al viento llamamos espíritu. Ahora bien; es propio del amor mover é impulsar la voluntad del que ama hacia el objeto amado, y la santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios; es, pues, razonable dar el nombre de Espíritu Santo á la Persona divina que procede por modo de amor, por el cual Dios se ama á Sí mismo.

El nombre de Espíritu Santo conviene á la tercera Persona de la Santísima Trinidad en cuanto es espirado, y espirado por la voluntad divina, de donde proviene toda santidad; pues tanto por la Escritura como por los Padres de la Iglesia, se le da ese nombre por oposición á las personas del Padre y del Hijo.

El nombre de amor en su acepción personal, es propio del Espíritu Santo; porque es el término personal y subsistente del mutuo amor del Padre y del Hijo, y siendo término de la acción de la voluntad, convenientemente le llamamos amor, puro y soberano impulso hacia el objeto amado (1). La palabra Don en sentido

(1) Gonet, hic.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

personal respecto de la Divinidad, es nombre propio del Espíritu Santo. La razón de una dádiva gratuita es el amor, pues damos alguna cosa gratuitamente á una persona porque queremos el bien para ella, y, por lo mismo, lo primero que le damos es el amor por el cual le deseamos el bien. De donde resulta con toda claridad, que el amor tiene razón de primer don y por él se dispensan los demás bienes gratuitos. Así es que procediendo el Espíritu Santo como amor, procede en razón de primer don. Por esto dijo San Agustín: Por el don que es el Espíritu Santo, se distribuyen á los miembros de Cristo muchos dones propios.

Plácenos ahora detenernos unos instantes para gustar la suavidad y la dulzura que derraman en el alma al pensar en lo que ellos significan, los nombres de la tercera Persona de la Santísima Trinidad (1).

Espíritu Santo. Al oír un nombre tan sagrado, es preciso, si queremos comprender sus misterios, elevarnos sobre la carne y la sangre, más allá de este mundo visible, más allá de los ángeles santos que rodean el altísimo trono de Dios, y llegar hasta el Padre y el Hijo, de quienes procede aquel divino Espíritu, esa moción adorable, ese impulso sagrado. ¿Quién podrá decirnos cuánta es la pureza del impulso á que nos referimos, y las santas delicias de aquella moción imperturbable y eterna, siem-

(1) Novena pastoral del autor.

pre igual y perfecta? Llénase el alma de un inmenso gozo pensando en el Espíritu divino, que es la delicia del Padre y del Hijo; y el alma bendice á ese Espíritu divino y le ama y le adora con todo rendimiento, con todo su afecto, por ser Él quien es, Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo es, asimismo, el amor nocional del Padre y del Hijo, quienes se aman, no solamente por su esencia, sino también por aquel Espíritu divino, y por Él somos amados del Padre y del Hijo. Cuando del verbo amar, dice el gran Santo Tomás, se hace un término nocional, no significa otra cosa que exhalar ó espirar amor, así como decir es proferir el verbo y florecer es producir flores. Y como se dice de un árbol que es floreciente por sus flores, igualmente se dice del Padre, que por su Verbo ó Hijo habla á Sí mismo y á las criaturas; y en el mismo sentido dícese también que el Padre y el Hijo se aman á sí mismos y á nosotros por el Espíritu Santo, ó sea por el amor que de Ellos procede (1).

El Espíritu Santo es el amor nocional del Padre y del Hijo; amor eterno, perfecto, sagrado y lleno de adorable y divina hermosura. Por él se aman el Padre y el Hijo... ¡Qué lazo tan estrecho, que vínculo tan santo, qué abrazo, en fin, tan lleno de delicias! Al pensar en esto, ardiendo el corazón en la llama del amor divino

(1) I. p. q., XXXVII, art. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derrámase en dulcísimos afectos y nuestros labios prorrumpen en las mismas alabanzas con que los ángeles, sin cesar, le bendicen en lo más elevado de los cielos: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria; y el amor, entonces, con toda su belleza, con todos sus encantos y sus divinos ardores, convierten nuestra alma en un paraíso de delicias, en mansión de paz dulcísima donde viene á morar con nosotros aquel Divino Espíritu á quien bendecimos y adoramos con todo nuestro afecto, porque eternamente procede del Padre y del Hijo.

El Padre y el Hijo nos aman por el Espíritu Santo; tenemos, pues, con este Espíritu divino una deuda infinita de amor; nuestro corazón le pertenece, y suyo es todo nuestro sér. Es infinita la dicha que tenemos en amarle, en trabajar por su gloria, en hacer cuanto podamos porque el mundo le conozca, le bendiga y adore, y si alguna pena sentimos en el alma que pueda menguar aquella dicha, tal pena es producida por la pequeñez y la miseria de nuestro cariño; pues bien quisiéramos amar con un corazón todo de fuego y con infinito y soberano amor al que es amor eterno del Padre y del Hijo.

El Padre y el Hijo nos dan á su divino Espíritu, y este Espíritu se nos da á Sí mismo porque es suyo propio, como quien puede usar, ó más bien gozar, de Sí propio, á la manera que

se dice que el hombre que vive se pertenece y es dueño de su persona (1).

Nuestra alma es de nuevo arrebatada por el Espíritu divino que la lleva en las alas de su amor. ¿Qué haremos, qué diremos para bendecir y amar á Dios Nuestro Señor por el precioso é inestimable don, de Espíritu divino, con que se ha dignado enriquecernos? Este mismo Espíritu ayude nuestra flaqueza y pida por nosotros, con gemidos inexplicables y llenos de un amor muy grande (2), y no tengamos ya corazón para otra cosa, sino para bendecir y amar á Nuestro Dios querido por el precioso don de su Espíritu divino.

El Espíritu Santo llámase también gozo y complacencia del Padre y del Hijo. Contempla el Padre á su Divino Verbo y tiene en Él todas sus delicias. ¡Cuánta es la belleza y perfección del Hijo de Dios! Resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad. Le dice estas palabras el Padre: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy, y su complacencia es infinita. El Hijo contempla á su divino Padre, de quien todo lo ha recibido, y le ama con infinito y soberano amor, y todas sus delicias las tiene en ese Padre, que es hermosura infinita, santidad perfecta: ¡qué gozo tan puro el del Padre y el Hijo! Vió Juan un río de agua viva, resplandeciente como el

(1) Q. XXXIII, art. I.
(2) Rom. VII, 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristal, que manaba del trono de Dios y del Cordero (1). He ahí, dice San Ambrosio, al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, al Espíritu divino que es inagotable y caudaloso río de amor y de dulzura; que recibe del Padre y del Hijo toda grandeza y sabiduría y hermosura y suavidad, y en fin, la esencia divina con todas sus riquezas (2).

Este gozo eterno del Padre y del Hijo á ninguno de los dos es extraño, pues de entrambos procede como de un principio y por una misma espiración. Es eterno, dulcísimo y profundo; no cambia jamás, ni puede llegar á disminuir; nunca désfallece su principio.

Dios en su bondad se digna darnos á su Espíritu divino, y al establecer en nosotros su reino, tenemos la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo: justicia que nos purifica; paz dulcísima que aleja de nosotros la perturbación, y gozo que inunda el alma en celestial delicia.

Sin duda, el tener con nosotros al que es el gozo del Padre y del Hijo, es una dicha inefable que excede nuestra comprensión y aventaja todo mérito.

El gozo de nuestra alma en el Espíritu Santo. Al pensar en él, su infinita grandeza y su bondad inmensa arrebatan nuestro corazón. Esa hermosura perfecta en quien desean mirarse los ángeles del cielo; ese Espíritu divino que

(1) Apoc. XXII, 1.
(2) I, III, *De Spir. Sanc.* c. 21.

procede del Padre y del Hijo como un impulso de amor purísimo y ardiente, nos llena de una dicha celestial. Él es el grande, el santo, amable y dignísimo de toda bendición y gloria, y nosotros bendecimos es infinita grandeza, su santidad adorable, su bondad dulcísima y sagrada. Que reine en nuestras almas desde ahora y para siempre.

No sólo llamamos al Espíritu Santo con los nombres de que hemos hablado, sino también decimos de Él que es óptimo, consolador, Paráclito. También le llamamos la benignidad de Dios, el ósculo santo del Padre y del Hijo, su abrazo indisoluble y eterno, la suavidad y dulzura de uno y de otro, el Espíritu que procede como amor de la bondad primera, el término de la voluntad del Padre y del Hijo, el peso dulcísimo del amor de entrambos; el Padre de los pobres, el dador de las gracias celestiales, la luz de los corazones; dulcísimo huesped, y suave refrigerio de nuestra alma, don del Altísimo Dios, inagotable y caudalosa fuente de vida, de luz y de amor; fuego de divina caridad y celestial unción. ¡Oh cuánta es la grandeza y la hermosura, la santidad y la misericordia, la bondad y la pureza, la dulzura y la clemencia del Espíritu Santo! Él es todo nuestro bien. Si caminamos por sendas obscuras, Él disipa las tinieblas que nos rodean, y si vacilamos, confirma nuestros pasos; si nos oprime la tristeza, Él nos consuela con la esperanza de la vida eterna, porque Él es la prenda de nuestra he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rencia. Si somos pecadores se acerca á nosotros para darnos la justicia, la paz y aquel profundo é inexplicable gozo que sabe producir en nuestras almas.—Que Él sea todo nuestro amor, y nunca nuestros labios dejen de entonar las alabanzas de su amor divino. Bendita sea para siempre la gloria de su nombre.

II

El Espíritu Santo ha manifestado á los hombres su inmensa bondad en las grandes misericordias y favores con que se ha dignado enriquecerlos. Entre las obras externas de Dios (1) sobresale excelentemente el misterio del Verbo Encarnado, en el cual brilla de tal modo la luz de las divinas perfecciones que no puede ciertamente ni pensarse algo superior, ni nada imaginarse más saludable para la naturaleza humana. Esta obra tan grande, aunque fue de toda la Trinidad, se atribuye como propia al Espíritu Santo... y con razón, porque Él es el amor del Padre y del Hijo; y este sacramento de piedad ha sido hecho por la suma caridad de Dios hacia los hombres.

Mas no sólo fue hecha por obra del Espíritu Santo la Concepción de Cristo, sino también la santificación de su alma, que se llama unción,

(1) León XIII, Encíclica sobre el Espíritu Santo.

y por tanto toda su acción se verificaba presente el Espíritu Santo.

En el celebérrimo día de Pentecostés empezó á prodigar el Espíritu Santo sus beneficios al cuerpo místico de Jesucristo, mediante la admirable difusión que había visto el profeta Joel, porque el Espíritu Paráclito descansó sobre los Apóstoles para que fuesen puestas en sus cabezas nuevas coronas espirituales por las lenguas de fuego.

El Espíritu Santo imparte y comunica la verdad á la Iglesia, haciendo con su excelentísimo auxilio que no esté sujeta al error y que en la perpetuidad de los tiempos siga manteniendo más copiosamente las semillas de la divina doctrina, y recibiendo por esto del mismo Espíritu vida y virtud perennes que la conserven y aumenten.

El Espíritu Santo nos hace conversar familiarmente con Dios, nos revela los divinos secretos y nos enriquece con dones celestiales. Por su medio se derrama la caridad en nuestros corazones. Él procede por modo de amor, por el cual Dios se ama á Sí mismo (1), y al asemejarnos á este amor amamos á Dios. Ahora bien: lo que de Dios recibimos se refiere á Él como á su causa eficiente y ejemplar: lo primero, porque su virtud obra en nosotros; lo segundo, en cuanto que lo que existe en nosotros por Dios le imita en alguna manera. En el Padre,

(1) *Summ. contr. gent.*, libr. IV, cap. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Hijo y el Espíritu Santo hay la misma esencia; por eso, lo que hace en nosotros el Señor, viene igualmente de las tres divinas personas como de causa eficiente; sin embargo, la palabra de la Sabiduría, por la que conocemos á Dios, es representativa del Hijo; y el amor por el que á Dios amamos, es representativo del Espíritu Santo, á quien por especial razón se atribuye la caridad.

Por la operación de Dios en nosotros comienzan y subsisten los efectos divinos; mas nadie puede obrar donde no existe. Por esto, donde hay algún efecto de Dios, allí está Dios, y de aquí que, existiendo en nosotros la caridad por el Espíritu Santo, Él está en nosotros mientras permanecemos en la caridad. ¿Ignoráis que sois templo de Dios, decía San Pablo, y que el Espíritu Santo habita en nosotros? (1). El Espíritu Santo nos hace amantes de Dios; mas todo amante está en su amado, y por esto el Padre y el Hijo están en nosotros por el Espíritu Santo. Conocemos que Dios mora en nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado, nos dice la Santa Escritura (2). Ahora bien: Dios ama en gran manera á los que por el Espíritu Santo ha constituído sus amantes, porque no se da tan regalado y excelente don sino por el amor. Yo amo á los que me aman (3). En esto consiste su

(1) I. Cor. III, 16.
(2) I, Joann. III, 24.
(3) Prov. VIII, 17.

amor, que no es porque hayamos amado á Dios primero, sino que Él nos amó primero á nosotros (1).

¿Qué diremos de los preciosos dones y de los frutos con que el Espíritu Santo se digna enriquecernos? Esos dones son ciertos hábitos que nos perfeccionan para obedecer con prontitud al Espíritu Santo (2). Con ellos, el mismo Espíritu divino fabrica para su gloria un hermoso y brillante santuario donde viene á morar con nosotros (3).—El nombre de Frutos nos indica las buenas obras que hacemos bajo la inspiración del Espíritu Santo (4). San Buenaventura los llama afectuosas delicias con que gustamos las dulzuras del Divino Esposo (5).

Los dones del Espíritu Santo nos enriquecen de virtudes: el temor nos hace humildes; compasivos la piedad; la ciencia discretos; la fortaleza libres y esforzados para no sujetarnos al pecado; el consejo prudentes; el entendimiento previsores, y la sabiduría nos da circunspección y gravedad en nuestras acciones. El temor sujeta nuestras almas al Espíritu Santo y las hace dóciles á su divina inspiración. La piedad nos da la prontitud y la facilidad para cumplir lo que Él nos inspira, y nos llena de filial cariño para con Dios como el dulce Padre

(1) I, Joann. IV, 19.
(2) I, 2. q. 68, art. II.
(3) Bonav. *De Spir. Sanct.*, c. V.
(4) Q. 70, art. I.
(5) Centil. P. III, sec. 46.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á quien amamos, y nos inclina con benignidad y con amor hacia nuestros prójimos. La ciencia ilumina nuestras almas para juzgar con rectitud en materias de fe, y nos hace distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. La fortaleza nos da valor para emprender y llevar adelante grandes obras por la causa del Señor, sin temer los peligros y arrostrando las dificultades que se nos presenten; nos eleva sobre nosotros mismos; nos hace vencer las pasiones; nos inflama en el fuego del amor de Dios; nos llena de confianza y de paciencia, y hace que perseveremos en el bien obrar. Por el don de consejo, el Espíritu Santo nos dirige por el camino de la vida eterna. El don de entendimiento hácenos conocer y penetrar los divinos arcanos con particular excelencia que se digna comunicarnos el Espíritu divino, que escudriña las profundidades de Dios.—Este mismo Espíritu, por el don de sabiduría, alumbra nuestras almas con la luz del cielo para conocer á Dios y amarle, gustando santamente de su infinita dulzura. La divina Sabiduría, no sólo nos enseña á contemplar las cosas celestiales, si que también ordena y dirige los actos humanos de una manera más excelente que la sabiduría que es virtud intelectual, pues la primera recibe su luz de una fuente más elevada, y nos hace contemplar la verdad, que pone en paz á todo el hombre y lleva en sí la semejanza de Dios; es más preciosa que todas las riquezas, y no pueden compararse con ella las cosas de ma-

yor estimación; la segunda no es de un precio tan subido.

Dulcísimos, en verdad, son para nuestra alma los frutos del Espíritu Santo, en los que ahora nos vamos á ocupar, y sus delicias son ciertamente celestiales.

Nuestra alma, su perfección y su verdadera dicha: tales son los puntos adonde se encaminan los frutos de que hablamos. La caridad se nos presenta en primer lugar; en ella se nos da especialmente el Espíritu Santo como en propia semejanza, por ser el mismo amor. Ella es como un árbol frondoso cargado con los ópimos frutos de la piedad y vestido con las flores de la pureza, nos dice el Seráfico Doctor; y también se nos presenta cual hermosa y cristalina fuente, cuyas límpidas aguas nunca se llegan á agotar.—El gozo espiritual inunda el alma en torrentes de dulzura, y trae consigo la pureza y el descanso, la libertad de hijos de Dios y nuestra unión con el Bien Sumo.—La paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento, produce en nosotros la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor y la unión de caridad.—La paciencia, fruto precioso del Espíritu Santo, es prudentísima, noble y generosa; ¿quién como ella nos dirige tan sabia y rectamente en el camino de la vida, dice el Serafín de los Doctores, ó es tan diestra en los combates que tenemos que sufrir, ó tan noble y moderada en medio de sus triunfos?—La benignidad nos inclina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á ser indulgentes y afables, y es para nosotros mismos fuente de suavidad y de consuelo.—La bondad noble y generosa hace cuanto puede por socorrer á los necesitados, y al hacer el bien siente una satisfacción incomparable.—La longanimidad ejercita nuestra paciencia, aviva nuestra fe é inclina hacia nosotros la bondad divina.—La mansedumbre trae consigo la dulzura de la paz, la sociedad con el prójimo, la gracia y familiaridad con Dios y el reino de los cielos. Dios escucha con agrado la voz de la amable mansedumbre, y acepta la oración de los humildes y mansos de corazón.—La fe, hermoso fruto del Espíritu, es, nos dice San Buenaventura, como la estrella que brilla en el cielo y nos dirige al puerto de la gracia, que resplandece en la mañana y precede al sol de justicia; estrella del Oriente que nos conduce al Señor; piedra fundamental del edificio de todas las virtudes; espejo sin mancha que nos representa la majestad del Señor, y columna luminosa que nos conduce al camino de la vida (1). La modestia nos revela sus gracias interiores en la pureza de sus palabras, en el recato de sus ojos y en todo su exterior pudoroso y recogido. Derrama en todas partes el buen olor de Jesucristo. Trae la paz, modera todas las pasiones y ahoga todo movimiento inconveniente.—La continencia nos amonesta diciendo que nuestros cuerpos son miembros de Cristo

(1) *De fruc.*, c. 5.

y templos del divino Espíritu, que habita en nosotros y que hemos recibido de Dios; que ya no somos nuestros y que debemos glorificar á Dios y llevarle siempre en nuestro cuerpo.—La castidad, que es el último fruto del Espíritu Santo de que nos habla San Pablo, es la cándida azucena que trasciende celestial pureza... Nos hace semejantes á los ángeles y muy agradables á Dios.

Después de esto pensamos un momento en el Espíritu Santo, y nuestro corazón le bendice y le adora por ser quien es, grandeza infinita y santidad perfecta; porque todo en Él es gracia y hermosura, clemencia y bondad; porque es el amor nocional que procede del Padre y del Hijo. Nuestro corazón le reconoce por Dios de excelsa y soberana majestad, y le ofréce todos sus afectos y le adora con el más humilde rendimiento. Que Él sea bendito y adorado por todos los siglos, y que eternamente reine con el Padre y el Hijo, de quienes procede, como el amor de la bondad primera. Bendita sea para siempre su divina gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII

LA UNIDAD DE LA ESENCIA DIVINA Y LA TRINIDAD DE LAS PERSONAS

I

Esto será en el cielo el objeto de nuestra eterna dicha: la contemplación de la esencia divina y de las Personas de la Trinidad. ¿Qué será para nosotros aquella vista del divino Sér, eterno, invariable y perfecto? Dios de nadie ha recibido la existencia, jamás tendrá que perderla. En ese Sér altísimo y perfecto, en esa esencia adorable, descubriremos tesoros infinitos de hermosura y gracia, de bondad y perfección. Su existencia, misterio profundísimo, nos mostrará su virtud omnipotente: existe esa esencia por sí misma, nadie la sostiene, porque ella es la vida por sí misma. Aquí la contemplamos cual piélago insondable de purísima luz, y ese piélago es infinita grandeza y santidad perfecta. Es una la esencia de Dios, y jamás podrá dividirse. En ella vivimos, nos movemos y existimos; nos rodea por todas partes, y está dentro y fuera de nosotros; de ella proceden todos nuestros bienes, y nos cuida y ampara con la más tierna y amorosa protección.

Esta esencia es singular, es el mismo sér, y por tanto es una.—Es infinitamente perfecta, y esta es, asimismo, la razón de no ser sino una solamente, porque la infinita perfección sólo en un sér puede existir.—Su necesidad, su eternidad, el ser infinita como lo es y sumamente buena por sí misma, nos están diciendo que no es sino una sola.—Si no fuese una no existiría, porque es infinitamente grande, y esto no sería si otra esencia pudiera igualarla en grandeza.—Su bondad infinita y su virtud omnipotente son eternas é incircunscriptas.—Ella es el Sumo Bien y el último fin; y por esto es una solamente, pues no existen dos bienes sumos ni dos últimos fines.

La esencia divina tiene en sí misma una belleza infinita, y su contemplación produce el gozo de un amor soberano y perfecto; nada de esto sería si no fuese una aquella esencia. Es una, eterna, perfectísima y amable; lleva en pos de sí todo nuestro afecto, y al amarla somos muy felices; y semejante dicha ¿pudiera existir en nuestras almas sin la unidad de la divina esencia? Mas ella lo es, y fuera de la misma no hay que buscar ninguna dicha, porque existe en ella la plenitud de todos los bienes. Hermosura divina, arrobador y celestial

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encanto, luz que nunca se extingue, vida que jamás desfallece, bondad que nunca se agota. Allá en el cielo arrebata y suspende las miradas de los ángeles y de los santos, que no piensan sino en ella, y que la aman y bendicen con perfecto é indeficiente amor, y de ella reciben una felicidad que nos es incomprensible, gloria que nunca ha de acabar.—Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria.—Tal es el canto de amor eterno, la incesante alabanza con que á Dios bendicen los ángeles y santos en el cielo. ¿Quién podrá decirnos cuántos son los torrentes de dulzura en que rebosan al entonar tan santas bendiciones? El fuego del amor divino los transforma en sí mismos, y cual si no existiesen, contemplan á Dios sin descanso, piensan en Él, adoran su divina esencia y una y otra vez le colman de alabanzas. Su amor y su dicha no están divididos, y sus alabanzas se elevan humildes y amorosas al Sér eterno, que es uno por su esencia. ¡Oh unidad divina, manantial inagotable de delicias; quién pudiera contemplaros cara á cara, y bendeciros y amaros como lo hacen los ángeles y santos á quienes habéis revelado toda vuestra gloria! Dios es uno, y por esto no hay en Él sino una inteligencia y una voluntad. Su inteligencia es infinita, perfectísima y eterna; se entiende á Sí mismo y se comprende enteramente; su entender es su misma substancia, pues de otra suerte esta substancia se

tendría como una potencia al acto y á la perfección, porque el entender es la perfección del acto de quien entiende, y en Dios no hay forma distinta de su Sér; y, por esto, su entender es su misma esencia.—Su ciencia es causa de las cosas en cuanto tiene unida la voluntad. Su ciencia es infinita; puede conocer cosas infinitas, y esto aun con ciencia de visión; porque el conocimiento de cada uno se extiende según el modo de la forma, que es principio de aquel conocimiento, y la esencia divina es la semejanza suficiente de todas las cosas que existen en acto y que están en su poder ó en el de la criatura, no sólo en cuanto á los principios comunes, sino también en cuanto á los principios propios; y tal ciencia no es sucesiva, sino que existe en un acto (1).

¡Qué luz tan pura y tan hermosa es la de la divina inteligencia! Ella es la misma luz, y todo lo ilumina con su voluntad indeficiente. Nada se le oculta, porque es inmensa é ilumina la vida y la inmortalidad.

El Señor todo lo sabe. Conoce nuestros caminos y cuenta todos nuestros pasos (2); al pensar en esto el temor de Dios se apodera de nosotros; ¿cómo no temer las miradas de Dios Nuestro Señor, cuya santidad es infinita y terrible su justicia? Y ese temor nos aparta del pecado.—Mas también aquellas miradas del Se-

(1) P. p. q. XIV.
(2) Job, XXXI, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñor nos llenan de paz y de consuelo si caminamos por las sendas de la justicia, porque escrito está que los ojos del Señor están sobre los justos, y esto para librarles de todos los peligros y derramar sobre ellos copiosas bendiciones de los cielos, para tener con ellos una providencia amorosísima y mostrarles en todas ocasiones que nunca les olvida.

Dios me ve. He aquí una palabra llena de dulzura que eleva nuestros ojos á nuestro Padre amorosísimo, Dios me ve, y yo también pongo mis ojos en el que nunca se olvida de mí, y le mando en un suspiro todos mis afectos. Si yo me oculto á sus miradas, por mi parte quiero tenerle presente en todos los instantes de mi vida.—Así hablamos al pensar que Dios tiene sobre nosotros sus miradas, y al pensar en Él, viene la paz á reinar en nuestras almas, y los divinos consuelos nos colman de alegría.

La voluntad de Dios. ¿Quién no ha visto en el fondo de su alma, á esa voluntad dulcísima y amable, cual reina de soberana y eterna grandeza, resplandeciente de hermosura, omnipotente y llena de benignidad y de clemencia? Contemplémosla siquiera un instante desde este punto de vista.

Su majestad y su grandeza. Es la reina del cielo y de la tierra; todo lo llena con el purísimo brillo de su gloria. En su presencia toda rodilla tiene que doblarse en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua tiene que publicar sus alabanzas.

Su omnipotencia. Ella misma es poder soberano y excelso á quien nadie puede resistir. Dijo y todo fue hecho; mandó y todo fue creado.

Su providencia. Todo lo dispone la santa voluntad de Dios según sus designios, llenos siempre de verdad y de justicia, de misericordia y de clemencia, y lo gobierna todo con suavidad y fortaleza.

Su bondad y su dulzura. ¿Con qué palabras podremos expresar esa dulzura, esa bondad que atesora en su divino seno la voluntad de Dios? Ella misma es la bondad y la dulzura de que hablamos. San Pablo la llama voluntad de bondad; esto es, una voluntad benevolentísima para con los hombres, inclinada enteramente á hacernos bien; voluntad que quiere que seamos buenos, puros, santos, como Dios es bueno, puro, santo; y que en todo esto crezcamos diariamente, participando é imitando cuanto sea posible la bondad, la pureza y la santidad de Dios Nuestro Señor.—Esa voluntad es una madre dulcísima que nos lleva en su seno y nos trae en brazos, y no nos ha de dejar hasta la última vejez, hasta que encanezcamos (1). ¡Quién ha podido contar los desvelos de su amor para con nosotros! No duerme ni dormita, y llena de benignidad y de dulzura, nos habla en estos términos: Yo soy quien te cuida; yo estoy á tu lado para defenderte. Ni el sol te quemará de día, ni la luna de noche. Te preservaré de todo

(1) Isa. XLVI, 3, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal; guardaré tu alma. Te guardaré en todos los pasos de tu vida, desde ahora y para siempre (1). ¡Qué palabras tan propias de la más tierna y cariñosa madre, cual es para nosotros la santa voluntad de Dios Nuestro Señor! Sería un crimen no confiar en ella; no descansar en su seno, una desgracia incomparable; y ¿qué sería el no amarla? A la desgracia y al delito se añadiría una ceguedad tristísima, que casi no tendría remedio.

Después de habernos detenido en tan santos pensamientos, preguntamos: ¿qué relaciones hay entre la voluntad de Dios y su esencia? Aquella voluntad es esta misma esencia, como también lo es la inteligencia divina. Estas son las espléndidas riquezas que atesora en su seno la esencia de Dios, y esta esencia es una, bellísima y santa. Adoramos la unidad, y su belleza nos arrebata y encanta, y la santidad de esa esencia pone en nuestros labios dulcísimos himnos de amor y de alabanza: Bendición y caridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza, á Nuestro Dios y Señor, uno siempre en su divina esencia.

(1) Ps. CXX.

II

Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas, quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias, porque en tí está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (1). Es el Padre á quien habla David; la fuente de la vida es el Hijo; y luz de luz es el Espíritu Santo (2). Tal es el gran misterio de la divina Trinidad, altísimo é incomprensible á la razón humana; misterio en el cual nosotros creemos con la fe más humilde y sentida; oigamos, pues, lo que esta fe nos enseña, y pensemos siquiera un instante en aquel adorable misterio.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas realmente distintas, que, sin embargo, no son sino un solo Dios verdadero; esas personas son enteramente iguales; no se confunden entre sí, y sin embargo tienen una misma substancia; una misma es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; su gloria es igual, y es coeterna su majestad. Cual es el Padre así es el Hijo y así es también el Espíritu Santo. El Padre es increado, y lo mismo es el Hijo, y lo es de la misma manera el Espíritu

(1) Ps. XXXV, 8-10.
(2) Ambros. *De Espirit. Sanc.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santo. Inmenso y eterno es el Padre, y así lo son el Hijo y el Espíritu Santo; mas no hay tres increados, ni tres inmensos, ni tres eternos. El Padre es omnipotente, es Dios, es Señor; y asimismo lo son el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es ingénito, el Hijo es engendrado y el Espíritu Santo procedente; pero ninguno ha sido hecho ni creado. En la Trinidad no hay sino un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, y en ella no hay nada anterior ó posterior, nada mayor ó menor: las tres Personas son coeternas entre sí y enteramente iguales, y por esto veneramos la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad. ¡Qué perfección tan admirable, y qué gloria tan hermosa y pura! Al pensar en esta gloria y al contemplar aquella belleza divina, arrebatadas nuestras almas de amor y de entusiasmo, tienen que exclamar: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Bendita sea la gloria del Señor. El es nuestra esperanza, Él nuestra salud y toda nuestra gloria. El Padre es caridad, el Hijo gracia y el Espíritu Santo comunión. Veraz es el Padre, el Hijo es verdad y el Espíritu Santo también es verdad, y las tres divinas Personas no son sino una substancia.

Los nombres propios de la primera Persona son: Ingénito, no engendrado; Principio, Padre. El Padre de ningún modo es producido, y Él es el principio de la Divinidad, porque de Él proceden el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre

es absolutamente improductible y es por sí mismo. ¡Qué majestad la suya, gloriosísima y sublime! Tiene en sí mismo la vida, y su nombre de Ingénito nos revela su virtud omnipotente.—Si Él no procede de nadie, de Él proceden el Hijo y el Espíritu Santo, á quienes comunica la divina esencia, su gloria y majestad, y es con ellos un solo Dios verdadero. ¡Oh fecundidad incomprensible, oh adorable é infinita grandeza la de aquel altísimo Señor de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo!

La primera Persona no reconoce principio ninguno, mas es Ella misma eterno y adorable principio; es la plenitud del sér, su fecundidad es infinita; es fuente inagotable de vida y de verdad, de luz y de amor.

Además de Ingénito y Principio, hay otro nombre dulcísimo y santo, el de Padre, que corresponde á la primera Persona, en cuanto la significamos según que es el principio de las otras, por modo de origen ó de procesión; y de esta manera, el nombre de Padre es nocional, y se dice antes nocional que esencialmente, respecto de la primera Persona, porque tal nombre le conviene primero respecto de su Hijo divino que con relación á las criaturas; pues el Verbo de Dios es perfectamente semejante á su divino Padre, y las criaturas no lo son, puesto que se hallan á inmensa distancia de su Criador.

Hijo de Dios, Verbo divino, imagen del Padre. Tales son los nombres propios de la segun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da Persona de la divina Trinidad. La llamamos Hijo, porque ha sido engendrada de la substancia del Padre. Es su Verbo, porque es el término del entendimiento fecundo del mismo Padre. Es su imagen, por la semejanza en la naturaleza, que en fuerza de su procesión tiene con el mismo Padre.

Espíritu Santo, Amor divino, Don de Dios. Tales son los nombres de la tercera Persona. Es espirada pasivamente y de esta manera el nombre de Espíritu le es enteramente propio.

La santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios, y como la tercera Persona procede por modo de amor con que Dios se ama, convenientemente la llamamos Espíritu Santo (1), y como Él es término subsistente y personal del mutuo amor del Padre y del Hijo y término de la acción de su voluntad, por esto también le llamamos amor, peso y soberano impulso.

El nombre Don, en sentido personal, es propio del Espíritu Santo; porque don, con toda propiedad, es dádiva irrevocable, esto es, otorgada sin esperanza de retribución, y, por lo mismo, es verdadera donación gratuíta, y la razón de ésta es el amor, porque damos gratuitamente alguna cosa á una persona porque queremos el bien para ella, y lo primero que le damos es el amor, que tiene, por este mismo motivo, razón de primer don, y por él se dispensan todos los dones gratuítos. Procediendo, pues, el Es-

(1) D. Th., p. I, q. 36, a. I.

píritu Santo como amor, procede en razón de don primero; y como haber nacido es proceder el Hijo del Padre, así ser don de Dios es proceder el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo (1).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: en cada una de estas tres Personas brillan la verdad y la grandeza, la majestad y la gloria, el poder y la divinidad, una hermosura perfecta y una santidad adorable; son un mismo Dios en quien creemos y esperamos, y á quien debemos amar sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas, porque Él es nuestro Dios y Señor que nos colma de incesantes beneficios y se ha dignado aceptarnos por sus hijos. Somos, en efecto, hijos de la adorable Trinidad. Hablando sobre esto el Angel de las Escuelas, dice lo siguiente: La diferencia entre el hijo adoptivo de Dios y el natural está en que éste es engendrado, no hecho, y si algunas veces se dice que éste es engendrado, se entiende que lo es á causa de la generación espiritual, que no es natural, sino gratuita. Mas, aunque engendrar en lo divino es propio de la persona del Padre, el producir cualquier efecto en las criaturas es común á toda la Trinidad; porque donde hay una sola naturaleza hay una virtud y una sola operación. La filiación adoptiva es cierta semejanza de la filiación eterna, así como todas las cosas que se han hecho en el tiempo son ciertas semejanzas de las que fueron en la eternidad. Mas el hom-

(1) I, P. Q. XXXVIII, a. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre se asemeja al esplendor del Hijo eterno por medio de la caridad y la gracia que se atribuyen al Espíritu Santo, y por esto, la adopción, aunque común á toda la Trinidad, se apropia al Padre como autor, al Hijo como ejemplar y al Espíritu Santo como al que imprime en nosotros la semejanza de ese ejemplar (1).

Somos hijos adoptivos de Dios. ¿Cuáles son los sentimientos que tal adopción debe producir en nuestras almas? Los de amor, respeto y obediencia y la más profunda y tierna gratitud.

¡Qué bien empleamos nuestro amor al ponerlo en el más excelente de los padres! Nos ha engendrado por su voluntad, por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas (2) No la necesidad, sino el amor ha precedido á nuestra adopción; amor grande que tenemos que pagar con todo el nuestro. Tal adopción nos eleva en gran manera, nos confiere una dignidad muy grande, y ya podremos llamar á Dios Nuestro Señor con toda libertad y con la más amorosa confianza, con el dulcísimo nombre de Padre. Esta es nuestra dicha y todo el bien de nuestras almas. Dios es nuestro Padre, y fija sus miradas de amor y de ternura en sus hijos adoptivos, nos proteje y ampara y nos colma de bienes celestiales. ¿Qué podrá faltarnos teniendo á Dios por Padre? Su infinita bondad y su ternura inclinan hacia Él

(1) III, P. Q. XXXIII, a. II, et ad tertium.
(2) Jac. I, 18.

todo nuestro afecto. Él es nuestro Padre y nos ama con un amor muy grande; somos nosotros sus hijos adoptivos y le amamos con todo el corazón,

La eterna y gloriosa majestad de nuestro dulce Padre, nos rinde á sus pies para adorarle llenos de respeto y humildad muy grande, y al bendecirle y al glorificar su santo nombre lo hacemos siempre con temor filial, porque es infinita su grandeza y Él merece todo honor y gloria.

Es Dios nuestro Padre querido y nosotros sus humildes hijos, que cifamos toda nuestra dicha en cumplir su voluntad divina. Oh Señor, le decimos una y otra vez, enseñadnos á cumplir vuestra santa voluntad. ¿Qué queréis que hagamos? Y la voluntad de Dios es la santificación de nuestras almas, y Él quiere que le amemos. Cumplamos, pues, tan santa voluntad; sirvámosle todos los días de nuestra vida y suyo sea para siempre todo nuestro amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII

MARÍA

I

El astrónomo, á fin de precisar sus cálculos y de descubrir nuevas maravillas en las profundidades de los cielos, las observa desde diferentes puntos de vista; nosotros hacemos una cosa parecida al poner los ojos en la Santísima Virgen María, de quien se dice que es apacible como la luna, escogida como el sol, y á quien llamamos estrella de la mañana. María apareció en el cielo revestida del astro de la luz, teniendo la luna á sus pies y coronada de estrellas. Podemos contemplarla desde la cumbre luminosa de su pureza inmaculada y santa, ó bien desde los collados y profundos valles de su humildad incomparable; ó junto á la orilla de los ríos de sus celestiales gracias; ó navegando nosotros en el mar de su ternura, y en todas partes quedarán nuestros

ojos encantados con la purísima luz de ese luminar espléndido que puso Dios en lo más elevado del cielo de la gracia; astro de gloria que derrama la vida y la hace llegar hasta los últimos confines de la tierra, y cuyas benéficas influencias se dejan sentir en todas partes, porque así lo piden la gloria de Dios y el bien de los hombres.

La pureza de María. ¿Qué nos revela la fe acerca de esa pureza? Que es inmaculada y santa; que María no contrajo la culpa original; y la fe nos presenta á la preciosa Niña de que hablamos resplandeciente de belleza, vestida de luz, cubierta de gloria, y como la más admirable y perfecta de todas las obras de Dios. ¿De dónde le han venido tantas gracias y esa perfección tan admirable y santa? De Dios, que puso en ella sus divinas complacencias. La amó desde la misma eternidad, y se dignó preferirla á todas sus criaturas. Amor eterno, amor de soberana complacencia y que lleva en sí mismo todos los encantos y las bellezas de una predilección incomparable. No fue Ella quien á Dios le dió primero alguna cosa; porque todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén (1).

María, ni previno ni pudo prevenir el amor de su Dios para con Ella, porque este amor es eterno; y Dios, al verla allá en su eternidad,

(1) Rom. XI, 33-36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no llegó á descubrirla entre los hijos de Adán, que habían de mancharse con el pecado; mas Ella se presentaba desde entonces á las miradas del Eterno unida á Jesucristo, prevenida por los méritos del Hombre-Dios, llena de gracia, de luz y de pureza, y adornada con los encantos de todas las virtudes. ¡Oh, cuán hermosa y agraciada fue desde la misma eternidad á los ojos del Señor esta Niña purísima y sin mancha! Dios sonrió de amor, si así podemos decirlo, al contemplar esta obra primorosa de sus manos. ¡Cuán bella eres, amiga mía, cuán bella eres! En Ti no hay ninguna mancha.

Elías subió una vez á la cima del monte Carmelo y dijo á su criado: Anda, corre, ve y observa hacia el mar. Así lo hizo el criado, y volvió diciendo: No hay cosa alguna. Vuelve hasta siete veces, le dijo Elías, y á la séptima vez vió el criado que subía del mar una nubecilla tan pequeña como la huella de un hombre (1). He allí una imagen de la pureza de María, que del mar de la divina gracia se eleva hasta el cielo cual blanquísima nube semejante á la huella de un hombre, porque Ella tiene la naturaleza humana, mas no la culpa; y llena de gracia y transformada en la pureza misma, se nos presenta tan hermosa y santa, tan delicada y perfecta en todo su sér, cual si fuese de una naturaleza del todo diferente de la nuestra; tan bello y santo es el resplandor de su pureza, y

(1) III Reg. XVIII, 42-44.

así es tan brillante la luz que derrama en el mundo; luz con que Dios se dignó enriquecer á la que fue preferida de su amor entre todas las criaturas.

La pureza de María al llegar hasta nosotros nos inspira un horror muy grande al vicio contrario, porque tal pureza preséntase á nuestra alma bellísima y llena de atractivos, como una exhalación de la virtud de Dios, como una emanación de la gloria del Omnipotente, cual bello resplandor de la luz eterna, como un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, como una imagen de su bondad. Si en tal pureza detenemos un instante la mirada, comprenderemos que es más hermosa que el sol, y que al compararla con la luz le hace muchas ventajas (1). De la pureza inmaculada de María toma la nieve su blancura y la azucena su cándido ropaje. Trasciende la pureza de la santa Virgen, cual delicadísimo perfume, la fragancia de toda santidad. No hay en tal pureza el menor defecto; siempre bellísima y lozana, es como una flor que nunca se marchita, flor de nítidos colores, flor de gracia y celestial virtud, y la más hermosa del jardín de Dios.

Después de contemplar unos instantes esa incomparable y santísima pureza, ¿dejará de producir en nuestras almas un horror profundo cualquier pensamiento que quisiera inclinarnos á la culpa? Veríamos la impureza cubierta

(1) Sap. VII, 25, 26, 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ignominia y exhalando un hedor insoportable, y sería para nosotros cual un monstruo escapado del infierno que traía en su séquito la miseria y la vergüenza, la degradación y la ignominia, la maldición de Dios y de los hombres; y volviendo los ojos á María tendríamos que exclamar en ese instante: ¡Oh pureza de la Virgen sin mancilla, líbranos de caer en el pecado!

Desde las brillantes y elevadas cumbres de la pureza de María, descendamos hasta las profundidades de su santa humildad. Desde este punto de vista, María se nos presenta amabilísima y llena de atractivos. Vedla: ha subido á una prodigiosa altura; ha llegado hasta concebir en sus entrañas al Hijo de Dios; enriquecida con todos los dones celestiales, Dios la prefirió á todas las obras de sus manos. Es la muy amada del Eterno, y, sin embargo, no sólo no llega á envanecerse, sino que la humildad la tiene como anonadada; y cual si olvidar pudiera todas las gracias que ha recibido de los cielos, piensa sin interrupción en la pequeñez de su sér. Ha recibido el espíritu de Dios, que le descubre la excelencia y la grandeza de los divinos dones con que se halla enriquecida; esos dones han descendido del Padre de las luces; María nada tiene de sí misma; y tal conocimiento haría sin duda que una y otra vez, sorprendida de las bondades de Dios para con Ella, se preguntara diciendo: soy nada, la esclava del Señor; ¿por qué ha puesto en mí, con

un amor tan grande, sus divinos ojos? Y volviendo sus miradas en torno de sí misma, veríase prevenida, rodeada de la gracia. Dios así lo quiso, y María no pudo adelantarse al querer divino; y tal conocimiento llenaba de una bondad incomparable el alma de la santa Niña.

Cuanto es más generoso el corazón del hombre, procura con mayor empeño ser agradecido á los favores que se le dispensan; y á fin de conseguirlo, no sólo considera las grandezas de ese beneficio, sino además reflexiona que nunca las ha merecido, y hace cuanto puede á fin de descubrir hasta dónde llega su falta de mérito para elevar después con gratitud inmensa las acciones de gracias que corresponden á su bienhechor. Preguntemos ahora lo siguiente: después del Corazón de Jesucristo, ¿hay otro alguno tan noble y generoso como el de María? Ella, pues, descenderá hasta el abismo de su nada, y tendrá que preguntarla, si así pudiéramos decirlo: ¿en dónde están los méritos con que previne las gracias del Señor? Un silencio profundo se sigue á tal pregunta, y María queda como perdida en el abismo de su pequeñez; mas pasa un instante y abre sus labios para glorificar las misericordias del Eterno con este hermoso cántico: Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios, mi Salvador, porque ha visto la humildad de su esclava... porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso y cuyo nombre es santo.—María se olvida enteramente de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí misma, y sólo piensa en Dios y en la divina gloria; porque es muy humilde, y las mismas grandezas de que Dios la ha colmado, en vez de disminuir aquella su humildad incomparable que acabamos de admirar, la han aumentado sin medida alguna. Es María la misma humildad, humildad que brilla á nuestros ojos con la purísima luz de una hermosura encantadora; porque nada hay que así cautive el corazón del hombre, y nada tan bello como la humildad en la cima de toda grandeza coronada de gloria, vestida de luz y derramando en sus miradas la gracia y la bondad. María, la más sublime de todas las criaturas, fue también la más humilde, porque nunca olvidó su propia nada.

La humildad de María la obligaba á declinar las alabanzas que se le tributaban, y hacía que en el mismo punto las elevasen á Dios Nuestro Señor: Bendita tú eres entre todas las mujeres... y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor á visitarme? (1). María contesta tales alabanzas con su admirable y celestial *Magnificat:* Tú engrandeces á la Madre del Señor, dice á Isabel, mi alma le glorifica. Al saludarte, el hijo que llevas en tu seno saltó de gozo; mi espíritu se regocija en Dios, su Salvador. Me has llamado dichosa porque he creído; mas la divina piedad es causa de mi fe y constituye toda mi dicha; y me llamarán feliz

(1) Luc. I, 42, 43.

todas las generaciones, porque Dios ha puesto sus ojos de misericordia en la humildad de su esclava (1).

II

Todavía tenemos que decir una palabra acerca de la humildad de la sagrada Virgen.

La fe es la humildad del espíritu, y la pureza la humildad de la carne, porque la fe nos rinde á la voz de Dios Nuestro Señor, cautivando en su obsequio todo entendimiento, y la pureza rinde nuestra carne á la virtud. La fe ilumina nuestras almas con una luz muy pura, que nos hace conocer que sólo Dios existe por sí mismo, y que en su presencia son como nada todas las criaturas. El conocimiento de que hablamos corresponde en extensión y viveza á la luz de la fe; y ya que nadie ha tenido una fe tan firme y robusta y que tanto acerque al Señor como María la tuvo, nadie como Ella ha llegado á conocer con tanta perfección su propia nada. Dichosa, pues, la que ha creído, la que así se humilló á sus propios ojos y en la presencia del Señor.

La carne desea contra el espíritu: esta es la soberbia que la mancha; mas esto no tuvo lugar en María, porque en la carne inmaculada y santa de esta purísima Virgen, carne que es la

(1) D. Bernard. *D. Vers. Apoc.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma de Jesús, hallamos solamente celestial y cándida pureza y la más perfecta sumisión á la ley del espíritu.

De esta suerte brilla la humildad en la frente de María con la luz más pura y hermosa, y adorna su santísima persona con tanta belleza y tan misteriosos atractivos, que cautivó las miradas de Dios, que quiso descender á su seno inmaculado y santo. En efecto: cuando el ángel Gabriel reveló á María el gran misterio de la Encarnación, la humildad puso estas palabras en los labios de la santa Virgen: He aquí la esclava del Señor; y el Verbo se hizo carne. Si el Hijo de Dios ha descendido, María se ha elevado á una altura á que no llegará en su raudo vuelo el amoroso y radiante serafín, pues Dios no tomó la naturaleza de los ángeles, y sí tomó la sangre de Abraham.

La humildad que ha exaltado á María hasta el trono de Dios, la inclina á nosotros con inefable dulzura, porque María no llega á olvidar que es nuestra hermana y que lleva nuestra misma carne; que en todo es semejante á sus hermanos, fuera del pecado, y que si Ella jamás se manchó con la culpa, fue por la bondad de Dios; y tal bondad la inunda de tierna compasión y de clemencia para con nosotros, á quienes puede socorrer con la omnipotencia de sus ruegos; y así lo hace sin desdeñarse de llamarnos sus hermanos, porque es humilde, y que sin embargo de todas sus grandezas, sabe que se halla á infinita distancia del Creador, y que

Ella tiene principio como todas las criaturas.

Después de la humildad de la sagrada Virgen, contemplemos su ternura y clemencia para con nosotros. Dios Nuestro Señor había enriquecido el corazón de María con los más espléndidos tesoros de la gracia y del amor; por esto hallamos en Ella una inmensa ternura, dulcísima y llena de bondad; María tendrá que ser la misma clemencia. Su corazón inmaculado y santo será la fuente viva de las misericordias del Señor, y de esa fuente manarán sin descanso la suavidad de los divinos consuelos y todas las piedades del Señor, porque Ella es la salud del enfermo, la fuerza del débil, la redención del cautivo, la alegría del triste, y alcanza con sus poderosos ruegos á los pecadores el perdón y á los justos la gracia del Señor.

La Iglesia nuestra Madre quiere que invoquemos á la santa Niña con estas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra; y San León el Grande la llamó la misma misericordia.

La ternura de la Santísima Virgen tenía que relacionarse con su carácter de Madre de Dios y de los hombres. Dios, al elegirla para que fuese su Madre verdadera, derramó en ella todos los tesoros de la amabilidad y la dulzura. ¿Habrá mayor delicia para un hijo que el amor de su madre, que los afectos y caricias que ésta le prodiga? Las miradas llenas de dulzura y las blandas y dulces expresiones que le dirige una y otra vez, revelan á su hijo el amor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le tiene; son para éste de una inmensa dicha; y Jesucristo, semejante en todo á nosotros, que somos sus hermanos, no había de arrancar á la naturaleza, que tomaba, un sentimiento tan noble y hermoso y que eleva nuestras almas al ejercicio de excelentísimas virtudes. Por otra parte ¿cuál sería la belleza del corazón de una madre si no hubiese abierto en él Dios Nuestro Señor las fuentes de la bondad y la dulzura? Y el corazón de María es una maravilla de perfección y gracia, de singularísima belleza, de celestial encanto. Dios, pues, quiso enriquecerlo con todos los tesoros de su amor dulcísimo, con la plenitud de la ternura y con todos los encantos de la divina clemencia, cuanto era capaz de recibir la preciosa Niña que escogió por Madre.

Aun prescindiendo de lo que acabamos de decir, las penalidades y miserias á que quiso sujetarse el Hijo de Dios, nos revelan que era indispensable que su santa Madre fuese dulcísima para con El y le mostrara una ternura inmensa. ¿Quién sino Ella le había de recibir entre sus brazos y había de ser su amor y su consuelo? Contemplemos al Niño Jesús allá en Belén: nace en humilde y solitaria gruta y es reclinado en un pesebre; todo lo que falta al Niño Dios, tendrá que suplirlo su divina Madre con cuidados y desvelos llenos de ternura; cuando María y José salen huyendo hacia el Egipto, le llevan consigo, y tanto al caminar por el desierto con grandes fatigas y trabajos, como después

pasando largos años en extranjera tierra, María tendrá que consolar al Hijo de su amor. ¡Qué palabras tan dulces tendrá que dirigirle y qué no hará para darle en todas ocasiones alivio y consuelo! Es el Hijo de Dios y es también su propio Hijo; merece toda honra y gloria, y, sin embargo, quiso sujetarse á la pobreza, y llega algunas veces hasta padecer el hambre, según nos dice el Seralín de los Doctores. En tales circunstancias ¿no serían indispensables á la sagrada Virgen la amabilidad y la ternura?

Mas ¿para qué detenernos en tales consideraciones, conociendo la santidad y la hermosura de Jesús, el más hermoso entre los hijos de los hombres, en quien tiene sus divinas complacencias el Eterno? Jesús, con sólo su presencia, haría que se abriesen en el seno de la santa Virgen inagotables y copiosas fuentes de amor y de ternura. Sabe María que su Hijo divino es también el Hijo de Dios; le contempla un instante, y la belleza del Niño y las dulces miradas que manda á su Madre la dejan rendida de amor y la sumergen en un mar de dulzura. ¿Quién podrá expresar los sentimientos de María en tales circunstancias? La suavidad de Dios la penetra enteramente; María por esto es la misma dulzura, porque Jesús le ha comunicado sin medida alguna todos los tesoros de su benignidad y su clemencia.

María nació para Madre de Jesús y también para Madre de los hombres, y después de Jesucristo es ella todo nuestro bien. Si pensamos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en nosotros mismos, se nos presentan desde luego las miserias y penalidades que sufrimos y las culpas que hemos cometido, y nos dicen: buscad el remedio de todos vuestros males en la ternura y clemencia de María, porque es riquísima en bondad y gracia, porque Ella es vuestra Madre.—En efecto, Dios nos la dió por Madre, por abogada y refugio, por medianera entre su Hijo santísimo y nosotros. Nuestra causa es enteramente suya; Dios la ha puesto en sus manos, y en obtenernos el perdón de los pecados está la gloria del Señor que María procura con el más decidido y amoroso empeño, y en librar de todas las miserias y peligros á todos sus hijos están las delicias de una madre: por todo esto la amabilidad y la ternura se desbordan del corazón de María y como ríos caudalosos que salen de su cauce, nos inundan en sus benditas aguas de piedad y gracia.

La amabilidad y ternura de María vuelven á Dios á los más obstinados pecadores que habían despreciado la divina gracia, y que en nada habían tenido las amenazas de la eterna justicia; pero María se les acerca trayendo consigo no la severidad ni los rigores, sino el amor; les presenta el seno en que ha llevado al Hijo de Dios, y les recuerda que le ha sacrificado por salvarlos, que les recibió por hijos adoptivos en lugar de su Jesús querido, y les dice una y otra vez que en Ella encontrarán refugio. Esperad aún, añade, volvéos al Señor y yo rogaré por vosotros; dirígeles miradas de

dulcísima ternura; con bondad inefable se inclina hacia ellos á fin de atraer, con los lazos de amor con que sabe ligar los corazones esa benigna y cariñosa Madre, que al fin triunfa y reconcilia con Dios á los que antes eran enemigos de Su Majestad por el pecado.

¡Qué fuera de nosotros si no tuviéramos, por la bondad divina, una Madre tan tierna y amorosa! Toda nuestra suficiencia viene del Señor, y Él es el origen de todos nuestros bienes; mas bendito sea Él, que quiso por medio de María comunicarnos sus misericordias, y bendita sea también esta santa Madre, tesoro de bondad y de clemencia, fuente perenne de gracia, de amor y de dulzura. Busquemos la divina gracia, y busquémosla por medio de María; y al hallar en esta dulce Madre la plenitud de todo bien, porque en Ella hallamos á Jesús, bendigamos las misericordias del Eterno, á quien son debidas la honra y gloria por siempre. Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIV

LOS ÁNGELES DE DIOS

I

Sublimes son, en verdad, las enseñanzas de la teología acerca de los santos ángeles. Después de haber demostrado su existencia, la teología nos habla de la inteligencia y de la voluntad de los espíritus celestiales, de la gracia con que Dios se dignó embellecerlos, de sus relaciones con los hombres y de otras maravillas de la omnipotencia y la bondad divinas para con ellos.

Sobre la existencia de los ángeles, dice San Agustín: Sabemos por la fe que existen, y por la santa Escritura nos consta que han aparecido á muchos, y no es lícito dudarlo (1). San Gregorio dice también: Casi todas las páginas

(1) Serm. I, in Ps. 102.

de la Escritura testifican que hay ángeles y arcángeles (1).

El Ángel de las Escuelas dícenos que, para conseguir la última perfección del universo, conviene que las criaturas vuelvan á su principio, y por lo mismo, para la perfección de éstas es necesario que algunas sean inteligentes.—Las criaturas vuelven á su principio en cuanto llevan la semejanza de este mismo, según el sér y la naturaleza en que tienen su perfección; mas el entendimiento divino es el principio que las produce; á éste, pues, tendrán que asemejarse.

La vuelta de las criaturas á su divino principio, que reclama la absoluta perfección del universo, no sólo pide la semejanza por naturaleza, sino además por perfección, y ésta no puede ser sino la de entendimiento y voluntad porque Dios no obra ni en cuanto á sí mismo de otra manera. Además, la suma perfección de las cosas exige que haya algunas criaturas que obren como Dios lo hace, y convino, por lo mismo, que hubiese substancias espirituales. Dios obra por el entendimiento y la voluntad.

La perfección del universo á que nos hemos referido, pide asimismo la semejanza con Dios, no solamente según la forma, sino también según el modo de ser de esta misma en cuanto sea posible, porque esta segunda semejanza es más perfecta que la primera. Fue conveniente,

(1) Hom. 34, *In Evang.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues, que existiesen algunas criaturas en las que la forma del entendimiento divino se representase según el sér inteligible. La forma por la que Dios obra en la criatura tiene el modo inteligible del sér.

Para que la semejanza de Dios existiese en las criaturas según todos los modos posibles, no en absoluto posibles, sino aquellos que se refieren al universo, era conveniente que la bondad divina se les comunicase, no sólo por la semejanza en el sér, sino también en el conocimiento, porque de estos modos existe la semejanza de uno en otro; mas sólo el entendimiento puede conocer la divina bondad (1).

Estas substancias espirituales de que hablamos son formas subsistentes, pero no materiales, porque de otra suerte sus naturalezas no tendrían propiamente el sér, sino los compuestos; tendrían sér material como si estuviesen compuestas de forma y materia; ni obrarían por sí mismas, sino el compuesto obraría por medio de ellas; ni entenderían ellas mismas, sino el compuesto de las mismas y la materia, y el entendimiento sería compuesto de materia y forma (2).

La inteligencia de los ángeles es una maravilla que arrebata y encanta nuestras almas.

(1) *Cmtr. Gent.* Lib. II, cap. XLVI.—Ferrariensis hic.

(2) D. Thom. cit., cap, LI. *Loquitur S. Thomas de natura intellectuali in quantum intellectualis est, et quae tota est intellectualis.*—Ferrariensis hic.

Su entender no es su substancia; esto es propio únicamente de Dios, que es un acto puro. La razón de lo dicho es manifiesta: la acción es la actualidad de la potencia, como el existir es la actualidad de la substancia; mas repugna que lo que no es puro acto y que tiene algo de potencia sea su actualidad. Así también la acción del ángel no es su existencia. Si se trata de una acción exterior, ésta no puede ser el mismo existir del agente, cuya existencia se significa dentro del mismo. Si de la acción interior tiene ésta por su naturaleza infinidad, sea simplemente como entender y querer, cuyos objetos se convierten con el ente, ó bien aquella infinidad lo sea en algo *(secundum quid)* como el sentir; mas la existencia de cada criatura está determinada á una sola cosa, según el género y la especie, y únicamente el Sér de Dios es simplemente infinito, pues comprende en sí todas las cosas, y por lo mismo sólo el Sér de Dios es el divino querer y entender.

Ni en el ángel ni en otra alguna criatura, la virtud ó potencia operativa es lo mismo que su esencia. Á los ángeles sólo corresponden, de las potencias cognoscitivas, la inteligencia y la voluntad, siendo conveniente para el orden del universo que la suprema criatura intelectual, que es el ángel, sea totalmente intelectiva y no en parte como nuestra alma; sin embargo, el ángel no puede conocer todas las cosas por su esencia, sino que su entendimiento necesita perfeccionarse al efecto por medio de algunas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

especies, que no reciben de los objetos, sino que les son connaturales ó congénitas; y cuanto más elevado es un ángel, tanto menor es el número de especies más universales por las que conoce las cosas inteligibles. El ángel se conoce á sí mismo por su forma inteligible, que es su substancia. En cada ángel infundió el Señor la razón de su especie, según su sér natural é intelectual juntamente, para que subsistiera en la naturaleza de su especie, y por ella se conociese á sí mismo; y las razones de las otras naturalezas le han sido impresas únicamente, según su sér intelectual, de manera que por medio de tales especies conociese á las criaturas corporales y espirituales. El ángel puede conocer á Dios de alguna manera por sus facultades naturales, aunque no por ellas ve la esencia divina. La imagen de Dios está impresa en la naturaleza del ángel, y por esto le conoce, según que tal naturaleza es semejanza de Dios; mas como tal semejanza no es suficiente para representar la esencia divina, por esto no ve la misma esencia de Dios por medio de tal semejanza, siendo, como es, la naturaleza angélica un espejo que representa la divina imagen. Conoce el ángel las cosas materiales por las especies inteligibles que existen en él, porque todo lo que existe en un sér está en él, según la manera de este mismo; y siendo los ángeles intelectuales por naturaleza, síguese que, así como Dios conoce las cosas naturales por su esencia, los ángeles, por su parte, las conocen por cuanto existen en ellos por sus especies inteligibles.

El ángel conoce las cosas singulares, no solamente en sus causas universales, sino como son en sí mismas, por medio de las especies que Dios ha impreso en ellos y por su única virtud intelectual. Conoce el ángel las cosas futuras en sus causas, tanto más perfectamente que nosotros, cuanto conoce tales causas mejor y más universalmente que nosotros. Conoce con certidumbre los efectos futuros en sus causas necesarias, y sólo por conjetura los que suceden ordinariamente, mas no los que suceden raras veces, siendo Dios el único que conoce todas las cosas futuras como son en sí mismas. El ángel ve al Verbo y las cosas en el Verbo, y por tal visión conoce los misterios de la gracia; mas no todos, sino sólo aquellos que Dios quiere revelarle y en la medida que se digna hacerlo.—El entendimiento del ángel nunca está en potencia, cual si estuviese en conocimiento habitual de lo que es naturalmente accesible á su inteligencia; mas puede estarlo en cuanto se le comunica la revelación divina; y jamás lo está respecto del Verbo ni de las cosas que en Él ve, porque le contempla sin descanso y siempre tiene presente lo que en Él se le manifiesta. Esta es su verdadera dicha, que no consiste en hábito, sino en acto, y cuanto descubre en el Verbo lo conoce al mismo tiempo; y en cuanto á lo que conoce por medio de las especies innatas, puede entender á la vez las que son conocidas por una sola especie, no las que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo son por diversas. Aprende cuanto conoce sin discurrir de lo conocido á lo desconocido, porque ve instantáneamente en la idea del principio que conoce todas sus conclusiones; no conoce dividiendo y componiendo.

Hay en el ángel un conocimiento que se llama matutino, por el cual conoce las cosas en su primera causa, el Verbo de Dios, y otro vespertino, por el cual las conoce en sí mismas.

Siendoel ángel naturaleza intelectual, hay en él amor natural, dilección natural y electiva, siendo la primera el principio de ésta, y esto, aunque tiene un solo conocimiento natural; se ama á sí mismo naturalmente y con dilección electiva, ama á Dios más que á sí mismo con dilección natural, como á Bien universal de toda criatura.

El ángel fue criado feliz con aquella dicha que pudo alcanzar por la virtud de su naturaleza; mas su última dicha no la consiguió inmediatamente en el principio de su creación, sino que fue dichoso por su conversión á Dios mediante el auxilio de la gracia; y es más probable y más conforme al sentir de los Santos, que fue criado en la gracia santificante, y mediante la gracia que recibió de Dios en su creación alcanzó su eterna dicha inmediatamente después de su primer acto de caridad (1).

El número de los espíritus celestiales es verdaderamente incalculable, y la razón de esto,

(1) D. Th. I, P. Q. L.

es que siendo la perfección del universo lo que principalmente Dios se ha propuesto en la creación de las cosas, cuanto éstas son más perfectas con tanta mayor profusión las ha creado; porque así como en los cuerpos se aprecia el exceso por la magnitud, así puede estimarse la superioridad de las substancias incorpóreas en razón de su multitud. Es, pues, razonable que éstas excedan incomparablemente en multitud á las materiales (1).

Divídense los ángeles en tres jerarquías, abrazando cada una tres cosas. La primera se compone de los serafines, los querubines y los tronos. Llámase asistente, porque siempre está delante del trono de Dios, y en ella resplandecen el amor, la sabiduría y el poder del supremo Creador.

La segunda se compone de las virtudes, las dominaciones y las potestades. Llámase de imperio, y por ella reina Dios sobre todo el mundo como soberano Señor.

Finalmente, están en la tercera los principados, los arcángeles y los ángeles. Llámase de ejecución, porque ejecutan las órdenes de Dios sobre los reinos y naciones, y sobre los hombres en particular.

Los ángeles superiores iluminan á los inferiores manifestándoles alguna verdad, no simplemente, pues esto se hace por la simple locución, sino disponiendo y adaptando la verdad

(1) Q. L. a III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para que pueda ser percibida. La primera jerarquía recibe inmediatamente de Dios, y ésta da á la segunda, la cual á su vez comunica á la tercera; perfeccionan comunicando su amor; ilustran derramando su luz, y purifican separando todo apego del sêr criado para unirle al Sér por excelencia (1).

II

Las relaciones de los ángeles con los hombres son encantadoras y admirables. Dios les ha destinado para que nos guarden. El ángel del Señor, decía David, asistirá alrededor de los que le temen.—Dios mandó á sus ángeles para que cuidasen de tí; ellos te guardarán en todos tus caminos; te llevarán en las palmas de sus manos para que no tropiece tu pie en alguna piedra (2). Los ángeles iluminan nuestro entendimiento, nos enseñan é instruyen, nos sugieren buenos pensamientos, excitan nuestra voluntad hacia el bien exhortándonos y persuadiéndonos, nos ofrecen ocasiones para practicar la virtud y alejar de nosotros los peligros de la culpa, presentan á Dios nuestras súplicas y ruegan por nosotros; alejan la peste, nos asisten á la hora de la muerte y reprimen el furor de los demonios para que no nos dañen

(1) Dionis. *De Coel. Hier.*, cap. V.
(2) Ps. XXXIII, 8.—XC, 11, 12.

ó no lo hagan cuanto quieran. ¡Oh cuántos son los bienes que debemos al favor de los ángeles, á su constante y amorosa custodia! Debemos, pues, honrarles y tener para con ellos singular veneración, tanto por su dignidad excelentísima como porque en ellos honramos al que se digna enviarles en nuestro socorro.

Dios mandó á sus ángeles que cuidasen de tí. Admirable dignación, dice San Bernardo; dignación que revela el amor de Dios hacia nosotros. ¿Quién fue el que mandó y á quiénes, y qué fue lo que mandó? El que todo lo puede por sí mismo y que todo lo sostiene con la virtud de su palabra, y que para hacernos bien quiso servirse del ministerio de sus ángeles, espíritus sublimes que siempre existen delante de la soberana Majestad, y que son los domésticos de Dios: les mandó que te guardasen. ¿Quién es el hombre, oh Señor, para que de él te dignes acordar y le trates con tanto miramiento, como si no fuese podredumbre y gusanos?

Mandó el Señor que te guardasen. Esta palabra debe llenarnos de profunda reverencia, de una devoción muy tierna y de una confianza muy grande. Siempre están con nosotros los ángeles de Dios; debemos, pues, reverenciarlos. Nos aman con ternura; pagaremos su amable deferencia con la devoción de nuestras almas. Nos guardan y defienden con el poder de su brazo; tengamos en ellos una confianza muy grande. Que en todas partes nos acompañen la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vigilancia y la modestia, ya que jamás se separan de nosotros los ángeles de Dios. En todo tiempo y lugar tengamos reverencia á nuestros ángeles custodios amándoles en Dios, que se ha dignado ponernos bajo el amparo de tan poderosos como amables protectores. ¿Qué temeremos estando bajo las alas de su santa protección? No pueden ser vencidos ni engañados, y mucho menos pueden engañar los que nos guardan en todas nuestras sendas. Son fieles, prudentes, poderosos: ¿qué podemos temer? Sigamos sus inspiraciones, unámonos á ellos y descansemos llenos de paz y de consuelo en la protección de Dios Nuestro Señor; y si la tentación se nos acerca ó los trabajos y amarguras de la vida nos afligen, invoquemos á nuestro ángel custodio, que nos lleva por las sendas de la virtud y nos socorre en todos los peligros; clamemos á él diciendo: Sálvanos, Señor, que perecemos (1).

En los espíritus celestiales, nos dijo también San Bernardo, no sólo hallamos una dignidad admirable, sino, además, una amable condescendencia, y si no comprendemos la grandeza de su gloria, hagamos por conseguir la clemencia en que abundan los domésticos de Dios, los ciudadanos celestiales, los príncipes del paraíso. El Apóstol de las gentes, arrebatado hasta el tercer cielo y conocedor de sus secretos, nos dice que los ángeles hacen el oficio de servido-

(1) In ps. XC.

res, como enviados por Dios para ejercer su ministerio en favor de los que deben ser herederos de la salud. Que el Criador y Rey de los ángeles no vino á ser servido, sino á servir y á dar su vida por la salvación de los hombres, y que por lo mismo no es de admirar que los ángeles desempeñen cerca de nosotros su celestial ministerio. Nos sirven por causa del Señor, y lo hacen con santa voluntad y con inmenso gozo. Nos aman porque Jesucristo nos amó. Aumentemos, pues, nuestra confianza en ellos é invoquemos en nuestras necesidades su auxilio, poderoso y caminemos dignamente en su presencia á fin de conciliarnos su gracia, obtener su benevolencia é inclinar hacia nosotros su bondad. Pensemos con qué cuidado es indispensable andar delante de ellos para no desagradarles. ¡Ay de nosotros si los santos ángeles, por nuestra mala conducta, nos juzgan indignos de su presencia y auxilio! Llenos de tristeza pudiéramos decir con el Profeta: Mis amigos se han alejado, los que antes estaban conmigo. Evitemos lo que pueda ofenderles y practiquemos las virtudes que tanto les agradan, como son la templanza y la castidad, la pobreza voluntaria, la oración y la rectitud en todas nuestras obras. Además de todo esto, los ángeles de la paz exigen de nosotros la unidad de espíritu y la paz y la concordia con nuestros hermanos.

Los ángeles de Dios, sublimes por su dignidad, cual si pudieran olvidar la propia gloria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se ocupan sin descanso en nuestro bien. ¡Qué solicitud la suya para con nosotros, tan amable y llena de bondad! Dios les manda que nos cuiden, y ellos tienen sus delicias en cumplir la voluntad de su Criador. Trátase de la gloria del Altísimo y de la salvación de nuestras almas, y ellos, que son ardiente llama de divina caridad, abrasados en el celo de Dios y amándonos con incomparable y santa caridad, vuelan sin detenerse un instante á socorrernos; alumbran nuestros ojos, sostienen nuestros pasos y separan todos los obstáculos que nos impiden seguir por el camino de la vida eterna; disipan nuestras dudas é infunden celestial consuelo en nuestras almas en las horas de amargo sufrimiento; tenemos, pues, no sólo que confiar en ellos é invocar su auxilio y venerarles por su dignidad sublime, si que también debemos amarles y demostrar con nuestros obsequios nuestra inmensa gratitud para con ellos.

Desde este punto de vista, la devoción para con los santos ángeles es verdaderamente sublime y llena nuestras almas de delicias. ¡Qué interés tan noble y generoso el que tienen por salvarnos! No se alejan jamás de nuestro lado ni olvidan nuestra causa delante del Señor. Si nos inspiran pensamientos de virtud, siempre lo hacen con una delicadeza y una suavidad encantadoras; inclinan nuestra voluntad al bien, no sólo sin inferirnos violencia, sino infundiendo en el alma celestial dulzura y una fortaleza que la reanima y consuela.

Los santos ángeles son, en verdad, nuestros amigos, nuestros hermanos, que no procuran otra cosa que el hacernos bien. Son nuestros amigos, y por esto llénanse de gozo si caminamos por las sendas de Dios, así como también cuando volvemos de los extravíos de la culpa.

Son nuestros amigos, y por esto desean asociarnos á su misma dicha, y quieren que en su amable compañía bendigamos para siempre á Dios Nuestro Señor.

Son nuestros hermanos porque tienen el mismo Padre que nosotros. Muy superiores á los hombres, tienen para con éstos los más nobles sentimientos de benignidad y de dulzura, y si bien no ignoran que aquéllos están destinados á participar de la herencia de los cielos, de la vista de Dios, no sienten envidia, mas antes trabajan cuanto pueden á fin de que lleguen los hombres á la patria celestial.

Hermanos, amigos, custodios y abogados nuestros, debemos amarles con singular cariño, y ser agradecidos á los incontables y grandes beneficios que se dignan dispensarnos.

¡Oh ángeles de Dios, cubridnos con las amorosas alas de vuestra protección! Alumbrad nuestros ojos, dirigid nuestros pasos, sostenednos y dadnos la victoria en los combates contra nuestros enemigos; no os alejéis de nuestro lado ya que no ignorais nuestra miseria y cuántos son los peligros que nos cercan, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como nuestros enemigos no duermen ni descansan para hacernos mal; reprimid su furor y haced que se retiren de nosotros, y con vuestro santo y poderoso auxilio libradnos de todos los peligros.





CAPÍTULO XV

LOS PRÍNCIPES CELESTIALES: MIGUEL, RAFAEL Y GABRIEL

I

Hablando San Gregorio de los tres príncipes celestiales, Miguel, Rafael y Gabriel, dice lo siguiente: Miguel es enviado por Dios Nuestro Señor, siempre que Su Majestad quiere hacer ostentación de su poder infinito, para que se entienda que sólo Dios puede realizar las maravillas del poder divino. Por esto, cuando el antiguo enemigo que por su soberbia quiso ser semejante al Altísimo, diciendo: subiré al cielo y asentaré mi trono sobre los astros del firmamento y seré semejante al Altísimo; cuando ese ángel caído, decimos, al llegar el fin del mundo, combata con el arcángel Miguel, éste otra vez confundirá al soberbio.

Respecto de Gabriel, dice lo siguiente: Él es llamado fortaleza de Dios; y Dios le envió á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como nuestros enemigos no duermen ni descansan para hacernos mal; reprimid su furor y haced que se retiren de nosotros, y con vuestro santo y poderoso auxilio libradnos de todos los peligros.





CAPÍTULO XV

LOS PRÍNCIPES CELESTIALES: MIGUEL, RAFAEL Y GABRIEL

I

Hablando San Gregorio de los tres príncipes celestiales, Miguel, Rafael y Gabriel, dice lo siguiente: Miguel es enviado por Dios Nuestro Señor, siempre que Su Majestad quiere hacer ostentación de su poder infinito, para que se entienda que sólo Dios puede realizar las maravillas del poder divino. Por esto, cuando el antiguo enemigo que por su soberbia quiso ser semejante al Altísimo, diciendo: subiré al cielo y asentaré mi trono sobre los astros del firmamento y seré semejante al Altísimo; cuando ese ángel caído, decimos, al llegar el fin del mundo, combata con el arcángel Miguel, éste otra vez confundirá al soberbio.

Respecto de Gabriel, dice lo siguiente: Él es llamado fortaleza de Dios; y Dios le envió á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Purísima Virgen María para que le anunciase el misterio de la Encarnación. Venía á comunicar la venida de aquel Señor Altísimo que combatiría á las potestades de las tinieblas, no presentando la soberana majestad de su propia grandeza, sino la humildad de su carne.

El nombre Rafael se interpreta Medicina de Dios; porque tocando los ojos de Tobías le restituyó la vista (1).

Nuestra Madre la Iglesia hácenos concebir una idea, en verdad muy elevada, de la grandeza y de las singulares prerrogativas del arcángel Miguel. Al recordar la victoria de este príncipe sobre el ángel rebelde, nos dice estas palabras: Contra el campeón de la soberbia, sigamos al príncipe Miguel, para que del trono del Cordero se nos dé la corona de la gloria. También dice la Iglesia que al ver San Juan el misterio sagrado, el arcángel Miguel cantó diciendo con voz de trompeta: Perdona, oh Señor Dios Nuestro, tú que abres el libro y rompes sus sellos. Llama la Iglesia al gallardo y victorioso príncipe Prepósito del paraíso, á quien honran los ángeles, y le ruega que venga en auxilio del pueblo de Dios. - Este es el arcángel Miguel, príncipe de la milicia de los ángeles que derrama grandes beneficios sobre el mundo, y su oración conduce al reino de los cielos. Vino el arcángel Miguel con multitud de ángeles, y le entregó Dios las almas de los

(1) Hom. XXXIV, *In Evang.*

santos para que las lleve al paraíso celestial. A estas palabras añade la Iglesia las siguientes, que hallamos en Daniel: En aquel tiempo, se levantará el gran príncipe Miguel, que es el defensor de vuestros hijos, y vendrá un tiempo cual nunca se ha visto desde que comenzaron á existir las naciones hasta aquel día; y en aquel tiempo tu pueblo será salvo todo el que se hallase escrito en el libro de la vida.

El arcángel Miguel, sigue diciendo la Iglesia, es el nuncio de Dios en favor de las almas justas. Grandes encomios se han hecho de este príncipe sublime; fue valiente en el combate y alcanzó la victoria sobre sus enemigos. Cuando él peleaba con el dragón, se oyó esta voz: Salud al Dios nuestro; y Miguel fue constituído príncipe para recibir todas las almas.—Que venga, pues, á visitarnos ese ángel de paz, y arroje al infierno las guerras y discordias.

Como en otro tiempo la Sinagoga veneraba al arcángel San Miguel como custodio y patrón, así también ahora lo hace la Iglesia de Dios; porque ese gran príncipe es poderosísimo delante del Eterno, y como ángel de paz y de consuelo, y lleno como está de amor divino, rogará sin descanso por el pueblo de Dios; y ante ese príncipe huirán despavoridas las huestes infernales.

Contemplemos ahora las grandes virtudes y excelencias de este gloriosísimo príncipe de la milicia de los cielos.—Cuando en otro tiempo se escuchó allá en el cielo la voz de rebelión,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la voz del ángel soberbio que dijo así: Escalaré el cielo; levantaré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré sobre el monte del Testamento, al lado del Septentrión; sobrepujaré la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (1), Miguel ponía sus miradas en su Dios querido, ese Dios que existe por sí mismo, eterno, inmutable, omnipotente; ese Dios que tiene en sí la vida, que es bondad infinita, que se había dignado sacarle de la nada, colmándole de gracias y enriqueciéndole de dones preciosísimos. Miguel se humilla delante de ese Dios tan grande y reconoce que su propia vida y cuanto tiene lo ha recibido de la bondad del Eterno, y lleno de santa gratitud le alaba y bendice y le consagra toda su existencia. Él es de Dios, y no hay en Miguel pensamiento alguno que le separe del Señor; él es de Dios y le ama con ternura inmensa; mas oye en ese instante la voz de los ángeles rebeldes, y aquel glorioso príncipe, que había descendido hasta el fondo de su propia nada delante del Señor, levántase luego y con voz de trueno, enardecido, exclama: ¿Quién como Dios? Y el celo de la gloria divina le abrasa en un instante. ¿Quién como ese Dios, eterno, inmenso, omnipotente, cuya bondad es infinita y que se ha dignado criarnos por su santa y adorable voluntad? Miguel se lanza al combate, y acompañado de

(1) Isa. XIV, 13, 14.

sus ángeles pelea contra el dragón, y éste, con sus ángeles, pelea también contra Miguel, que triunfa de los enemigos de su Dios, y los arroja del cielo para siempre. Así quedó abatido aquel dragón, aquella antigua serpiente que se llama Diablo y Satanás... y fue lanzado á la tierra lo mismo que sus ángeles.

La humildad de Miguel y su celo por la gloria del Señor: estas son las grandes virtudes con que quiso Dios enriquecer á ese príncipe que le es tan amado; mas tales virtudes no fueron las únicas con que Dios le adornó: ahí están la fortaleza y la constancia, la confianza en el divino auxilio, y, en una palabra, su ardiente y abrasada caridad.

La grandeza de este ilustre arcángel, dice un autor, se comprende en estos tres títulos: es á un mismo tiempo el príncipe de la corte celestial, el poderoso protector de los que le invocan y el temible enemigo de los malos... es un gran príncipe; nos lo manifiesta su mismo nombre, que significa la incomunicable perfección de Dios; nombre que no es una vana denominación, sino un título de triunfo y de gloria; nombre sublime que expresa todo el respeto y homenaje que la criatura debe tributar á su Criador; nombre glorioso y triunfante, que humilla el orgullo de los hombres después de haber abatido el de los ángeles rebeldes.

Cada ángel es sin duda un príncipe del cielo; Miguel es el más noble y elevado de todos; esto lo indica la Sagrada Escritura llamándole uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los primeros príncipes (1). Su valor le mereció el primer lugar entre los coros angelicales. Siendo el más próximo á Dios, recibe inmediatamente sus órdenes, y por su medio las reciben los ángeles inferiores. Él es quien los purifica, ilustra y perfecciona. El amor de los Serafines, las luces de los Querubines, la paz de los Tronos y todas las perfecciones de los demás coros, se hallan reunidas en Miguel... ¿Quién podrá formarse justa idea de este arcángel, que es mirado como la expresión más bella, como la rica imagen de la divinidad en las criaturas?

Colmado de dones y de privilegios, recibió la gracia de sér superior para comunicar á los ángeles, sujetos á su autoridad, las órdenes del Eterno.

Este arcángel glorioso siempre pelea por nuestro bien y va constantemente delante de nosotros acompañado de sus ángeles. Es el ángel tutelar de la Iglesia... y si el demonio levanta contra ésta el poder de los Césares, el furor de los perseguidores, los sofismas de la falsa ciencia y la apostasía de los sectarios, Miguel, siempre al lado de la Iglesia, le alcanza en todos los combates la victoria, y él es el

(1) Unus, id est, primus: saepe hebraei numerum cardinalem capiunt pro ordinali... multi valde probabiliter censent Michaelem tam naturae, tum gratiae et gloriae dignitate, esse absolute primum et principem omnium omnino angelorum... ideoque primum inter Seraphines, sentit Basilius et alii. *Alapide in Danielem*, cap. X.

implacable enemigo de los impíos y soberbios, á quienes humilla y confunde con su celo vengador, al mismo tiempo que ampara y defiende á los que se ponen bajo la sombra de sus alas, pues tiene un celo fervoroso por la salud de los hombres, según decía el gran Francisco de Asís (1).

¡Oh gran Miguel! yo me humillo delante de vos y os invoco con tierna confiaza. Purificadme y alumbrad mi entendimiento; reprimid el furor de todos mis enemigos; asistidme en los combates y obtenedme la victoria. Particularmente os invoco para la hora de mi muerte; tomad vuestras armas y venid á mi auxilio. Cubridme con el escudo de vuestra santa protección y conducidme después á la morada de la feliz eternidad.

II

Pongamos los ojos en el ya gloriosísimo príncipe Gabriel, del cual un profeta nos habla en estos términos: El día veinticuatro del primer mes estaba yo á la orilla del gran río Tigris, y levanté los ojos y vi un varón con un vestido de lino, y ceñidos los riñones con una faja de oro acendrado. Su cuerpo brillaba como el crisólito y su rostro como un relámpago, y como

(1) *In ejus vita.* Bonav. cap. IX.—M. Ferrer. *Los Santos Angeles.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos ardientes antorchas así eran sus ojos; sus brazos y el resto del cuerpo, hasta los piès, era parecido al bronce reluciente, y el sonido de sus palabras como el ruido de un gran gentío... Vi esta gran visión y quedé sin aliento, se demudó mi rostro y caí desmayado, perdidas todas las fuerzas. Oía el sonido de sus palabras, y yo entretanto yacía por tierra todo atónito, y mi rostro continuaba pegado al suelo. Cuando he aquí que una mano me tocó y me hizo levantar sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos, y él me dijo: Daniel, varón de deseos, atiende á las palabras que yo te hablo y ponte en pie... no tienes que temer (1).

Este mismo arcángel se presentó en Nazaret á la Santísima Virgen Nuestra Señora, y la saludó con reverencia profundísima. María se turbó con las palabras que le fueron dirigidas por el celeste mensajero, mas él le dijo así: No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor.

He ahí á Gabriel: cuando tiene que hablar á un profeta, se le deja ver lleno de majestad y de grandeza é inspirándole un temor muy profundo. Mas ese ángel se dirige á una humilde doncellita, y el rostro del arcángel no fulgura con la luz aterradora del relámpago ni son sus ojos ardientes como el fuego, ni el sonido de sus palabras es estrepitoso como el ruído de un gran gentío, mas al contrario, llenas están de

(1) Dan. X, 4-12.

suavidad: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... ¿Quién es esta niña, esta humilde y recatada Virgen que no vive en los palacios de los grandes sino en una pobre casita, Virgen que el mundo no conoce? Es la reina del ángel que le habla; Reina también del cielo y de la tierra; escogida de Dios, desde la misma eternidad, para Madre de su Verbo... Con razón, pues, Gabriel se inclina ante su Reina, y aguarda en actitud humilde que María diga una palabra, para volver con ésta al Dios que le ha mandado.

Las misiones que ha desempeñado el arcángel Gabriel nos enseñan con cuánta propiedad se llama Fortaleza de Dios, mensajero de las divinas misericordias, y, en fin, ángel de la Redención. Este ángel, dice San Bernardo, no es de aquellos que con frecuencia vienen al mundo por cualquier motivo. Esto se comprende fácilmente reflexionando que el nombre de Gabriel significa Fortaleza de Dios, y que Dios mismo, y no algún ángel, fue quien le envió; ó bien dícese que Dios le haya enviado para indicar que no reveló Su Majestad el consejo de su misericordia á ninguno de los espíritus celestiales antes que á la purísima Virgen María, sino únicamente á Gabriel, que brillaba entre sus compañeros con tanta excelencia y grandeza, que fue digno de tal nombre y de traer á la tierra las alegres nuevas de la Encarnación.

El nombre de Gabriel y la misión que Dios le confió se hallan en la armonía más perfecta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo es la virtud de Dios, y por esto convenía que un ángel que lleva el mismo nombre le anunciase al mundo, si bien no es una misma la fortaleza de Dios y la del ángel. Jesucristo se llama la virtud de Dios, y lo es en efecto: venció con el poder de su brazo al fuerte armado que guardaba su casa, y le quitó todas sus armas. El ángel es llamado virtud de Dios por relación al que venía á anunciar, ó bien porque le era necesario fortalecer el corazón de la Virgen Santísima, por naturaleza tímida, sencilla y pudorosa; y así lo hizo diciéndola: No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios. Por esto Gabriel merece el nombre que lleva (1).

Este mismo arcángel se había presentado á Daniel anunciándole la venida del Hijo de Dios ydiciéndole: Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la prevaricación y tendrá fin el pecado, y quedará borrada la iniquidad, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirán la visión y la profecía, y será ungido el Santo de los Santos (2). Estas misericordías que anunció á Daniel, las descubrió de nuevo con mayor claridad á la Virgen Santísima al revelarle el misterio de la Encarnación, en el cual dejáronse ver la benignidad y la dulzura de Dios Nuestro Señor para con los hombres.

(1) Sup. Missus est.
(2) IX, 24.

Si contemplamos á Gabriel desde este punto de vista, comprenderemos desde luego el inmenso amor y la tierna gratitud que el mundo le debe. Dios ha remediado nuestros males, y abiertos han quedado para nosotros los tesoros de su bondad y de su gracia por el misterio de la Encarnación, y Gabriel ha intervenido en estos consejos de la divina misericordia, y se ha dejado ver como el depositario de los secretos del Eterno, quien, al confiarle una misión en que cifrada estaba la dicha de los hombres, puso en las manos del celestial mensajero esta misma suerte, si así podemos decirlo; mas él amaba al mundo y cumplirá fielmente, y en bien de los hombres, las órdenes del cielo. ¡Con cuánta dulzura, con qué insinuación tan suave y amorosa pronunció aquellas sus santísimas palabras: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres! y la humildísima Niña se turba. No temas, María, le dice Gabriel; has hallado gracia delante de Dios. He ahí el vivo interés que el enviado de Dios toma por nosotros, y el testimonio de su amor á los hombres. Tenemos, pues, que bendecirle y manifestarle con nuestro culto el amor y la gratitud que le debemos.

En el libro de Tobías se nos refiere la misión del ángel San Rafael. Dios le mandó para el bien del joven Tobías y de Sara. Además San Rafael volvió la vista al anciano Tobías.

El santo arcángel cumplió las órdenes que el Señor le había dado, con una solicitud admira-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble y perfecta, y con una delicadeza, si así podemos llamarla, verdaderamente encantadora. Las palabras de Rafael llevan el sello de la dulzura y del amor, y él, siempre benévolo y solícito, derrama con largueza incomparable los beneficios de Dios Nuestro Señor sobre aquellas personas que Su Majestad le había encomendado. ¡Qué viaje tan hermoso el del ángel y de Tobías, y qué episodios tan interesantes! Recordemos uno que otro.

Han llegado los viajeros á la primera posada, que fue junto al río Tigris. Sale Tobías á lavarse los pies y un pez enorme amenaza devorarle. Tobías grita despavorido: Señor, el pez me embiste. Dícele el ángel: Tómale de las agallas y tíralo hacia tí; y el pez comenzó á palpitar delante de Tobías.

El santo arcángel arregla el matrimonio de Tobías con Sara, calmando la turbación de Raquel, que temía sucediese con Tobías lo que había pasado con los anteriores esposos de Sara. No temas dársela, dijo el ángel á Raquel, porque á éste, que teme á Dios, es á quien debe darse tu hija por esposa.

Cuando el ángel y Tobías volvieron á la casa de éste, todo fue consuelo y alegría y bendición de Dios en aquella mansión honrada con la presencia de Rafael.—Cuando éste se despide, lo hace con dulcísimas palabras: Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia... El Señor me envió á

curarte á tí, y á libertar del demonio á Sara, esposa de tu hijo; porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... mientras he estado con vosotros, ha sido por voluntad de Dios. Bendecidle y cantad sus alabanzas... Tiempo es ya de volver al que me envió: vosotros bendecid á Dios y anunciad todas sus maravillas.

La misión del arcángel Rafael no hace sino descubrirnos la providencia amorosísima que Dios tiene con sus hijos. ¡Qué consuelo tan grande para todos nosotros! Si clamamos á Dios Nuestro Señor con lágrimas y suspiros; si nos ocupamos en las obras de misericordia, Rafael presentará nuestras oraciones al Señor, quien no tardará en darnos alivio y consuelo en nuestras aflicciones. Ese ángel hermoso tan lleno de bondad y de ternura y tan inclinado á hacernos bien, rogará por nosotros. Siempre se halla delante del Señor, y no le son desconocidos nuestros males; acudamos, pues, á su santo patrocinio, y roguémosle que nos acompañe en todos los caminos de la vida, que nos aleje de todos los peligros y nos alcance, en fin, los bienes celestiales.

¡Oh Miguel, príncipe de los ejércitos de Dios, gloriosísimo entre los ángeles del cielo; oh Gabriel, ángel de la humana Redención; oh Rafael, medicina de Dios! cubridnos con las alas de vuestra protección amorosísima y sagrada, iluminadnos, dirigidnos, defendednos y rogad por nosotros al Señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVI

LOS SANTOS Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

I

Un santo; y ¿qué entendemos por un santo? Esta es una pregunta que no puede contestarse sino poniendo los ojos en Dios Nuestro Señor, en su bondad infinita, en el poder de su brazo y en las maravillas de la divina gracia.

Un santo; y ¿quién le ha hecho santo? Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, dice San Pablo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como por él mismo nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad, habiéndonos predestinado al sér de hijos suyos adoptivos por Jesucristo; á gloria suya por un puro efecto de su voluntad para que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo

gratos á sus ojos en su querido Hijo (1). ¡Qué palabras de amor y tan llenas de dulzura! ¡Con qué espontaneidad é indecible consuelo salen de nuestros labios las alabanzas más tiernas para bendecir á Dios Nuestro Señor por su buena voluntad para con nosotros!

Al pensar los santos en la elección de que habla el Apóstol, y al verse colmados de las bendiciones de los cielos, se humillaban hasta el fondo de su nada; conocían que les era indispensable trabajar con todo empeño á fin de adelantar cuanto pudiesen en el camino del Señor, y no olvidaban un punto: que debían glorificar en todas sus obras al Padre celestial.

La predestinación al sér de hijos adoptivos de Dios, la buena voluntad de Dios para con ellos, eran poderosos motivos para que los santos anduvieran siempre con la más profunda humildad en la presencia del Señor. No habían sido ellos los primeros en amar á su Dios; Él era quien les había amado primero; no le habían elegido, mas Él los había elegido antes de la creación del mundo para sus santos, y les había predestinado para que fuesen sus hijos adoptivos.

Les había, pues, amado desde la misma eternidad, porque un padre ama á sus hijos. Desde entonces había determinado colmarles de gracias en Jesucristo Nuestro Señor. Ellos entonces no existían, ni tenían méritos ningunos que

(1) Ephes. I, 3-6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obligasen la bondad de Dios para con ellos; mas ved cómo la voluntad dulcísima de Dios, llena de benignidad y de clemencia, se complace en ellos con amor inefable y con una misericordia que no podemos comprender.

Á la vista de tales maravillas del amor divino, ¿dejarían los santos de humillarse más y más delante del Señor? De ninguna suerte, pues la humildad hacía que se hundieran hasta el abismo de su propia nada, y les dejaba como aniquilados en la presencia del Señor; mas en ese instante se volvían á su Dios y pensaban de nuevo en su bondad infinita que venía sin tardanza en su auxilio. Nada podían por sí mismos, y esto no lo ignoraban; pero en Dios tenían su fortaleza, y por esto no se desalentaban ni caían en la inacción, sino al contrario, trabajaban sin descanso en el servicio divino. El amor de Dios para con ellos y las preciosas gracias con que se había dignado enriquecerles, teníanlos por todo extremo obligados á ser enteramente suyos. De aquí nacían el constante y decidido empeño con que en todas sus obras procuraban agradarle. No rehusaban ningún sacrificio ni esquivaban trabajo ninguno. ¿Qué importaba que el demonio les combatiese con todos sus furores, y que el mundo y las pasiones les hicieran cruda guerra? Cubríanse los santos con la armadura de Dios; resistían con denuedo y constancia; negábanse á sí mismos; y si la desconfianza ó bien la tristeza se acercaban á su corazón, los santos volvían los ojos á su Dios

querido y le recordaban sus misericordias y le pedían su divino auxilio.

Tal ha sido siempre, tal es la vida de los santos. Animados por el espíritu de Dios, no quitan sus ojos de la bondad divina, y en ésta encuentran todas sus delicias. Dios les ama; no desconocen ni llegan á olvidar los grandes testimonios que se ha dignado darles de su amor divino. Siempre está con sus santos, sus hijos predilectos, aquel amorosísimo Señor. ¿Podrán comparar el amor que les tiene y las santas delicias en que les inunda, con el amor y las delicias que el mundo les puede ofrecer? El mundo es para ellos un objeto de horror, y lo aborrecen con todas sus fuerzas, porque pretende separarlos de la fidelidad que deben á su Dios; porque el mundo sólo tiene miserias y pecados, engaño y vanidad.

Los santos hacen lo mismo con respecto á sus pasiones: las aborrecen y ven en ellas su mayor peligro, y siempre están sobreaviso para evitar sus engaños; las resisten y hacen cuanto pueden para reprimirlas. Desde este punto de vista la vida de los santos es admirable, encantadora. ¡Cuánta es su fortaleza, con qué denuedo y constancia se portan en todos sus combates, y con qué alegría tan santa pelean por la gloria de Dios! No piensan solamente en su propia santificación; piensan en la gloria de su Dios querido. Si son fieles al Señor, en ellos su Majestad será glorificado; y ante esta consideración ningún obstáculo les llega á detener en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su camino. Busco la gloria de mi Dios querido, dirá en su corazón cada uno de ellos, y trabajo por su santa causa; Él es mi amor; Él me ha elegido para que fuese santo, y yo he de complacerle: esta es mi dicha, y esta la única gloria que busco en la vida.

La gloria divina anima y sostiene el corazón de los santos; todo lo contemplan desde este punto de vista, y á esta gloria encaminan todas sus acciones; cuanto es dable se olvidan de sí mismos y trabajan con todas sus fuerzas por aquella gloria, y de aquí la elevación y la nobleza de sentimientos y aquellas obras verdaderamente admirables que realizan en el mundo, su abnegación perfectísima y sus virtudes verdaderamente angelicales.

Los santos: dignos son de nuestro culto; lo que acabamos de decir lo ha demostrado. Admiremos su grandeza y bendigamos á Dios Nuestro Señor; imploremos el auxilio de estos grandes servidores del Altísimo, que llenos de caridad para con nosotros no verán con indiferencia los males que sufrimos, y pudiendo tanto con sus ruegos delante del Señor, al invocarles, sin duda abogarán por nuestra causa.

Los santos: imitemos sus virtudes. ¡Oh, cuántos motivos tenemos para hacerlo! Allí está la salvación de nuestras almas, que es el más importante de todos los negocios que tenemos que arreglar en esta vida, y no nos salvaremos si caminamos por distintas sendas de aquellas que recorrieron los siervos de Dios. Si son estrechas, no hay otras que nos lleven al cielo; y si son pocos los que por ellas caminan, procuremos ser de ese reducido número, que de nada podrá aprovecharnos ganar todo el mundo si perdemos nuestra alma.

El camino de los santos es de gloria, de paz y de consuelo. De gloria, porque es de abnegación y sacrificio; porque exige los más levantados esfuerzos, y al andar por él hállase el hombre penetrado de los sentimientos más nobles, y sus aspiraciones son elevadas y grandiosas, y en verdad muy dignas del destino que el Señor le ha señalado. El sufrimiento y la paciencia en todas las adversidades de la vida, y el valor y la constancia con que los santos dominan sus pasiones, bien nos descubren cuánto les elevan sobre los héroes que el mundo ensalza hasta las nubes. Es mejor el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones que el que conquista ciudades (1).

Los santos en su conducta, de acuerdo siempre con sus deberes, no tienen de qué avergonzarse, como los que siguen la ignominia del pecado. Todo en aquéllos está en el orden más perfecto, y por esto en su corazón reina la paz y pueden decir con David: Tus consuelos han llenado mi alma (2), consuelos que aumentan cada día en la misma proporción que su fidelidad, y que les descubre en lontananza los que

(1) Prov. XVI, 32.
(2) Ps. XCIII, 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios les tiene preparados en el cielo, donde inundará sus almas en el torrente de las eternas delicias, mostrándoles la luz bellísima, luz que nunca se extingue, y hará que con dulzura inefable descansen en el seno del amor eterno.

II

Tratemos ahora de una de las más hermosas devociones que la Iglesia nuestra Madre quiere que practiquemos de una manera muy señalada. Tal devoción consiste en rogar por las benditas almas del purgatorio.

En la Escritura divina hallamos las siguientes palabras: Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, para que sean libres de sus pecados (1). Dios, las benditas almas del purgatorio y nosotros mismos; estos son los tres puntos de vista desde los cuales tendremos que contemplar la hermosura y los encantos de la devoción de que hablamos.

Dios. Estamos en el mundo á fin de servir á la divina gloria, y esto por cuantos medios estén á nuestro alcance, y esto porque Él es sér de los seres; por su adorable grandeza, por su bondad infinita, por ser nuestro supremo Creador, en quien vivimos, nos movemos y existimos; porque Él derrama sobre nosotros innumerables beneficios y, en fin, por nuestra misma dicha, que está cifrada en servirle y amarle. Ahora bien, servimos á esa gloria rogando á Dios por los difuntos y ofreciéndole nuestras buenas obras por el alivio y descanso de las almas que están detenidas en el purgatorio; pues tales almas, dice el Concilio de Trento, reciben alivio con los sufragios de los fieles, y en especial con el santo sacrificio de la misa (1).

(1) Machab. XII, 46.

Esas almas, al subir á la gloria, cantarán al Dios Altísimo, uno en esencia y trino en personas, el himno del amor eterno, y llenarán de gozo á los ángeles y santos del paraíso celestial; ¿por qué, pues, no hacer lo que podamos á fin de que cuanto antes resuenen en el templo de Dios nuevas alabanzas que glorifiquen el nombre del Señor con las bendiciones y el amor dulcísimo de esas almas, que vivirán para siempre en su dichosa compañía?

Las almas que padecen en el purgatorio son muy amadas de Dios Nuestro Señor; las predestinó para el cielo desde la misma eternidad, y teníales desde entonces preparadas gracias especiales que obrarían en ellas la santificación. ¡Con qué amor y complacencia las veía el Señor en su divina mente!—El Hijo de Dios tendría que derramar por ellas su preciosa sangre y habían de ser para siempre las esposas del Espíritu divino; mas el que ama quiere el bien de su amado; siendo esto así, ¿Dios no querrá para esas almas el bien mayor de que

(1) Sess. XXV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son capaces, las delicias eternas de la gloria?— Sí lo quiere, pues á este fin ha encaminado toda la economía de su divina providencia para con ellas; sin embargo, entre las mismas y el Dios que tanto las ama se levanta un muro de triste división. Todavía el Padre no llega á decirles: Mostradme vuestro rostro porque es muy hermoso, ni el Hijo las alumbra con la luz de su gloria, y el Espíritu Santo aún no les concede sus beatíficos abrazos. ¿Por qué no derribar ese muro qne así separa al Creador de sus amadísimas criaturas? Roguemos, pues, por las que ya son esposas de Dios Nuestro Señor; ofrezcamos por ellas el santo sacrificio de la misa, nuestras penitencias y oraciones, y apliquemos en sufragio de las mismas todas las indulgencias que podamos, y estemos ciertos de que tales obras son muy agradables á los ojos del Señor.

Dios ama con singular y tiernísimo cariño á las almas de que hablamos; mas Él es una pureza infinita y su justicia es santidad por esencia; ¿por qué no hacemos lo que es de nuestra parte para que el río de las misericordias divinas descienda al purgatorio á fin de dar alivio y refrigerio á las almas que allí padecen tan terriblemente?

Y nuestras oraciones y sufragios harán lo que decimos, y esas almas saldrán del lugar en que tanto han sufrido, más brillantes que el sol y rebosando de gozo inefable.

Más quiere Dios la misericordia que el sacrificio, y la misericordia triunfa sobre el juicio. ¡Qué contento no daremos en esto al Señor Altísimo que se llama Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo! Y esto debe ser más que suficiente para nosotros á fin de dedicarnos con todo nuestro afecto á una obra que es tan agradable á los divinos ojos.

La muerte, que aleja de nosotros las almas de nuestros hermanos, no llega á romper los preciosos lazos de la caridad que aquí en la tierra nos ligaban con ellos. Jesucristo es la cabeza del cuerpo de su Iglesia paciente, triunfante y militante, y nosotros miembros somos de ese cuerpo santísimo. Ahora bien, Dios ha querido que los miembros del cuerpo tengan la misma solicitud unos de otros, y si en un cuerpo un miembro padece, dice el Apóstol, todos los miembros se compadecen, y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él (1); ¿por qué, pues, no habríamos de tener la solicitud más tierna y amorosa para con esas almas que pertenecen á Jesús? ¿Por qué les negaríamos la compasión que naturalmente nos inspiran sus grandes sufrimientos? ¿Por qué retardar el honor y la gloria de Jesús, y lo que en esto también nos corresponde, no haciendo nada en beneficio de esas almas tan queridas del Señor? Nos llegan desde el purgatorio los más lastimeros y sentidos ayes del dolor, que pueden conmover las mismas piedras: Apia-

(1) I. Cor. XII, 25, 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daos de nosotras, apiadaos de nosotras, á lo menos los que sois nuestros amigos. Así nos hablan las benditas almas que tanto sufren en el lugar de la expiación; ¿seremos insensibles á sus ruegos, y sus tristísimos lamentos dejarán de conmover nuestras entrañas? Tal vez entre esas almas existirán algunas que acá en la tierra estuvieron unidas con nosotros con los más estrechos y sagrados vínculos; pensemos en nuestros padres y hermanos, en nuestros amigos y bienhechores, y, en fin, en los que hubimos amado durante su vida. ¿Tan pronto hemos cambiado con aquellos seres que en otro tiempo recibieron de nosotros tantas pruebas de amor? ¿Á este sentimiento tan noble y generoso han llegado á sustituir la triste indiferencia y el olvido? Apiadémonos, pues, de los difuntos y roguemos por ellos al Señor.

Con la medida que midiereis seréis medidos, nos dijo el divino Jesús (1); si no hacemos cosa alguna á fin de aliviar á las benditas almas en sus penas, ¿habrá quien lo haga por nosotros al hallarnos en el purgatorio? Nuestro propio interés reclama, por lo mismo, que roguemos á Dios Nuestro Señor por los difuntos.

Aún hay otro interés más noble y sagrado. Lo que hicisteis con uno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis, dirá Jesucristo el día del Juicio á sus elegidos (2). Este

(1) Math., VII, 2.
(2) Math. XXV, 40.

es uno de los más poderosos motivos que nos inclinan á ser compasivos con las almas del purgatorio; honramos á nuestro dulcísimo Señor, le servimos y, si pudiéramos decirlo, aliviamos sus padecimientos; pues esto hacemos con esas almas que le son tan queridas. Este es un verdadero consuelo, un gozo indecible para nosotros: complacer y servir á Nuestro Señor dulcísimo rogando por los fieles difuntos, y Jesucristo no dejará sin recompensa esas nuestras buenas obras, pues Él nos dijo: Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dijo también Su Majestad: Cualquiera que diese de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua, sólo por razón de ser mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa (1).

Volvamos, pues, con frecuencia nuestros ojos al purgatorio, pensemos en los grandes sufrimientos de las esposas del Señor que allí se encuentran, y roguémosle para que cuanto antes queden libres de sus penas y entren en la morada eterna de los justos.

¡Oh amable y piadosísimo Jesús, Rey de la gloria! líbra á las almas de todos los fieles difuntos de las penas que sufren y del lago profundo; líbralas de la boca del león; no las absorba el Tártaro; no permitas que caigan en la región de las tinieblas, mas llévelas el glorioso príncipe Miguel á las mansiones de la luz eter-

(1) Math. X, 42.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na. Te ofrecemos por ellas la hostia inmaculada y nuestras humildes preces; tú recíbelas, oh Señor, por aquellas almas, y haz que pasen de la muerte á la vida. Brille para ellas la eterna luz de la gloria; porque tú eres piadoso, oh Señor nuestro y fuente inagotable de piedad y gracia.

SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na. Te ofrecemos por ellas la hostia inmaculada y nuestras humildes preces; tú recíbelas, oh Señor, por aquellas almas, y haz que pasen de la muerte á la vida. Brille para ellas la eterna luz de la gloria; porque tú eres piadoso, oh Señor nuestro y fuente inagotable de piedad y gracia.

SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XVII

LA FE Y LA ESPERANZA

I

Son las virtudes cristianas las mensajeras bellísimas y amables de la misericordia de Dios Nuestro Señor, y descienden de los cielos, trayendo consigo, para el bien de los hombres, la luz y la vida, la gracia y el consuelo y todas las bendiciones del Eterno. Sin ellas, ¿qué fuera del mundo? Debemos, pues, bendecir á Dios Nuestro Señor por estos riquísimos dones de su gran bondad.

Es la virtud una buena cualidad ó hábito de la mente por el cual se sirve con rectitud y del que ninguno usa mal (1).—Hablando en general, divídense las virtudes en intelectuales, morales y teológicas, según que se refieren á la perfección del entendimiento en orden á lo verdadero, ó atienden á las reglas de las buenas cos-

(1) 1.ª 2.ae, q. LV a. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tumbres, ó tienen en cuenta la felicidad eterna de los hombres. Hablaremos solamente de las virtudes teologales y de las morales. Son las teologales la fe, la esperanza y la caridad.

Hablando de la fe, dice San Pablo que es la substancia de las cosas que se esperan, argumento de las que no parecen (1). Es una virtud teológica divinamente infundida, por la cual firmemente asentimos, por la autoridad de Dios, á cuanto Él nos ha revelado.

El creer es el acto del entendimiento, según que es movido por la voluntad á asentir. Se cree de corazón para justicia y se confiesa la fe con las palabras para salvarse, dice el Apóstol (2), como si se dijese: se cree moviendo la voluntad al entendimiento para tal acto. Cualquiera puede entrar á la iglesia y acercarse al altar, dice San Agustín (3), pero no puede creer sino creyendo. La moción de la voluntad que inclina á creer debe ser piadosa, debe provenir del auxilio de la gracia, pues de otra suerte no sería sobrenatural; y el principio de la salud no viene de nosotros, porque los pecadores, excitados y ayudados de la divina gracia, se mueven libremente hacia Dios á fin de creer en Él. Esta piadosa moción de que hablamos, que inclina el asenso del entendimiento á la fe, es cierta complacencia ó afecto hacia la suma ve-

(1) Heb. XI, 1.
(2) Rom. X, 10.
(3) Tract. 26 in Joann.—Puig, *Theolog.*

racidad de Dios; y en virtud de tal complacencia, la voluntad determina al entendimiento á asentir con entera firmeza á lo que la fe le enseña (1).

La fe es indispensable para la salvación, porque somos justificados por la fe en cuanto es ésta principio de la salvación del hombre, fundamento y raíz de toda justificación, y sin la fe es imposible agradar á Dios y participar de la suerte de sus hijos (2).

La justificación en sí misma, no sólo incluye el perdón de los pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior por la voluntaria admisión de la gracia y de los dones que la siguen; de donde resulta que el hombre de injusto pasa á ser justo, y de enemigo á ser amigo, para que sea heredero, según la esperanza, de la vida eterna. Son las causas de esta justificación las siguientes: la final es la gloria de Dios y de Jesucristo, y la vida eterna. La eficiente, es Dios misericordioso, que gratuitamente limpia y santifica. La meritoria, su muy amado Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo. La instrumental, es el sacramento del bautismo. Finalmente, la única causa formal es la justicia de Dios, no aquella por la cual Él mismo es justo, sino aquella por la que nos hace justos.

De aquí es que en la misma justificación, jun-

(1) Puig, hic.
(2) Conc. Trid., sess. VI, cap. VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tamente con el perdón de los pecados, se infunden en el hombre por Jesucristo, con quien se une la fe, la esperanza y la caridad; pues si no se agrega la fe, la esperanza y la caridad, la fe ni une al hombre perfectamente con Cristo, ni le hace miembro vivo de su cuerpo (1).

La fe sin las obras no puede salvarnos, porque sin éstas es muerta, y no puede comunicarnos aquella vida de que habla el Apóstol: Yo vivo en la fe del Hijo de Dios (2). También sabemos que el justo vive de la fe (3). Podemos tener fe y carecer de su espíritu que nos vivifique. Sucederá esto si, creyendo todo lo que ella nos enseña, la fe no anima nuestras acciones; y obrando de esta suerte, la fe no llegará á justificarnos. ¿Cómo evitaremos semejante desgracia? Meditemos las verdades que la fe nos enseña, profundizando cuanto podamos en esa meditación, relacionándola con los eternos intereses de nuestra alma, animando asimismo cada una de nuestras acciones con el pensamiento de la fe. Si meditamos, por ejemplo, en el infierno, ocupémonos, no sólo en creer su existencia y la eternidad de los suplicios que padecen allí los condenados, sino además demos una ojeada á nuestra conciencia, haciéndonos estas preguntas: ¿Estamos en pecado mortal ó lo hemos cometido en otro tiempo? En

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. VII.
(2) Galat., II, 20.
(3) Rom. I, 17.

el primer caso, veamos el inmenso riesgo que corremos de perdernos para siempre, pues no tenemos un momento seguro de vida. En el segundo, no estamos enteramente ciertos de que Dios nos haya perdonado. ¿Por qué no temblamos á la vista de aquellas atrocísimas llamas que pueden envolvernos, de aquel lugar de tormentos eternos en que podemos caer y en que de hecho caeremos si no nos convertimos al Señor? El momento presente puede ser el último de nuestra vida y el primero de nuestra desgraciada eternidad... Hagamos cuanto esté de nuestra parte por que estas verdades penetren hasta el fondo de nuestra alma y la conmuevan con su terrible y saludable enseñanza, y al hacerlo así, veremos luego que en todas nuestras obras no se aleja de nosotros el temor de Dios. Sus terribles juicios siempre delante de nosotros nos harán humildes, circunspectos en todas nuestras obras; harán que con frecuencia levantemos nuestro espíritu á Dios Nuestro Señor pidiéndole su auxilio. No olvidaremos que su mirada nos sigue á todas partes, y que Él puede condenarnos para siempre al infierno en el mismo instante en que lleguemos á ofenderle con culpa mortal.

Vivamos en la fe del Hijo de Dios. Pensamos en Él, y conocemos que nadie nos ama ni ha podido amarnos como este dulcísimo Señor, que nos tiene enteramente obligados á servirle y amarle, y que en esto y solamente en esto está cifrada toda nuestra dicha. ¿Qué conseguire-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos al alejarnos de Jesús sino el ser desventurados? Y ¿qué derecho tienen en nuestro corazón el mundo y las pasiones? ¿Cómo ser ingratos con Dios, que tanto nos ama y que murió por nosotros, y para qué servir al mundo, que nos dará terribles desengaños y llenará de amargura nuestras almas? La fe nos dice que todo el mundo está poseído del mal espíritu (1) y que el mundo pasa con todos sus encantos (2); pero el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente, y que Jesucristo, el mismo que ayer es hoy y lo será para siempre.

Detengámonos en estos pensamientos y veamos cuánto nos importa seguir la enseñanza de la fe sin olvidarla jamás. De esta suerte, nuestras acciones estarán animadas con el verdadero espíritu de la fe; y ya sea que comamos, ó que bebamos, ó que hagamos cualquiera otra cosa, todo lo haremos á gloria de Dios Nuestro Señor (3) y dando gracias al divino Padre por medio de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor.

Para obtener la vida de que hablamos, la inteligencia y la voluntad deben estar como informadas de las máximas de la fe; ésta debe alimentarlas, nutrirlas con su enseñanza divina; debe dirigir los pensamientos y servir de apoyo á nuestros juicios. Pongamos algunos ejemplos. Nada le aprovecha al hombre ganar todo

(1) Joann. V, 19.
(2) Id. I, 17.
(3) I Cor. X, 31.

el mundo si pierde su alma. Si estamos convencidos de esta verdad importantísima, reprobaremos nuestra conducta cuando olvidamos á Dios por conseguir los bienes de este mundo, y veremos que nos es indispensable seguir un camino distinto si no queremos perdernos para siempre. He aquí otro ejemplo: Quien desconoce á Jesucristo delante de los hombres, no será reconocido por Su Majestad delante de su Padre, que está en los cielos. ¿Estamos convencidos de esto? Pues arrojemos lejos de nosotros el respeto humano; sea nuestra gloria pertenecer á Jesucristo, y confesémosle delante de Dios y de los hombres.

Respecto de la voluntad, ésta debe seguir las máximas de la fe, apreciando lo que dice que es digno de aprecio y despreciando lo que nos muestra como despreciable. Todo lo tengo por pérdida, decía el Apóstol, en cotejo del sublime conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y por ganarle veo todas las cosas como basura (1).

¿Cuál sería nuestra vida si nunca olvidáramos en nuestras obras esta enseñanza divina? Todas ellas las emprenderíamos por agradar al Señor, que sin duda alguna las bendeciría; y la fe no sólo nos daría la vida á que nos referimos, sino además indecibles consuelos y delicias purísimas y santas; sentiríamos, por decirlo así, la presencia de Dios, nuestro Padre amo-

(1) Philip. III, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rosísimo, que estaba contemplando con agrado todas nuestras obras, y que nos preparaba una gran recompensa en el reino celestial.

¡Oh buen Jesús, autor de la fe y consumador de la salud! aumentad más y más nuestra fe, y haced que vivamos en ella todos los días de nuestra vida.

II

Es la esperanza cristiana una virtud teológica por la cual esperamos de Dios, con firme confianza, la eterna felicidad y los medios para conseguirla (1). Esperamos la felicidad eterna y los medios que á ella nos conducen, de la misericordia, de la omnipotencia del Señor y de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Los caracteres de la esperanza cristiana son el deseo y la confianza en el Señor; el deseo, porque nadie espera lo que no ama de ningún modo, aquello á que no aspira. Bienaventurados, dijo el Maestro divino, los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (2). Por medio de la confianza esperamos alcanzar con seguridad los bienes que deseamos. Tal seguridad no es la de la fe, sino de la esperanza, que se apoya en la omnipotencia y en la misericordia del Señor; seguridad que no

(1) Charmes.
(2) Math. V, 6.

excluye el saludable temor que tanto se nos recomienda en los Sagrados Libros (1).—Por parte de Dios Nuestro Señor nunca es incierta la esperanza, porque escrito está: Ninguno esperó en el Señor y quedó confundido (2); y por esto de ella dice San Pablo que sirve á nuestras almas como de una áncora segura y firme (3), y el Concilio de Trento añade que todos debemos colocar nuestra firmísima esperanza en el auxilio de Dios (4).—La razón de tal seguridad es la auxiliadora omnipotente del Señor, su misericordia, los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y la fidelidad con que Dios cumple sus promesas; porque Él es fiel en todas sus palabras, por las cuales ha prometido la salud eterna á los que perseveran hasta el fin en la observancia de sus mandamientos. Tal perseverancia por nuestra parte puede faltar y, por tanto, de parte nuestra no es segura la esperanza, y en tal virtud, la Escritura divina nos dice que el que está en pie tenga cuidado para no caer (5).

Los fundamentos de la esperanza cristiana son de un valor inestimable y pueden remediar todos nuestros males. ¿Son estos muy grandes y para ellos no hallamos remedio ninguno? Acordémonos de estas palabras del Divino

(1) Puig, *Theolog.*
(2) Eccl. I, 11.
(3) Heb. VI, 17.
(4) Sess. VI, cap. 13.
(5) Cor. X, 12. Charmes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Maestro: Para los hombres esto es imposible; hablaba el Señor de las grandes dificultades que los ricos tendrán que vencer para salvarse; mas luego añadió: Para Dios todas las cosas son posibles (1).

El Señor, que todo lo puede, es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; son innumerables sus misericordias, y son, además, sobre todas sus obras.—El Hijo de Dios vino al mundo para salvar á los pecadores; padeció y murió para satisfacer la justicia del Padre celestial; los méritos del divino Redentor son infinitos.—Por último, el Señor, que nunca se arrepiente de sus dones, que quiere que todos los hombres se salven, nos ha dado en Jesucristo todas las gracias que necesitamos para la vida eterna, y este Redentor amorosísimo ha dicho: No desecharé al que á mí viniere (2), y antes pasarán los cielos y la tierra que deje de cumplirse la palabra del Señor.—De esta manera la esperanza inunda nuestras almas en dulcísimos consuelos. Dios todo lo puede y son inagotables los tesoros de su misericordia, y los méritos del divino Redentor exceden todas nuestras culpas, y las grandes promesas de su amor y su bondad serán siempre firmes, siempre tendrán que cumplirse. Las adversidades y contradicciones, los mayores males de esta vida, aun los mismos pecados al hundirse en

(1) Math, XIX, 26.
(2) Joann., VI, 37.

esos océanos de bondad y gracia, de amor y de clemencia, serán para nosotros como nada, y entonces tendremos que exclamar rebosando de inmensa gratitud y de consuelo: bendice, oh alma mía, al Señor y bendigan todas mis entrañas su nombre santo. Bendice al Señor y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus maldades; quien sana todas tus dolencias; quien rescata de la muerte tu vida. Él quien te corona de misericordias y de gracias; quien sacia con sus bienes tus deseos para que se renueve tu juventud como la del águila... Es compasivo y benigno, tardo en airarse y de gran clemencia. No durará para siempre su enojo ni estará perpetuamente amenazando... cuanto dista el Oriente del Ocaso, así tan lejos ha echado de nosotros nuestras maldades. Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen (1).—Mi alma se ha apoyado en la promesa del Señor; en Él ha puesto su esperanza. Desde el amanecer hasta la noche espera Israel en el Señor, porque en Él está la misericordia, y en su mano tiene una redención abundantísima, y Él redimirá á Israel de todas sus iniquidades (2).

Por lo que acabamos de decir bien comprendemos que ninguno debe dar lugar á la desesperación: es un horrible pecado que contrista

(1) Ps. CI, 1-11.
(2) Ps. CXXIX, 4-8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dolorosamente, si podemos decirlo, la bondad infinita del Señor. Mas debemos asimismo evitar la presunción, que consiste en esperar temerariamente el conseguir la felicidad eterna y los medios indispensables para esto, ó bien únicamente por las fuerzas de la naturaleza, ó por la sola fe sin la penitencia de los pecados cometidos, ó, en fin, cuando el hombre se entrega al pecado ó retarda la penitencia presumiendo vanamente de la misericordia de Dios. No, no debemos abusar de la misericordia del Señor, y á fin de no caer en la presunción, traigamos á la memoria estas palabras de David: ¿Quién podrá conocer la grandeza de tu ira, ni comprender cuán terrible es tu indignación (1)? Y estas otras que hallamos en el Eclesiástico: No digas yo pequé y ¿qué mal me ha venido por eso? Porque el Altísimo, aunque paciente, da el pago merecido. Del pecado perdonado no quieras estar sin temor ni añadas pecados á pecados. No digas: la misericordia del Señor es grande, Él me perdonará mis muchos pecados; porque tan pronto como ejerce su misericordia ejerce su indignación, y con ésta tiene fijos sus ojos en el pecador. No tardes en convertirte al Señor ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo (2).

La esperanza es una virtud altísima que ele-

(1) Ps. LXXXIX, 11.
(2) Ps V, 4-9.

va consigo nuestras almas hasta el cielo y santifica nuestras aspiraciones y deseos; hácenos pensar en Dios y en los bienes celestiales, y nos desprende del afecto á las cosas del mundo, mostrándonos su vanidad y miseria. ¿Qué son todas ellas comparadas con los tesoros infinitos del Señor? Hemos sido creados para Dios, para gozar en su seno de inefables y eternas delicias. Pensemos dignamente de nosotros mismos; el amor del mundo nos envilece y degrada, y sus placeres corrompen nuestro corazón; sea Dios nuestra esperanza, y su eterna posesión el deseo vivísimo de nuestras almas, y el mundo, con todos sus encantos y delicias, sólo nos cause fastidio, y veámoslo siempre como un gran enemigo de nuestra eterna salud.—Descansemos á la sombra de la esperanza cristiana; no presumamos vanamente de la misericordia del Señor; jamás desesperemos. Si las malas pasiones nos quieren llevar en pos de sí, temamos la justicia del Señor; si la tristeza ó los males de esta vida nos oprimen, acordémonos que Dios es nuestro Padre y que la esperanza en la bondad infinita no llegará á confundirnos, y al dormir el sueño de la muerte, digamos estas palabras de David: Yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus brazos, confiando en tus promesas; por que tú, oh Señor, sólo tú, has asegurado mi esperanza (1).

(1) Ps. IV, 9, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVIII

LA CARIDAD

I

La caridad, dicen los teólogos, es una virtud teológica, infundida en el alma por Dios Nuestro Señor; virtud por la cual amamos al Señor sobre todas las cosas por sí mismo, y á nosotros mismos y al prójimo por Dios. El objeto material adecuado de la caridad es Dios, nosotros mismos y el prójimo. Su objeto formal es Dios, sumamente bueno é infinitamente amable; ya que la infinita bondad y la amabilidad del Señor es el motivo por el cual la caridad se dirige á su objeto (1).

La caridad es la más excelente de todas las virtudes; porque la virtud, que es el principio de los actos buenos, se acomoda á la regla de estos mismos, esto es, á la razón humana y á

(1) Charmes, hic.

Dios, que es la regla primera, á la cual debe conformarse la razón humana. Ahora bien: las virtudes teologales que se conforman con la regla primera, que es Dios, son más excelentes que las morales, que se conforman á la razón humana. Siendo esto así, es preciso que entre las virtudes teologales sea mejor la que más se aproxime á Dios, y esta es la caridad. La fe y la esperanza se acercan á El por el conocimiento de lo verdadero ó para la consecución del bien; mas la caridad llega á Dios para reposar en su seno (1). ¡Oh maravillosa virtud, exclama el Padre Granada, raiz de todas las virtudes! tú eres la hija mayor de la gracia, espejo de religión, peso de merecimientos, vestidura de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, alimento del alma, dulzura del corazón, fortaleza de los que sufren, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduría, compañera de los santos, alegría de los ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfección. Sin tí desfallecen las fuerzas humanas, obscurécese el entendimiento, queda sin vida la fe, presume la confianza, piérdese el mérito de todo bien que se hace; mas contigo el hombre está fuerte en las tentaciones, en las prosperidades humilde y en las adversidades seguro.

Pues si tantos frutos acarrea consigo esta vir-

(1) 2-2, q. XXIII, a. VI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud, ¿no será razón que el sabio mercader del Evangelio, hallada esta preciosa margarita, dé todo lo que tiene por ella? ¿Qué ejercicios, qué mortificaciones, qué trabajos se podrán aquí enseñar que no sea muy bien empleado todo lo que se gastare en ellos por esta joya tan preciosa? Mucho más es lo que se pide que lo que el hombre puede dar, comparado con Dios, el cual se posee por la caridad. Dios es caridad, dice San Juan, y quien está en caridad, está en Dios y Dios en él. Sobre esto dice San Bernado: Dios es caridad; ¿qué cosa más preciosa? Y quien está en caridad está en Dios; ¿qué cosa más segura? Y Dios en él, ¿qué cosa más deleitable? ¿Poco es decir que Dios es caridad, poco es tener á Dios en sí? Á sólo la caridad conviene este privilegio, que Dios se llame caridad. ¿Por qué no se dice que Dios es humildad, ni castidad, ni obediencia? ¿Por qué como toda virtud sea don de Dios, sólo ésta entre todas las virtudes goza de este privilegio, que sea don de Dios y se intitule de nombre de Dios (1)?

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento (2). Debemos amar á Dios Nuestro Señor porque Él es sér de los seres y tiene en sí mismo la plenitud de la vida; porque es la bondad infinita, amabilísima y perfecta; por su adorable y eterna grandeza; por ser Él quien es; porque de Él hemos recibido la vida y todos los beneficios de que disfrutamos y por los que ha determinado concedernos. Nos ha dado á su Hijo Unigénito y con él todas las cosas, y también nos ha dado á su Espíritu Santísimo; porque nos ha amado primero previniendo con el suyo nuestro amor, y si no le amamos permaneceremos en la muerte. Él es la verdadera y única dicha del hombre, para quien no hay fuera de Dios sino miserias y desgracias. Siendo esto así, imposible parece que el hombre no le ame, y todavía más, cuando el hombre en sí mismo siente la más profunda y dulce inclinación hacia Dios, el sumo y eterno Bien; cuando todas las criaturas le descubren su triste insuficiencia, su miseria para dar la dicha que el hombre va buscando á todas partes, y cuando una experiencia dolorosa le ha probado esa verdad. ¿Qué ha encontrado en las criaturas de la dicha que anhelaba? Tristes vanidades, crueles desengaños, desolación del alma, lágrimas y duelos, remordimientos que no le dejan descansar y los más espantosos terrores cuando piensa en la vida futura. ¿Dejará, pues, de amar con todo su afecto al Sér de los seres, al Dios soberano y amable que le libra de toda desgracia y que tiene en su seno la fuente de toda ventura?

Dios nos manda que le amemos sobre todas las cosas. Este es el gran precepto de la Ley, así nos lo ha mandado expresamente. Tal pre-

(1) Adiciones al Memorial, cap. I, pár. I.
(2) Math. XIII, 37, 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cepto, por una parte descubre lo que somos, y por otra nos está diciendo quién es Dios. Somos miseria y triste corrupción, y por eso nos inclinamos al mal, de tal manera, que podemos exclamar casi á cada instante: ¡infelices de nosotros! ¿Quién nos librará del cuerpo de esta muerte? Desde este punto de vista, el precepto que Dios nos ha impuesto tendrá que llenarnos de confusión y de vergüenza. Esto es lo que somos y tales son nuestras obras. Tan miserables, tan indignos, que dejamos al que es la fuente de vida y manantial de dulzura infinita, santísima pureza, encantadora y eterna hermosura; vamos en busca de aguas corrompidas que nos dan la muerte, nos manchamos con la ignominia del pecado, y amamos una falsa belleza que degrada y corrompe los afectos más puros del alma. ¿Por qué no humillarnos más y más, despreciarnos á nosotros mismos, reflexionando en nuestra indigna conducta?

Lo que acabamos de decir nos suministra materia abundantísima para las más santas meditaciones. Ensalcemos cuanto sea posible la soberana grandeza de Dios y bendigamos y glorifiquemos su bondad amabilísima, y después de un instante pensemos en nuestros pecados. En vez del amor que debíamos al que es la infinita bondad, le hemos dado el olvido, si así podemos decirlo, y le hemos ultrajado con nuestros delitos. ¡Qué lágrimas de inmenso dolor, y qué suspiros de una amargura profundísima tendrá qne arrancarnos aquel pensamiento!

El precepto que Dios se ha dignado imponernos acerca de su amor divino, nos está mostrando cuán dulce y amable es para nosotros su bondad santísima. Nos manda que le amemos, porque así lo exige la gloria que le corresponde, mas también porque en amarle está cifrada toda nuestra dicha; y El nos ha criado para ser felices y por el amor que se dignó tenernos desde la misma eternidad. El que ama desea el bien de la persona amada; y Dios nos ama en tanto grado, que quiere para nosotros el sumo y eterno bien, una dicha infinita, que es Él mismo, y en la gloria le veremos, le amaremos y gozaremos de Él eternamente.

Pensando en nuestras culpas, acordémonos de las manifestaciones de la bondad de Dios para con nosotros. Aquéllas nos descubren que nuestra alma, á los ojos del Señor, está como Job en un muladar, cubierta de asquerosas llagas y exhalando un hedor que nadie puede soportar. Dios contemplaba á su querido Job con inmenso cariño, y así también lo ha hecho con nosotros; ésta es la prueba de lo que decimos: en virtud de las miradas dulcísimas con que se ha dignado contemplarnos Dios Nuestro Señor y de su benignidad incomparable, nos ha conservado la vida para que hagamos penitencia; inclina nuestras almas al arrepentimiento con las inspiraciones de su gracia, y nos manifiesta que quiere que le amemos; no sólo esto, sino además nos lo manda expresamente con un riguroso precepto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Por ventura los pecados que hemos cometido y en que tanto nos hemos deleitado, no nos han hecho abominables á sus ojos divinos, tan abominables como la misma maldad (1)? ¿Por qué no humillarnos y aborrecernos santamente; por qué no buscar el desprecio de los hombres, queriendo ser tratados como la basura y el desecho de la sociedad? Esto es lo que hemos merecido por nuestras graves culpas; mas Dios Nuestro Señor, á pesar de todas ellas, quiere y nos manda que le amemos; ¡oh exceso incomprensible de su bondad infinita! Que las llamas de su amor divino abrasen nuestras almas y las conviertan enteramente á Dios; que seamos todo amor para con El, y Él viva y reine para siempre en nuestro corazón.

II

Vengamos ya á la práctica del amor de Dios. Tratamos del amor verdadero, que no consiste en las palabras y en la lengua, sino en la obra y en la verdad; de aquel amor del cual decía Nuestro Señor dulcísimo: Si me amais, guardad mis mandamientos... quien ha recibido mis mandamientos y los observa, este es el que me ama... el que no me ama, no practica mi doctrina (2).

(1) Oseas, IX, X.
(2) Joann., XIV, 15.—XI, 14.

Para obtener el amor de que hablamos, es indispensable pensar en Dios: este es uno de los grandes medios que á Dios nos acerca y también le acerca á nosotros. Si no pensamos en Dios, no le conoceremos, y no conociéndole no le amaremos; el pensamiento de Dios es quien pone á nuestra vista la infinita grandeza del Eterno y su bondad amabilísima, su santa y adorable perfección, los innumerables beneficios que se ha dignado dispensarnos y todo cuanto de El puede mostrarnos. Ese pensamiento desprende nuestro corazón del amor del mundo, nos purifica y eleva, y hace que pongamos en Dios Nuestro Señor todo nuestro afecto al comparar la vanidad y la miseria, los desengaños y las amarguras del amor del mundo, con el amor divino, lleno de bondad y de riqueza, de inefables consuelos y dulzuras; amor que nunca cambia, y, siempre generoso, inunda nuestras almas de delicias.

Si pensamos en Dios, veremos en Él una santidad adorable y perfecta; una justicia que si bien nos llena de temor filial, no nos desanima para pedir misericordia.

Si ocupamos en Dios el pensamiento, éste nos dirá que Dios es nuestro Padre, y que su bondad y su clemencia le inclinan á nosotros para hacernos bien, y que nos ama con eterno y soberano amor, y que la hermosura de ese Padre es encantadora y perfectísima, y que en El no hay cambio ni sombra de mudanza, y que en amarle está nuestra dicha eterna y soberana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de esta suerte inclina nuestra voluntad al amor del soberano bien, y esa voluntad exclama enardecida: Yo te amo, oh Dios altísimo, hermosura divina, bondad infinita y único bien que llena todos mis deseos; mi eterna dicha y único blanco de todos mis afectos.

Si en Dios no pensamos, pensaremos sin duda en el mundo y en sus tristes vanidades; sus falsos encantos llevarán en pos de sí todo nuestro afecto, y entonces ¿qué lugar tendrá en nosotros el amor divino? No se juntan la luz y las tinieblas, ni la justicia con la iniquidad.

Pensemos, pues, en Dios; tal pensamiento nos alumbrará con la luz del cielo, y nuestro corazón tendrá que rebosar en divinas dulzuras. ¿Qué delicias podrán compararse con aquellas en que Dios inunda nuestras almas, al encender en ellas el fuego de su amor?

Una paz dulcísima y un gozo sin mezcla de amargura que el mundo no conoce, una elevación de sentimientos y una pureza que admiran y encantan, que sólo podemos conseguir en el amor divino.

No olvidemos un instante al que nunca nos olvida, que si así lo hiciésemos podría decirnos el Señor: Mi pueblo me ha olvidado innumerables días (1); mas, al contrario, acordándonos siempre de Dios Nuestro Señor, diremos con verdad estas palabras de Isaías: Todo el deseo de nuestra alma está cifrado en traer á la memoria tu nombre santo. Mi alma te deseó en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas á tí me habré de dirigir desde que amanezca (1).

(1) Hierem. I, 32.

Hablemos de Dios Nuestro Señor. Este es otro medio para conseguir el amor divino: si nuestra alma piensa en Dios, si este pensamiento la ocupa sin descanso, sin duda alguna hablaremos de Dios, porque la lengua habla de la abundancia del corazón; y en el libro de Job se nos dice: ¿quién podrá detener la palabra una vez concebida? (2). Nuestras palabras acerca de Dios Nuestro Señor no dejarán de producir conversaciones, no dejarán de producir un feliz resultado para nuestras almas. Esto podemos comprenderlo teniendo presente lo que sucede por el extremo contrario, que las malas palabras corrompen las buenas costumbres (3). El Apóstol Santiago, hablando de la lengua desenfrenada, dice lo siguiente: La lengua es un miembro pequeño, pero viene á ser origen de grandes cosas. Mirad que un fuego pequeño incendia un bosque muy grande. La lengua es un fuego, es un mundo entero de maldad; contamina á todo el cuerpo, y siendo inflamada por el fuego del infierno, inflama toda la carrera de nuestra vida.

Apliquemos esto en sentido contrario, á la

(1) XXVI, 8, 9.
(2) IV, 2.
(3) I Cor. XV, 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lengua que se ocupa en santas conversaciones. En este caso tendrá que ser origen fecundo de santísimas virtudes. Es un fuego, pero ese fuego es el del amor de Dios, que todo lo abrasa en sus hermosas llamas. Nuestra lengua purificará todo nuestro cuerpo, y estando inflamada en fuego de cielo, tendrá que comunicarlo á todas nuestras acciones.

Decía David de la palabra de Dios: ¡Oh Señor, tu palabra es encendida en gran manera: es de fuego! (1); ¿por qué no podríamos decir una cosa semejante de las santas conversaciones en que nos ocupamos del amor de Dios? Ellas serán, en efecto, un vivo fuego que nos abrase en las llamas de la divina caridad. No olvidemos, por lo mismo, estas palabras de los Libros Santos: El pensamiento de Dios esté fijo en tu alma, y sea toda tu conversación los preceptos del Altísimo.

Si los hombres del mundo hablan sin descanso de sus tristes vanidades, de sus amores profanos y en eso se deleitan miserablemente, ¿nosotros no emplearemos el tiempo en conversaciones que edifiquen á nuestros hermanos, y al hacerlo no gozaremos de inefables y santísimas delicias? Aun en esto, ¿tendrán que aventajarnos los hijos de este siglo? Aman con mayor vehemencia al mundo y sus placeres que nosotros á Dios Nuestro Señor, como lo prueban sus conversaciones casi nunca interrumpi-

(1) Ps. CXVIII, 130.

das, mientras nosotros raras veces lo hacemos. Corrijamos, pues, este defecto, y hablemos con muchísima frecuencia de aquel altísimo Señor, á quien amamos, y nuestras santas palabras avivarán más y más en nuestras almas el fuego del amor divino.

El reino de Dios no consiste en las palabras, sino en la virtud, en las buenas obras. Este es otro de los medios absolutamente indispensables para conseguir el amor de Dios Nuestro Señor, las buenas obras, porque ni los pensamientos ni las palabras pueden bastarnos si carecemos de obras de virtud. No entrará en el reino de los cielos quien á Dios le diga: Señor, Señor, sino el que hubiese cumplido la voluntad del Padre celestial. Son aquellas obras testimonio irrecusable del amor que á Dios Nuestro Señor tenemos. Ahora preguntamos: ¿de qué manera nuestras buenas obras nos llevarán al Señor con grandes méritos y por un camino muy fácil y seguro, verdaderamente delicioso? Teniendo en todas ellas la más pura intención, ofreciéndolas á la gloria divina y al cumplimiento de la santa voluntad de Dios; y esto lo conseguiremos sin dificultad alguna si cada día, al despertar en la mañana, levantamos nuestro corazón á Dios y le decimos: Señor, ofrezco todas las obras que hiciere en este día á mayor gloria vuestra y para cumplir con ellas vuestra santa voluntad. Repitamos esto mismo al principio de cada una de ellas.

No debemos buscarnos á nosotros mismos en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestras buenas acciones, ni hay que practicarlas por respetos humanos, por vanidad, ni por amor propio ó por vanagloria, ni por ningún otro motivo que sea desagradable á los ojos del Señor. ¿Qué nos ganaríamos con obrar de una manera tan indigna? En vez de ganar perderíamos muchísimo. Hablando nuestro Maestro divino de las obras que se hacen sin la debida intención de agradar á Dios, dice lo siguiente: Guardaos de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean; de otra suerte no recibiréis el galardón de vuestro Padre, que está en los cielos (1), y en vez de premio mereceremos el castigo por el mal fin con que obramos.

Si deseamos no perder las riquezas que hemos tal vez atesorado con las buenas obras, no las pongamos en un saco roto, según la expresión de un profeta (2), sino guardémoslas en la rectitud y pureza de intención, la gloria de Dios y el cumplimiento de su santa voluntad, que deben ser cual sellos preciosos que grabemos en todas nuestras acciones. San Bernardo nos indica tres grados de admirable pureza y rectitud de intención, por los cuales podemos subir y adelantar en el camino de la santidad. Consiste el primero en buscar la gloria de Dios en todas nuestras obras, de tal suerte, que sólo Dios y el cumplimiento de su santa voluntad

(1) Matth. VI, 1.
(2) Aggei, 1-5.

sean nuestro contento, sin acordarnos para nada de las cosas del mundo. El grado segundo incluye no sólo el olvido de todas las cosas exteriores, sino también el de nosotros mismos, amándonos en Dios, por Dios y para Dios únicamente. Consiste el último grado de la perfección y amor de Dios, en que ese olvido de nosotros mismos nos haga pensar únicamente en agradar á Dios y en que Él se agrade y contente de las obras que hacemos, sin pensar en nosotros, cual si no existiésemos (1).

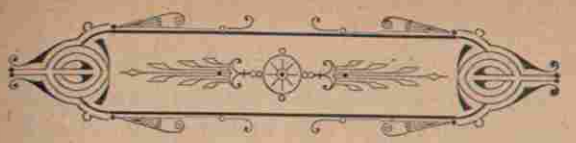
Tanta elevación, es, en verdad, admirable, y muy pocos son los que llegan á la cumbre de ese altísimo monte de Dios. ¡Ay de mí, decía también San Bernardo, que no me puedo olvidar enteramente de mí! ¿Cuándo estaré, oh Señor, unido y transformado en Vos por medio del amor, olvidado de mí y siendo mi espíritu uno con Vos, y no amando cosa alguna en mí mismo, ni para mí, ni mi persona, sino todo en Vos y para Vos? Esto es propio de la vida futura; corresponde al cielo más bien que á la tierra, donde siempre tendremos que lamentar imperfecciones y defectos en nuestra conducta (2); mas nada impide que hagamos cuanto esté de nuestra parte para alcanzar la mayor pureza y rectitud de intención en todas nuestras obras, pues no tratamos de agradar á los hombres, sino á Dios, que nos ha dicho: Son

(1) *De dilig. Deo.* Cap. 6 et 7.
(2) Rodriguez, trac. III, cap. XIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tus ojos la antorcha de tu cuerpo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso (1). Esto es lo que produce la pureza de intención (2). Brille, pues, en nuestras obras la gloria de Dios con toda su belleza y sus encantos, y en ellas sea cumplida su santa y adorable voluntad.

(1) Matth. VI, 22.
(2) D. Gregor. mor., lib. 38, cap. III.



CAPÍTULO XIX

EL AMOR AL PRÓJIMO

I

El segundo mandamiento de la ley de Dios es semejante al primero: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.—Debemos amar á nuestro prójimo, porque Dios le ama; porque en el prójimo está impresa la imagen de Dios; porque es nuestro hermano, y el Hijo de Dios le ha redimido con su sangre preciosa; porque tiene el mismo fin que nosotros.

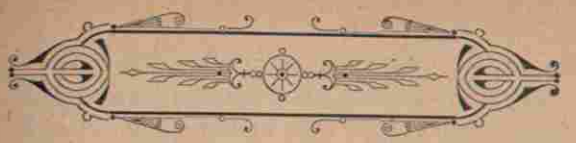
Debemos amarle, porque si no amamos al prójimo, á quien vemos, ¿cómo podremos amar á Dios, á quien no vemos? (1). Conocemos, decía San Juan, haber sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama permanece en la muerte..., este es el mandamiento de Dios: que creamos en el nombre

(1) Joann., IV, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tus ojos la antorcha de tu cuerpo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso (1). Esto es lo que produce la pureza de intención (2). Brille, pues, en nuestras obras la gloria de Dios con toda su belleza y sus encantos, y en ellas sea cumplida su santa y adorable voluntad.

(1) Matth. VI, 22.
(2) D. Gregor. mor., lib. 38, cap. III.



CAPÍTULO XIX

EL AMOR AL PRÓJIMO

I

El segundo mandamiento de la ley de Dios es semejante al primero: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.—Debemos amar á nuestro prójimo, porque Dios le ama; porque en el prójimo está impresa la imagen de Dios; porque es nuestro hermano, y el Hijo de Dios le ha redimido con su sangre preciosa; porque tiene el mismo fin que nosotros.

Debemos amarle, porque si no amamos al prójimo, á quien vemos, ¿cómo podremos amar á Dios, á quien no vemos? (1). Conocemos, decía San Juan, haber sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama permanece en la muerte..., este es el mandamiento de Dios: que creamos en el nombre

(1) Joann., IV, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de su Hijo Jesucristo y nos amemos mutuamente, conforme nos tiene mandado... Si nos amamos los unos á los otros, Dios habita en nuestro corazón, y su caridad es consumada en nosotros... Si alguno dice yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es un mentiroso (1). San Pablo decía también: Quien ama al prójimo tiene cumplida la Ley, porque estos mandamientos: No cometerás adulterio; no matarás; no robarás; no levantarás falso testimonio; no codiciarás, y cualquiera otro que haya, están comprendidos en esta expresión: Amarás á tu prójimo como á tí mismo (2).

Desde este punto de vista, el amor á nuestro prójimo se nos presenta elevadísimo y sublime, noble y generoso, y con una belleza encantadora. El amor de Dios lo ilumina con la purísima luz de su hermosura, lo eleva y lo engrandece, comunicándole su misma vida; pues como lo que debemos amar en el prójimo es que esté en Dios, por un mismo acto en especie amamos á Dios y al prójimo, y por esto el hábito de la caridad no sólo se extiende al amor de Dios, sino también al del prójimo (3).

Etsas poderosísimas razones en que se funda el amor que debemos al prójimo, abrirán sin duda en nuestro seno fuentes inagotables de benignidad y de dulzura, de compasión y de misericordia; en una palabra, de amor purísi-

(1) Joann. IV, 20.
(2) Rom. XIII, 8, 9.
(3) 2, 2, Q. XXV, a. I.

mo á nuestro prójimo, y este amor será sufrido y constante, benéfico y amable, y en fin, como lo describe el Apóstol: paciente, dulce y bienhechor. No tendrá envidia, ni obrará precipitada ni temerariamente, ni será soberbio, ni ambicioso; no gustará sus intereses, no tendrá que irritarse, no pensará mal, no se gozará en la injusticia, mas se complacerá en la verdad. Á todo se ha de acomodar, todo lo creerá, y habrá de esperarlo todo y todo tendrá que soportarlo (1).

Debemos amar á nuestros prójimos, no sólo exteriormente, sino también con un amor interior y formal; porque el precepto de la Ley nos dice que tenemos que amarles como á nosotros mismos, y el amor que nos tenemos no es solamente exterior.—Además, Jesucristo nos dijo lo siguiente: Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos á otros; y que así como yo os he amado, así también os améis mutuamente (2); y el amor que Jesús se ha dignado tenernos ha sido profundísimo y sincero, benéfico, amable y lleno de dulzura. No se contenta con intimar sólo una vez ese precepto: Amaos unos á los otros como yo os he amado, dícenos de nuevo. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mande (3). No sólo interpone su divina autoridad, sino que en esto también interpone su amor. No seremos de Jesús, no será nues-

(1) I Cor. XIII, 4-7.
(2) Joann., XIII, 34.
(3) Joann. XV, 12-14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro amigo si no amamos al prójimo; ¿dejaremos de amarle? No, y mil veces no, porque Jesús nos lo manda, y Nuestro Señor amorosísimo es todo nuestro encanto, y su amistad es el más rico y espléndido de todos los tesoros que poseemos; realmente nuestro único tesoro y toda nuestra gloria.—Cual si no estuviese satisfecho el buen Jesús con lo que acaba de mandarnos, ruega á su divino Padre en los términos siguientes: ¡Oh Padre Santo! guarda en tu nombre á los que tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa por la caridad, así como lo somos nosotros en la naturaleza (1).

San Pedro, siguiendo la enseñanza del divino Maestro, nos dice que purifiquemos nuestras almas con la obediencia del amor, con amor fraternal, amándonos entrañablemente unos á otros con un corazón puro y sencillo (2), y dice también: Sobre todo, mantened constantemente la mutua caridad entre vosotros; porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados (3). El Apóstol San Juan decía también: En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió su vida por nosotros, y así nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos (4).

Todo aquel que ama verdaderamente, al estar lejos de su amado, no sólo suspira por él sin descanso, si que también hallarle quisiera en

(1) Joann., XVII, 11.
(2) I Ep., I, 22.
(3) Id. IV, 8.
(4) I Ep., III, 16.

todas partes, y darle sin cesar grandes pruebas del amor que le tiene; he ahí ahora á nuestros prójimos; vemos en ellos la imagen de Dios, démosles pruebas, por tanto, del amor que les tenemos amando á los que Él amó con tan tierno y singular cariño.

En vista de estas consideraciones podemos preguntar: después del amor que á Dios debemos, ¿hay cosa más santa, más dulce, más bella que el amor á nuestros prójimos? Si de esto nos hallamos convencidos, nuestro amor para con ellos cubrirá todos sus defectos, y saldrá vencedor en todos los ataques que acaso de ellos mismos nos vengan.

No sólo debemos amar á nuestros parientes y amigos, sino también á los extraños y aun á los más encarnizados enemigos. Amad á vuestros enemigos, nos dijo el Maestro divino; haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (1), para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre los justos y los pecadores; porque si no amais sino á los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿No lo hacen así los publicanos? Y si no saludais á otros que á nuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? por ventura ¿no hacen también esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

(1) Matth. V, 44-48.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La enseñanza que acabamos de escuchar es de una belleza encantadora. Hasta ese punto debemos reprimir los innobles instintos de nuestras pasiones, ahogarlos en el fondo del alma y sustituirlos con los afectos más dulces y santos de la caridad. ¡Oh, esto es verdaderamente sublime! Sólo esa purísima virtud puede darnos la fortaleza que necesitamos para sacrificios tan difíciles al corazón humano; mas después de estos ¡cuánta es nuestra dicha! Somos hijos del Padre celestial, que imitamos en lo que es posible á nuestra gran miseria, su perfección altísima y sagrada; esta es nuestra dicha y el más vivo de todos los deseos de nuestras almas.

II

Vengamos ahora á la práctica de la caridad para con el prójimo. ¿Cómo podremos cumplir con un precepto en que á cada paso se nos presentan dificultades casi insuperables? Teniendo siempre presentes estas dos reglas: primera: no hagamos á nuestros prójimos lo que no queremos que se haga con nosotros, y portémonos con ellos como queremos que ellos se porten con nosotros. Segunda: amemos á nuestros prójimos como Jesús Nuestro Señor se dignó amarnos.

El amor que nos tenemos á nosotros mismos

impide, en lo que es posible, cuanto puede ocasionarnos la menor molestia; al tratarse, pues, de nuestros prójimos no pensemos que de ellos se trata sino de nosotros mismos; sea entonces cada uno de ellos, no únicamente otro yo, sino nosotros mismos, si por decirlo así puede sublimarse la expresión de unidad, y veremos con desagrado profundo, con una verdadera repugnancia, cuanto puede serles contrario. Nosotros jamás queremos que se piense mal de nuestra conducta ni que se lastime nuestra fama; mas, por el contrario, deseamos que se nos tenga en buen concepto y que todos nos elogien. No sólo esto, si que también queremos toda suerte de bienes verdaderos, y cuando la desgracia nos visita el corazón se llena de tristeza. Contemplemos, pues, á nuestros prójimos desde este punto de vista, pongámoslos en nuestro propio lugar, y la caridad sabrá inspirarnos para con ellos los sentimientos más nobles y acciones, en verdad, muy dignas de un verdadero cristiano.

Mucho es lo que faltamos, por desgracia, con respecto al amor que debemos á nuestros prójimos, y esto con demasiada frecuencia; ahí están las sospechas infundadas y los juicios temerarios, las murmuraciones y calumnias, y también está la indiferencia con que les vemos en sus padecimientos y miserias. Todo esto podremos evitarlo mediante la gracia del Señor, no olvidando la regla de que tratamos; no debemos hacer con nuestros prójimos lo que no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

queremos que se haga con nosotros, y portémonos con ellos como queremos que ellos se porten con nosotros.

En cuanto á las sospechas, se nos dice en el libro de Job: El impío, en el seno de la paz, sospecha siempre traiciones (1). En cuanto á los juicios que formamos en contra de nuestros prójimos, dice San Pablo: ¡Oh hombre, quien quiera que seas! eres inexcusable tú que te metes á juzgar á los demás, pues en lo que juzgas á otro te condenas á tí mismo, haciendo aquello que repruebas (2). El Apóstol Santiago dice también: Uno solo es el legislador y el juez que puede salvar y puede perder; tú, empero, ¿quién eres para juzgar á tu prójimo?—Por lo que hace á las murmuraciones y calumnias, dice la Escritura divina: Guardaos de la murmuración, que de nada aprovecha, y refrenad la lengua de toda detracción, porque la palabra encubierta no irá de vacío y la boca mentirosa da muerte al alma (3). No serás calumniador ni chismoso en el pueblo, dijo el Señor en la antigua Ley (4), y en los Proverbios se nos dice: Así como faltando la leña se extingue el fuego, así también retirado el chismoso cesarán las contiendas... Parecen sencillas las palabras del chismoso, mas penetran hasta lo más

(1) XV, 21.
(2) Rom. I, 1.
(3) Sap. I, 11.
(4) Levit. XIX, 16.

íntimo de las entrañas (1); y en el Eclesiástico: El chismoso contamina su propia alma; de todos será odiado y será mal visto quien converse con él; mas el hombre que sabe callar y tiene prudencia será honrado de todos (2).

No solamente debemos evitar la murmuración, es preciso además huir de los murmuradores. Haz una cerca de espinas á tus orejas, dice también la Escritura divina, y no des oidos á la mala lengua; y para que veamos la vigilancia y la prudencia con que es indispensable proceder, añade luego: Pon puerta y candado á tu boca. Funde tu oro y tu plata y haz de ellos una balanza para tus palabras, un freno bien ajustado para tu boca; mira no resbales en tu hablar y caigas por tierra delante de tus enemigos, que te acechan, y sea incurable y mortal tu caída. Antes había dicho: El murmurador y el hombre de dos caras es maldito, porque mete confusión entre muchos que vivían en paz... El que escucha la mala lengua no tendrá sosiego ni hallará al amigo con quien consolarse... Los que abandonan á Dios caerán en poder de la mala lengua, que encenderá en ellos su fuego inextinguible, y como león caerá sobre ellos y como leopardo los hará pedazos (3).

No olvidemos, pues, las palabras del Apóstol: Sed siervos unos de otros por un amor es-

(1) Levit. XXVI, 20, 22.
(2) XXI, 31.
(3) Id. XXVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piritual, pues toda la Ley se encierra en este precepto: Amarás á tu prójimo como á tí mismo; mas si os mordéis y roéis mutuamente, mirad que no os destruyais los unos á los otros. Proceded según el Espíritu de Dios cuyos frutos son: la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia y la castidad. No hay ley que sea contraria á los que viven de esta manera (1).—El amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal y aplicaos constantemente al bien, amándoos mutuamente con ternura y caridad fraternal, y procurando anticiparos los unos á los otros con señales de honor y deferencia... bendecid á los que os persiguen... bendecidles y no les maldigáis... estad unidos en unos mismos sentimientos y deseos... á nadie volváis mal por mal, procurando obrar bien no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres. Vivid en paz, si fuere posible y en cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres (2).

Amaos los unos á los otros. Esta es la gran regla que nunca debemos olvidar en nuestra conducta para con el prójimo. ¿Qué no hizo por nosotros el Hijo de Dios, en virtud del amor que nos tuvo? Y Su Majestad quiere que así nos amemos los unos á los otros, como Él se dignó amarnos. . ¡Oh, si nunca olvidásemos esta en-

(1) Galat. V.
(2) Rom. XII, 9-18.

señanza divina! Entonces sí nos portaríamos de una manera digna del estado á que hemos sido llamados al cristianismo, y con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, nos soportaríamos mutuamente con caridad; viviríamos siempre solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, siendo un cuerpo y un espíritu como fuimos llamados á una misma esperanza de nuestra vocación.... no saldría de nuestra boca ningún discurso malo, sino los buenos para edificación de la fe, y no contristaríamos al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuimos sellados para el día de la Redención. Lejos, muy lejos estaría de nosotros toda amargura, la ira, el enojo, la vocería y la maledicencia. Por lo contrario, mutuamente seríamos afables y compasivos, y nos perdonaríamos los unos á los otros, así como también Dios nos perdonaba por su Hijo Jesucristo; practicaríamos todas las obras de misericordia, y poniendo los ojos en el Maestro divino, de quien está escrito que pasó por el mundo haciendo el bien (1), le pediríamos el socorro de su gracia para hacer lo mismo.

Daremos fin al presente capítulo con la doctrina de Granada, que, hablando de los afectos y virtudes del hombre para con su prójimo, dice lo siguiente: Debemos tener compasión entrañable de los males ajenos, sintiéndolos como propios; una alegría caritativa, gozán-

(1) Act. X, 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donos con las prosperidades y bienes de los demás, como nos gozaríamos de los nuestros. Debemos tener un sufrimiento sosegado para soportar todas las molestias é injurias que se nos hicieren, perdonándolos de todo corazón; benignidad y afabilidad para con todos, tratándoles y conversando benignamente con ellos, y deseándoles todo bien, y mostrando así por palabra y por obra una humilde reverencia para con todos, teniéndoles por mayores y mejores que nosotros, y sujetándonos de corazón á ellos como si fuesen nuestros superiores; una perfecta unanimidad y concordia, teniendo para todos los mismos sentimientos. A imitación de Jesucristo, debemos tener ánimo para ofrecernos por todos, estando dispuestos á dar la vida por ellos, y rogando día y noche por ellos, y trabajando porque todos seamos una cosa en Jesucristo y Jesucristo en nosotros... Mas porque la raíz y fundamento de todas estas virtudes es la caridad y la misericordia para con los prójimos, ésta es la que más ha de estimar el que desee agradar á Dios, pues ella es la que más encarecidamente se nos encomienda en todas las Escrituras sagradas (1).

(1) *Tract. de dos reglas de bien vivir*, cap. III, parrafo III.

CAPÍTULO XX

LAS VIRTURES CARDINALES. — LA PRUDENCIA Y LA JUSTICIA

I

La prudencia es la recta razón de lo que se ha de hacer. Es una virtud intelectual por la que conocemos en cada negocio que nos ocurre lo que en él haya de honestidad ó de torpeza. El acto de la prudencia está esencialmente en el entendimiento, y por lo mismo, la prudencia se distingue de las demás virtudes morales cuyos actos están en la voluntad; se cuenta, sin embargo, entre estas virtudes en razón de la materia, porque se refiere á la consideración y dirección de las costumbres (1).

La prudencia nos enseña qué es lo que debemos hacer ó huir en cada negocio en particular, Su objeto son las acciones humanas parti-

(1) 2, 2, Q. LVIII, a. 3, ad 1.um

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

culares, sobre las cuales formula su juicio, inclinando ó apartando de ellas la voluntad, según que fueren honestas ó torpes. El objeto formal de la prudencia es la conformidad de esas mismas acciones con la verdad práctica, si así podemos llamarla, pues el juicio que forma pertenece al entendimiento, cuyo objeto es la verdad.

Los juicios opuestos á la prudencia son: primero, la precipitación, que consiste en emprender una obra sin deliberar, según conviniere, acerca de los medios que deban emplearse para conseguir el objeto que uno se ha propuesto en la misma obra. Segundo, la inconsideración que emite el examen de los medios y circunstancias que exige la misma prudencia. Tercero, la inconstancia, por la cual se cambia de parecer sin motivo justificante, cuando, al contrario, manda la prudencia no separarse sin causa justa de lo que ya se ha deliberado y juzgado con detenimiento. Cuarto, la negligencia, por la cual se omite la ejecución de lo que ya ha mandado la prudencia, excitando y dirigiendo la voluntad para el acto.

Por exceso, á la prudencia se oponen: primero, la prudencia de la carne, que se ocupa en hallar los medios más á propósito para satisfacer los deseos de la naturaleza corrompida. La prudencia de la carne es muerte, dijo San Pablo (1). Si se refiere principalmente á la feli-

(1) Rom. VIII. 6.

cidad temporal, debe tenerse en cuenta el afecto que la rige; y será venial ó mortalmente grave, según fuere leve ó gravemente culpable la intención que la anima (1). Segundo, la astucia, que es el conocimiento y uso de medios reprobados para conseguir el fin que se intenta. Llámase dolo si se hace por medio de palabras ó por medio de los hechos, y fraude, cuando sólo se hace por medio de estos últimos. Tercero, la solicitud por los bienes temporales, ó sea la demasiada obcecación de la mente en adquirirlos ó conservarlos; obcecación nacida, ó del amor desordenado de tenerlos, ó del mismo temor de perderlos. Cuarto, la inquietud respecto de lo porvenir, esto es, la ansiedad congojosa que conturba el alma cuando piensa que pueden faltarle en adelante los bienes necesarios para la vida (2).

No hay para qué ponderar la necesidad que tenemos de la prudencia. Esto se descubre fácilmente, teniendo en cuenta el influjo que ejerce en todas las virtudes. Estas no subsisten sin el orden; mas no hay orden donde no hay prudencia, á la cual corresponde examinar y elegir en todas las acciones los medios más á propósito para conseguir el buen fin que nos hemos propuesto.

Si deseamos ser prudentes, decía Séneca, pensemos en lo porvenir y en todo aquello que

(1) Génicot. *Theolog. Moral.*
(2) Génicot. *Charmes.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede sucedernos, viéndolo antes que se nos acerque, á fin de evitar una sorpresa. El prudente nunca dice: No juzgué que así sucediese; porque no duda, sino aguarda; no sospecha, pero sí se precave. Si abrazares la prudencia, serás el mismo en todas partes y sabrás acomodarte al tiempo, según la variedad de circunstancias. No sea vana tu conversación, sino, al contrario, persuada ó amoneste, consuele ó mande; alabe pocas veces y rarísima ocasión vitupere. Es reprensible la demasiada alabanza, como lo es también la inmoderada inculpación. La primera es sospechosa de adulación, y la segunda de malignidad. Si quieres que en tu alma reine la prudencia, ordena lo presente, prevée lo futuro y recuerda lo pasado. Quien no prevée lo porvenir, procede sin cautela; por esto pon delante de tus ojos los males y los bienes futuros, para poder sufrir aquéllos cuando lleguen y en éstos ser moderado. No siempre estés en ejercicio; da también descanso á tu alma; mas tal descanso no esté vacío de buenos pensamientos. El prudente nunca languidece con el ocio; tiene algunas veces sosegada el alma, nunca disipada (1).

Es la prudencia, dice San Buenaventura, la discreción del bien y del mal, discreción que elige el primero y huye del segundo. De ella proceden la circunspección, la docilidad y la cautela. Por la circunspección huímos de los

(1) Ap. S. Bonav. *De Virtut. Card.*

extremos contrarios á la virtud, como la avaricia y la prodigalidad; la docilidad nos hace recibir la enseñanza que después comunicamos á los demás. Por la cautela nos precavemos de los vicios que se nos presenten hábilmente disfrazados con el ropaje de las virtudes.

Divídese la prudencia, según el seráfico Doctor, primero, en el conocimiento de lo presente; por esto se dice en los Proverbios: Adelántese tu vista á los pasos que dieres (1), esto es, tus consejos precedan á tus obras. Segundo, en la memoria de las cosas pasadas; por esto dijo Ecequías: Recordaré delante de tí, oh Señor, todos los años de mi vida (2). Tercero, en la providencia de lo porvenir; por esto dice Boecio: No basta contemplar lo que tenemos delante de los ojos; la prudencia piensa cuál será el resultado de nuestras obras. Cuarto, en la reflexión de las cosas contrarias que ésta nos presenta. Hay un camino que al hombre le parece recto, nos dicen también los Proverbios, y ese camino conduce á la muerte (3). Quinto, en impedir los pecados. Por último, en el ejercicio de las virtudes; y así se nos dice en el Eclesiastés: Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo: puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia, tienen lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo (4).

(1) IV, 25.
(2) Isa. XXXVIII, 15.
(3) XIV, 12.
(4) IX, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Procuremos, pues, conservar en nuestras almas la prudencia, no siendo precipitados en las cosas que tenemos que hacer, y no nos aficionemos á ellas demasiadamente, á fin de conservar la verdadera libertad de corazón. No sigamos desde luego nuestros movimientos impetuosos, ni aun en las cosas de virtud; procedamos, sí, con reflexión y miramiento, sin fiarnos de las apariencias de virtud, reflexionando que ésta jamás tiene que separarse de la discreción. Alejemos de nosotros cuanto pueda impedirnos la serenidad y la paz del corazón, como las pasiones desenfrenadas de la ira, de la codicia, el deseo de los placeres, el temor y el gozo, la tristeza, el amor y el odio.

No nos inquietemos demasiado por las pérdidas y desgracias temporales, ni pongamos nuestro afecto en las cosas de este mundo; ocupemos en Dios el pensamiento; tengámosle presente en todas nuestras obras, pues nunca se aleja de nosotros, y tratemos con Él con humildad y confianza (1). Finalmente, acordémonos de estas palabras de los Libros santos: Si entrare la sabiduría en tu corazón y se complaciese tu alma en la ciencia, el consejo será tu salvaguardia y la prudencia te conservará (2).

(1) Granada cit.
(2) Prov.

II

La justicia es un hábito que inclina ó determina la voluntad á dar á cada uno lo que le pertenece, ó sea aquello á que tiene derecho; ó bien digamos que es la perpetua y constante voluntad de dar á cada uno su derecho, como la definió Ulpiano. El acto de la justicia debe ser voluntario; y tal voluntad debe ser firme, siendo de esta manera materia y objeto de la virtud. Por su naturaleza la justicia se refiere á otro, y por lo mismo, propiamente hablando, no existe sino de un hombre á otro.

La justicia es virtud, dice Santo Tomás; porque ésta es la que hace bueno el acto y al hombre mismo, y todo esto conviene á la justicia, que rectifica los actos humanos según la regla de la razón; y por la justicia reciben principalmente su nombre los hombres de bien. En ella, pues, está el mayor brillo de la virtud (1).

La justicia reside en la voluntad como en su propio sujeto, porque el sujeto de la virtud es la potencia á que aquélla se dirige para rectificar los actos de la misma potencia; mas la justicia no se ordena á dirigir algún acto cognoscitivo, pues no se llama justicia porque conozcamos rectamente. Tampoco está la justi-

(1) 2-2, Q. LVIII, a. I, II et seq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia en el apetito irascible ni en el concupiscible; porque dar á cada uno lo que es suyo no puede proceder ni de uno ni de otro, siendo propio como es de la razón.

La materia de la justicia es la operación exterior, según que la misma ó aquello de que hace uso tiene respecto de otra persona la proporción correspondiente, y por esto el medio de la justicia consiste en cierta igualdad de proporción de la cosa exterior á la persona exterior.

Si hablamos de la justicia legal, es manifiesto que entre todas las virtudes morales es la más excelente, puesto que el bien común es más importante que el bien singular.—Aun respecto de la justicia particular, podemos decir que es la que más sobresale entre las otras virtudes morales, tanto porque reside en la parte más noble del alma, es decir, en el apetito racional ó sea en la voluntad, mientras que las otras virtudes morales residen en el apetito sensitivo, como también porque esas mismas virtudes tienen su esplendor según el bien del hombre virtuoso; mas la justicia lo tiene según que éste se conduce bien respecto á otro; siendo en cierto modo el bien de este mismo, y por esto decía Aristóteles que las virtudes más grandes son necesariamente las más útiles á los demás, puesto que la virtud es una potencia bienhechora.

Si consideramos la justicia como política, dice el seráfico Doctor, veremos que consiste

en despreciar al mundo y en conservar para cada uno lo que es suyo para sí mismo, para el prójimo y para Dios. Si la observamos según que purifica nuestras almas, nos inclina suavemente al prójimo y trata de conservar en su vigor las virtudes de todos. Corresponde al alma que se ha purificado conservar con Dios Nuestro Señor una alianza que jamás se interrumpa. La justicia ejemplar que en Dios se encuentra, no se separa de la ley sempiterna con que lleva adelante sus divinas obras. El primer grado nos preserva de toda iniquidad y dirige nuestras relaciones con los hombres. El segundo eleva nuestra mente á pensar en los bienes eternos. El tercero nos fija en estos mismos por la alianza que establece entre Dios y nosotros. El cuarto perfecciona los grados anteriores, gobernando Dios Nuestro Señor con su ley inflexible y eterna á todas las criaturas (1).

Contemplada la justicia á la luz de la santidad de Dios Nuestro Señor, en Su Majestad, en nosotros mismos y en nuestros prójimos, se nos presenta bellísima y amable y con todos los encantos de una pureza sin mancha.

En Dios mismo, esa justicia es verdad que nunca se engaña y rectitud que jamás se desvía. Es Dios fuente de justicia que derrama en nuestras almas la santidad y la pureza.

Jesucristo nos ha dicho: Sed perfectos como lo

(1) *De Virtut. Card.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es vuestro Padre celestial; cuando la gracia de este Padre nos visita, tenemos que exclamar: Yo me alegraré con sumo gozo en el Señor y mi alma se llenará de contento en mi Dios; pues me ha revestido del ropaje de la salud y me ha cubierto con el manto de la justicia (1).

Justo es el Señor y su juicio es recto; su justicia es como los montes de Dios; ella es santidad infinita y eterna, perfección absoluta. Nadie es santo como lo es el Señor, ni hay otro Dios fuera de Él (2).

Prorrumpan nuestros labios en alabanzas dulcísimas y santas al que es la eterna justicia. ¿Quién hay semejante á tí ¡oh Señor! tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza y obrador de prodigios (3)?

Todas las generaciones, oh Señor, celebrarán tus obras y pregonarán tu poder; publicarán la magnificencia de tu santa gloria y predicarán tus maravillas... Hablarán de la abundancia de tu suavidad, y saltarán de alegría por tu justicia... Fiel es el Señor en todas sus promesas... Es justo en todas sus disposiciones y santo en todas sus obras... Mi boca cantará las alabanzas del Señor; todos los mortales le bendigan en este siglo y por toda la eternidad (4).

El Señor es eterna justicia, purísima y santa.

(1) Isa. LXI, 10
(2) I Reg. II, 2.
(3) Exod. XV, 11.
(4) Ps. CXLIV.

Es ella un piélago inmenso de luz; su hermosura es divina, inmutable y perfecta, y en ella todo es conforme á la verdad; todo en ella respira cándida pureza y brilla en su frente todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable. Este es nuestro descanso; estos son los más dulces consuelos del alma, verdadero paraíso de delicias: la justicia de Dios. Bendito sea para siempre.

El Señor te dará un perpetuo reposo, y llenará tu alma de resplandores de gracia, reforzará tus huesos, y serás como un huerto bien regado, y como manantial perenne cuyas aguas jamás faltarán... amanecerá tu luz como la aurora... irá delante de tí la justicia y te cubrirá la gloria del Señor (1). Esto es lo que ha de realizar en nuestras almas la purísima justicia del Señor. Las ha de enriquecer con divinos tesoros y tendrá que adornarlas con celestial belleza. Mas para esto nos es indispensable poner en práctica lo que decía San Pablo: Purifiquémonos de todo cuanto mancha la carne y el espíritu, y perfeccionemos nuestra santificación con el temor de Dios (2); debemos trabajar sin descanso para hacernos santos, y por más que adelantemos en el camino de Dios, vivamos siempre en su santo temor; porque Dios juzga las mismas justicias. Temamos siempre, porque no fueron firmes sus mismos ministros, y halló culpa en sus ángeles (3). Procuremos con

(1) Isa. LVIII, 8-11.
(2) I. Cor. VII, 1.
(3) Job, IV, 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo cuidado y diligencia purificarnos de todas nuestras faltas, y pidámosle al Señor que se digne perdonarnos las que no conocemos. ¿Quién es, oh Señor, decía David, el que conoce todos sus yerros? Perdona mis faltas ocultas y perdona también á tu siervo las ajenas.

La justicia purísima de Dios, santificando á nuestros hermanos, ilumina nuestras almas, como la luz apacible de la luna alumbra nuestros ojos. Si tenemos un empeño decidido por santificarnos, no despreciaremos las ocasiones de virtud que se nos ofrezcan en la buena conducta de los prójimos. Las abejas recogen la miel de diversas flores, decía San Antonio Abad, y así también nosotros debemos recoger la dulzura de las santas virtudes que en los demás lleguemos á observar.—Por otra parte, si tantas veces los males nos escandalizan con su proceder, ¿no deberemos procurar que los ejemplos de los buenos nos sirvan para la virtud? Soy participante, oh Señor, decía el Rey Profeta, de todos los que te temen y de los que guardan tus mandamientos (1), y si con ellos participamos en todo esto, también con ellos alcanzaremos la divina gracia.

(1) Ps. CXVIII, 63.

CAPÍTULO XXI

LA FORTALEZA Y LA TEMPLANZA

I

El nombre de fortaleza debe considerarse de dos modos: primero, según que implica en absoluto firmeza del ánimo, y en este concepto es una virtud, ó más bien condición de toda virtud general; segundo, puede considerarse según que implica solamente la firmeza necesaria para sobrellevar y rechazar las cosas contrarias en que es más difícil tener esa firmeza, esto es, en algunos graves peligros (1).

La fortaleza es virtud cardinal que inclina la voluntad del hombre á acometer los graves peligros, aun el de la muerte, en tiempo y lugar correspondientes, y á sufrir los trabajos indispensables para la consecución del bien.

(1) 2-2. Q. CXXIII, a. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo cuidado y diligencia purificarnos de todas nuestras faltas, y pidámosle al Señor que se digne perdonarnos las que no conocemos. ¿Quién es, oh Señor, decía David, el que conoce todos sus yerros? Perdona mis faltas ocultas y perdona también á tu siervo las ajenas.

La justicia purísima de Dios, santificando á nuestros hermanos, ilumina nuestras almas, como la luz apacible de la luna alumbra nuestros ojos. Si tenemos un empeño decidido por santificarnos, no despreciaremos las ocasiones de virtud que se nos ofrezcan en la buena conducta de los prójimos. Las abejas recogen la miel de diversas flores, decía San Antonio Abad, y así también nosotros debemos recoger la dulzura de las santas virtudes que en los demás lleguemos á observar.—Por otra parte, si tantas veces los males nos escandalizan con su proceder, ¿no deberemos procurar que los ejemplos de los buenos nos sirvan para la virtud? Soy participante, oh Señor, decía el Rey Profeta, de todos los que te temen y de los que guardan tus mandamientos (1), y si con ellos participamos en todo esto, también con ellos alcanzaremos la divina gracia.

(1) Ps. CXVIII, 63.

CAPÍTULO XXI

LA FORTALEZA Y LA TEMPLANZA

I

El nombre de fortaleza debe considerarse de dos modos: primero, según que implica en absoluto firmeza del ánimo, y en este concepto es una virtud, ó más bien condición de toda virtud general; segundo, puede considerarse según que implica solamente la firmeza necesaria para sobrellevar y rechazar las cosas contrarias en que es más difícil tener esa firmeza, esto es, en algunos graves peligros (1).

La fortaleza es virtud cardinal que inclina la voluntad del hombre á acometer los graves peligros, aun el de la muerte, en tiempo y lugar correspondientes, y á sufrir los trabajos indispensables para la consecución del bien.

(1) 2-2. Q. CXXIII, a. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dos son los actos de esta virtud: acometer y sufrir; para el primero se requieren dos cosas: prontitud para arrojarse al peligro, y esto lo da la confianza, y la agilidad en ejecutar lo que ha comenzado en la misma confiaza, y esto lo suministra la magnificencia.

Respecto al sufrimiento que corresponde á la fortaleza, ésta no nos deja sucumbir por la tristeza y el dolor, lo cual hace por medio de la paciencia. Si se prolongan los males que sufrimos, la fortaleza nos sostiene mediante la perseverancia.

Innumerables son los males que hay que padecer en la presente vida. Al contemplarlos, el temor ó la audacia se apodera de nosotros, ó bien la triste indiferencia, que no nos deja tomar disposición alguna para librarnos de ella, y ni esta indiferencia, ni el temor, ni la audacia nos servirán de cosa alguna; el temor alejará la confianza; la audacia, lastimando la humildad, precipitará nuestras resoluciones, y la indiferencia no moverá nuestros labios para pedir el remedio á Dios Nuestro Señor. La fortaleza aleja de nosotros los inconvenientes de que hablamos; teme á Dios, pero se apoya en Él; sabe arrojarse al peligro, mas lo hace siempre con prudencia, y llena de celo por la gloria divina, no descansa un momento en procurarla. Ella, pues, nos es indispensable.

La fortaleza nos alienta con los consuelos de la esperanza cristiana; tenemos en Dios nuestro refugio y ponemos la mira en alcanzar los

bienes eternos (1). Nos acompaña en los combates que sostenemos por la causa de Dios, y ciñe nuestras frentes con el laurel de la victoria. Ved á los hombres de Dios ejecutando la justicia, alcanzando las promesas, cerrando la boca de los leones, extinguiendo la violencia del fuego, librándose del filo de la espada; ved, dice San Pablo, cómo son esforzados en la guerra, y cómo desbaratan ejércitos contrarios; he allí á otros sufriendo escarnios y azotes, las cadenas y la cárcel, apedreados, aserrados, puestos á pruebas de distintos modos, muertos por el testimonio del Señor; anduvieron errantes, desamparados, angustiados, maltratados. El mundo no era digno de ellos. Iban por las soledades, por los montes, y se recogían en las cuevas y en las cavernas de la tierra (2). ¿Hubieran dado al mundo ese espectáculo admirable de virtud sin la fortaleza?

Ved de nuevo á esta noble y excelsa virtud junto al cadalso de los mártires cristianos: les alienta y sostiene con su voz. Sufriréis un dolor pasajero, les dice; mas después el Señor os pondrá bajo la alianza de la vida eterna. La fortaleza enjuga el sudor que chorrea de la frente de los mártires, y recoge en copa de oro la sangre que manan sus heridas, les llena de interior consuelo, les arma de una paciencia invencible, y está con ellos hasta el último suspiro de su vida.

(1) Eph. VI, 18.
(2) Id. XI, 33-38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La fortaleza cristiana, no sólo ha estado con los mártires, también asiste á los santos confesores y defiende la inocencia de las vírgenes. Por doquiera que pasa derrama torrentes de luz; comunica la fuerza y nos brinda con la paz del Señor. Lleva en su brillante séquito á la magnanimidad con sus grandes acciones; á la magnificencia espléndida y gloriosa en todos sus designios; á la paciencia con su resignación dulce y amable, y, en fin, á la perseverancia, que les acompaña en todos los caminos de la vida.

La fortaleza descendió del cielo para nuestro bien. El triunfo en los combates, decía un valeroso capitán, no depende de la multitud de las tropas, sino del cielo, de donde viene toda fortaleza (1). El Señor es mi fortaleza y mi gloria; Él se ha constituído mi salud, decía David, y San Pablo nos asegura que Dios Nuestro Señor, por Jesucristo, nos ha dado la victoria (2).

No debemos confiar en nuestras propias fuerzas, sino solamente en Dios; y en medio de los combates alcemos nuestros ojos al Señor para pedirle su auxilio y obtener el triunfo. Nuestra humildad y la oración que sale de nuestros labios atraerán sobre nosotros las miradas del Señor. Que Él sea, por lo mismo, la fortaleza de nuestra alma y toda nuestra gloria.

La fortaleza como virtud política (3) nos re-

(1) Mach. III, 3.
(2) Ps. CXVIII, 14.—I Cor. XV, 5-7.
(3) D. Bonav. *D. Virtut. Card.*

anima, ahuyenta del alma el miedo del peligro; no sabe temer sino al pecado. Según que purifica nuestras almas, nos hace triunfar de las pasiones. Como ejemplar, la contemplamos en Dios, que siempre es el mismo y nunca sufre la menor mudanza. El primer grado hace que pospongamos el temor al tratarse del bien de la patria. El segundo nos robustece todavía más á fin de no temer ninguna pena corporal, y hácenos desear ardientemente los bienes eternos. El tercero nos fija en estos mismos bienes y nos inspira el desprecio de todo lo terreno. El cuarto perfecciona y consuma los anteriores. Dios toca desde un fin al otro con fortaleza, y todo lo dispone suavemente. Si eres magnánimo, si la fortaleza no te llega á abandonar, vivirás con gran confianza, libre, intrépido y alegre. Es un gran bien esperar tranquilamente el fin de esta vida; la fortaleza recibe con ánimo tranquilo la adversidad de los trabajos y peligros; la adversidad no la hace sucumbir, ni la prosperidad la enorgullece. Nacen de la fortaleza la magnanimidad y la confianza, la seguridad y la paciencia, la longanimidad y la perseverancia, la humildad y la mansedumbre.

Si la fortaleza nos es tan necesaria, y si tantos bienes trae consigo, debemos pedirla á Dios Nuestro Señor, con cuya gracia todo lo podemos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Ocupémonos ya en la virtud de la templanza. Es ésta una virtud cardinal, que, según el dictamen de la recta razón, modera el afecto y el uso de los deleites, del gusto y del tacto (1).— Sus partes integrales son la vergüenza y la honestidad. Es la primera el horror á la torpeza consiguiente á la intemperancia. Tal vergüenza consiste en la modestia del vestido, en los movimientos y en todo aquello que exigen de nosotros el recato y la moderación.

La honestidad es la virtud que nos inclina á evitar todo lo indecoroso y excesivo en el manjar, en la bebida y en las delicias. La honestidad, dice San Ambrosio, huye de la torpeza como de la muerte (2).

La templanza tiene por objeto principalmente las pasiones que se refieren á los bienes sensibles, esto es, la concupiscencia y la delectación; y como consecuencias, las tristezas que sobrevienen con la ausencia de tales delectaciones (3). Su objeto propio se refiere á las delicias de la comida y bebida y á las de los placeres sensibles; y ya que tales delicias resultan del sentido del tacto, se deduce que la templanza se refiere á las delectaciones de ese sentido, que son su objeto principal y directo. Respecto de las que provienen del gusto, del olfato ó de la vista, á ellas se refiere secundariamente; pero como el gusto está más próximo al tacto que los otros sentidos, la templanza es más acerca de éste.

(1) Charmes.
(2) *De ofic.*, cap. XVIII et XLII.
(3) 2-2, s. III et seq.

El bien de la virtud moral consiste principalmente en el orden de la razón, y éste en dirigirnos al fin. El bien tiene razón de fin, y el fin es la regla de lo que á él conduce; mas todas las cosas deleitables de que usamos se ordenan á alguna necesidad de esta vida como al fin, y por esto la templanza acepta tal necesidad como regla de las cosas deleitables, usando de ellas únicamente cuanto es necesario.

Por esto vemos que la templanza es realmente virtud, porque nos inclina al bien. Este bien consiste en su conformidad con la razón, y la templanza entraña cierta moderación en su mismo nombre, y esto es efecto de la razón. La moderación que se requiere en todá virtud es principalmente laudable en las delectaciones del tacto, ya porque ellas son más naturales, y por tanto más difícil abstenerse de las mismas y refrenar sus concupiscencias, ya también porque sus objetos son más necesarios á la vida presente.

Es la templanza una virtud muy hermosa. Dícenos lo siguiente Santo Tomás sobre el particular: Aunque la belleza convenga á cualquier virtud, se atribuye, sin embargo, exce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lentemente á la templanza por dos motivos: primero, por la razón común á la que pertenece cierta moderada proporción, en que consiste la razón de la belleza; segundo, porque las cosas de que refrena la templanza son ínfimas en el hombre, y le convienen según la naturaleza animal que lo inclina á mancharse con ellas. Tal es la razón por qué es tan hermosa la templanza: destruye las torpezas y trae consigo la hermosura de la honestidad (1).

Camina la templanza cual reina coronada, llena de majestad y de grandeza, por todas las sendas de Dios, y lleva en pos de sí amables y santísimas virtudes; vemos, entre otras, la castidad, que exhala de su cándido ropaje celestial fragancia; y la humildad, que nos atrae con la sonrisa de sus labios y su dulce mirar tan apacible; y la modestia vestida con agraciada sencillez, que siempre lleva fijos los ojos en el suelo; y la clemencia, que nos ve con tanta dulzura, y, en fin, otras muchas virtudes que adornan y embellecen la templanza. Amémosla de corazón y practiquemos todos sus preceptos, ya que al separarse de nosotros, al no cumplir lo que nos manda, también se alejarían, una en pos de otra, las virtudes que hemos mencionado, viniendo á ocupar su lugar los más ignominiosos y funestos vicios, como son los de la insensibilidad y la intemperancia. Hablando de esta última, nos dice Santo Tomás: Es en gran

(1) 2-2, a. II.

manera reprensible, tanto porque repugna en alto grado á la dignidad humana, por referirse á las delectaciones que son comunes á los hombres y á los brutos, como también por impedir la misma intemperancia que resplandezca la ley de la razón con más hermoso brillo; porque la virtud y no el vicio embellece con todo su esplendor y sus encantos á la razón humana (1).

Si amas la continencia, la templanza, decía Séneca (2), abandona lo superfluo y limita tus deseos; considera lo que pide la naturaleza, no lo que espera la pasión; el hambre sea quien excite el paladar, no el sabor de los manjares; acércate á la mesa, no para deleitarte, sino para tomar el sustento necesario. Si amas la templanza huye cuanto se oponga á la pureza; no te avergüences más de otro que de tí mismo, y sufre cualquiera pena antes que la más ligera mancha; abstente también de las palabras torpes, que son el pábulo de la impureza. Desprecia las pasiones que nos halagan perniciosamente. Observa tus movimientos interiores y exteriores que no sean indecorosos, y aunque sean ocultos, que nunca sean inconvenientes. Sé para con todos benigno, con nadie lisonjero, con pocos familiar y para con todos justo; no siembres la discordia ni envidies la felicidad ajena; sé tardo en airarte é inclinado á la misericordia; firme en las contradicciones; humilde

(1) 2-2, Q. CXLII, a. IV.
(2) Ap. Bonav. *De Virtut. Card.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y recatado en las prosperidades. Comunica tu ciencia al ignorante, y pregunta con humildad lo que ignores. Es la templanza, dice el Seráfico Doctor, una virtud que nos da fuerza para resistir á los halagos de las pasiones que nos impelen al mal, y de ella proceden la continencia, la castidad, la sobriedad, la largueza y la moderación, la honestidad y la abstinencia, la vergüenza y la modestia (1).

Aborrezcamos, pues, la intemperancia, no sólo porque es un vicio abominable, sino también por sus tristes y funestas consecuencias. ¿De cuántas virtudes no nos priva, y á qué abismos de desgracias y pecados no puede arrojarnos? Muchos se portan como enemigos de la cruz de Cristo: el fin de estos es su perdición; su dios es el vientre; hacen gala de lo que es su desdoro y confusión, apegados á las cosas terrenas (2). ¿Qué podríamos entender de las cosas de Dios, ó cuál sería nuestro amor á la virtud y la nobleza de nuestros sentimientos si nos entregásemos á los desórdenes de la intemperancia? El hombre animal no es capaz de las cosas que son del espíritu de Dios, pues para él todas son una necedad y no puede entenderlas (3); y si es el vientre el dios de ese desgraciado, no pensará sino en las delicias de la mesa, en el manjar y en la bebida, y en los demás deleites de la vida animal.

(1) Idem.
(2) Philip. III, 19.
(3) I Cor., II, 14.

Al pensar en esto preséntase de nuevo la templanza para decirnos: *Ascende superius;* y nos descubre un camino de honor y de gloria; y nos recuerda que no hemos nacido para entregarnos sin freno ninguno á los deleites de la tierra; y que el divino Maestro, con su ejemplo y doctrina, nos mostró la senda que debíamos seguir para llegar al cielo. No se complació en su propia gloria, y dijo estas palabras: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (1).

1) Matth. XVI, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXII

VIRTUDES MORALES.—LA RELIGIÓN.—LA DEVOCIÓN

I

Es la religión la virtud que rinde á Dios el culto que le es debido como á primer principio de todas las cosas. Tiene esta virtud la preeminencia entre las demás virtudes morales, ya que las cosas que se refieren al fin toman su bondad del orden á este mismo fin, y cuanto más próximas están á éste son tanto mejores. Mas entre las virtudes morales ninguna se acerca tanto á Dios en razón de fin como la religión, que ejecuta lo que se ordena directa é inmediatamente al amor divino (1).

Rendir á Dios el culto que se le debe como principio de todas las cosas, es de toda justicia, porque El se ha dignado crearnos, y cuanto somos lo debemos á Su Majestad. Además, el

(1) 2-2, Q. LXXXI, a. VI.

culto de que hablamos nos revela, no sólo la infinita grandeza del Señor y sus adorables perfecciones, por las cuales es dignísimo de toda bendición y gloria, de la alabanza y adoración de sus criaturas, sino además, haciendo que pongamos los ojos en nosotros mismos, nos descubre nuestra miseria y pequeñez, nuestra nada, y la absoluta dependencia que tenemos del primer principio, que es Dios. ¿Rendiremos á otro que á Él la suprema adoración de nuestras almas? Esa adoración nos eleva y vivifica, ya que nos acerca al que es la infinita grandeza, la misma vida. Vigoriza también nuestra esperanza y nos llena de consuelo, de paz dulcísima y profunda; porque Dios, al recibir el culto que le tributamos, nos colma de sus santas bendiciones. Elévanse á su trono nuestras alabanzas, las oraciones y plegarias que le dirigimos; los ángeles se las presentan en sus copas de oro como perfume de agradable incienso; y esos mismos ángeles, los mensajeros de su gran misericordia, la traen al mundo y con ella enriquecen nuestras almas.

Es la religión un desbordamiento de nuestro cariño y tierna gratitud, y de los más nobles sentimientos de nuestra alma, que Dios recoge con agrado en su divino seno. ¡Qué santas efusiones son las nuestras al rendir á Dios adoración suprema, oración humilde, ardientes plegarias y acciones de gracias! Si nuestro espíritu se halla inquieto, acongojado, oprimido de indecible pena, tal vez martirizado por la amar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gura del remordimiento; si se niega al consuelo, porque consuelo verdadero no hay en las criaturas, acuérdese de Dios, adore y bendiga su sagrado nombre, eleve á su trono sus fervientes ruegos, tribútele, en fin, el culto que le debe, y Dios le llenará de bendiciones, de inefables y santísimas delicias.

No hay desgracia en este mundo que pueda compararse con la de aquellos que no tienen religión. ¿Quién sino la religión podrá inspirarles pensamientos dignos, ó quién pondrá en sus almas delicados y generosos sentimientos, ó quién sino ella, en fin, tendrá que contenerlos en la triste senda de los vicios y llegará á separarlos de sus extravíos? ¿Por qué, pues, niegan algunos á Dios Nuestro Señor el culto que le deben? David, hablando del impío, dice lo siguiente: Resolvió el impío en su corazón hacer el mal; no hay temor de Dios ante sus ojos; ha obrado dolosamente en la presencia divina, por lo cual se ha hecho más odiosa su maldad. Sus palabras son injusticia y mentira; no ha querido entender para hacer el bien (1). Muchos, en efecto, no quieren pensar en sus deberes para con Dios Nuestro Señor, por no practicar la virtud.—Otros habrá que no crean en la existencia de Dios, mas el ateismo es la ceguedad de la inteligencia y la corrupción de la voluntad: rechazan los ateos aun el testimonio de la razón, y arrojando de sí el temor de Dios y todos los motivos que pudieran inclinarlos á seguir los sendas de la justicia, se entregan, sin que nada llegue á detenerlos, á la ignominia de las pasiones, cumpliéndose en ellos estas palabras de los Libros Santos: El hombre constituído en honor no ha entendido, se ha igualado con los jumentos insensatos, y se ha hecho como uno de ellos (1). ¡Qué degradación tan miserable! ¿Por qué no librarse de ella levantando los ojos á los cielos, que cantan la gloria del Altísimo? ¿Por qué no unirse á las sublimes armonías del universo proclamando á una la existencia, el poder y la grandeza del Dios que lo gobierna y lo sostiene con admirable y sabia providencia?

(1) Ps. XXXV. 2-4.

Pensando en la ceguedad de los impíos, si bien el corazón se llena de tristeza por la funestísima desgracia en que están envueltos, por otra parte se llena de consuelo y bendice á Dios con todo su cariño porque se ha dignado enriquecernos con el don incomparable de la fe cristiana. Creemos en ese Dios altísimo que creó los cielos y la tierra, primer principio de todas todas las cosas, y le adoramos con todo el corazón. La fe y el amor nos hacen tributarle bendición y claridad y sabiduria y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza; porque Él es el primer principio, soberano y altísimo Dios que reina por todos los siglos.

Creemos en Dios Nuestro Señor y le ado-

(1) Ps. XLVIII, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ramos con todo nuestro afecto. La fe nos le presenta cubierto con un velo transparente y rebosando de dulzura infinita y de una amabilidad incomparable; la caridad de Dios derramada en nuestros corazones, nos atrae hacia Él con soberano y dulcísimo impulso. Él es todo para nosotros: vida, luz, amor y eterna dicha. La fe nos rinde á los piés del Eterno; creemos en el que es eterno principio, y la caridad abrasa nuestras almas en amor divino. La fe y el amor nos inspiran una y otra vez cánticos dulcísimos á la gloria de aquel soberano Señor que es el alfa y la omega, el principio y el fin, Dios inmutable y eterno, que es, y que era y que ha de venir; el Omnipotente (1), y su gloria es nuestra dicha, y su grandeza infinita, su sér inconmutable, su clemencia y bondad, la rectitud de su justicia, cuanto en Él existe y que es Él mismo, es para nosotros nuestra eterna y soberana dicha. Á Él la gloria desde ahora y para siempre.

II

El Príncipe de la teología nos habla solamente de dos actos internos de la religión, que son: la devoción y la oración. Nos ocuparemos desde luego en la primera.

(1) Apoc. I, 8.

Consiste la devoción en cierta voluntad de entregarse con prontitud al servicio de Dios. Por esto se dice en el Éxodo que la multitud de los hijos de Israel ofreció al Señor con voluntad muy pronta y devota las primicias (1).

La devoción es un acto de religión; porque á la misma virtud pertenece querer hacer algo y tener la voluntad dispuesta para ejecutarlo, que el objeto de ambos actos es el mismo, y hacer lo que pertenece al servicio divino corresponde á la religión, y por lo mismo también le pertenece el tener voluntad pronta para ejecutar lo que al servicio divino se refiere, y en esto consiste la devoción (2).

La devoción causa por sí y principalmente la alegría espiritual como consecuencia, y accidentalmente produce tristeza, porque ella, la devoción, procede principalmente de la contemplación de la bondad divina que inunda el alma de celestial delicia, y por eso decía el Rey profeta: Me acordé de Dios y mi alma rebosó en delicias (3). Tal consideración, sin embargo, causa cierta tristeza en los que no gozan de la vista de Dios. Mi alma está sedienta de Dios, fuerte y vivo, decía David, y después añadía: Mis lágrimas fueron el pan de mi alimento (4). Además, la devoción es secundariamente causada por la consideración de nuestros propios

(1) XXX, 24.—Q. LXXXII, a. 1.
(2) A. II.
(3) Ps. LXXVI, 4.
(4) Ps. XLI, 3, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

defectos, que por sí mismos tienden á producir la tristeza; mas pensando en seguida en la esperanza del socorro de Dios, la alegría nos viene á consolar.

No cualquiera voluntad de servir á Dios merece el nombre de devoción, sino aquella que está unida con la prontitud y el fervor del espíritu (1); que, alegre y esforzada, sólo espera conocer la voluntad de Dios para cumplirla, y que á cada instante está diciendo con David: Señor, enséñame á cumplir tu voluntad (2), y con San Pablo: Señor, ¿qué quieres que yo haga (3)? La devoción extiende sus miradas á todas las virtudes y se les acerca para prestarles su apoyo y engalanarlas con el suave resplandor de su belleza, si así podemos decirlo, pues todas ellas llegan hasta el trono del Señor alegres y festivas y rebosando de inefable dicha. Si alguna vez se cubre con manto de tristeza, es su duelo tan grato á los ojos del Eterno, que le inclinan dulcemente á la misericordia y al perdón.

¿Qué serían las virtudes si no se acompañasen de la santa devoción; si en lugar de seguir con prontitud y llenas de alegría el camino, su marcha fuese lenta y perezosa; si el camino llegase á fastidiarlas? Tales virtudes serían muy imperfectas.

(1) Gonet. hic.
(2) Ps. CXLII, 10.
(3) Act. IX, 6.

Grande es en verdad nuestra miseria; grande la volubilidad del corazón, y nunca permanecemos en el mismo estado, y cuando hay que caminar constantemente por la misma senda tenemos que esforzarnos una y otra vez á fin de no dejarla; todo nos cansa y fastidia, y sentimos que se agoten, por decirlo así, las energías del alma. ¿Cuántos hay que después de haberse consagrado al servicio de Dios, dejan de seguir en su propósito por los inconvenientes de que hablamos? Viene la tibieza, y tarde ó temprano produce los más funestos resultados. He aquí ahora el remedio para una desgracia tan grande: la devoción, que cubre de flores y embalsama de aromas y perfumes celestiales el camino del Señor. La devoción inunda nuestras almas de dulce alegría y las inspira aliento y fortaleza; se nos acerca y nos habla en estos términos: Cantad con júbilo las alabanzas de Dios; servid al Señor con alegría.—Venid á su presencia llenos de alborozo... Entrad en su santuario cantando alabanzas, venid á sus atrios entonando himnos y tributadle acciones de gracias.—El Señor es mi fortaleza y mi gloria, decía David; el Señor se ha constituído mi salvación. Voces de júbilo y de salvación se oyen en las moradas de los justos (1).

Así consuela y alegra, y así también la santa devoción nos llena de esfuerzo.

Hemos nombrado á la tibieza que derrama

(1) Ps. XCIX, 2-4.—CXVII, 14, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cansancio y fastidio en nuestros ejercicios de piedad; la tibieza, que es el desfallecimiento del espíritu, que oprime el corazón y le hace buscar alivios y consuelos fuera del divino servicio, y que puede llevarnos á las mayores desgracias. Oigamos lo que decía el Señor en el Apocalipsis sobre el particular al Angel de la Iglesia de la Odisea: Esto dice la misma Verdad, el testigo fiel y verdadero, el principio de las criaturas de Dios: Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío ó caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para arrojarte de mi boca; por cuanto dices: Soy rico y hacendado, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable y pobre, y ciego y desnudo. Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra tu vergonzosa desnudez, y unje tus ojos con colirio para que veas. Yo á los que amo les reprendo y castigo. Arde, pues, en el celo de la gloria de Dios y haz penitencia (1).

¿Cómo evitaremos esa funestísima desgracia, el caer en la tibieza? Ahí está la devoción que nos da pies ligeros como de ciervos para correr con ligereza por el camino de Dios. La devoción dilata nuestras almas con la suavidad de sus consuelos, y no hay quien las detenga en la emprendida senda; nos presta sus ligeras

(1) III, 14-19.

alas y con ellas podemos remontarnos hasta el cielo: no sentimos la fatiga, ni el camino nos llega á fastidiar, y huye de nosotros la tibieza; pues la santa devoción, llenándonos de aliento, nos hace decir frecuentemente estas palabras de David; Ahora comienzo; de la diestra del Altísimo me viene esta mudanza. Traeré á la memoria las obras del Señor. ¡Oh Señor! yo recordaré las maravillas que has hecho desde el principio, meditaré todas tus obras y pensará en tus designios. ¡Oh Dios! santo es tu camino. ¿Qué Dios hay que sea grande como el Dios nuestro (1)? La devoción habla por nuestros labios y nos comunica sus nobles sentimientos. Queda fuera de sí misma al contemplar las divinas grandezas: adora, bendice y ama con ternura inmensa; su gozo es inefable y profundísimo, y se consagra enteramente á Dios, en quien están su gloria y las delicias por que anhela, y sirve á su amado con pronta voluntad, con un fervor que nunca desfallece, y en los transportes del júbilo más santo; y si al pensar en sí misma se entristece por sus propios defectos, se humilla en ese mismo instante; y Dios la consuela, porque nunca desprecia á los humildes, que antes bien les da su gloria.

Esto es lo que produce la devoción en nuestras almas. Con ella, y mediante la divina gracia, podemos adquirir las más grandes vir-

(1) Ps. LXXVI, 11-14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tudes; mas ¡ay de nosotros si la devoción nos abandona!

Contemplemos la devoción desde otro punto de vista.—De cada uno de nosotros tiene que decirse lo que se dijo del Precursor: él no era la luz. No somos la luz, ni la verdad ni la vida; y sin embargo tenemos un deseo muy grande de felicidad, y hay que buscarla á toda costa: ¿en dónde podremos hallarla? El mundo y las pasiones nos dicen: Venid y gocemos de los bienes presentes; apresurémos á disfrutar de las criaturas (1). Si seguimos tal invitación, caminaremos de desgracia en desgracia; porque el mundo y las pasiones no hacen sino corrompernos y precipitarnos en toda suerte de ignominias. No es esta la senda de la verdadera dicha.

A su vez la devoción nos convida á seguir un camino muy distinto. Su mismo nombre nos está diciendo cuán elevadas son sus miras; y que puede conducirnos á la felicidad por que anhelamos. Aquel nombre significa nuestra consagración al servicio del Señor; y ¿consagrarnos al Señor no es por ventura lo más noble y excelso á que podemos aspirar? Y es Dios la fuente inagotable de todos nuestros bienes. Altísimo y santo, amable y bondadoso es nuestro Criador, y en Él vivimos, nos movemos y existimos. Nos crió para conocerle y amarle, y fuera de Él no hay sino triste des-

(1) Sap. I, 6.

ventura. Por esto cuando la devoción nos hace poner en Dios nuestras miradas y nos habla de Su Majestad con frases de amor y de dulzura, y nos llena de alegría y consuelo, caminamos con prontitud y ligereza por las sendas de la verdadera dicha, diciendo estas palabras: El Señor es mi fortaleza, y Él me dará pies ligeros como de ciervo, y el Vencedor me conducirá á las alturas cantando himnos en su alabanza (1).

(1) Habac., III, 19.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXIII

LA DEVOCIÓN. — TERMINA EL CAPÍTULO ANTERIOR

I

Si la devoción nos es tan necesaria para caminar alegres y esforzados por las sendas del Señor; si llena nuestras almas de tanta dulzura, y nos franquea con espléndida largueza sus riquísimos tesoros; tendremos que hacer cuanto podamos á fin de adquirirla: ¿cuáles son los medios para esto? Examinemos qué es lo que la produce en nuestras almas, cuál es su causa. Tal es el objeto de este capítulo.

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios, de quien dice San Ambrosio que llama á los que se digna llamar, y á quien quiere hace religioso; y si hubiera querido habría hecho á los samaritanos devotos de indevotos. La causa intrínseca por nuestra parte, es indispensablemente la meditación ó la contemplación; pues siendo la devoción cierto acto de la voluntad para que el hombre se entregue prontamente al obsequio divino, ese acto tiene que proceder de alguna consideración; porque el bien entendido es el objeto de la voluntad.

Por esto dice San Agustín: La voluntad nace de la inteligencia. La meditación es por lo mismo causa de la devoción, pues por aquélla el hombre concibe el entregarse al obsequio divino, á lo cual le inducen dos consideraciones: Primera, la bondad divina y sus beneficios. Es bueno para mí, decía David, unirme á Dios y poner en Él mi esperanza. Este pensamiento excita el amor, que es la causa próxima de la devoción. Segunda, la consideración de nuestros defectos, por los cuales necesitamos apoyarnos en Dios Nuestro Señor, según estas palabras del Rey Profeta: Levanté mis ojos á los montes de donde ha de venirme el socorro; mi socorro viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Esto excluye la presunción que impide someternos á Dios, y que impide que nos apoyemos en nuestra propia virtud (1).

Antes de pasar adelante veamos cuán noble es por causa de su origen la devoción: es una gracia que sale de los tesoros de la bondad divina, y que esta misma bondad alimenta y sostiene con su pensamiento, esto es, haciéndonos pensar en ella misma, y además tenemos que pensar en nuestros propios defectos; buscamos

(1) Q. LXXXII, a. III.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luego nuestro apoyo en el Señor, salud y fortaleza de nuestra alma.

Lo que acabamos de decir trae consigo una estimación incomparable, un aprecio muy grande de la devoción, y de esto el deseo de adquirirla. Si no la estimamos como es debido, ¿tendremos decidido empeño en alcanzarla? Y ya que la voluntad nace de la inteligencia y ésta no le revela los riquísimos tesoros que guarda en sí misma la devoción de que tratamos, ¿podrá la misma voluntad inclinarnos al servicio de Dios con la prontitud y la alegría que la devoción nos pide?

La Santa Escritura, hablando de la sabiduría, dice estas palabras: Yo he deseado la inteligencia, y me fue concedida; invoqué el espíritu de la sabiduría, y se me dió... La amé más que la salud y la hermosura... Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Propuse traerla para que viviera en mi compañía, sabiendo que me comunicará sus bienes y será mi consuelo en mis cuidados y penas... Su conversación no tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino consuelo y alegría (1). Apliquemos todo esto á la devoción y apreciémosla cual riquísimo tesoro, y pidámosla con empeño y constancia á Dios Nuestro Señor, porque Él es su causa.

Obtiénese la devoción, nos ha dicho el Angel

(1) Sap. VII, VIII.

de las Escuelas, pensando en la divina bondad y en nuestra propia miseria. En efecto, ¿permaneceremos insensibles á la vista de aquella bondad incomparable que se inclina hacia nosotros, amabilísima y llena de ternura; que descubre el amor infinito que nos tiene, y sus cuidados por nuestra salud? Cual si olvidar pudiera su adorable grandeza, así se ocupa en nuestro bien, y nos dirige tiernísimas palabras de un cariño inmenso; no recordemos sino estas que hallamos en Isaías: Como una madre acaricia á su hijito, así yo os consolaré á vosotros y hallaréis vuestra paz y consuelo en Jerusalem (1). ¿En dónde podremos hallar expresiones más dulces, más llenas de amor y de ternura? Pensamos en la bondad de Dios; se pone delante de nosotros; nos tiende sus brazos con tierno cariño, y nos dice que es nuestra madre; nos brinda dulcísimas caricias é inunda nuestras almas de sus divinos consuelos. No ignora quiénes somos, y sin embargo, no nos niega su benignidad. No nos llega á olvidar un solo instante, ni retira de nosotros sus favores. Después de esto, ¿dejaremos de sentir la llama de su amor en nuestras almas? Traemos á la memoria estas palabras de un profeta: Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos y desfallecí, no teniendo fuerzas para sufrirlo (2). ¡Oh bondad divi-

(1) LXVI, 13.
(2) Hierem. XX, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na, tenemos que exclamar, cuán amable eres!

Entramos después en cuentas con nosotros mismos, y nos preguntamos: ¿qué haremos para amar con todo el corazón, con todas nuestras fuerzas á la bondad dulcísima de Dios Nuestro Señor? Habiendo pensado en ella unos instantes, ¿dejaremos en nosotros un solo afecto que no le corresponda?—No, y mil veces no; pues debe reinar en nuestras almas con absoluto y soberano imperio, y á ella solamente pertenece todo nuestro afecto.

Si ponemos los ojos en nuestras miserias quedamos de nuevo asombrados, contemplando la dulzura inefable con que se digna tratarnos la bondad de Dios. ¡Cuánta es su indulgencia, cuánta su misericordia para con nosotros! No hay amargura en sus palabras, ni nos llega á descubrir en su semblante el más ligero ceño de su indignación. Amable, sufrida y paciente, disimula nuestros pecados y nos llama á la penitencia. ¿Quién nos amaó puede amarnos como esa dulcísima bondad, fuente viva de gracia y de misericordia? Mientras más pensamos en nuestra propia indignidad y en la multitud de nuestras culpas, aumenta más y más el asombro de que estamos poseídos; y la caridad de Dios aumenta sus incendios en nuestro corazón; y sentimos vivísimos deseos y las más ardientes y abrasadas ansias de servir y agradar en todas nuestras obras á esa bondad incomparable, á quien todo lo debemos, que tanto nos ama y de quien todo lo esperamos.

Si la tristeza nos oprime, la bondad de Dios nos lleva al arrepentimiento, al más vivo y amargo dolor por haberla ofendido; y esos sentimientos de amargura y pena saben también inspirarnos fidelidad muy grande en el servicio de Dios Nuestro Señor, y nuevo y poderoso aliento para seguir en el camino de la virtud.

Si meditamos, pues, frecuentemente en la bondad de Dios y en nuestras propias miserias, alcanzaremos, mediante la divina gracia, la devoción de que tratamos.

II

Hemos dicho que si queremos alcanzar la devoción es necesario desearla; nuestros deseos, sin embargo, no producirán el resultado apetecido si no van acompañados de fortaleza y diligencia. En virtud de nuestra naturaleza, tan débil en sí misma y tan inclinada al mal, tenemos que hacernos una gran violencia para no seguir las sendas del pecado; si, pues, nuestros deseos para alcanzar la devoción no pasan de simples veleidades; si son remisos y están llenos de tibieza, con ellos jamás conseguiremos ser devotos. El perezoso quiere y no quiere; le estimula y atrae la devoción con sus purísimos encantos y con la suavidad de sus consuelos; mas le detienen las dificultades.

Á los perezosos les parece el camino un va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llado de espinas, dice la Santa Escritura. Y también: El temor abate al perezoso, mete su mano debajo del brazo sin querer tomarse el trabajo de llevarla á la boca; sus deseos le consumen, pues sus manos no quieren trabajar ni poco ni mucho, y dice estas palabras: Fuera de casa hay un león, y si salgo seré muerto en medio de la calle. Si así fuesen nuestros deseos nada alcanzaremos, porque no hallaríamos en ellos el denuedo y la constancia que necesitamos para resistir nuestras pasiones. Asimismo tales deseos jamás llegarán á inspirarnos aliento y valor en nuestras empresas, y sin embargo, son indispensables los mayores esfuerzos, si no hemos de dejar el camino de Dios, si hemos de trabajar por su divina gloria.

De la misma manera siempre debe andar con nosotros la diligencia cristiana; pues bien sabemos que la mano desidiosa produce la mendicidad, mas la mano activa acumula riquezas (1). La mendicidad espiritual: ¡cuán triste sería para nosotros no tener el bien que anhelamos, la devoción! Causaríamos lástima; mas ¿quién pudiera darnos ese bien que desciende de lo alto? Sólo Dios Nuestro Señor; pero Dios nos pide actividad y diligencia en nuestras obras. Todo cuanto pudieres hacer, dice el Eclesiastés, hazlo sin perder tiempo, pues que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia, tiene lugar en el sepulcro, hacia el cual vas

(1) Prov. X, 4.

corriendo (1). Dios, decía un profeta, ha decretado abatir todo monte encumbrado, todo peñasco eterno, y terraplenar los valles al igual de la tierra para que Israel camine sin demora para gloria del Eterno... que le guiará alegremente con el esplendor de Su Majestad mediante la misericordia y la justicia que vienen del Señor (2).

Ved á los hombres del mundo mostrándonos con su ejemplo de qué manera debemos conducirnos en nuestros negocios. Esos hombres, por adquirir los honores ó las riquezas, ó bien para gozar de las delicias de la tierra, trabajan sin descanso; no les arredran las dificultades, y todo lo arriesgan por conseguir lo que desean, y sin embargo, los bienes á que aspiran no son inmortales como los que buscamos nosotros. Esto nos avergüenza y confunde, y hácenos recordar que los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz. ¿Qué podremos contestar á esto? Busquemos, pues, á Dios, mas hagámoslo según decía Isaías: Si buscais, buscad. Ved la fortaleza, la diligencia y la constancia con que debemos hacerlo. Mas todo esto tiene que ser inspirado por el Espíritu divino, que es todo pureza, rectitud y sencillez. Sucede, sin embargo, muchas veces que estas hermosas justicias quedan manchadas por nuestras imperfecciones y miserias; por esto se nos

(1) IX, 10.
(2) Barne. V, 7-9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dice en los Sagrados Libros que si separamos lo precioso de lo vil, seremos como la boca del Señor. ¿Mas qué haremos para conocer cuándo la fortaleza y la diligencia son á los ojos de Dios Nuestro Señor lo que tienen que ser, y están puras de la escoria de la debilidad humana? Los ejemplos siguientes pueden darnos luz sobre el particular. Se nos presentan sucesivamente distintas obras de virtud y santidad en que podemos ocuparnos para gloria del Señor; suponemos que sean igualmente agradables á sus divinos ojos, y que la gracia nos inclina á dedicarnos á ellas, y así lo hacemos desde luego; mas unas nos llenan de suavidad y de consuelo; nuestra misma inclinación nos lleva á practicarlas; otras, por el contrario, nos inspiran fastidio, y al ocuparnos en ellas lo hacemos con una repugnancia que no nos abandona. ¿Podremos estar satisfechos del espíritu que nos anima en las unas y en las otras? El espíritu de Dios es rectitud y sencillez; ¿de dónde proviene, por lo mismo, esa disposición de nuestro espíritu, que cambia su fortaleza y diligencia en debilidad y pesadez, según que son conformes ó contrarias á nuestras propensiones naturales las obras en que Dios quiere que nos ocupemos para darle gloria? De los misteriosos animales de Ezequiel está escrito que cada uno de ellos caminaba á donde le llevaba el ímpetu del espíritu; iban y no se volvían para caminar (1).

(1) 1-12.

Este es el ejemplo que debemos seguir: hagamos todo lo que Dios nos inspire con grande espíritu y fervoroso aliento (1).

Cierto es que muchísimas veces no está en nosotros el dejar de sentir las repugnancias que la naturaleza nos inspira, mas entonces precisamente la fortaleza tiene que desplegar sus energías y aumentar su prontitud la diligencia; entonces más que otras veces tenemos que empeñarnos por abrir en el fondo de nuestra alma las fuentes de la alegría y del gozo espiritual, y tanto más adelantaremos en el camino del Señor cuanto fueren mayores las violencias que tengamos que hacernos. Así separaremos lo precioso de lo vil y así llegaremos á ser como la boca del Señor.

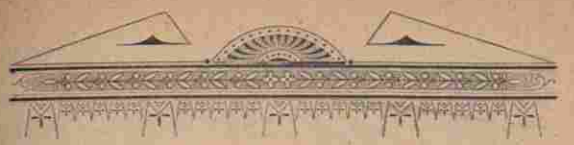
La devoción tiene que engalanar con su hermosura todas las virtudes, y por esto sería muy imperfecta si la tuviésemos solamente en el ejercicio de algunas de ellas. Cuando el profeta Agab tomó el ceñidor de Pablo, y atándose con él los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalem al hombre de quien es este ceñidor. Pablo dijo entonces: Yo estoy pronto, no sólo á ser aprisionado sino también á morir por el nombre del Señor Jesús (2). Tal es el modelo que debemos imitar. Estemos siempre prontos para cumplir en todo la voluntad de Dios, tanto en lo

(1) Mach., 1-3.
(2) Act. XXI, 11-13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terrible y doloroso según la naturaleza, como en lo que sea conforme á nuestras inclinaciones, pues ni éstas ni lo doloroso y terrible tienen que ser el espíritu que nos anima en el servicio de Dios. Dios mismo y sólo el servirle, agradarle y cumplir en todo su voluntad divina: este es el espíritu de la verdadera devoción, que sólo á Dios tiene que buscar y sólo en Él tendrá que complacerse.





CAPÍTULO XXIV

MEDIOS PARA ADQUIRIR LA DEVOCIÓN

I

Siendo tanta la influencia de la devoción en la pureza y esplendor de las virtudes, tratemos de los principales medios con que puede adquirirse.

Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él procede la vida (1). Velar sobre nuestro corazón y nuestros sentidos y tenerlos en un santo recogimiento, es uno de los principales medios para conseguir la devoción. Del corazón procede la vida ó la muerte, según que estuviere exento de pecado, ó, al contrario, manchado con la culpa. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón, dice el Evangelio, saca cosas buenas; así como el hombre malo las saca malas del mal tesoro de su corazón,

(1) Prov. IV, 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque de la abundancia del corazón habla la boca (1). Del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios y los demás pecados (2). Por lo mismo, si procuramos que reine la santidad en nuestro corazón, de él procederá la vida, aquel hermoso entusiasmo, aquella prontitud alegre y animosa que nos lleva sin cansancio ni fastidio por el camino de todas las virtudes; la devoción, en fin, con todos sus encantos y la suavidad de sus consuelos.

Consiste el recogimiento de que hablamos en preservar el corazón de todo pensamiento inconveniente, de toda pasión desordenada y de todos los afectos que nos aparten de Dios ó nos entibien en la práctica de las virtudes. Dijo el Señor por Ezequiel: Os daré un corazón nuevo y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu; os quitaré el corazón de piedra y os lo daré de carne (3), y por Jeremías: Imprimiré mi ley en sus entrañas, y la grabaré en sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (4). ¿El espíritu de la devoción se difundiría en nuestros corazones, y la santidad de las virtudes quedaría en ellos impresa si estos fueran de piedra, si resistiesen á las inspiraciones de la gracia; en una palabra, si no fueran rectos y

(1) Luc. VI, 45.
(2) Matth. XV, 19.
(3) XXXVI, 26.
(4) XXXI, 33.

dóciles para con Dios Nuestro Señor? Mas la rectitud y la docilidad no son propias de un corazón disipado, ya que las pasiones lo manchan con su aliento y lo vuelven casi insensible á los amorosos toques de la gracia.

Hablando un Padre de la Iglesia de las disposiciones con que debemos prepararnos para celebrar los misterios de la Pasión del Hijo de Dios, dice lo siguiente: Son indispensables una devoción incesante y una reverencia continua que nos mantengan delante de Dios con tanta pureza cuanta es la que debe brillar en nuestras almas en el alegre día de la Pascua. Mas esta fortaleza es de pocos, y al disminuir la austeridad de la observancia por la debilidad de la carne, al derramar nuestro espíritu en los cuidados de esta vida, es necesario que se manchen con el polvo del mundo aun los corazones religiosos (1). Siendo esto así, ¿dejaremos de comprender que nos es indispensable el recogimiento del corazón si queremos conservar su pureza? El polvo del mundo se nos pega diariamente y nuestra debilidad aumenta sin cesar; limpiémonos de aquél alejando de nosotros los pensamientos y los deseos que lo vienen á depositar en nuestras almas, y estas se llenarán de fortaleza recogiéndose en sí mismas, si así pudiera decirse.

No hay duda, pues todos lo experimentamos; los pensamientos vanos, y más todavía los que

(1) S. Dao , *Serm. IV de Quadrag.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

directamente se oponen á la ley de Dios, y nuestros afectos demasiado humanos, todo esto nos roba la quietud del alma, obscurece la inteligencia y nos llena de pesadez y de fastidio hacia las cosas divinas. En tales circunstancias ¿en dónde está la devoción ó qué se han hecho las dulces alegrías de que gozábamos en las obras del servicio divino? Si la devoción ha desaparecido de nuestra alma, podemos decir que ésta ha perdido el esplendor de su hermosura, que no hay quien la consuele (1). ¿En dónde está, en efecto, en las obras que practicá, el brillo de cándida pureza que tanto las embellecía en la presencia del Señor? Esas obras hállanse envueltas en la pesada y triste niebla de la tibieza.—¿Quién podrá consolarnos en el ejercicio de las virtudes cristianas si la devoción al separarse de nosotros ha llevado consigo su santas alegrías?

Si el corazón está continuamente recogido, guardará su tesoro; mas al contrario, llevándolo á la vista de todos, no faltará quien lo robe. Velemos, pues, sobre nuestro corazón, guardémoslo con todo esmero y diligencia siempre recogido; mas ¿será dable alcanzar lo que deseamos si al mismo tiempo no guardamos nuestros sentidos, por donde penetra hasta el alma la muerte del pecado? Esto prueba la necesidad que tenemos de la modestia cristiana, que tanto nos recomienda el Apóstol, si en nos-

(1) Tren. I, 6, 9.

otros queremos conservar el espíritu de devoción. Revestíos, nos dice, como escogidos que sois de Dios, de modestia.—Sea vuestra modestia patente á todos los hombres: el Señor está cerca (1).

El fin de la modestia es el temor del Señor, las riquezas, la gloria y la vida (2). Son los objetos á donde se encamina el recogimiento de nuestros sentidos al temor de Dios, sin el cual es imposible la devoción, y las riquezas, la gloria y la vida están como en seguro, siempre que las guarda la modestia cristiana y que las cubre con su manto, las sustrae á las miradas indiscretas, mientras ella misma déjase ver amable y agraciada é inspirando á todos un profundo respeto. ¿Por qué, pues, no ser modestos en nuestras miradas, en nuestras conversaciones y, en fin, en todo nuestro porte exterior? La gravedad y la circunspección, siempre afables y á la vez moderadas en todos nuestros actos, nos ahorrarán innumerables males, conservando en nuestras almas el espíritu de la verdadera devoción.

No ignoramos, por cierto, las funestísimas desgracias que ha ocasionado la libertad de los sentidos. Ahí están David con su triste caída para demostrarlo, y también la desgracia de Dina, que salió á ver, según refiere la Escritura, á las mujeres del país de Siquén.

(1) Colos. III, 12.—Philip. IV, 5.
(2) Prov. XXII, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando concedemos á nuestros sentidos una libertad inconveniente, pronto tenemos que llorar los malos resultados de nuestra conducta. Los pensamientos frívolos entran unos en pos de otros en el corazón, nos llenan de inquietud y no nos dejan descansar un solo instante. En tales circunstancias, las inspiraciones con que Dios nos favorece pasan por nuestras almas sin dejar casi huella ninguna de su tránsito; las vemos un instante, mas luego las echamos en olvido, y ellas, como los que pasaban por el camino de Sión, podrán decir estas palabras: ¿Es esta la ciudad de extremada belleza, en otro tiempo el gozo de toda la tierra (1)? Y no han hallado en nosotros sino desolación y tristes ruinas. Tal es la causa de nuestros males. Se resintió el antemural y quedó arrasada la muralla, según la expresión de un profeta. Los sentidos, cuando permanecían en el recogimiento cristiano, guardaban nuestro corazón; mas abrieron sus puertas y los pensamientos y los afectos del mundo y de la carne entraron por ellas sin detenerse, y todo lo han convertido en un montón de ruinas.

El Señor, decía Jeremías, ha destruído toda la hermosura de Jacob; ha desmantelado en medio de su ira los baluartes de la virgen de Judá y los ha arrasado; ha tratado al reino y á sus príncipes como cosa profana (2). Este es el

(1) Tren. II, 15.
(2) Id. II, 2.

triste resultado de la libertad inconveniente de nuestros sentidos.

El vaso que no tuviese cubierta, decía el Señor, será inmundo (1); tal será nuestro corazón si no velamos sobre él procurando tenerlo siempre limpio de la más ligera mancha, si no sujetamos nuestros sentidos á las leyes de la modestia cristiana; y ¿podremos quejarnos si la devoción nos abandona, si no hallamos el menor consuelo en el servicio del Señor? Este es el origen de nuestros fastidios y cansancios, lo que ocasiona la tibieza que mancha nuestras buenas obras, y funesto presagio de mayores males; procuremos evitarlos guardando el corazón y no concediendo á los sentidos una libertad peligrosa.

II

La devoción levanta nuestro espíritu al Señor y nos dispone para cumplir su santa voluntad con noble esfuerzo y alegre prontitud, y nos lleva por todas las sendas de la santidad; ¿qué haremos, pues, para ser verdaderamente devotos, ya que tantos son los bienes que trae consigo la devoción? Habló el Señor al patriarca Abraham en estos términos: Yo soy el Dios omnipotente; camina delante de mí y sé perfecto (2). Este es un medio eficacísimo para

(1) Núms., XIX, 15.
(2) Gén. XVII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adquirir y conservar la devoción: la presencia de Dios.

En Dios vivimos, nos movemos y existimos; en ninguna parte estamos lejos de Su Majestad, porque El se halla en todo lugar por esencia, presencia y potencia. Así nos lo enseña la fe y Dios nos da la vida, nos ve continuamente; su santidad es infinita, es omnipotente; su justicia no puede mancharse; su providencia jamás nos abandona; su hermosura encanta á los ángeles del cielo y se nos presenta á través de los velos de la fe; su bondad se derrama sobre nosotros en incesantes beneficios. Pensemos en estas grandes verdades, alimentemos nuestro espíritu con su dulzura, y la presencia de Dios producirá en nosotros el espíritu de la verdadera devoción.

Si somos justos viviremos de la fe, y esta le nos alimenta para la vida eterna trayendo á nuestras almas el precioso recuerdo de Dios Nuestro Señor, su santa presencia, y esto sucede cuando la misma fe nos pone delante de los ojos la majestad infinita del Eterno, su santidad y su justicia. ¿Cómo no temblar delante de ese Dios tan grande, tan santo y cuya justicia es infinita? Al pensar en esto llénase el alma de temor de Dios; mas he aquí lo que nos dicen los Libros Sagrados acerca del temor de Dios: Dichoso el hombre que teme al Señor; mucho se complacerá en sus mandamientos. Su descendencia será poderosa sobre la tierra; será bendita la generación de los justos. Abundarán la

gloria y las riquezas en su casa y durará para siempre su justicia (1). El que teme á Dios hará buenas obras, y quien observa exactamente la justicia poseerá sabiduría. El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas. Dichoso el hombre á quien le ha sido concedido el don del temor de Dios; ¿con quién compararemos al que lo posee? El temor de Dios es el principio de su amor, mas se le debe unir el principio de la fe.—Al que teme al Señor nada malo le sucederá; antes bien, en la tentación Dios le guardará y le librará de males (2).

La presencia de Dios no nos enriquece solamente con el santo temor, si que también nos hace ejercitar en todas las virtudes. Esa presencia nos manifiesta con suma claridad el amor de Dios hacia nosotros, amor de tiernísimo padre que nos lleva en sus brazos y nos libra de todos los peligros; que no nos olvida ni un solo instante, que siempre está con nosotros para hacernos bien, y esto con una ternura incomparable. ¿Cómo no pensar en Él á fin de bendecirle y de glorificar su santo nombre? El corazón no permanece indiferente cuando así lo conmueve la presencia de Dios: le ama con todos sus afectos y se pone sin reserva en manos del Señor.

La presencia del Señor, que nos hace temerle y amarle, llena nuestra alma de delicias y

(1) Ps. CXI, 1-3.
(2) Eccl. XV, 1.—XXV, 14, 16.—XXXIII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

establece entre Dios y nosotros una familiaridad amorosísima, una confianza filial, porque su benignidad y su clemencia nos descubren sus divinos atractivos con una dulzura incomparable. Cual si olvidase Dios su majestad y su grandeza, se nos acerca lleno de bondad, nos habla al corazón, quiere que le amemos y Él mismo nos inspira lo que hemos de decirle: Abba, pater; padre, padre mío; y le revelamos como al más amoroso de todos los padres todas nuestras miserias y necesidades, le pedimos sus gracias, ponemos en Él nuestra confianza y le abrimos todo nuestro corazón. ¡Qué expresiones tan llenas de humildad y de ternura le decimos entonces y qué afectos tan ardientes!

No hay delicias que puedan compararse en esta vida con las que gozamos en el seno de nuestro Padre amorosísimo, tan indulgente y compasivo para con sus hijos, y nadie puede arrancarnos de ese seno bendito, de esos brazos divinos en que el Señor nos lleva, porque en todas partes Él está con nosotros; en Él vivimos, nos movemos y existimos.

Si desgraciadamente nos apartamos de Dios por el pecado, la presencia de Dios hácenos volver á Él por medio del arrepentimiento y del dolor. Ha visto nuestras maldades, nos ha podido castigar y no lo ha hecho, porque Él es una bondad infinita y no quiere que seamos eternamente desgraciados; quiere, sí, la salvación de nuestras almas. ¡Cómo no llorar con

inmenso dolor por haber ofendido á un Dios tan bueno y que tanto nos ama!

De esta manera, la presencia de Dios, inclinándonos á la práctica de todas las virtudes, conserva y aumenta en nuestras almas el espíritu de la verdadera devoción, y va con nosotros por todos los caminos de la santidad y la justicia. No olvidemos, pues, al que nunca se olvida de nosotros, y sea nuestra dicha pensar continuamente en Él y trabajar sin descanso por su santa gloria.

Podemos también mantener en nuestras almas la presencia de Dios pensando en Jesucristo; que la fe nos abra los cielos y veámosle sentado á la diestra de Dios padre: ¡oh cuánta es la gloria del Unigénito de Dios! Los ángeles le adoran y le bendicen y se rinden á sus pies divinos, y el Padre le dice estas palabras: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Jesucristo le presenta sus preciosas llagas y ruega por nosotros. Pensamos en todo esto llenos de amor, de gratitud y de confianza. No nos olvida un sólo instante, ofrece por nosotros sus méritos divinos y sus ruegos son omnipotentes.

Si la fe vuelve nuestros ojos al sagrado tabernáculo, donde le encontraremos siempre pensando en nosotros y mostrándonos el amor que nos tiene, ¿cómo no pensar en Él ni tenerle presente cual si le viésemos con los ojos del cuerpo?

Todas las criaturas pueden servirnos para conservar la presencia de Dios en nuestras al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas. Para el hombre, dícenos el amable San Alfonso, ha creado Dios el cielo, la tierra y todo lo que contiene; el firmamento con sus estrellas y planetas; el mar con los ríos y las fuentes; las montañas y las llanuras; los metales; los árboles con sus frutos, y todos los animales de mil especies diferentes. Y todo esto lo ha creado Dios para servicio del hombre á fin de que le ame en agradecimiento de tantos dones. Señor mío, exclamaba San Agustín, cuanto veo en la tierra y sobre la tierra, todo me habla y exhorta á amaros, porque todas las cosas me dicen que las habéis creado por mi amor. El abad Rancé, fundador de la Trapa, cuando desde su retiro se detenía á mirar las colinas, las fuentes, los pájaros, las flores, las plantas, los cielos, sentía que cada uno de estos objetos le movían á amar á Dios, que por su amor los había criado.

Igualmente Santa María Magdalena de Pazzis, cuando tenía en las manos alguna flor hermosa, sentíase enardecida en su amor á Dios, y exclamaba: ¡Conque mi Señor ha pensado desde la eternidad en criar esta flor por mi amor! Y así aquella flor transformábase en saeta de amor que la hería y la unía más á Dios. Del mismo modo Santa Teresa, viendo los árboles, las fuentes, los arroyuelos, las playas ó prados, decía que todas estas hermosas criaturas le recordaban su ingratitud, pues amaba tan poco al Criador que les había dado el sér para que ella le amase. No está demás

recordar lo que se refiere de un devoto solitario. Caminando por el campo, le parecía que las yerbecitas y flores que encontraba le reprendían su ingratitud para con Dios, por lo que las golpeaba con el bastón y les decía: Callad, callad; vosotras me llamais ingrato, y me decís que Dios os ha criado por mi amor, y que yo no le amo; mas ya os entiendo, callad, callad; no continuéis reprendiéndome (1).

(1) *Prác. del amor á Jesucristo.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXV

LA ORACIÓN MENTAL

I

Elevar á Dios nuestro espíritu y pedirle sus gracias; acercarnos á Él para decirle: sois mi Dios, mi Padre y todo mi bien; mis labios os bendicen, mi corazón os adora y todo mi sér exclama enajenado de amor y de ternura: ¿quién hay semejante á Vos? Vuelve nuestra miseria sus miradas sobre sí misma, y clama llena de esperanzas, al que es Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, al que es riquísimo en bondad y gracia. Tal es la oración: ¿hay algo más sublime y hermoso y que con tanta abundancia derrame en nosotros las fuentes del consuelo? Mas antes de detenernos en otras consideraciones digamos una palabra acerca de la conveniencia y necesidad de la oración.

La Providencia divina no solamente dispone los efectos que han de tener lugar, sino

también las causas y el orden de que han de provenir. Entre esas causas están comprendidos los actos humanos, que no cambian la divina disposición, mas por ellos se cumplen algunos efectos según el orden dispuesto por Dios. Esto podemos aplicarlo á la oración: no oramos para cambiar lo que Dios dispone, sino para alcanzar lo que Dios ha dispuesto concedernos por medio de la oración, esto es: para que pidiendo, merezcamos lo que Dios ha resuelto concedernos desde antes de los siglos.—Dios nos da muchas cosas por su liberalidad, aunque no se las pidamos; mas respecto de otras, quiere dárnoslas mediante nuestros ruegos, y esto á fin de inspirarnos confianza en recurrir á Él, y para que reconozcamos que Él es el autor de nuestros bienes (1).

Dios es la primera y universalísima causa á quien está sujeto el ente y todos sus modos, y entre otras causas está la oración que obtiene el cumplimiento de lo que Dios ha dispuesto que tenga lugar mediante la misma oración.

Dios ha ordenado la oración como causa segunda para obtener de Él lo que necesitamos. Orad, nos dijo nuestro Divino Maestro, para que no caigais en la tentación (2). Orad los unos por los otros para que seais salvos, porque mucho vale la oración perseverante del justo (3).

(1) 2-2, Q. LXXXIII, a. II.
(2) Math. XXVI, 41.
(3) Jac. V, 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La oración no solamente es útil y conveniente para la salud, sino necesaria á todos los adultos, porque Dios Nuestro Señor ha dispuesto que por las oraciones, como por un medio muy á propósito, consiguiésemos la salvación, como consta de las palabras de la Escritura que acabamos de citar (1).

La oración, como cualquier otro acto de virtud, tiene la eficacia de merecer en cuanto procede de la raiz de la caridad, que tiene por objeto el bien eterno, y procede de esta virtud mediante la religión, y tiene que ir acompañada de otras virtudes, como la humildad y la fe. La fe es necesaria con relación á Dios, á quien oramos creyendo que podemos obtener de Su Majestad lo que pedimos. Es también necesaria la humildad, reconociendo nuestra indigencia.

El que pide con fe por las necesidades de esta vida, dice San Agustín, es oído misericordiosamente y misericordiosamente no lo es, porque el médico sabe mejor que el enfermo lo que á éste le conviene. Mas si lo que se pide es útil y pertenece á la salvación, puede merecerse, no sólo orando, sino también por medio de otras obras buenas, é indudablemente se recibe si esto se hace como conviene, con humildad y perseverancia. Algunas veces pides, dice San Basilio, y no recibes, porque has pedido mal, ya por defecto de fe, ya por ligereza, ya por no

(1) Billuart.

convenir lo que pedías ó bien por falta de perseverancia (1).

Para la oración se requieren tres cosas: primera, que el que ora se acerque á Dios, y esto se indica con la palabra oración, que eleva á Dios nuestras almas; segunda, la petición, que San Pablo significa con la palabra postulación; tercera, requiérese también la razón de impetrar lo que se pide, tanto por parte Dios como por parte del que pide. Por parte de Dios es su santidad, según estas palabras de Daniel: Por amor de tí mismo, oh Dios nuestro, inclina tu oído (2); á esto pertenece la obsecración, que es una protesta por las cosas sagradas, como cuando decimos: Por tu nacimiento, líbranos Señor.

La razón de impetrar por parte del que pide, es la acción de gracias; puesto que dando gracias por los beneficios recibidos merecemos recibir otros mejores (3).

En cuanto al objeto de nuestras oraciones podemos pedir á Dios Nuestro Señor los bienes temporales, porque es lícito pedir lo que es lícito desear, y sin duda alguna es lícito desear las cosas temporales, no para poner en ellas nuestro fin, sino para que nos ayuden á ganar la felicidad eterna, esto es, en cuanto nos sirven para conservar la vida y para practicar los

(1) Ap. D. Thom. cit. a. XV.
(2) IX, 17.
(3) D. Thom. cit. a. XVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

actos de las virtudes; porque el que quiere la suficiencia de la vida, dice San Agustín, no obra inconvenientemente al querer lo que es bastante para ella y no más, y ésta no se apetece por sí misma, sino por la salud del cuerpo y por lo que corresponde á la persona del hombre, á fin de no molestar á los demás, con quienes tiene que vivir. Se debe, pues, orar por la conservación de estos bienes cuando se tienen, ó por obtenerlos cuando se carece de ellos, buscando primero el reino de Dios y después los bienes temporales; dícese después, no respecto al tiempo, sino en cuanto á la importancia: el reino de Dios como nuestro bien, y los bienes temporales en cuanto son necesarios (1).

La glorificación del nombre de Dios, nuestra salvación y la de nuestros prójimos, deben ser los objetos preferidos de nuestras peticiones. ¿Qué testimonio de amor podríamos presentar á Dios, si, viendo los gravísimos pecados con que en todas partes es ofendido por los hombres, permaneciésemos indiferentes, sin rogarle con vivísimas instancias que los pecados se impidan y reine en el mundo la justicia y Él sea glorificado en todo el universo? Si amamos á este Dios, dignísimo de toda adoración y gloria, quedará nuestra alma traspasada de dolor inmenso y llena de amargura, pensando en las ofensas que sin cesar se le hacen en el mundo; la pena nos consumiría como al Profeta Rey, y

(1) A VI.

quisiéramos á costa de nuestra propia vida que jamás fuese ofendida, y sí glorificada, la bondad de Dios Nuestro Señor. Pues este es un medio de que podemos valernos para alcanzar lo que deseamos: la oración; pidamos con humilde y ardiente plegaria y sin interrupción que se evite el pecado y que Dios sea conocido y amado de todos los hombres.

El amor que nos debemos á nosotros mismos está pidiendo que roguemos al Señor nos libre del pecado, nos llene de su gracia, que nos conceda el don de la perseverancia final en su divino amor para bendecirle y amarle eternamente en la gloria.

Asimismo debemos orar por nuestros hermanos, pues esto pertenece á la razón del amor que les debemos. La necesidad nos obliga á orar por nosotros mismos, dice el Crisóstomo; mas la caridad fraternal nos exhorta á orar por los demás; y la oración más dulce ante Dios no es la que la necesidad impone, sino la que recomienda la caridad fraternal (1). No debemos excluir de la oración á nuestros enemigos, porque del mismo modo que estamos obligados á amarlos lo estamos á rogar por ellos (2).

(1) A VII.
(2) Idem.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Es útil, necesaria la oración para salvarnos; mas ¿cómo podremos hacerla con la fe y la humildad, con el fervor y la perseverancia que son indispensables, si no meditamos en las grandes verdades de la religión, en el conocimiento de nosotros mismos, y en todo aquello que se relaciona con nuestra salud eterna?

Dios Nuestro Señor, á quien debemos creer y amar con todo nuestro afecto, es un sér invisible que no cae bajo la acción de nuestros sentidos; preciso es, por lo mismo, reflexionar muy despacio en las verdades que la fe nos enseña acerca de Su Majestad, para que así podamos comprender, en cuanto sea posible, no sólo la altísima importancia de estas mismas, sino también lo que exigen de nosotros, qué es lo que debemos al Señor y cuál ha de ser nuestra conducta.

No vemos ni los bienes eternos que Dios tiene reservados á los justos, ni los suplicios del infierno; ¿cómo influirán en nosotros saludablemente, si en ellos no pensamos muy despacio y con una profunda reflexión?

En cuanto al conocimiento que debemos tener de nosotros mismos, éste nos es indispensable si queremos evitar muchísimos males de una trascendencia incalculable; no conociendo ni reflexionando en nuestros deberes, se apoderará de nosotros la soberbia y seguiremos fácilmente la senda de todos los vicios.

También faltaremos á los deberes que tenemos con nuestros hermanos si no reflexionamos en lo que exigen para con ellos la caridad, la justicia y las obligaciones particulares que tenemos para con los mismos.

Después de tales reflexiones, la meditación se impone por sí misma. Dios, nosotros y nuestros hermanos: estos deben ser los grandes objetos de nuestra meditación. Digamos sobre ellos siquiera una palabra.

Debemos meditar en Dios Nuestro Señor, en las relaciones que tiene con nosotros y en los deberes que tenemos con Él. Aun prescindiendo de la obligación que tenemos de hacerlo, ¿hay por ventura un objeto más noble, más digno, más lleno de suavidad y dulzura, más santo y amable en que podamos ocupar la inteligencia y todo nuestro afecto que Dios Nuestro Señor? Él es fuente inagotable de vida, de luz y de amor; altísimo Dios nuestro, Criador supremo, Padre dulcísimo, cuya bondad es infinita, que nos ha comunicado todos sus tesoros con un amor muy grande; nuestro Dios querido, de quien todo lo esperamos. ¿Cómo no meditar en sus divinas perfecciones para conocerle con mayor claridad, para amarle con todo nuestro afecto? Es el bien sumo, único verdadero bien que puede hacernos felices; seríamos unos desgraciados si no nos acercásemos á Él por el conocimiento y el amor. Y la meditación nos lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da á conocer é inflama nuestras almas en las llamas del amor divino. Meditemos, pues, en Dios, y hagámoslo con mucha frecuencia. Los que se acerquen á Él serán iluminados y se abrasarán muy pronto en el fuego de su amor divino.

Es indispensable ocuparnos en nuestro propio conocimiento, á fin de evitar innumerables males y desgracias, y para poder seguir el camino del Señor. No conociéndonos, fácilmente formaremos en nosotros mismos un concepto muy equivocado, y un error semejante no dejará de producir los resultados más funestos. Además, ignorando los peligros que nos rodean, los enemigos que procuran nuestra ruina espiritual y las malas inclinaciones de nuestra alma, viviremos en un funesto descuido y casi inevitable será nuestra ruína. Mas, al contrario, conociendo que somos la misma miseria y que sólo la gracia de Dios puede salvarnos de tantos peligros como en todas partes nos rodean, acudiremos á Su Majestad en busca de socorro; y recurriremos á la misericordia del Señor con una instancia tanto más fervorosa y ardiente, cuanto mejor conozcamos que nada podemos por nosotros mismos, y que los males que nos amenazan son gravísimos y de una trascendencia muy grande. Estar para siempre separados de Dios Nuestro Señor y sufrir los tormentos eternos del infierno... ¿quién puede medir la magnitud de semejante desgracia? Y ¿qué son todos los goces de la vida presente,

las delicias del pecado, que nos acarrean aquella desgracia irremediable? Salvarnos, pues, es de suma importancia; es el gran negocio que tenemos que arreglar en esta vida; mas si en esto no reflexionamos, no nos empeñaremos en seguir el camino de Dios, que es tan contrario y enojoso á nuestras malas inclinaciones.

Por lo que acabamos de decir, descúbrese la altísima importancia, la imperiosa necesidad de la meditación. Sin ésta, los ruegos que dirijamos al Señor no serán humildes, ni fervorosos, ni constantes, pues todo esto es el resultado de la meditación.

La creación, la encarnación del Verbo divino, su pasión y muerte, el Santísimo Sacramento del Altar, y los demás beneficios que hemos recibido de Dios Nuestro Señor, obligan para con Él el amor y la gratitud de nuestras almas; mas no pensamos en tales beneficios. Y no reflexionando en su grandeza y el amor inmenso que entrañan, ¿cumpliremos con los preciosos deberes que nos impone la gran bondad de Dios? Meditando en tales beneficios quedaremos asombrados de la benignidad de Dios, de su largueza infinita en hacernos bien; veremos que es el Sér de los séres, inmutable y eterno, y que nosotros nada somos en su divina presencia. ¿Cómo explicarnos que incline hasta nosotros su inconmutable deidad? Y tendremos que acordarnos que su amor divino excede todo entendimiento, y el corazón se sentirá inflamado en las llamas de la más ardiente caridad; y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientras más pensemos en la soberana grandeza del Eterno y en nuestra miseria, aumentará el asombro que nos ha sobrecogido y veremos con más claridad cuánta es la obligación que tenemos de amarle y servirle, y de aquí nacerán las resoluciones más generosas y los más firmes propósitos de ser enteramente de Dios y de vivir para su gloria. ¿Qué dificultad tendremos por insuperable, ó cuáles serán los lazos que nos liguen con el mundo y las pasiones que no destrocemos generosamente por servir á Dios, contando siempre con el auxilio de su gracia? Estas son las grandes ventajas que consigo trae la meditación.

Vivimos en sociedad y tenemos para con los prójimos grandes deberes que cumplir; es necesario amarles como á nosotros mismos, no hacerles ningún mal y ejercitar con ellos las obras de misericordia. Si no nos penetramos de la importancia y grandeza de semejantes deberes, ¿los cumpliremos como conviene?

De esta manera la meditación se impone por sí misma, y nos descubre la necesidad que tenemos de consagrarnos á ella. Dediquémonos, pues, á un ejercicio que nos es tan provechoso y que se halla relacionado íntimamente con nuestra salud eterna.

CAPÍTULO XXVI

LA MORTIFICACIÓN

I

El Apóstol San Pablo, teniendo oprimido de tristeza el corazón, exclamaba: ¡Qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte (1)? Tal es el triste estado en que todos nos hallamos; la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne, porque uno y otra son contrarios. El espíritu trata de rebelarse contra Dios y la carne contra el espíritu. Siendo esto así no puede negarse la gran necesidad que tenemos de la mortificación cristiana; es preciso combatir contra los enemigos de nuestra salud, y ya que toda la vida es un combate nunca interrumpido, jamás tendremos que dejar las armas si no queremos que los enemigos triunfen de nosotros.

(1) Rom. VII, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oigamos ahora la enseñanza del Maestro divino: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (1). San Pablo nos dice: Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias (2); y de sí mismo decía: castigo mi cuerpo y lo sujeto á servidumbre (3).—Debemos, pues, mortificar nuestro espíritu y nuestra carne ofreciendo al Señor una hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos (4), y los padecimientos que trae consigo la mortificación, nos harán recordar estas palabras de los Libros Santos: Si padecemos con Jesucristo, seremos juntamente con Él glorificados (5).

Preside á la mortificación cristiana un pensamiento de altísima nobleza, y al mismo tiempo nos revela una fuerza admirable y soberana.—Dios creó al hombre recto (6); por el pecado perdió su rectitud; mas aun en el mismo fondo de la degradación al que le arrojó la culpa, no ha olvidado su primitiva grandeza y por ella suspira tristemente.

Por la gracia del divino Redentor, puede decirse con toda verdad que el hombre fué lavado, santificado y justificado en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de

(1) Matth. XVI, 24.
(2) Galat. V, 24.
(3) Cor. IX, 27.
(4) Rom. XII, 1.
(5) Rom. XIII, 17.
(6) Eccles. VII, 30.

nuestro Dios (1); mas, sin embargo, ni la inteligencia está en clara posesión de la verdad, ni faltan malas inclinaciones á nuestro corazón.

Aun estando en gracia de Dios, tenemos que sufrir los terribles ataques de las pasiones. Bien sabemos, decía el Apóstol, que la ley es espiritual, porque yo, por mí, soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado... Bien conozco que nada de bueno hay en mí, quiero decir en mi carne; pues aunque haya én mí la voluntad para el bien, no hallo cómo cumplirla... Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas veo otra ley en mis miembros que resiste á la ley del espíritu y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo (2). El hombre no se halla contento en un estado semejante; si obra el mal no desconoce que se degrada á sí mismo; llora su debilidad y se avergüenza de su mal proceder (3). Cuando, pues, la gracia de Dios le dice estas palabras: ¡oh tú que duermes, levántate y sal de entre los muertos y te iluminará Jesucristo (4), le inspira un pensamiento sublime, y al levantarle, la divina gracia sigue diciéndole: deja las obras de las tinieblas y vístete de las armas de la luz y camina con toda honestidad, no en banquetes y embriagueces, no en desho-

(1) Cor. VI, 11.
(2) Rom. VII, 14, 18, 23.
(3) Ephes. V, 14.
(4) Rom. XIII, 12-14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias; revístete de Jesucristo y no trates de cumplir los deseos de la sensualidad (1).

¿Cómo destruiremos esas obras de pecado? Así como habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir á la impureza y á la injusticia para cometer la iniquidad, decía el Apóstol, así empleadlos ahora en servir á la justicia para santificaros, porque cuando érais esclavos del pecado estuvisteis exentos de la justicia. Mas ¿qué fruto habéis sacado de aquellos desórdenes de que al presente os avergonzais? La muerte es el fin á que conducen.

De esta suerte, la mortificación cristiana, resplandeciendo con la hermosura de la justicia, vengando las ofensas cometidas contra Dios, produce en nuestras almas el fruto de santificación y vida eterna, como añadía el Apóstol.

La mortificación cristiana eleva, pues, nuestras almas, es verdaderamente sublime, y el camino que nos señala es de progreso y de gloria; trata de rehabilitarnos por medio de la humillación y del sufrimiento, porque así lo exigen la justicia y el orden.

Otro carácter de la mortificación, que nos revela su excelencia y hermosura, es que presupone la fortaleza; pues la debilidad, la cobardía ó la falta de resolución, son los obstáculos que presentamos á la mortificación. Esta nos pide confianza en Dios y noble esfuerzo que nos ha-

(1) Rom. VI, 19-21.

gan vencer esas grandes miserias que tanto se le oponen.

Si nos negamos á la mortificación, seremos unos débiles, y también seremos unos insensatos si desconocemos su excelencia, que á la vez ensalzan la justicia y el orden, el buen sentido y el verdadero progreso. Añadamos á todo esto que la mortificación nos viste del mismo Jesucristo y descubre en nosotros su vida santísima. Traemos siempre en nuestro cuerpo, decía el Apóstol, por todas partes la mortificación de Jesús, á fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos (1), porque nosotros, aunque vivimos continuamente, somos entregados á la muerte por amor á Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

¡Qué magnificencia tan gloriosa y qué dicha tan cumplida! Nuestro Señor amororísimo sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (2); los que somos sus hijos tampoco rehusaremos la cruz de la mortificación, y esa cruz no nos causará vergüenza; antes bien será nuestra gloria.

Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (3). Esto es lo que quita á la mortificación sus amarguras, lo que tan ligero nos vuelve su peso.

(1) Cor. IV, 10, 11.
(2) Heb. XII, 2.
(3) Act. XIV, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Contemplamos desde lejos el término á que nos lleva y vemos que el camino no ha de durar para siempre, y rebosando de inefable dicha exclamamos con San Pablo: Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos la mira en las cosas visibles sino en las invisibles, pues las que se ven son transitorias, mas las que no se ven son eternas (1). Por esto decía San Bernardo: la cruz puede ser amada, la cruz produce en nuestras almas un inmenso gozo (2). Tal es el motivo por el cual los Santos decían al Señor: ¡Oh Señor, quiero padecer y ser despreciado por Tí!—Quiero padecer ó morir.—Quiero padecer y no morir.

Sea, pues, para nosotros la mortificación la cruz dulcísima de Jesucristo, en la cual vivamos y muramos, en la cual estemos crucificados con Jesucristo Nuestro Señor. Unidos con Su Majestad en el espíritu y en el sufrimiento, podremos decir con San Pablo: Líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo estoy para el mundo (3).

¡Oh qué gloria tan sublime, qué santas delicias! ¿Por qué no nos arrojamos, decía San Francisco de Sales, sobre Jesús crucificado,

(1) II. Cor. IV, 17, 18.
(2) Serm. de S. Andréa.
(3) Galat., VI, 14.

para morir con Él en la misma cruz en que perdió la vida por nuestro amor? Yo le abrazaré, debemos decir, y jamás habré de abandonarle; moriré con Él y arderé en las llamas de su amor. Y el Beato Avila decía también: ¡Oh cruz, hazme lugar, recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor! Ensánchate, oh corona, para que pueda yo poner en tí mi cabeza; clavos, dejad esas manos inocentes, atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor (1).—La mortificación nos alcanza esas gracias que pedían los Santos, pues por ella participamos de los padecimientos de Jesucristo y vivimos de su mismo espíritu mediante la caridad, pudiendo decir estas palabras: Ninguno de nosotros vive para sí mismo ó muere para sí mismo.—Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos ó muramos, somos del Señor (2).

II

Vastísimo es el campo en que tiene que ejercitarse la mortificación: es todo nuestro sér.

La doctrina de la Iglesia sobre el particular es la siguiente: Cuando el primer hombre quebrantó en el paraíso el precepto de Dios, per-

(1) *Pract. del amor á J. C.*—S. Alfonso, cap. I.
(2) Rom. XVI, 7, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió inmediamente la santidad y la justicia en que fue constituído, y por la culpa de su prevaricación incurrió en la ira é indignación de Dios y, por consiguiente, en la muerte con que antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder del mismo que tuvo después el imperio de la muerte, es á saber, del demonio, y todo Adán pasó por el pecado de su prevaricación á peor estado en el cuerpo y en el alma (1).

El Apóstol nos dice: Así como el primer hombre ha sido terreno, así también lo han sido sus hijos; y como es celestial el segundo, son también celestiales sus hijos. Según esto, de la misma manera que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos la del celestial (2). ¿En cuál de las facultades del alma ó en qué parte del cuerpo no se ha dejado sentir la influencia funestísima del pecado de Adán? Tendrá, pues, la mortificación que ocuparse en renovar todo nuestro sér según la imagen del celestial Adán, el alma en todas sus potencias y el cuerpo en todos sus sentidos. Oisteis predicar, decía el Apóstol, y aprendísteis á desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido, y os habéis viciado siguiendo la inclinación de las pasiones. Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á la imagen de Dios en justicia y honestidad de verdad (1). De sí mismo decía San Pablo: En mí habita el pecado ó sea la concupiscencia. Conozco que nada bueno hay en mí, quiero decir en mi carne (2).

(1) Conc. Trid., sess. V, can. I.
(2) I. Cor. XV, 48, 49.

Veamos ahora de qué manera la mortificación va restaurando todas nuestras pérdidas. Purifica la inteligencia, cautivándola en obsequio de Cristo. No blasonéis, nos dice, de cosas altas; acomodaos á lo que sea más humilde. No querais teneros dentro de vosotros mismos por sabios (3). Nadie se engañe á sí mismo; si alguno de vosotros se tiene por sabio según el mundo, hágase necio á fin de ser sabio á los ojos de Dios (4). La presunción del saber penetra hasta lo más profundo del alma, mas es preciso arrojarla enteramente de nosotros; no debemos tenernos por sabios, y si queremos serlo en verdad, hagámonos como necios, y para esto son enteramente indispensables la modestia y la humildad; la primera tendrá que contener nuestros pensamientos altivos, y la segunda sabrá inspirarnos docilidad y rendimiento, cuando así convenga, al sentir de los demás. No olvidemos estas palabras dirigidas contra los sabios presuntuosos: Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes (5).

(1) Ephes. IV, 21-24.
(2) Rom. VII, 17, 18.
(3) Rom. XII, 16.
(4) I Cor. III, 18.
(5) Id. I, 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos tenemos una inclinación pronunciadísima por nuestro propio sentir; si esto fuera únicamente por el amor á la verdad, nada tendría que hacer entonces la mortificación; mas ¿cuántas veces aquella inclinación estará manchada con mil imperfecciones y defectos? Amamos nuestro sentir porque nos pertenece, porque es el producto de nuestra propia inteligencia. Penetre, pues, la mortificación hasta los pliegues del alma y del espíritu, según la frase de San Pablo, hasta lo más profundo de nuestro ser, y discierna los pensamientos y las intenciones del corazón (1); y después de esto rechacemos con santa indignación cuanto fuere contrario á la justicia y á la santidad, al inmaculado amor de la verdad, y humillémonos delante del Señor por nuestras faltas. ¡Oh, y cuántas veces tenemos que trabajar en todo esto, pues es indispensable no desfallecer! *Quotidie morior,* decía el Apóstol (2); así también nosotros muramos diariamente al amor desordenado de nuestro propio sentir, y reinará en nuestras almas la paz del Señor.

Respecto de nuestra voluntad, la labor de la mortificación es dificilísima y compleja: allí están los deseos, los afectos y las inclinaciones del corazón humano y todas sus pasiones. Vió Dios, dice la Escritura divina, que era mucha la malicia de los hombres, y que todos los pen-

(2) Heb. IV, 12.
(2) I Cor. XV, 31.

samientos de su corazón se inclinaban al mal en todo tiempo (1). ¿Cuál será el remedio para tantos males? La mortificación se nos presenta diciendo á cada uno de nosotros: Hijo mío, no puedes poseer la perfecta libertad sino negándote á tí mismo enteramente. Gimen en tristes prisiones los amadores de sí mismos, los codiciosos, los curiosos, los vagabundos, los que buscan sus comodidades y no lo que pertenece á Jesucristo; se engañan y entretienen con lo que no permanece para siempre, porque todo lo que no viene de Dios tendrá que perecer. Este es un documento de consumada sabiduría: Deja todas las cosas y todo lo hallarás; abandona los deseos que te turban y encontrarás el descanso. Medita en esto, y cuando lo hayas cumplido lo entenderás. Señor, esto no es obra de un día ni es juego de niños, sino que encierra la más elevada perfección.—Hijo mío, no debes retirarte ni desfallecer contemplando el camino de los perfectos; mas, al contrario, debes excitarte á tí mismo y suspirar ardientemente por esa perfección tan elevada. ¡Ojalá que no fueses amador de tí mismo y estuvieras siempre dispuesto á cumplir mi voluntad, y deseando ser perfecto como el Padre celestial! Me agradaría sobremanera, y tu vida se deslizaría tranquilamente en el gozo y en la paz del espíritu. Tienes todavía que dejar muchas cosas, y si no te resignas del todo á mi volun-

(1) Gen. VI, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tad no conseguirás lo que pides. Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, esto es, la sabiduría del cielo, que conculca todo lo miserable y transitorio. Humilla la sabiduría terrena y reprime toda humana y propia complacencia (1).

Hijo mío, continúa hablándonos la mortificación, arregla totalmente tus deseos según mi beneplácito; no seas amador de tí mismo, sino de mi voluntad.—Muchas veces los deseos te abrasan é impelen con vehemencia; mas considera si los dirige mi honor ó tu propia comodidad; si es lo primero, siempre estarás contento con lo que yo dispusiese, sea lo que fuere; mas si hay algo de tí mismo en tales deseos, sentirás pena y desconsuelo. Nada desees con vivas ansias sin consultarme de antemano, no sea que el arrepentimiento ó el desagrado sigan al consuelo que habías tenido antes, y esto aun en las cosas que te parecían mejores, porque no toda afición que parece buena debemos seguirla desde luego, ni rechazar de la misma manera la que le es contraria. Conviene refrenarnos, aun en los deseos que nos parecen buenos, para evitar muchas veces la disipación del espíritu, la ligereza, el escándalo ó la turbación (2).

La mortificación ocúpase también en contener los extravíos de la imaginación, de esa loca de la casa, como la han llamado algunos, que

(1) *Imitación*. Lib. III, cap. XXXII.
(2) Id. Lib. III, cap. XI.

con tanta frecuencia nos inquieta y nos turba, y produce también en repetidas ocasiones males de una trascendencia incalculable.

Asimismo la mortificación dirige y modera el ejercicio de nuestros sentidos según las reglas de la modestia cristiana. Les prohibe cuanto es contrario á la santa ley de Dios, y aun respecto de lo lícito les señala el camino de la perfección; podemos ver, por ejemplo, una hermosa campiña, y la mortificación nos dice: bajad los ojos. Conversando con nuestros hermanos quisiéramos decir alguna cosa que caería muy bien, y la mortificación nos aconseja que no la digamos. Así en lo demás en que podamos vencernos. De esta suerte aquella virtud nos ejercita y nos hace adelantar continuamente en el servicio de Dios.

Para que la carne no se rebele contra el espíritu y también para que satisfagamos á Dios por nuestras culpas, aquella virtud nos dice que mortifiquemos nuestro cuerpo, haciendo morir en nosotros los malos deseos y los apetitos de la sensualidad (1), y que á ejemplo del Apóstol castiguemos nuestra carne, acordándonos de la siguiente doctrina á fin de animarnos á la práctica de la mortificación: Los que han de luchar en la palestra guardan en todo una exacta continencia, y no es sino para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna. Así es que yo voy

(1) Colos. III, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corriendo, no como quien lo hace á la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á su enemigo, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo.—Corramos, pues, de tal manera que ganemos la corona de la gloria (1).

(1) I Cor. IX, 24-27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPÍTULO XXVII

LA HUMILDAD

I

Un glorioso testimonio rendido á la verdad, un tributo pagado á la justicia y el camino del amor de Dios, es la humildad.

Esta santísima virtud de que hablamos enseña al hombre á conocerse á sí mismo; ofrece á Dios todo el honor y la gloria que le corresponden, y conduce al hombre por las sendas del amor divino, descubriéndole la bondad infinita del Señor.

La humildad nos habla en estos términos: ¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo has recibido por qué te glorias como si no lo hubieses recibido? (1).—¿De qué se ensoberbecen

(1) I Cor. IV, 7.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corriendo, no como quien lo hace á la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á su enemigo, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo.—Corramos, pues, de tal manera que ganemos la corona de la gloria (1).

(1) I Cor. IX, 24-27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPÍTULO XXVII

LA HUMILDAD

I

Un glorioso testimonio rendido á la verdad, un tributo pagado á la justicia y el camino del amor de Dios, es la humildad.

Esta santísima virtud de que hablamos enseña al hombre á conocerse á sí mismo; ofrece á Dios todo el honor y la gloria que le corresponden, y conduce al hombre por las sendas del amor divino, descubriéndole la bondad infinita del Señor.

La humildad nos habla en estos términos: ¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo has recibido por qué te glorias como si no lo hubieses recibido? (1).—¿De qué se ensoberbecen

(1) I Cor. IV, 7.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el polvo y la ceniza? Tal es el glorioso testimonio que el conocimiento de nosotros mismos rinde á la verdad: nada tenemos que no hayamos recibido del Señor. No tienen de qué gloriarse el polvo y la ceniza. Esta confesión humilde y sincera, por la cual reconocemos en Dios el origen de todos los bienes, honra al que es la causa primera; porque Él es la verdad suprema, y le es muy agradable, porque sus mismos dones, si así podemos decirlo, no desconocen su divino origen.

La humildad paga á la divina justicia el tributo que le corresponde de reconocimiento y gratitud. No reserva ni quiere reservar para sí misma cosa alguna. No á nosotros, sino solamente á Dios corresponde la gloria; somos polvo y ceniza, y no tenemos de qué gloriarnos. Ofrecemos á Dios, mediante la humildad, el holocausto más perfecto de nosotros mismos; todo es de Dios y á Dios corresponden todo honor y gloria. La humildad sólo nos reserva la confusión de nuestro rostro (1). Nuestras mismas justicias, nuestras obras buenas, hácenos verlas como sucios y asquerosos lienzos (2). Nada santo, nada digno de alabanza puede haber en nosotros que no venga de Dios; y tanta es la debilidad y la miseria de nuestro corazón, que por todas partes vamos dejando las

(1) Baruc., I, 15.
(2) Isa. LXIV, 6.

tristes huellas de nuestras imperfecciones y defectos.

Hácenos ver la humildad en nuestro corazón abismos profundísimos de miseria, de ignominia y de pecado, y sin embargo, Dios Nuestro Señor ilumina esos abismos con la hermosa luz de la esperanza: disimula nuestras culpas, nos llama á penitencia y nos demuestra que es muy sincera la voluntad que tiene de salvarnos. A la vista de una bondad tan dulce y amorosa, tenemos que exclamar: ¿es posible que Dios se incline hasta nosotros; que no nos haya abandonado á pesar de todos nuestros crímenes? Y su gracia nos mueve al arrepentimiento y deseamos amar con todo nuestro afecto á un Dios tan bueno.

Cuanto más descendemos á las profundidades de aquellos abismos de abominación y de pecado, más nos sorprende y admira la bondad amorosísima de Dios para con nosotros, y el arrepentimiento y el dolor penetran más profundamente en nuestro corazón, y sentimos nuevas inspiraciones de la gracia que nos hace caminar á grandes pasos por las sendas de Dios. Por estas sendas de paz y de consuelo, y por aquel camino de gloria, es la humildad la que dirige nuestros pasos.

Grandes son los bienes que recibimos por medio de la humildad; mas si se aleja de nosotros quedaremos expuestos á perderlo todo; porque es la humildad el fundamento de todas las virtudes, y destituído éste, ¿qué nos queda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá del edificio que sobre aquél se levantaba? Dos cosas son necesarias, dice Santo Tomás, para fundar bien una casa: abrir bien los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo hasta llegar al terreno firme; después de esto se levanta la fábrica, que necesita cimientos tanto más profundos, cuanto tenga que ser más elevada (1).

Dios es el fundamento de nuestra salud, no lo somos nosotros; y así como resiste á los soberbios, así también da su gracia á los humildes. Soy rico y de nadie necesito. Esta es la voz del soberbio que no atrae, ciertamente, la gracia de Dios. Siendo el Señor altísimo, decía David, pone los ojos en las criaturas humildes y mira como lejos de sí á las altivas (2). ¿En quién pondré yo mis ojos, decía también el Señor por Isaías, sino en el pobrecito y contrito de corazón, y que oye con respetuoso temor mis palabras? (3). La humildad, pues, inclina la misericordia de Dios hacia nosotros, y la soberbia, cuanto es de su parte, cierra las puertas de la gracia; y sin ésta, ¿qué podremos hacer?

Pedid y recibiréis, nos ha dicho el Señor (4), porque todo el que pide recibe; y la humildad, dándonos á conocer nuestras grandes miserias y que por nosotros mismos somos incapaces

(1) 2-2, Q. CLXI, a. V.
(2) *Ps.* CXXXVII, 6.
(3) LXVI, 2.
(4) Matth. VII, 7, 8.

para remediarlas, nos inclina á recurrir á Dios: le pedimos y Él nos franquea sus tesoros. La soberbia no recurre á Dios, y por esto nos deja sin el socorro que necesitamos.

Seamos, pues, humildes y nunca olvidemos que el Hijo de Dios no vino á enseñarnos que fabricásemos el mundo, ni á que criásemos las cosas visibles é invisibles, ni á realizar obras portentosas y que diésemos vida á los muertos, sino la mansedumbre y humildad (1). Para esto tomó el Hijo de Dios la naturaleza humana y se dejó ver entre nosotros como un hombre despreciable; para esto quiso sufrir las afrentas, los desprecios y los tormentos de la pasión; de esta suerte, Dios, en la humildad de su santísima carne, enseñó al hombre á no ser soberbio. Admirable es, por lo mismo, la grandeza de la humildad cristiana, ya que por enseñarla á los hombres quiso hacerse pequeño y abatirse hasta la pasión el que es grande por su misma esencia... El rey de los humildes es nuestro Divino Redentor, y el de los soberbios lo es el demonio, conociéndose por esto que la soberbia es la señal evidentísima de los réprobos, así como la de los elegidos lo es la humildad (2).

(1) Agus., Serm. X, *De Verbis Dni.*
(2) S. Greg. *Moral.*, lib. XXXIV, cap. XVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

La humildad, según el Serático Doctor, contiene tres grados para llegar á su perfección. Consiste el primero en conocer nuestra miseria y nada, sintiendo bajamente de nosotros mismos y teniéndonos en poco. Esta es la ciencia de los santos, y esto en lo que trabajaban sin descanso. Señor, decía San Agustín, que yo me conozca á mí mismo; y San Francisco de Asís: Señor mío, ¿quién soy yo?

Para adquirir la virtud de la humildad nos es enteramente indispensable el conocimiento de nosotros mismos, ya que de tal conocimiento resulta el aprecio ó el desprecio que nos corresponde. Ese conocimiento nos dirige también en el cumplimiento de nuestros deberes, y descubriéndonos nuestras debilidades y miserias, nos indica de qué manera podemos remediarlas.

Esta es la ciencia de los santos, hemos dicho, el propio conocimiento; este el camino que los conduce al cielo; aprendamos, pues, esa ciencia y sigamos ese camino sin dejarlo jamás. Tratemos de conocernos á nosotros mismos. Nuestro sér y todo lo que tenemos ó creemos tener, ya en bienes naturales ó en los de la gracia, todo, en fin, lo que puede relacionarse con la propia estimación, debemos examinarlo detenidamente para que la verdad aparte de nos-

otros la soberbia, para ser verdaderamente humildes á los ojos del Señor.

La parte más noble de nuestro sér es el alma; mas ¿ésta la hemos criado nosotros, ó siquiera después de haberla recibido del Señor podemos conservarla en la existencia? Además, Dios nos la ha dado por su infinita bondad, no porque nuestros méritos le hayan podido obligar. Luego por ella no tenemos de qué gloriarnos. Es inteligente; mas bien sabemos que no somos suficientes para concebir algún pensamiento como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios (1).

Respecto del cuerpo, es un vaso de corrupción y será manjar de gusanos; quedará reducido á podre, decía el Santo Job, y tendrá que ser como una ropa roída por la polilla.—Yo he dicho á la podredumbre, añadía aquel Santo, tú eres mi padre; y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mi hermana (2).

Si hemos realizado grandes cosas por la gloria de Dios Nuestro Señor, no debemos olvidar que, si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la edifican; que si Él no guarda la ciudad, inútilmente vela el que la guarda (3); y también, que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios es el que hace crecer y fructificar; y tanto el que planta como

(1) II Cor. III, 5.
(2) XIII, 28.—XVII, 14.
(3) Ps. CXXVI, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el que riega, vienen á ser una misma cosa (1).

En fin, toda nuestra vida, ¿qué viene á ser sino un ligerísimo vapor que dura un poco de tiempo y luego se desvanece? (2).

Nuestras buenas obras tendrán, sin duda, grandes deficiencias; por éstas debemos humillarnos y confundirnos, que el honor y la gloria á Dios corresponden.

No podemos desconocer que en muchas ocasiones hemos resistido á la gracia del Señor, y que la tibieza con frecuencia ha manchado nuestras obras de piedad. ¡Oh, si examinásemos con toda sinceridad y rectitud esas obras que tal vez nos han parecido muy perfectas, cuántas deficiencias hallaríamos en ellas! Y al pensar en esto no olvidemos las siguientes palabras de Job: Por ventura, oh Señor, ¿son tus ojos de carne, ó miras tú las cosas como el hombre? (3). En lugar de ensoberbecernos tenemos que humillarnos y temer delante del Señor.

Tantas debilidades y miserias, y las culpas que con tanta frecuencia cometemos, ¿no nos descubrirán lo que somos y el bajísimo concepto en que debemos tenernos á nosotros mismos? ¿Debemos tenernos en algo ó, al contrario, humillarnos y despreciarnos sinceramente? Pensemos todo esto una y otra vez en la presencia de Dios al hallarnos con Él en la oración, y estemos entendidos que por más que nos ocupe-

(1) I. Cor. III, 7, 8.
(2) Act. IV, 15.
(3) X, 4.

mos en el conocimiento de nosotros mismos, siempre tendremos que descubrir nuevos motivos de humillación y de vergüenza, porque nuestro corazón es un abismo profundísimo, cuyas tristes vanidades y miserias sólo Dios conoce con toda perfección.

De nuestro propio conocimiento y desprecio ha de nacer el santo deseo de que los demás tengan el mismo concepto que tenemos de nosotros mismos, y nos desprecien como nos despreciamos nosotros. Si en realidad pensamos bajamente de nosotros y nos despreciamos porque así lo exigen la verdad y la justicia, no tendremos gran dificultad en que los otros piensen lo mismo y tengan hacia nosotros los mismos sentimientos. Este es el segundo grado de la humildad; y si su práctica nos presenta grandes dificultades, podemos temer fundadamente que, en realidad, ni conocemos nuestra gran miseria ni nos tenemos en poco, puesto que todos deseamos que los demás piensen como pensamos nosotros y tengan nuestros mismos sentimientos y deseos.

No deseemos la estimación de los hombres, que no es otra cosa sino una triste vanidad, y procuremos cuanto esté de nuestra parte el no ser estimados, recordando que Jesucristo, nuestro divino modelo, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (1).

(1) Heb. XII, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al tener que sufrir alguna humillación ó desprecio, acordémonos de estas palabras de David: Por tu amor, oh Dios mío, he sufrido los ultrajes, y mi rostro se ve cubierto de confusión (1). Estas palabras se referían á Nuestro Señor Jesucristo, que tanto sufrió por nosotros; ¿rehusaríamos padecer la confusión y los desprecios por su amor? No nos detengamos aquí; pasemos adelante y alegrémonos al vernos humillados y cubiertos de injurias y desprecios; y así como el avaro desea sin descanso aumentar sus riquezas, y como los mundanos sólo piensan en sus vanidades y miserias y en éstas tienen sus delicias, así nosotros encaminemos todos nuestros pensamientos y deseos á las humillaciones y desprecios; y al conseguirlo sienta el corazón una paz dulcísima, una suavidad inexplicable, y esto no por ellos mismos, sino por Dios Nuestro Señor; porque es nuestra gloria, es nuestra delicia imitar á Jesucristo. Hacernos semejantes á Nuestro Señor amorosísimo, que dijo por boca de David: Yo soy un gusano y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe (2), es nuestra grandeza, nuestra corona de gloria, y en tal semejanza cifradas están nuestras delicias. Las humillaciones y los desprecios, podemos decir cada uno de nosotros, me hacen semejante á Jesucristo y muy agradable á sus divinos ojos;

(1) Ps. LXVIII. 8.
(2) Ps. XXVI, 7.

¿cómo no ir corriendo en pos de ellos? Y al alcanzarlos, ¿no diríamos con la Esposa de los Cantares: los tengo entre mis brazos, jamás los dejaré; y con el Apóstol: Es mi gloria la cruz de Jesucristo, sus humillaciones, sus afrentas y desprecios?

Estando penetrados de tales sentimientos, descubriremos en las humillaciones que el Señor nos mande una señaladísima prueba del amor que nos tiene, porque á los que El tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo (1); y este Hijo siguió el camino de las humillaciones y los desprecios, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas.

Las humillaciones, los desprecios, son pruebas inequívocas del amor de Dios, que perfeccionan y hermosean su imagen celestial, la herencia de los Santos, el camino del cielo... ¡Oh Dios mío, dadnos esta prueba; realzad en nuestras almas vuestra imagen divina con nuevos encantos y bellezas; conformad más y más nuestra vida con la vuestra; concedednos parte en la herencia de los Santos, y conducidnos por el camino de la humillación y del desprecio á la vida eterna!

El tercer grado de humildad consiste en no atribuirnos á nosotros cosa alguna en las buenas obras que practiquemos, en las grandes virtudes y en los dones con que Dios tal vez nos

(1) Rom. VIII, 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha enriquecido, sino que todo lo refiramos al Señor, pues de Él proceden todos los bienes, y Él es quien hace en nosotros todas nuestras obras (1). Consiste, además, en no complacernos en las alabanzas que se nos prodigaren, sino que todas las elevemos al Señor.

Hablando San Pablo de sí mismo, decía lo siguiente: Soy el mínimo de los Apóstoles y no merezco ser llamado Apóstol, porque perseguí á la Iglesia de Dios; mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; antes bien, he trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo (2). Esto decía el Apóstol de las gentes, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo, vaso de elección que había llenado el mundo con la gloria del nombre de Jesús; ese Apóstol tiene solamente delante de sus ojos sus pecados, su inutilidad, á fin de aniquilarse en la presencia del Señor y para que brillen en toda su hermosura las maravillas de la divina gracia para gloria de aquel altísimo Señor, que se dignó colmarle de la abundancia de sus dones.

Si hemos cumplido con todo lo que el Señor se ha dignado mandarnos, todavía tenemos que decir: somos siervos inútiles; no hemos hecho sino lo que teníamos obligación de hacer (3); mas ¿quién tendrá valor para decir que ha cum-

(1) Rom. XXVI, 12.
(2) I Cor. XV, 9, 10.
(3) Luc. XVII, 10.

plido con fidelidad todos sus deberes para con Dios Nuestro Señor? El Apóstol, después de habernos dicho que no le reprendía su conciencia por ninguna falta, añade: No por eso me tengo por justificado, pues quien me juzga es el Señor (1); y ¿qué faltas no descubrirá la rectísima justicia del Señor en nuestras obras? Las grandes virtudes, los dones excelentísimos con que Dios nos haya enriquecido, y todas nuestras obras excelsas, gloriosas, cuanto quiera suponerse, y muy agradables á los ojos del Eterno, han de producir en nuestras almas los resultados siguientes: primero, una humildad muy profunda, porque no éramos dignos de ejecutar las grandes maravillas que Dios por nuestro bien ha realizado. Segundo, debemos tener para con Dios una gratitud sin límites por el señalado beneficio de su amor divino, que nos ha dispensado al ocuparnos en las obras de que hablamos. Tercero, una fidelidad en el servicio divino, llena de fervor y diligencia, porque las gracias singulares del Señor así nos lo exigen; un temor muy profundo y una verdadera desconfianza de nosotros mismos, pues no estamos confirmados en la gracia, y el Señor nos dice: El que piensa estar en pie, tenga cuidado para no caer (2).

Reine, pues, en nosotros la humildad cristiana, fundamento de todas las virtudes y camino seguro que nos lleva al cielo.

(1) Cor. IV, 4.
(2) I Cor. X, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXVIII

LA PACIENCIA

I

Consiste la paciencia (1) en el sufrimiento duradero de cosas arduas y difíciles por causa de honestidad y de utilidad. Se dice de cosas arduas, lo cual pertenece á la constancia en el bien; de cosas difíciles, esto corresponde á la gravedad del mal, que es el objeto propio de la paciencia, y se dice también de un sufrimiento duradero ó prolongado, lo cual pertenece á la longanimidad en cuanto conviene con la paciencia.

La paciencia cristiana pone los ojos en Jesucristo crucificado y tiene por fin la vida eterna.

La paciencia, como verdadera virtud, es causada por la caridad, y no puede obtenerse

(1) Jullus ap. Thom. 2-2, q. CXXXVI, a. V.

ni conservarse sin el auxilio de la gracia.—La fuerza de los deseos, dice San Agustín, produce la tolerancia de los trabajos y penalidades, y ninguno quiere voluntariamente soportar lo que atormenta sino por lo que deleita. La razón de esto, dice Santo Tomás, es que nuestra alma esquiva la tristeza y el dolor en sí mismos, y por esto nunca sufrirá por ellos, sino por el fin. Es, por tanto, indispensable que el bien que nos hace sufrir nos sea más querido que aquel otro cuya privación ocasiona el dolor que toleramos con paciencia; mas esta preferencia del bien de la gracia á todos los de la naturaleza cuya pérdida nos cause el dolor, pertenece á la caridad, que ama á Dios sobre todas las cosas. La paciencia en este concepto es causada por la caridad, que no se obtiene sino por la gracia, sin cuyo auxilio tampoco se obtiene la paciencia (1).

La paciencia nos es necesaria. Así nos lo dice la Santa Escritura y así lo experimentamos diariamente. Os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios obtengamos la promesa (2).

Llevamos en nosotros mismos la razón de nuestros sufrimientos: la soberbia del espíritu y la corrupción de la carne, mientras uno y otra no estén perfectamente sujetos á Dios Nuestro Señor, tendrán que hacernos guerra,

(1) A. III.
(2) Heb. X, 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y como tal sujeción en su más elevado concepto no es dable conseguirla en esta vida por las imperfecciones y defectos que jamás nos abandonan, pues todos faltamos en muchas cosas (1), escrito está: Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros (2); tenemos que las luchas y contradicciones nunca nos han de faltar.—Esto es por lo que ve á cada uno de nosotros, por los sufrimientos que tienen origen en nuestro espíritu; mas hay otros que nos vienen por parte del cuerpo, sujeto á mil enfermedades y miserias y expuesto frecuentemente á padecer los más acerbos dolores.

De parte de los hombres no es posible numerar las penas y amarguras que nos ocasionan éstos; parece que continuamente estamos ocupados en hacer unos para otros las terribles cruces que tendremos que llevar de grado ó por fuerza. Y sucede á veces que al huir de la cruz que nos estaba preparada, cuando menos lo pensamos, otra más grave nos oprime. No podremos, pues, dejar de sufrir en este mundo; y si esto es así, ¿por qué no convertimos en virtud lo que es una necesidad indispensable? Esto lo alcanzamos por la paciencia cristiana.

La paciencia tiene en sí misma una belleza perfectísima, un mérito muy grande, y sus consuelos son verdaderamente celestiales. Se re-

(1) Isa. III, 2.
(2) I Ephes. I, 8.

fleja en ellas la luz purísima y hermosa de las penas de Jesús, nuestro amado y dulcísimo Señor. Nuestros padecimientos no son sino los suyos, si así podemos decirlo, que nos envuelven en sus amarguras y nos penetran de su mismo espíritu. El Apóstol llegó á decir: Me gozo de lo que padezco por vosotros y cumplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (1). ¿Quién no admira la sublimidad y la grandeza de tales sufrimientos que así nos unen á los de Jesús y se encaminan al mismo objeto que los del Divino Redentor, al bien de la Iglesia?

De esta suerte, la paciencia cristiana al hacernos sufrir, eleva nuestras almas, y nuestras penas y dolores se presentan á los ojos de Dios engalanados en cierta manera con la hermosura divina con que resplandecen los de Jesucristo.

Unidos á los de Jesús, nuestros sufrimientos tienen en sí mismos un mérito muy grande. Si padecemos con paciencia, es porque amamos á Dios; porque rendimos enteramente á la suya nuestra voluntad; porque su gusto es el nuestro y no somos de nosotros mismos, sino de Aquel que padeció por nosotros; en una palabra: por medio de la paciencia ofrecemos á Dios todo lo que somos, cuanto tenemos ó podamos tener: amor y sufrimiento; el amor que nos une con Dios, y el sufrimiento que le pre-

(1) Colos. I, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

senta en humilde ofrenda todo nuestro sér para que disponga de nosotros según su santa voluntad.

¿De dónde nacen los grandísimos consuelos que la paciencia cristiana derrama en nuestras almas? Nacen del amor que tenemos á Jesús. Si padeciéramos por un extraño, por un desconocido, serían muy amargas nuestras penas; mas sufrimos por ese Señor amorosísimo que tanto sufrió por nosotros y á quien deseamos amar con todo nuestro afecto. Nos ha amado y ha padecido por nosotros; le amamos y queremos cuanto esté de nuestra parte corresponder al amor que nos tiene; ¿dejaríamos de abrazar el sufrimiento y no hallaríamos en él delicias verdaderamente celestiales? Ningún amante, al corresponder á las finezas de quien le ha obligado con su amor, deja de sentir inefables delicias y consuelos. Nosotros correspondemos, pagamos lo que ha hecho Jesús por nuestro bien, padeciendo por Su Majestad, y por esto hemos de ver su santísima Cruz como árbol de vida cargado de frutos de suavidad y de dulzura, y de esa Cruz nos han de venir la fortaleza y el consuelo, la paz de Dios y un gozo inefable en el Espíritu Santo.

¿Por qué los sufrimientos son para nosotros fuente de suavidad y de consuelo? Así como Dios ha tratado á su querido Hijo, dice San Alfonso, así trata también á todo el que ama y recibe por hijo. Por esto habló el Señor un día á Santa Teresa en estos términos: Sabe que las

almas más queridas de mi Padre son afligidas de mayores padecimientos. De ahí es que la Santa, al verse agobiada de sufrimiento, decía que no había de trocar sus trabajos por todos los tesoros del mundo... San Vicente de Paúl afirmaba que el no padecer ha de juzgarse gran desgracia. San Francisco de Asís, cuando pasaba un día sin llevar alguna cruz por Dios, temía que Su Majestad le hubiera olvidado (1). Por esto Santa María Magdalena de Pazzis decía que era tan noble el ejercicio de la paciencia, que el Verbo de Dios gozando en el seno del Padre de delicias y bienes infinitos, descendió á la tierra para ataviarse con el ropaje del sufrimiento y de la paciencia, que no hallaba en el cielo, y añadía: el Verbo era Dios y no podía engañarse.

La paciencia cristiana nos lleva por el camino de la humildad; nos desprende del amor á los bienes de la tierra, que son tan miserables, y nos hace suspirar por el cielo. Hace también la paciencia que recurramos á Dios en nuestras aflicciones y pone en ellas nuestra confianza. Nos enseña á padecer por Jesucristo y nos inspira los deseos más vivos de conformarnos con Su Majestad.

En este valle de lágrimas no puede tenerse la verdadera paz del corazón sino tolerando y abrazando con amor los padecimientos por agradar á Dios, y cuando le contemplamos cru-

(1) *Práctica del amor á J. C.*, cap. V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cificado, decía una Santa, la Cruz se vuelve tan amable, que me parece no podré ser feliz sin padecer: el amor de Jesucristo me basta para todo (1).

Para llegar á la unión con Dios, decía Santa Catalina de Génova, son necesarias las adversidades, porque Dios con ellas se propone destruir nuestras malas inclinaciones interiores y exteriores. Así pues, todas las injurias, los desprecios, las enfermedades, el abandono de los parientes y de los amigos, las confusiones, las tentaciones y otras cosas contrarias, nos son de grande necesidad para que luchemos sin descanso hasta que por premio de la victoria se extingan en nosotros todos los malos movimientos, de tal manera, que ya no los sintamos; y hasta tener, no por amargas, sino por suaves en Dios, todas las adversidades, no lograremos llegar á la divina unión.

Amemos, por tanto, la paciencia muy de corazón; pidámosla á Dios Nuestro Señor y ejercitémonos en ella cuanto sea posible en todas nuestras obras.

II

El reino de la paciencia cristiana es dilatadísimo; sus fronteras, aquí sobre la tierra, son las de la vida; nunca nos faltará el sufrimiento si

(1) San Alfonso, cit.

á toda hora nos hallamos dispuestos á seguir el camino del Señor, y muchísimas veces podremos apropiarnos estas palabras del Apóstol: Sufrimos toda suerte de tribulaciones; combates por defuera y temores por dentro (1). De esta suerte á cada momento la paciencia nos ofrece el ejercicio de todas las virtudes y nos encamina á la más elevada perfección. Hermanos míos, decía Santiago, tened sumo gozo cuando caigais en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de nuestra fe produce la paciencia y ésta perfecciona la obra, para que así seais perfectos y cabales sin faltar en cosa alguna... ved que tenemos por dichosos á los que sufrieron. Habéis oído la paciencia de Job y y visteis el fin del Señor, porque el Señor es misericordioso y compasivo (2).

Es necesario sufrir con paciencia; sufrir todas las tribulaciones de esta vida, dice San Alfonso, las enfermedades, los dolores, la pobreza, la pérdida de la hacienda, la muerte de los parientes, las ignominias, las persecuciones y todas las afrentas. No olvidemos que agradan más á Dios las mortificaciones involuntarias que Él nos manda que las que hacemos por nuestra propia voluntad (3), y los trabajos son señales del amor que Dios nos tiene y de que quiere salvarnos en la otra vida.

(1) II Cor. VII, 5.
(2) I, 2-4, V, 11.
(3) *Prác. Resumen de las virtudes.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿De qué manera debemos ejercitarnos en la paciencia cristiana? Nuestro sufrimiento no ha de ser el resultado de una necesidad imprescindible; su principio debe ser el amor de Dios Nuestro Señor, la entera sumisión de nuestra voluntad á la suya. Si sufrimos con paciencia es porque deseamos agradar á Nuestro Señor dulcísimo y darle toda la gloria que nos sea posible; que Él venza, que Él triunfe y reine en nuestras almas. Síguese de esto que debemos aceptar todas las penas que el Señor nos mande con un rendimiento absoluto, sin que haya nada en nosotros que llegue á oponerse al divino querer, y uniendo enteramente nuestra voluntad á la de Dios.

Suframos, no sólo con resignación, si que también con un inmenso gozo. Dios lo quiere; ¡oh palabra de inmensa dulzura! ¿Por qué no complacerle cuanto esté de nuestra parte aceptando con gusto las adversidades y las penas que se digne mandarnos?—Dios lo quiere, y nosotros que le amamos ¿no hallaremos el mayor consuelo, las más puras y santas delicias en cumplir su santa voluntad? Pues quien ama tiene cifrada toda su felicidad en complacer á su amado. ¿Qué no daríamos por obtener una sonrisa de amor de los labios de Jesús y una mirada de ternura de sus divinos ojos?

Pues todo esto lo conseguimos recibiendo alegres y gozosos los padecimientos que nos mande.—Vemos por esto que la paciencia es un tesoro de infinito precio; con ella compramos, si así puede decirse, el amor de Jesucristo.

Aceptemos los padecimientos con acción de gracias á Dios Nuestro Señor, porque son un beneficio, en verdad muy señalado, de una gran misericordia para con nosotros. Cuando el Señor nos aflige nos recuerda estas palabras: Al que amo castigo, y á cualquiera que recibo por hijo le agosto y le pruebo con adversidades (1). A estas palabras llamaba San Pablo de consuelo, y en verdad lo son, pues de ellas tenemos la prueba del amor y la adopción de hijos, misericordias de una grandeza que nos es incomprensible. Estamos, por lo mismo, enteramente obligados á reconocerlas y á ofrecer á Dios Nuestro Señor la gratitud que le debemos. ¡Con cuánta dulzura, con qué amor tan ardiente debemos prorrumpir en bendiciones y alabanzas á nuestro Dios querido por los sufrimientos que nos mande! Bendito sea Él, que así nos ama; bendito sea, que, aunque indignos, nos recibe por sus hijos.—De esta manera las cosas más amargas de la vida se vuelven dulces, y el peso de la tribulación suave y ligero; en todo eso muéstrase la benignidad de Dios hacia nosotros, sus cuidados de Padre amorosísimo y la incansable providencia con que nos gobierna.

Debemos aceptar todos los trabajos y penalidades que el Señor se digne mandarnos, con una humildad muy profunda y con una manse-

(1) Heb. XII, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dumbre que se revele en todo nuestro sér.—Los hermanos de José, recordando las faltas que con él habían tenido, decían al verse castigados: Padecemos justamente por haber pecado en contra de nuestro hermano; y un profeta decía también: Sufriré el castigo del Señor por haber pecado contra Él (1). Que la paciencia cristiana traiga á la memoria todas nuestras faltas; al contemplarlas, ¿tendremos valor para quejarnos de los castigos que sufrimos por ellas? Por lo contrario, esos castigos tendrán que revelarnos que son muy inferiores á los que hemos merecido; y nos dirán que es muy grande la misericordia con que se nos trata, no reservando para la otra vida lo que aquí podemos pagarle con un ligero trabajo.

En el tiempo de la prueba, cuando descarguen los castigos de Dios sobre nosotros, no permitamos que nos arrebaten los ímpetus de la ira, ni dejemos que penetre en el alma la tristeza; mas antes bien, la santa mansedumbre bañe de alegría nuestro semblante y ponga en nuestros labios palabras de benignidad y de dulzura que revelen desde luego la paz del corazón y el gozo espiritual que llenan nuestras almas.

Finalmente, en todas las penas y congojas, en las adversidades y las persecuciones, y en cualesquiera otros males que tengamos que sufrir, pongamos en Dios nuestra confianza, di-

(1) Gén. XLII, 21.—Mich. VII, 9.

ciendo con el Rey Profeta: ¿Dejará de estar mi alma sometida á Dios, dependiendo de Él mi salvación? Él es mi Dios y mi Salvador; siendo Él mi defensa nunca seré conmovido... Mis enemigos quisieron despojarme de lo que más aprecio... Tú, empero, ¡oh alma mía!, estás sujeta á Dios, pues de Él viene mi paciencia. Es mi Dios y mi Salvador, y estando en Él mi ayuda no vacilaré... Tú eres ¡oh Señor! mi paciencia; Tú mi esperanza desde mi juventud (1).

(1) Ps. LXI, 2-7.—LXX, 5.



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXIX

LA PUREZA

I

ESCUCHADME, vosotros que sois prosapia de Dios, y brotad como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; esparcid suaves olores como en el Líbano el árbol del incienso; floreced como azucenas; despedid fragancia, y echad frondosas ramas, y entonad cánticos de alabanza, y bendecid al Señor en sus obras (1). Tal es la virtud de la santa pureza, virtud de los ángeles: más blanca que los ampos de nieve, y más pura que la cándida azucena, trasciende un aroma verdaderamente celestial. ¿Queréis contemplarla en toda su belleza y aspirar su celestial fragancia? Poned los ojos en la Niña preciosa de Dios y en su Hijo divino, y acercaos á la Madre y al Hijo.

(1) Eccl. XXXIX, 17-19

La Madre de Dios, su Niño precioso: al pensar en ellos recordamos estas palabras de los Libros Santos: ¡Oh, cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! Es inmortal su memoria y es honrada de Dios y de los hombres. Cuando está presente la imitan, y cuando se ausenta la echan de menos, y coronada triunfa eternamente (1).

El Verbo de Dios nace del seno del Padre desde la misma eternidad, y es el esplendor de la divina gloria; María salió de los labios del Altísimo como primogénita antes que las demás criaturas. El Verbo de Dios es engendrado de la substancia de su Padre; María fue producida de la nada; mas lo fue con una pureza tan grande y perfecta, que pudiera elevarse hasta el solio de la deidad; sus relaciones tendrían que ser tan estrechas y de una sublimidad tan admirable con Dios Nuestro Señor, que la santa Niña, penetrada, llena enteramente de su mismo Dios, pudiese engendrarle como Madre verdadera. La carne inmaculada de la santa Virgen quedaría fecundizada por la acción omnipotente del Eterno. ¿Qué pureza podrá compararse con la santa pureza de María? Es esta Niña cual cándida azucena rodeada de espinas, y su seno purísimo como un montoncito de trigo rodeado de azucenas, huerto cerrado, fuente sellada, celestial paraíso de donde mana la fuente de la vida. Huerto de delicias embe-

(1) Sap. IV, 1, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llecido con todas las flores de la santidad, y que trasciende con el suavísimo aroma de todas las virtudes; es huerto cerrado y nadie podrá violarlo ni corromperlo con el engaño ó la perfidia. Es fuente sellada con el sello de toda la Trinidad (1).

Hállase relacionada la pureza de María con la Encarnación del Hijo de Dios; por eso aquélla es tan perfecta y hermosa, tan santa y admirable. El que es engendrado entre los resplandores de la luz eterna, al descender al seno de la Virgen santa tendría que ser concebido en la hermosura de la pureza y en la perfección de toda santidad, porque Él es santo por su misma esencia, y no hay en Él tinieblas ningunas.

Ni el más elevado serafín tiene con Dios una unión tan estrecha, ni ha podido con su propia pureza cubrir á su Dios, que, según la expresión de David, se ha vestido de luz: por esto la celestial pureza de María se eleva incomparablemente sobre la de los demás encumbrados serafines, y sólo es inferior á la del Eterno.

En la pureza de María hay una hermosura encantadora; todo en Ella es santo, amable y perfecto; es luz que disipa las tinieblas del pecado; es gracia de amor y virtud; es sonrisa de Dios; es su mirada de inefable ternura y desbordamiento de su amor incomparable hacia María.

(1) Hieron. *De Assump.*

La pureza se entiende *per recessum* á contrario, y nadie está más distante de lo que pueda ofrecerla que quien se halla más unido á Dios; y ¿podremos hallar entre todas las criaturas alguna que esté tan unida á Dios como María?

Por lo mismo, la pureza de esta santa Niña es maravilla divina, hermosura perfecta, brillantísima luz y gracia superior á todas las demás que el Eterno ha dispensado á las otras criaturas.

¡Ay de nosotros! Al pensar en esa elevación casi infinita de la pureza de María, sentimos el más triste desaliento. ¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién podrá permanecer en su santuario? ¿Nos animaremos á exclamar: llévanos en pos de tí y correremos al olor de tus perfumes? Manchados en nuestro mismo origen y cubiertos con la abominable lepra de la culpa, nos avergonzamos de nosotros mismos al pensar en la pureza de que hablamos; mas, sin embargo, preciso es arrojar el desaliento lejos de nosotros y confiar en Dios, ya que tenemos que poner los ojos en otra pureza más elevada y perfecta, cual es la de Jesús, flor del campo y azucena de los valles, de quien está escrito que es el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1); razón de la pureza de María y principio de toda santidad.

La pureza del Hijo de Dios hecho hombre

(1) Sap IX, 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por nosotros, no sólo es perfectísima y sublime, y sobre toda expresión muy elevada, sino también es fuente inagotable de toda santidad. Como el trigo y el vino nos sustentan, así la pureza de Jesús nos comunica la vida de la gracia y nos llena de toda santidad. Él es la luz del mundo, y los que tienen la dicha de seguirle son iluminados con la hermosa y dulce claridad de su doctrina, de sus santos ejemplos y de la gracia, en fin, que sin cesar está manando de su dulce Corazón. Vino del cielo para darnos vida, amor y gracia, y todo esto con gran abundancia. ¡Cuánta riqueza en aquella dulcísima vida que la santidad de Jesús nos comunica; qué amor tan delicioso y santo, y qué gracia tan sublime!

Esta es la excelencia de la pureza, su virtud sagrada y su hermosura incomparable y perfectísima. Veamos ahora la necesidad que de ella tenemos para conseguir la vida eterna.— En esa vida nada manchado puede entrar, porque Dios, pureza infinita, no muestra su rostro sino á los limpios de corazón. Los impuros, dice el Apóstol, no poseerán el reino de los cielos (1). ¿Qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas, ó qué concordia entre Cristo y Belial, ó qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, según estas palabras: Habitaré

(1) I Cor. VI, 9, 10.

dentro de ellos; andaré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid vosotros de entre tales gentes y separaos de ellas, dice el Señor, y no tengais contacto con la inmundicia (1); porque esta es la voluntad de Dios, decía también el Apóstol, vuestra santificación: que os abstengais de la deshonestidad; que sepa cada uno de vosotros guardar su cuerpo santa y honestamente... Porque no nos ha llamado Dios á la inmundicia, sino á la santidad (2).

En otro tiempo no érais sino tinieblas, decía San Pablo á los fieles de Efeso, mas ahora sois luz en el Señor; proceded como hijos de la luz: el fruto de la luz consiste en proceder con toda bondad, justicia y verdad, procurando lo que es agradable á Dios. No querais ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, reprendedlas... Andad con gran circunspección, no como necios, sino como prudentes, recobrando el tiempo perdido; porque los días de nuestra vida son malos, llenos de tentaciones y peligros. No seais indiscretos, sino atentos, para saber cuál es la voluntad de Dios... dando siempre gracias por todo á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (3). Tales son las hermosas y apacibles sendas que al Señor nos conducen, resplandecientes con

(1) II Cor. VI, 14-17.
(2) Thes. IV, 7.
(3) 8-20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la luz de la pureza y perfumadas con la fragancia celestial de la virtud; caminemos por ellas sin desfallecer, y el Cordero de Dios irá delante de nosotros para llevarnos á las fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos.

II

La santa pureza es una preciosa margarita, un tesoro de valor inestimable. Ahora bien: cuando alguno trata de comprar una joya de inmenso valor, al hallarla, vende todo lo que tiene para adquirirla; y cuando damos con un tesoro escondido, vendemos todas nuestras cosas y compramos el campo en donde aquel tesoro se encuentra. ¿Qué no deberemos hacer á fin de adquirir ó conservar la santa pureza, alhaja riquísima y espléndido tesoro de un valor infinito? Grandes son los sacrificios que hacemos sin dificultad por adquirir riquezas ó por la satisfacción de las pasiones; ¿será demasiado el que hagamos otro tanto por conseguir también la santa virtud de la pureza, cuyos frutos son de vida eterna?

Los principales médios que debemos emplear para conseguir y conservar la pureza, ó bien para recobrarla si por desgracia la hemos perdido, son los siguientes:

Primero. Debemos pedir á Dios Nuestro

Señor ese don de los cielos. Cuando llegué entender, decía Salomón, que no podía ser continente si Dios no me lo otorgaba (y era ya efecto de la sabiduría el entender de quien venía este don), acudí al Señor y lo pedí con fervor (1). ¿Queremos ser puros? Pidámoslo á Dios con mucha humildad, con fervor y constancia. Con humildad, porque no merecemos una gracia tan señalada de su amor divino. Nuestras faltas tienen que cubrirnos de vergüenza y revelarnos toda nuestra indignidad. Recordémoslas á fin de humillarnos más y más en la presencia del Señor. Pidamos á Su Majestad con instancia y fervor esa bellísima virtud que le es tan agradable; de ella tenemos grandísima necesidad, ya que la impureza nos cierra las puertas del cielo. En fin, seamos constantes en nuestros ruegos, y Dios se inclinará á nosotros lleno de misericordia. ¿Cómo saldríamos vencedores en los terribles combates que con tanta frecuencia debemos sostener contra ese enemigo doméstico, que conoce, por decirlo así, nuestra gran debilidad, y que acaso tantas veces ha triunfado de nosotros? Elevemos nuestros ojos al Señor y pidámosle su auxilio; confiemos en Él y saldremos vencedores.

Segundo. Desconfiemos de nosotros mismos, porque somos debilidad y miseria. Muy inclinados estamos al pecado; porque nuestro amor

(1) Sap. VIII, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propio y esa mala inclinación de que tantas veces no nos damos cuenta, nos ocultan la gravedad de los peligros y nos hacen descuidados de nuestra conducta. La desconfianza nos hará circunspectos; y en virtud de la misma, sobre todo en circunstancias difíciles, tomaremos las debidas precauciones, y previendo los peligros podremos evitarlos mediante la divina gracia. De otra suerte, esto es, confiando en nosotros, no acudiremos á Dios Nuestro Señor en busca de socorro, ni conoceríamos que distábamos de la muerte un solo paso, como decía David (1). Y sucede tantas veces que á pesar de la desconfianza y de las precauciones que tomamos para evitar el pecado, nos vemos en gravísimo peligro ó incurrirmos en él; ¿qué podrá pasarnos si vivimos con una confianza temeraria que por nada se arredra ni prevé cosa alguna? Tal confianza es el resultado de nuestra soberbia, ó si se quiere de una culpable indiferencia por los intereses de la vida eterna; no son estos los caminos que han de llevarnos al Señor.

Tercero. Si deseamos adquirir ó conservar la santa pureza, procuremos guardar el corazón con toda vigilancia, y sujetar nuestros sentidos á las leyes de la modestia cristiana. En cuanto á lo primero, es indispensable rechazar con prontitud y fortaleza todo pensamiento poco digno de la santidad cristiana, co-

(1) Reg. XX, 3.

rregir los extravíos de la imaginación, pues de otra suerte nos acercaríamos al peligro y tal vez sucumbiríamos, ó, por lo menos, tendríamos que perder la tranquilidad de nuestro espíritu, y el fastidio por las cosas de Dios y la tibieza en su santo servicio, muy pronto tendrían entrada en nuestras almas. En tales circunstancias ¿recibiríamos con docilidad y prontitud, con verdadera alegría, las inspiraciones de la gracia, y sería para nosotros dulce y amable el yugo del Señor? Neguemos, pues, al corazón esos entretenimientos tan perjudiciales; neguemos á nuestros sentidos una vana y peligrosa libertad. ¿Quién podrá decirnos cuántos han sido los males que nos ha ocasionado la libertad de la vista; la curiosidad que nos inclina á escuchar conversaciones nada edificantes; la locuacidad, y en fin, la falta de modestia en nuestras acciones?

Cuarto. Huir de las ocasiones y peligros nos es enteramente indispensable para la virtud de la pureza. Quien ama el peligro, perecerá en él, ha dicho el Señor (1), y su palabra es la verdad. Exponiéndonos al peligro ó permaneciendo en él por nuestra voluntad, no obligaremos por cierto á Dios Nuestro Señor á darnos el socorro de su gracia. Aun más: en tales circunstancias, no haremos gran caso de las inspiraciones divinas; los llamamientos del Señor mil y mil veces serán rechazados por

(1) Eccl. III, 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros; y ¿mereceremos que nos llame el Señor al buen camino, con una conducta semejante? Evitemos, pues, cuanto esté de nuestra parte todas las ocasiones y peligros de que hablamos, pues sin esto casi no tendrían resultado favorable los otros medios que pusiéramos en práctica á fin de conservarnos en la gracia del Señor.

Quinto. La meditación de las verdades eternas y el temor de Dios son también medios muy poderosos para conservar la pureza de nuestra alma. Cuando el mundo y las pasiones nos inclinen al pecado, acordémonos de los eternos y atrocísimos tormentos con que Dios lo castiga en el infierno: ¿podremos habitar en aquel fuego devorador, vivir entre los ardores que nunca han de acabarse?

Pensemos también en la pasión y muerte del Señor, á quien de nuevo crucificamos con nuestras culpas, y traigamos á la memoria estas palabras de San Pablo: Una horrenda expectación del juicio y un fuego abrasador ha de devorar á los enemigos del Señor. Quien prevarica contra la ley de Moisés, es condenado, sin remisión, á la muerte; pues ahora considerad cuánto más acerbos serán los suplicios del que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del Testamento, por la que fue santificado, y ultrajare al Espíritu de la gracia (1).

(1) Heb. X, 27-29.

Sexto. Si queremos ser puros, sujetemos á la penitencia nuestra carne, tantas veces rebelde á la ley del Espíritu, no olvidando jamás que los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y pasiones, y que si vivimos por Espíritu de Dios debemos proceder según este mismo Espíritu (1).—Si regalamos nuestra carne y accedemos á todos sus deseos, ¿morará en ella el Espíritu de la pureza? Dios Nuestro Señor, dice la Escritura divina, estableció al pueblo de Israel en una tierra excelente para que comiera de la fruta de los campos y gustara la miel que se encuentra en las cavidades de las peñas, y el suave aceite de los olivos que se crían entre las más duras rocas, la manteca de las vacas y la leche de las ovejas, la grosura de los corderos y las carnes del país de Basán, machos de cabrío, la flor del trigo; y para que bebiera, la sangre de las uvas en purísimo vino. Engrosóse el amado y tiró coces; engrosado, robustecido, ensanchado, abandonó á Dios su Hacedor y se alejó de Dios su Salvador (2).—La sabiduría de Dios, esto decimos también de la pureza, no entrará jamás en alma maligna ni morirá en cuerpo sujeto á pecados (3).—Los Santos, á fin de conservarse puros, se sujetaron á los rigores de la penitencia, y si nosotros descansamos lo mismo que ellos

(1) Galat. V, 24, 25.
(2) Deut. XXXII, 13-15.
(3) Sap. I, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descansaron, tenemos que seguir sus ejemplos con esfuerzo y constancia; porque el reino de Dios se alcanza á viva fuerza, y los que se hacen violencia á sí mismos son los que lo arrebatan.

Séptimo. Tengamos á la Madre de Dios una devoción especialísima, para que Ella nos alcance el don de pureza. Es María la más pura de las vírgenes, la reina de toda castidad, la que llevó en su seno al Cordero de Dios. Están en las manos de esta santísima Señora todos los tesoros del Eterno: el candor de la inocencia, la integridad de las vírgenes; en una palabra, la santa virtud de la pureza, á fin de comunicarla á todos los cristianos. Cubrámonos, pues, con su manto virginal; invoquemos con frecuencia su sagrado nombre, sobre todo á la hora del peligro. En las angustias, en las dudas, pensemos en Ella; pongamos nuestra confianza en su gran misericordia, y María rogará por nosotros al Señor.

Octavo. Al conocer el peligro y al sentir la tentación que nos inclina al pecado, apartémonos luego de aquél y resistamos á ésta con prontitud y fortaleza, pues toda la tardanza en esta materia es peligrosísima; y, por otra parte, huir del peligro y resistir las tentaciones al instante mismo que se nos presentan, nos será más fácil que dejando pasar algún tiempo. Además, ¿por qué no seríamos generosos en los combates que sostenemos por Dios Nuestro Señor, portándonos de la manera más santa y

perfecta que nos sea posible? Haciéndolo así, la benignidad de Dios se inclinará á nosotros para colmarnos de sus gracias con mayor abundancia y largueza.

¡Oh, si supiéramos cuánta es la hermosura de la pureza y cuán agradables nos hace á los ojos del Señor! Tendríamos, sin duda, el más decidido y generoso empeño por conservarla; nada serían para nosotros los mayores sacrificios, y día y noche estaríamos pensando en aumentar aquel preciosísimo tesoro de inmortalidad y de vida eterna por medio de la vigilancia y la mortificación, y recurriendo á Dios nuestro Señor pidiéndole su auxilio, acordémonos de estas palabras del Divino Maestro: *Hoc fac et vives* (1). Hagámoslo así y alcanzaremos la vida eterna.

(1) Luc. XI, 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXX

LA PIEDAD

I

Los dones del Espíritu Santo, dice el Angel de las Escuelas, son ciertas disposiciones habituales del alma que la hacen apta para seguir con prontitud el impulso del Espíritu Santo; mas el Espíritu Santo nos mueve á que tengamos cierto afecto filial á Dios, según estas palabras: Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos por el cual clamamos: Padre, Padre mío; y puesto que á la piedad pertenece propiamente tributar obsequio y culto al Padre, síguese que la piedad por la cual tributamos culto y honor á Dios como á Padre, mediante el impulso del Espíritu Santo, es un don del mismo Espíritu.

Dar culto á Dios como á Creador, lo cual hace la religión, es más excelente que tributarlo al padre carnal, lo cual hace la piedad, que

es virtud; mas tributar el culto á Dios como á Padre es más excelente que como á Creador y Señor. Por esto la piedad, en cuanto es un don, es más excelente que la misma religión.

Así como por la piedad, que es virtud, el hombre no sólo obsequia á su padre, sino también á todos los consanguíneos, según que pertenecen al padre, de la misma manera la piedad, según que es don, no sólo obsequia á Dios, sino también á los hombres en cuanto pertenecen á Dios, y por esto es propio de la misma piedad honrar á los Santos y no contradecir á las Santas Escrituras. Además, la piedad viene en auxilio de los que sufren la miseria, y aunque este acto no tenga lugar en la patria, principalmente después del juicio, lo tendrá, sin embargo, el acto principal de la piedad, que consiste en reverenciar á Dios con filial afecto, y esto ha de realizarse principalmente según estas palabras: Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios (1), y asimismo los Santos se honrarán mutuamente. Mas antes del juicio se compadecen también de los que viven en el presente estado de miseria (2).

Pensemos, pues, en nuestro Dios, en el Padre dulcísimo á quien tenemos que amar con afecto de hijos, á quien son debidos el respeto y la obediencia.

Si pensáramos con frecuencia en la bondad

(1) Sap. V, 5.
(2) 2-2, Q. CXXI, a. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y dulzura que tiene para nosotros nuestro Padre amabilísimo, la más dulce piedad llenaría nuestras almas. ¿En donde hallaremos otro corazón que así nos ame y que tanto se interese por nosotros, como el del Padre celestial? Nos adoptó por hijos, mas ¿en quién lo hizo ó qué amor tuvo presente para adoptarnos? Esta es una bondnd infinita, una liberalidad y una largueza que ni podemos comprender, ni jamás pagaremos dignamente. Dícenos San Pablo: Dios nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por la castidad, habiéndonos predestinado al sér de hijos suyos adoptivos por Jesucristo; á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo agradables á sus ojos en su querido Hijo (1).

La filiación adoptiva tiene cierta semejanza natural. Ahora bien: el Hijo de Dios procede naturalmente del Padre como Verbo intelectual, y es uno con el mismo Padre. La semejanza con este Verbo divino puede tenerse de tres maneras: primera, según la razón de forma; segunda, también respecto á la intelectualidad de la misma forma, y tercera, según la unidad que el Verbo Eterno tiene con su Padre, lo cual se verifica por la gracia y la caridad. ¡Oh, Señor! decía Jesucristo á su divino Padre, que sean mis discípulos una cosa en nosotros, como

(1) Ephes. I, 4-6.

también nosotros lo somos (1). Tal semejanza completa la razón de la adopción, puesto que á los así asimilados se les debe la herencia eterna (2).

Nuestra semejanza con el Hijo de Dios según la unidad que tiene con el Padre; el derecho á la herencia de los cielos... ¡oh cuantas maravillas brillan juntamente con todos los encantos de la divina bondad! Sí, la bondad divina es la que resplandece en nuestra adopción de hijos. El hombre, en lo que hace, trata de atender á su necesidad, mas no así Dios, que nos comunica la abundancia de su perfección por su bondad infinita. Ella es altísima, inmutable y eterna, y sin embargo se inclina hasta nosotros para comunicarnos los tesoros de su gracia.

Dios, al adoptarnos por hijos, nos une á su Verbo Divino y nos une á sí mismo. ¡Qué unión tan misteriosa y santa! Manantial de inagotables delicias que se derraman en nuestra alma casi sin medida. Pensamos en el Hijo de Dios y exclamamos: es nuestro hermano. Ponemos los ojos en el Padre celestial y decimos: es nuestro Padre amabilísimo y santo, que se dignó adoptarnos por hijos en su Hijo Unigénito... Así se ha dignado amarnos el Señor: ¿dejaríamos de corresponder con amor de hijos al más excelente y perfecto de todos los padres? Nuestra alma siéntese abrasada en las llamas del amor

(1) Joann. XVII, 22.
(2) 3 p. Q. XXII, a. 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

divino. ¡Qué Padre tan bueno tenemos en los cielos! Lleno de benignidad y de dulzura nos reconoce por sus hijos, nos estrecha en sus brazos, nos lleva en su seno, y somos agradables á sus divinos ojos en su Hijo Unigénito Nuestro Señor Jesucristo.

Este es el gran motivo, si así podemos llamarlo, del amor que la piedad despierta en nuestras almas hacia Él: es nuestro Padre, y lo ha querido ser por su infinita bondad. Es nuestro Padre, y se ha dignado unirnos con sagrado vínculo á su Hijo Unigénito, y en esto mismo háceno participant s de la herencia de los cielos. *Ipsius enim et genus sumus:* somos de su linaje (1). ¡Qué expresión tan sublime! Eleva nuestras almas hasta el mismo Dios y nos llena de inefable dicha. No somos de nosotros mismos, sino de Dios; mas si esto es así, tenemos que seguir, según la enseñanza del Apóstol, una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos en toda especie de buenas obras, y adelantando en la ciencia de Dios... dando gracias á Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los Santos, iluminándonos con la luz del Evangelio (2).

Somos del linaje de Dios; por eso todos sus intereses son nuestros, y somos nosotros enteramente suyos. En Él está nuestra vida; Él es nuestra riqueza; Él nuestro amor. Descansa-

(1) Act. XVII, 28.
(2) Colos. I, 10-12.

mos en su seno con la más humilde y amorosa confianza, porque es nuestro Padre, porque el amor que le tenemos no nos deja buscar otro asilo, ni hay para él otro lugar de encantos y delicias que el dulcísimo regazo de ese Padre, que se ha dignado adoptarnos por sus hijos. ¡Ojalá que siempre le amemos con todo nuestro afecto!

II

Nuestro amor para con el Padre celestial debe ser humildísimo, porque son infinitos su poder y su grandeza, su majestad y su gloria; y delante de Él, ¿quiénes somos nosotros? Al pensar en esto, la benignidad y la condescendencia de Dios Nuestro Señor arrebatan toda nuestra admiración, y la piedad nos llena de ternura. Ese Dios tan grande que reina en lo más elevado de los cielos, omnipotente, inmutable y eterno, se ha dignado adoptarnos por hijos... ¿Cómo no humillarnos y aniquilarnos en su presencia? Y al ser nuestro Padre nos impone la santa y deliciosa obligación de amarle con amor filial. ¿En dónde hallaremos quien así nos ame, ó quien tenga más derecho á nuestro amor? Sentimos ser hijos indignos de un Padre tan bueno, y no haberle amado ni poderle amar cuanto merece; porque somos criaturas miserables que nada podemos sin su auxilio y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muchas veces le hemos ofendido; mas ese Padre dulcísimo jamás nos olvida, y una y otra vez nos llama á sus brazos, y al venir á ellos dice estas palabras: Este mi hijo estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y le he hallado (1).

La piedad que así nos humilla delante de Dios, llena al mismo tiempo nuestro espíritu de la más profunda reverencia, y nos dice que debemos obedecer con sumisión perfectísima á un Padre tan bueno. Dícenos también que si somos hermanos de Jesús, tengamos presente que Él, como hombre, tuvo á su divino Padre una infinita reverencia (2), y que le obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz. La piedad nos dice asimismo que si la adopción humana nos inspira amor, respeto y obediencia para con aquellos que nos reciben por hijos, la adopción divina es más poderosa y fecunda; pues Dios, al que adopta le hace apto por el don de su gracia; mas el hombre, al adoptar, más bien elige al que ya tiene la aptitud (3).

El ejercicio corporal sirve para pocas cosas, dice el Apóstol; mas la piedad sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura. Esta es palabra fiel y digna de toda acepción. En verdad, por eso sufrimos trabajos y oprobios, porque esperamos

(1) Luc. XV, 24.
(2) 3.ª p. Q. VII, a. VI.
(3) Id. Q. XXIII, a. I.

en el Dios vivo, que es Salvador de todos los hombres, principalmente de los fieles (1). ¿Qué bienes no hallaremos en la piedad filial que nuestro buen Padre Dios se digna inspirarnos para con Su Majestad? Ella es útil para todo. En efecto; al inspirarnos un dulce sentimiento hacia el Padre celestial, nos muestra en Él la fuente de todos nuestros bienes; nos asegura que su bondad es infinita, y que siempre está inclinado á socorrernos; que su Providencia es amorosísima y que nunca llega á olvidarnos. Esto nos da una confianza muy grande, que conserva la paz de nuestro corazón en medio de los peligros y en las mayores desgracias; podemos decir con David: Aunque se reúnan contra mí grandes ejércitos no temblará mi corazón, y en medio del combate se mantendrá firme mi esperanza (2).

Las más grandes desgracias no nos harán desfallecer, ya que nuestro Padre no ha de permitir que sean mayores que las fuerzas que Él mismo tendrá que darnos para resistir. Nada sucede sin su santa voluntad, y Él no quiere nuestra ruina; mas al contrario, todo lo dispone para el bien de sus hijos.

Esa confianza que la piedad nos inspira, se funda solamente en la bondad de Dios, que nunca deja confundido á quien pone en Él la esperanza de su salvación.

(1) I Thim. IV, 8-10.
(2) Ps XXVI, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La piedad nos rinde á los pies del Padre celestial, y hácenos pedirle cuanto hemos menester; esto es lo que los hijos hacen con sus padres; y á nuestro Padre divino, no sólo pedimos los bienes de la vida presente, sino antes que todo los de la eterna.

Si la piedad nos muestra al Padre de que hablamos tan dulcemente inclinado á nosotros, no nos oculta cuánto le debemos y la obligación estrechísima y sagrada de vivir del todo sujetos á la voluntad del mismo Padre. Como en una familia cumplen los hijos la voluntad de su padre, de quien es el gobierno, así nosotros, á quienes Dios se ha dignado adoptar por hijos, tenemos que cumplir su voluntad sagrada, de tal manera, que la nuestra sea una misma con la suya cuanto fuese dable; y santificados, elevados nuestros sentimientos, no resistirán al poder divino.

¿Por qué tanto nos abruman los males y desgracias que sufrimos, y nos hacen tan pesada la existencia, que muchas veces nos parece una carga insoportable? ¿Por qué la melancolía y el desaliento penetran hasta el fondo de nuestra alma, nos envuelven en tristísimas tinieblas, y los ayes que exhalamos revelan mas no alivian nuestras penas? Hemos olvidado que Dios es nuestro Padre, y no es tan tierna y amorosa cual debiera serlo nuestra piedad filial para con Él. Si entonces recordásemos que Él es un Padre que nunca nos olvida, omnipotente y lleno de bondad, los males y desgracias no nos

harían desfallecer, ni la tristeza llegaría á oprimirnos, y aligerado el peso del dolor éste apagaría sus ayes.

La piedad filial derrama en el fondo del alma una dulzura misteriosa y santa que suaviza nuestro carácter y nos inclina á la santa mansedumbre, á la benevolencia para con todos, de tal manera, que podamos decir las palabras del Apóstol: Híceme todo para todos á fin de ganarlos á todos (1).

En los deberes que la religión nos impone hallamos, mediante la piedad, consuelos y delicias inefables. Al pie del sagrado Tabernáculo, ó bien lloramos nuestras culpas, ó sentimos que el corazón se nos abrasa en las llamas del amor divino; la piedad mezcla sus dulzuras é infunde en el alma la esperanza del perdón de los pecados, y vuelve más vivas y ardorosas las llamas del amor que nos abrasa.

¿Quién podrá decirnos cuánta es la fortaleza y cuánta la resignación que la dulce piedad sabe inspirarnos en las más difíciles y azarosas circunstancias de la vida? Y no hay que extrañar que nos alivie y consuele con tanta largueza y con una benignidad tan admirable. La piedad toma su virtud y sus consuelos, y su gran misericordia y cuanto tiene de amable y bondadosa del corazón de nuestro Padre amorosísimo, cuya clemencia es infinita y rica fuente de gracias celestiales. Padre mío, Padre mío,

(1) 1 Cor. IX, 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la piedad nos hace pronunciar con dulzura inefable ese nombre sagrado, y este Padre amoroso nos colma de bondad y gracia.—Amémosle con todo nuestro afecto; pongamos en Él nuestra confianza; pidámosle su auxilio y nunca lleguemos á olvidarle. ¿Cómo olvidar al que nunca nos olvida; ó no pedir su auxilio á quien puede y quiere socorrernos; ó no confiar en el que siempre nos protege con su amable Providencia; ó no amar con todo el corazón al dulcísimo Padre que tanto nos ama? Que Él sea bendito para siempre. Amén.

CAPÍTULO XXXI

LA PRESENCIA DE DIOS (1)

I

He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Él, habitando en medio de ellos, será su Dios, y enjugará de sus ojos todas las lágrimas (2). Dios los esconderá donde tiene escondido su rostro, preservándoles de las turbulencias de los hombres. Los pondrá en su Tabernáculo á cubierto de las lenguas maldicientes (3). El pecado arrojó al hombre del paraíso terrenal; la presencia de

(1) Aunque ya hemos hablado de la presencia de Dios, la importancia de la materia hace que le consagremos el presente capítulo.

(2) Apoc. XXI, 3, 4.

(3) Ps. XXX, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la piedad nos hace pronunciar con dulzura inefable ese nombre sagrado, y este Padre amoroso nos colma de bondad y gracia.—Amémosle con todo nuestro afecto; pongamos en Él nuestra confianza; pidámosle su auxilio y nunca lleguemos á olvidarle. ¿Cómo olvidar al que nunca nos olvida; ó no pedir su auxilio á quien puede y quiere socorrernos; ó no confiar en el que siempre nos protege con su amable Providencia; ó no amar con todo el corazón al dulcísimo Padre que tanto nos ama? Que Él sea bendito para siempre. Amén.

CAPÍTULO XXXI

LA PRESENCIA DE DIOS (1)

I

He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Él, habitando en medio de ellos, será su Dios, y enjugará de sus ojos todas las lágrimas (2). Dios los esconderá donde tiene escondido su rostro, preservándoles de las turbulencias de los hombres. Los pondrá en su Tabernáculo á cubierto de las lenguas maldicientes (3). El pecado arrojó al hombre del paraíso terrenal; la presencia de

(1) Aunque ya hemos hablado de la presencia de Dios, la importancia de la materia hace que le consagremos el presente capítulo.

(2) Apoc. XXI, 3, 4.

(3) Ps. XXX, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios le introduce, no ya en el antiguo edén, sino en el Tabernáculo del mismo Dios, mansión de verdadera paz y de consuelo, á donde no se acerca el espíritu del mal y donde Dios derrama la abundancia de su gracia.

La presencia de Dios eleva y santifica nuestras almas; las ilumina con los resplandores de su luz; las llena de fortaleza y de confianza, de temor y de humildad; les inspira un profundo desprecio á los bienes miserables de la tierra, y, en fin, las hace caminar á grandes pasos por la senda de la perfección.

Dios es una grandeza infinita y una perfección altísima y amable que nunca podrá cambiar. Le contemplamos con los ojos de la fe; ¿qué son entonces para nosotros las grandes pequeñeces de este mundo, ó dónde están su perfección y la hermosura que puedan atraer nuestras miradas? Son como si no existiesen, y descubrimos en las mismas grandes deficiencias y miserias. La grandeza de Dios es inmutable y eterna, y nunca el brillo de su gloria puede amortiguarse. Sólo el Señor es grande y hermoso, y sólo Él es perfecto y amable por su misma esencia. Le contemplamos á la luz de la fe con miradas llenas de amor y de ternura, y nuestro espíritu se eleva más allá de las nubes, y quiere llegar en su atrevido vuelo hasta el trono de ese Dios altísimo y santo para ofrecerle sus bendiciones y alabanzas, para cantar su gloria eterna y soberana.

Si nos hemos acercado hasta el Señor teniéndole presente, sus miradas han iluminado nuestros ojos, porque escrito está: Acercaos á Él y seréis iluminados (1). Y ¿cuál es la enseñanza que nos suministra la presencia de Dios? Él es la eterna Verdad, el sumo Bien y el fin de nuestras almas. Es la verdad que disipa las tinieblas y destruye los errores de la inteligencia.

Nuestro corazón se inclina desordenadamente á los bienes de la tierra, y cree hallar su felicidad en este mundo; mas esos bienes son la misma vanidad, y el mundo pasa con sus encantos y placeres. Dios entre tanto se nos presenta siempre el mismo. Oyó Isaías una voz que decía: Clama. ¿Qué es lo que he de clamar? preguntó el profeta. Que toda carne es heno y toda su gloria como la flor del prado. Todo hombre en verdad es como el heno. Se secó el heno y la flor; mas la palabra del Señor dura eternamente (2). Dios nunca pasa; su santísima presencia así nos lo muestra, inmutable y eterno, existiendo por sí mismo y teniendo por su esencia la plenitud del sér, la vida que nunca desfallece. ¡Con qué mirada tan dulce y amorosa le contemplan nuestros ojos, y qué delicias son las que gozamos pensando en nuestro Dios querido! De esta suerte su presencia nos eleva y santifica.

Al contemplar á Dios tan cerca de nosotros, sentimos, por decirlo así, su acción poderosa y

(1) Ps. XXXIII, 6.
(2) XL, 6-8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llena de misericordia: nos da la vida; penetra todo nuestro sér y detiene en sí mismo nuestro pensamiento, y según la expresión de Isaías, ejecuta todas nuestras obras (1). Esa omnipotencia del Altísimo que así nos descubre el resplandor de su gloria, y su benignidad que tanto le acerca á nosotros, ¿dejará de producir la fortaleza y la confianza en nuestras almas? Así como es la luz y al acercarnos á Él somos iluminados, así también siendo como es la bondad y el poder, su amable cercanía, que alcanzamos teniéndole presente, nos da la fortaleza y la confianza. Todo lo podemos en Él; todo lo esperamos de su gran bondad, que nunca nos confunde.

Dichoso el hombre que siempre teme á Dios (2), porque siempre cumplirá la ley divina. Si queremos tan dulce bendición, tengamos presente á nuestro Dios querido. La presencia de Dios, al revelarnos la majestad y la grandeza, la sabiduría y la justicia del Eterno, infundirá en el alma un sagrado respeto, una humildad profundísima. A Dios no se le ocultan nuestros crímenes y su justicia es santísima y terrible: ¿cómo no temerla, sabiendo que nadie podrá librarnos de sus manos? Y delante de Él ¿nos atreveríamos á ofenderle? Y la presencia de Dios no nos deja olvidarle, y adonde quiera que vayamos estará con nosotros; y esto no

(1) XXVI, 12.
(2) Prov. XXVIII 14.

como quiera, sino viniendo siempre á la memoria su majestad y su grandeza, su terrible justicia y su poder.

La presencia de Dios engendra en nosotros la humildad. ¿Quién soy yo, decía Job, para responderle y dirigirle mis palabras? Aun cuando tuviese alguna cosa que alegar por mi parte, no la alegaré, sino que he de implorar la clemencia de mi Juez... Si yo quisiera justificarme me condenaría mi propia boca, y al manifestarme como inocente, Él me convencerá de reo... Por más que me lave con aguas de nieve y reluzcan mis manos como las más limpias, sin embargo me tendrá como sumergido en inmundicias, y hasta mis vestidos tendrán asco de mí, porque no habré de dar mis descargos á otro hombre como yo ni á quien pueda igualmente ser citado conmigo á juicio (1). Innumerables faltas descubrimos en nosotros á la luz de la presencia divina, luz purísima y brillante y que penetra aun los pensamientos más ocultos del corazón. Bien lo sabemos; nada está oculto á las miradas de Dios ni es posible poderle engañar; por esto tenemos que humillarnos profundamente delante de sus ojos é implorar, como Job, su gran misericordia.—Cuando la divina presencia nos está mostrando la santidad perfectísima, la infinita pureza de Dios Nuestro Señor, ¿podríamos dar lugar en nuestro espíritu á la vanidad ó á la soberbia?—Todo lo con-

(1) IX, 14 et seq.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trario; nos humillaremos más y más delante del Señor y alabaremos su bondad inmensa en sufrirnos á pesar de todas nuestras faltas.

Dios es la fuente de todos nuestros bienes, y estos son eternos y llenarán cumplidamente nuestra dicha; rebosarán de nuestro seno, y serán como aquella medida de que habla el Evangelio: buena, apretada y bien colmada, hasta que se derrame (1). Al contemplar todo esto en Dios Nuestro Señor mediante su divina presencia, se producirá en nosotros el desprecio más profundo á los bienes de la tierra, en los cuales sólo hallaremos vanidad y miseria y aflicción de espíritu. ¿Qué tiene el hombre de todo su trabajo acá en la tierra (2)? Nada más que vanidad y aflicción de espíritu. El hombre mismo es, dice la Escritura, suma vanidad: *omne est parte vanitas* (3); que no vive ni puede subsistir sino en Dios, fuente inagotable de la vida.

Teniendo á Dios presente, que es bien inmutable y eterno, ¿le dejaremos por los miserables bienes de este mundo ó podremos compararle con ellos? Los desengaños más crueles vendrán á amargar nuestra existencia, y aquellos objetos en que cifrada teníamos nuestra dicha, al retirarse para siempre consumarían nuestro infortunio. De todo esto nos advierte la presencia de Dios y trata de salvarnos de tan grandes

(1) Luc. VI, 38.
(2) Eccles. I, 3.
(3) Ps. XXXVIII, 6.

males; por esto en todo tiempo y lugar pensemos en nuestro Dios querido.

La presencia de Dios nos hace caminar á grandes pasos por las sendas de la perfección, porque á cada instante nos descubre en Su Divina Majestad nuevos encantos y bellezas, y hacia Él nos lleva con nuevas inspiraciones de la gracia. Aquella presencia hácenos exclamar con el Profeta Rey: ¡Oh Señor! descúbrenos tu rostro y seremos salvos (1).—Mi alma suspira y padece amorosos deliquios, ansiando estar en los atrios del Señor; sedienta está del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo tendrá que llegar el día en que vea el rostro del Señor! (2). Tan vivos deseos, tan ardientes suspiros nos acercan más y más á Dios, haciéndonos marchar por las sendas de todas las virtudes. Nada nos arredra ni llega á detenernos, ¿ni qué dificultad podría parecer insuperable cuando así nos encanta y enamora la belleza del Señor, que nos descubre su presencia entre los velos de la fe; cuando Dios nos brinda con tanta largueza los socorros de su gracia? Anda delante de mí y sé perfecto, dijo Dios á Abraham (3); caminemos también nosotros en la presencia de Dios y seremos perfectos.

(1) Ps. LXXIX, 8.
(2) Ps. XXXIII, 3—XLI, 3.
(3) Gen. XVII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Consiste la práctica del ejercicio de que tratamos en este capítulo, en considerar á Dios en nosotros mismos, y esto con una fe tan viva como si lo viésemos con los ojos corporales. No podemos dudar de su presencia, porque Él es inmenso y llena el cielo y la tierra; mas nos es indispensable avivar nuestra fe cuanto estuviese en nosotros.

A los actos de la inteligencia deben seguir los de la voluntad, mediante los cuales nos dirigimos á Dios Nuestro Señor. Creemos en Él y nos hallamos en su divina presencia; la voluntad debe amarle, adorarle y bendecirle. La fe nos le presenta resplandeciente de majestad y de belleza; es inmutable y eterno; es el Creador del cielo y la tierra, el que todo lo puede. Su santidad es infinita y su justicia rectísima. No hay en Él cambio ni sombra de mudanza; siempre es el mismo. Nadie se oculta ni puede ocultarse á sus miradas; todo está patente á sus divinos ojos y escudriña lo más profundo de nuestros pensamientos. Porque es la misma justicia y una santidad infinita, no dejará que el crimen quede sin castigo. Él tendrá que juzgarnos, y nadie puede apelar de su sentencia; castigará á los malvados con la pena eterna, y este Dios santísimo que examina las mismas justicias, nos rodea por todas partes y se halla en nuestro

mismo corazón. Si, pues, le tenemos presente por una fe muy viva, sin duda una y otra vez tendremos que exclamar: ¿Quién podrá estar en la presencia de este Señor de excelsa y soberana majestad, de este Dios tan santo (1)? Y ese pensamiento alejará de nosotros el pecado; y el fuego de las pasiones no será tan activo, ni éstas harán por arrastrarnos en su ciego furor al precipicio; y si el demonio se acercare á tentarnos, la presencia de Dios, á quien luego acudiremos, le alejará de nosotros.

Si tenemos presente á Dios Nuestro Señor en todas nuestras obras, éstas le serán muy agradables mediante la divina gracia, porque fácilmente podremos rectificar y elevar nuestra intención, pues en todas ellas hállase presente el que es su verdadero fin. Caminan por las sendas de la rectitud, mas el término glorioso de esas sendas no se le oculta. Aun más: está muy cerca en ellas mismas, y Dios es la luz, la vida y la fuerza, y Dios también es soberana delicia de tales obras.

La presencia de Dios santifica nuestras acciones y les da un mérito excelente. Comer, beber y las demás obras de la vida animal, ¿qué mérito pueden tener por sí mismas? Y sin embargo al practicarlas, teniendo á Dios presente nuestro corazón, sirven á su gloria, se elevan al trono de la Majestad y cantan, por decirlo así, himnos de bendición y de alabanza, de re-

(1) Reg. VI, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocimiento y gratitud, de acción de gracias al soberano Bienhechor que se digna sustentar á sus criaturas con una providencia amorosísima y que nunca desfallece. Por esto el Apóstol decía á los Corintios: Ya sea que comáis ó que bebais ó que hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (1). Para esto, sin duda, necesitamos elevar el corazón á Dios Nuestro Señor, pensar en Él, y su santísima presencia no sólo le pone delante de nosotros, si que también hácenos oir estas palabras cual si saliesen de los labios de Dios: *Ecce adsum;* estoy presente, nos dice nuestro Dios querido. ¿Cómo olvidarle cuando así nos habla; cómo no ofrecer á su divina gloria todas nuestras obras, cuando está presente á nuestros ojos y se acerca, por decirlo así, á fin de recibir nuestras ofrendas?

La presencia de Dios no sólo infunde en nuestras almas su santo temor y nos facilita suma pureza de intención en todas nuestras obras, sino también nos proporciona la práctica de las más elevadas virtudes. En efecto, esa presencia nos le descubre como bondad infinita y origen de todos nuestros bienes, y la bondad de Dios y su amabilidad incomparable y los beneficios que se ha dignado dispensarnos, son poderosos motivos que nos alientan á practicar las virtudes. Veámoslo, si no, en las siguientes consideraciones.

(1) 1 Ep. X, 34.

Mediante la presencia divina á que nos referimos, la acción de Dios sobre nosotros nos revela con admirable claridad su bondad santísima. En este instante, decimos teniéndole presente, el Señor no se olvida de mí, sostiene mi vida, está en ella misma y esto por un efecto de su buena voluntad, porque me ama; y ¿yo he merecido por ventura el cuidado que tiene de mí; la señalada y cariñosa prueba de su amor al sostener por sí mismo mi existencia, al hallarse en todo mi sér con una presencia tan llena de misericordia? He ahí su bondad infinita benignísima y amable sobre toda expresión, sobre todo entendimiento. Todo esto lo estamos viendo en Dios Nuestro Señor, á quien tenemos presente. *Ecce adsum,* vuelve á decirnos; mas está en nosotros dándonos la vida, amándonos con inefable y sacratísimo cariño. Al oir una voz tan divina, tan llena de amor y de dulzura, nos acordamos de estas palabras de la Esposa: Mi alma se ha liquidado al escuchar sus palabras (1). Hemos escuchado la voz del que nos ama y á quien tenemos presente, y hay que decirle: ¿En dónde descansas, en dónde te apacientas?—Descansa en nuestro seno y se apacienta de nuestas virtudes; de la fe que en Él tenemos, de la esperanza que alienta con su gracia y del amor que ha encendido en nuestro pecho. —¡Ah, nuestra alma no permanece indiferente! También se liquida como el alma de

(1) Cant. V, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Esposa santa, también desfallece de amor.

La divina bondad se nos presenta benignísima y amable. En ella vemos misericordia y compasión para nosotros; ¿cómo pagaremos sus favores? No hay en nosotros sino pobreza y miséria, y sin embargo oimos que el Señor nos dice: Hijo mío, dame tu corazón (1), y la amabilidad de Dios Nuestro Señor nos descubre nuevos encantos y atractivos, y una suavidad que inunda de delicias todo nuestro sér. Nos pide Dios un corazón que tantas veces le ha ofendido, y al dárselo perdona todas nuestras culpas, y por esto su santa presencia no produce en nosotros sino un gozo purísimo y una paz que el mundo no conoce.

Dios está presente á nuestra inteligencia y se halla en nuestro corazón; le vemos, le amamos y Él nos comunica con admirable largueza la abundancia de sus gracias, que son cadenas de amor que nos ligan con Su Majestad. En sí mismas tales gracias, son dignísimas de todo aprecio y obligan nuestra gratitud con Dios; y Él las enriquece, si así podemos decirlo, y aumenta su valor, dispensándolas con afecto de Padre, con un amor muy grande. Es el primero de sus dones el amor, y este amor se complece en nuestro bien. Así lo vemos al tenerle presente; siempre nos muestra el vivo interés que tiene por nosotros, y siempre le hallamos en nosotros mismos benigno y amable y lleno de misericor-

(1) Prov. XXIII, 26.

dia y de paciencia, sufriendo nuestras faltas y atrayendo nuestro corazón á la virtud. No nos es posible contar los beneficios que se ha dignado dispensarnos, y por otra parte no se nos oculta que ni se cansa de favorecernos ni jamás llegarán á agotarse los tesoros de gracias que quiere dispensarnos. ¿Cómo, pues, olvidarle un solo instante ó dejar de bendecirle con todos los afectos de nuestra alma?

La presencia de Dios, que nos enciende en el fuego de su amor, hace también que sin cesar le bendigamos y alabemos, y pone en nuestros labios las más tiernas y amorosas expresiones, que llamamos jaculatorías, dardos encendidos en el fuego del amor divino que dirigimos al corazón de nuestro Dios. Señalemos algunas de esas oraciones: Bondad amabilísima de Dios, yo te amo con todo el corazón.—Hermosura divina, arrebata y encanta todos mis afectos; fuera de tí nada quiero.—Otras veces podremos expresarnos en los términos siguientes: ¡Oh Dios mío, quién nunca te hubiera ofendido! Yo me arrepiento de todos mis pecados: oh Señor, dame tu gracia para no ofenderte. Primero morir que pecar.—Señor, dame un conocimiento profundo de mí mismo: que yo me desprecie por tu amor. Hazme humilde y manso de corazón.

Estas jaculatorias podemos usarlas según las circunstancias en que nos hallemos. El corazón sabrá inspirarnos otras muchas.

La presencia de Dios también hace que á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada paso recordemos á nuestro amadísimo Jesús y á su Santa Madre la Virgen María; les pone delante de nosotros, y al verles, el corazón palpita de amor y de ternura. Oh cuán hermoso es el Hijo de Dios, y cuán amable su Madre divina! Así exclamamos llenos de entusiasmo, y se nos escapa del fondo del pecho un suspiro de amor. Nuestro Hermano, nuestra Madre .. ¡qué nombres tan dulces! En Jesús y María hállase todo nuestro amor, y pensamos en uno y en otra con una suavidad incomparable y llena de delicias; adoramos al Hijo de Dios y bendecimos á su santa Madre, y les hablamos con filial confianza; les exponemos nuestras aflicciones; pedimos al Hijo su gracia por medio de María, y á esta dulce Madre su santa protección; y á uno y á otra dirigimos también dardos de abrasado amor, y las más delicadas expresiones de santa caridad.

Si queremos, pues, adelantar en el camino de la virtud, procuremos andar continuamente en la presencia del Señor.

CAPÍTULO XXXII

EL CELO

I

Hablando acerca del celo el Angélico Doctor, dice lo siguiente: Bajo cualquier aspecto que consideremos el celo veremos que éste proviene de la intensidad del amor; porque es manifiesto que cuanto una potencia se dirige á algún objeto con mayor intensidad, también con fuerza mayor repele todo lo contrario ó repugnante; y como el amor es cierto movimiento hacia el amado, aspira á excluir todo lo que á éste repugna. Esto acontece de un modo en el amor de concupiscencia, y de otro en el de amistad; pues en el primero el que desea intensamente alguna cosa, se mueve contra todo lo que le impide el conseguirla ó gozarla pacíficamente.

El amor de amistad anhela el bien del amigo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada paso recordemos á nuestro amadísimo Jesús y á su Santa Madre la Virgen María; les pone delante de nosotros, y al verles, el corazón palpita de amor y de ternura. Oh cuán hermoso es el Hijo de Dios, y cuán amable su Madre divina! Así exclamamos llenos de entusiasmo, y se nos escapa del fondo del pecho un suspiro de amor. Nuestro Hermano, nuestra Madre .. ¡qué nombres tan dulces! En Jesús y María hállase todo nuestro amor, y pensamos en uno y en otra con una suavidad incomparable y llena de delicias; adoramos al Hijo de Dios y bendecimos á su santa Madre, y les hablamos con filial confianza; les exponemos nuestras aflicciones; pedimos al Hijo su gracia por medio de María, y á esta dulce Madre su santa protección; y á uno y á otra dirigimos también dardos de abrasado amor, y las más delicadas expresiones de santa caridad.

Si queremos, pues, adelantar en el camino de la virtud, procuremos andar continuamente en la presencia del Señor.

CAPÍTULO XXXII

EL CELO

I

Hablando acerca del celo el Angélico Doctor, dice lo siguiente: Bajo cualquier aspecto que consideremos el celo veremos que éste proviene de la intensidad del amor; porque es manifiesto que cuanto una potencia se dirige á algún objeto con mayor intensidad, también con fuerza mayor repele todo lo contrario ó repugnante; y como el amor es cierto movimiento hacia el amado, aspira á excluir todo lo que á éste repugna. Esto acontece de un modo en el amor de concupiscencia, y de otro en el de amistad; pues en el primero el que desea intensamente alguna cosa, se mueve contra todo lo que le impide el conseguirla ó gozarla pacíficamente.

El amor de amistad anhela el bien del amigo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y cuando este amor es intenso mueve al hombre contra todo aquello que repugna al bien de su amigo; y en este sentido se dice que alguno tiene celo por el amigo cuando se esfuerza en rechazar cuanto se hace ó dice contra el bien de este mismo. Así también se dice que alguno tiene celo por Dios cuando rechaza en todo lo posible lo contrario al honor ó voluntad del Señor, según estas palabras: Me abraso en celo por el Señor Dios de los ejércitos.—El celo de vuestra casa me devora (1). Es devorado por el celo de Dios quien se esfuerza por corregir todos los males que ve, y si esto no puede, los tolera y gime (2).

Sublime, hermosísimo y robustecido con una fuerza prodigiosa, se nos presenta el celo dispuesto á emprenderlo todo por la gloria de Dios Nuestro Señor con una actividad que nunca se fatiga, pensando siempre en su amado y trabajando sin descanso por su gloria.—Sublime y hemosísimo es el celo, porque se eleva hasta el Señor y resplandece con todos los encantos de la caridad.—Su fuerza es admirable; lo anima y sostiene la virtud de Dios.—¡Quién intentará detenerlo en sus empresas cuando el Señor lo acompaña en todas ellas! El celo es sufrido, dulce y bienhechor; no tiene envidia; no obra precipitada ni temerariamente; la soberbia le es desconocida; no es ambicioso ni

(1) III Reg. XIX, 14—Joann., II, 17.
(2) 1-11, Q. XXVIII, a. IV.

busca sus propios intereses, sino los de Dios; no se irrita ni piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia, mas sí se complace en la verdad. Á todo se acomoda, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre, nunca fenece. Del celo podemos decir estas palabras del Apóstol: Sé vivir en la pobreza y en la abundancia; todo lo he probado y estoy impuesto á todo: á estar satisfecho y á sufrir hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me conforta (1).

Consideremos el celo en sus relaciones con Dios Nuestro Señor, con el prójimo y con nosotros.

El celo impone un doble trabajo: alejar del amado todo mal; procurar para él todo bien. Respecto de Dios Nuestro Señor, sabemos que el pecado le ofende, que le es enteramente contrario; Su Majestad lo aborrece con un odio infinito. ¿Cuáles, pues, serán los deberes que sobre el particular tiene que imponernos el celo que por Dios tenemos? Trabajar por destruir el reino del pecado. Para esto vino al mundo el Hijo de Dios, aquel altísimo Señor de quien estaba escrito: Me devoró el celo de tu casa, y las injurias que contra tí se hacían recayeron sobre mí (2).—El Hijo de Dios apareció en el mundo para deshacer las obras del diablo. Á estas palabras añade San Juan: Todo aquel que nació

(1) Philip. 12, 13.
(2) Ps. LXVIII, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Dios, no hace pecado, porque la semilla de Dios mora en él y no puede pecar porque es hijo de Dios; en esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. Todo aquel que no practica la justicia no es hijo de Dios (1).

Dios es el sumo Bien, y no podemos darle bien alguno que no tenga en sí mismo, pues nada puede faltar al que es infinitamente perfecto; sin embargo de esto, Él debe ser conocido y amado de nosotros; á Él le corresponden todo honor y gloria, adoración suprema y toda nuestra obediencia; y como podemos abusar de la libertad que se dignó concedernos, tiene el celo que ocuparse en restablecer en el mundo el reino soberano del Señor, haciendo que reine la justicia, la paz; en una palabra, la soberana voluntad de Dios Nuestro Señor.

El celo para cumplir sus deberes ha de acomodarse al estado que presenten en el mundo los intereses de la divina gloria; por esto á veces lo vemos que trabaja con una actividad infatigable, ó bien espera que llegue el tiempo conveniente para alcanzar el resultado más favorable á sus designios. Lo vemos unas veces que, lleno de tristeza, suspira y gime con dolor profundo; mas otras nos revela un gozo inexplicable y entona á la gloria divina cantos dulcísimos de amor y de alabanza. También lo vemos rogar con ardiente plegaria en medio de sus grandes penas, y poner su confianza en el

(1) I Ep. III, 8-10.

Señor. Ya se reviste de una fortaleza incontrastable y acomete las más arduas empresas, ó bien desiste de lo que ha emprendido, y amoroso y humilde se rinde á los designios del Altísimo, á quien trata de agradar en todas sus acciones. Siempre dispuesto á seguir la inspiración divina, no se detiene un instante en darle cumplimiento. Lo agita, por decirlo así, lo estimula el amor, ni se halla contento en un perezoso descanso. *Mens agitat mihi, nec placida contenta quiete est* (1), pudiera decir con el poeta latino; ó bien siéntese desfallecer á la violencia del fuego que le abrasa: Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecía, no teniendo fuerzas para aguantarlo (2). Así se expresaba Jeremías.

Dios es ofendido. El celo tiene que reparar los grandes males que causa el pecado á la divina gloria; ¿cómo lo ha de hacer? Llorando inconsolable las ofensas del Señor, y para esto pone delante de nosotros la majestad y la grandeza del Eterno, su bondad amabilísima, cuanto el mundo le debe, y todos los beneficios que cada uno de nosotros ha recibido de Dios Nuestro Señor.

Al pensar en lo que el celo acaba de mostrarnos, el corazón tendrá que sumergirse en un océano de amargura; quedaremos envueltos en

(1) A. *Eneid.* Lib. IX.
(2) XX, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la más profunda tristeza. ¡Extendemos nuestra vista por el mundo, y en todas partes hay dolor! Nuestro Dios amadísimo, el que es inagotable fuente de bondad, á quien tanto debe el mundo, á quien tanto debemos nosotros, es desconocido, es injuriado, y los impíos blasfeman de su santo nombre. Derraman nuestros ojos el más amargo llanto y el corazón se despedaza de dolor; ¿cómo impedir tantos pecados, ó qué haremos á fin de acallar esas blasfemias? Señor, decimos entonces á nuestro eterno y soberano Dios, no tenemos sino un corazón que consagraros; él es enteramente vuestro; os amamos con todos sus afectos. Nuestros labios se abren para bendeciros, para glorificar vuestro nombre divino. Á Vos corresponden honor y gloria, y las bendiciones de todas las criaturas. Sois nuestro excelso y soberano Dios, y nunca nuestra lengua dejará de bendeciros. En la fidelidad de nuestro amor, en nuestras humildes y tiernas alabanzas, queremos ahogar todos los pecados y todas las blasfemias con que sois ofendido. Que reine en el mundo vuestro nombre; que venga á nosotros vuestro reino, y vuestra santa y adorable voluntad cúmplase en el cielo y en la tierra.

Inspíranos el celo trabajar sin descanso por la gloria del Señor; comencemos por nosotros mismos, llorando nuestras pasadas culpas y evitándolas en adelante. Presentemos á Dios el corazón como una hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos, y purifiquémonos de to-

das las manchas de la carne y del espíritu; si llevamos una conducta desarreglada, si no tratamos de enmendarnos, ¿serán sinceras las lágrimas que hemos derramado al pensar en las injurias que hacen á Dios los pecadores, y los ultrajes que recibe su divina gloria? Aquellas lágrimas querían unirnos al Señor, mas nuestra conducta nos tenía de parte de los pecadores. Trabajemos, por lo mismo, con todo empeño en nuestra santificación, y no se nos diga que si con las palabras honramos al Señor, nuestro corazón está lejos de Su Majestad.

Si somos justos, el celo se acerca á nosotros para decirnos estas palabras: El que es justo justifíquese más y más, y el que es santo trabaje sin descanso en aumentar su santidad (1).

La eterna salud es para nosotros un importantísimo negocio en que debemos ocuparnos como lo único necesario que tenemos que arreglar en esta vida; mas en esto mismo veamos lo que el celo nos inspira, elevando nuestros pensamientos hasta el mismo Dios. Si somos santos, trabajaremos útilmente por la divina gloria; y ¿puede haber un motivo más excelente y perfecto que el que nos incline á caminar por las sendas de la santidad, como la gloria de Dios Nuestro Señor? Si por desgracia vemos con indiferencia nuestra salvación eterna, reflexionemos que no se trata solamente de nosotros, sino también y principalmente de la glo-

(1) Apoc. XX, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria de ese Padre dulcísimo y amable sobre toda expresión; dejemos como en el olvido nuestro propio interés y pongamos la mira en Dios Nuestro Señor; que Él sea honrado y glorificado con nuestras virtudes y en la eterna salvación de nuestras almas; que revele nuestro amor su generosidad y su nobleza, y manifieste que, si puede olvidarse de sí mismo y tener en poco sus propios intereses, jamás se olvidará de Dios ni será indiferente á la divina gloria. ¡Oh, es esta vida tan pura y hermosa, tan santa y amable, que tiene que llevar en pos de sí todo nuestro afecto!

Algunas veces el celo que tenemos por la causa de Dios nos llena de dulcísimos consuelos y hácenos llorar con un gozo inefable. Dios es conocido en la Judea, decía David, y es grande su nombre en Israel... El hombre, oh Señor, que en esto medite, te colmará de alabanzas y celebrará fiestas en tu honor (1). Es entonces el tiempo en que también se nos diga: Gozaos en el Señor; una y otra vez gozaos siempre en el Señor (2). ¡Qué momentos tan llenos de consuelo aquellos en que el hijo se alegra por la gloria de su Padre; qué delicias tan santas! El Sér más amable, nuestro Dios santísimo, es conocido y glorificado de los hombres... Esta es nuestra dicha, y al verla cumplida aquí en la tierra, elevamos hasta Dios nuestros cantos de amor y de alabanza, de acción de gracias, de bendición y gloria. Que viva y reine en todo el universo y su santo nombre sea glorificado para siempre.

(1) Ps. LXXV, 2-11.
(2) Philip. IV, 4.

II

En trabajar por la gloria del Señor es en lo lo que todos debemos ocuparnos; mas ¿cómo pudiéramos hacerlo sin estar animados del verdadero espíritu del celo, de ese celo que trata de abrasar y consumir con sus ardientes llamas cuanto toca? Él es, en efecto, un fuego abrasador, activo, infatigable y generoso; no cede á las dificultades, no teme á los peligros y son nada para él los mayores sacrificios, y tiene su gloria en morir por su amado. Sucede, sin embargo, no pocas veces, que llega á ser inútil y aun nocivo á la causa á que está consagrado, y á fin de evitar semejante desgracia es indispensable saber cuáles son las condiciones que deben adornarle; estas son las siguientes, según dice San Bernardo: *el fervor, la ciencia y la constancia;* la caridad inflame tu celo, dice el santo Doctor, infórmelo la ciencia y sosténgalo la constancia; sea fervoroso, circunspecto é invencible (1). Tratemos de cada una de estas condiciones.

(1) Serm. XX *In Cant.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestro celo debe ser fervoroso; el fervor es toda su fuerza; si ésta disminuye ó llega á desaparecer enteramente, ¿podremos esperar que el celo produzca grandes obras por la gloria de Dios? Tal esperanza sería una necedad. Preciso es, por lo mismo, hacer cuanto esté de nuestra parte á fin de conservar y aumentar en el alma el fervor de la santa caridad, y para esto nos es indispensable meditar con muchísima frecuencia en los grandes motivos que tenemos para trabajar sin descanso por nuestro Dios querido. Ocupémonos en esto.

Dios Nuestro Señor, siendo como es una perfección absoluta y una bondad infinita, debe ser bendecido y adorado, porque así lo exige la misma excelencia de su Sêr; así lo piden la justicia y aun el buen sentido. Se alaba y se bendice lo perfecto y amable, y la inteligencia y el corazón tienen que rendirse á lo que es excelentísimo y bueno por su esencia.

Dios es el origen de todos nuestros bienes, y éstos proceden de su seno por un efecto de su buena voluntad, con un amor que nos es incomprensible. Amabilísimo en sí mismo, Dios cautiva todo nuestro afecto; colmándonos de inmensos bienes obliga nuestra gratitud. Tenemos que amarle por sí mismo y además por todas sus misericordias, y nuestro amor no ha de ser un estéril afecto, un fuego que oculto llevemos en el alma; tiene que descubrirse y revelarse al mundo entero. Estas manifestaciones se hallan en la misma naturaleza del amor,

que siempre desea para su amado el afecto de todos. Le ama, mas esto no le basta; le bendice y adora, mas quiere también que todos hagan lo mismo. Ese amor es un fuego que trata de extenderse y busca á cada instante nuevo pábulo á sus ardientes llamas. Da á conocer á su amado y habla de sus perfecciones y atractivos con palabras dulcísimas, con entusiasmo divino y con una delicia que arrebata y encanta. Amadle, nos dice, Él es el más hermoso entre todos los hijos de los hombres; la gracia se ve derramada en sus labios. Es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza es oro finísimo y sus cabellos largos y espesos como los renuevos de la palma. Sus mejillas, como dos eras de plantas aromáticas; sus labios, lirios rosados que destilan mirra purísima. Sus manos, de oro... Es muy suave el acento de su voz, y todo Él es amabilísimo (1). - Expresiones son estas que revelan la pureza del amor, y cómo Él es inagotable fuente de dulzura para quien ama. Sólo se piensa en el amado, sólo por Él se suspira y de aquí esa actividad infatigable en procurar su gloria sin perdonar trabajo ni fatiga á fin de conseguirla.

¿De dónde viene al amor esa vitalidad tan vigorosa y esas energías que nos dejan sorprendidos, sus ardentísimas palabras y la dulzura inefable en que rebosa? Tiene ante sus ojos al

(1) Cant. V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es objeto de todos sus afectos, y piensa sin descanso en sus grandezas, en su hermosura divina y en los dulces atractivos con que le ha cautivado. A nuestra vez hagamos lo mismo respecto de Dios Nuestro Señor; pensemos siempre en Él; día y noche meditemos en su divina esencia, en su bondad incomparable, y sin duda alguna exclamaremos también como la Esposa: Es amabilísimo y es el objeto de todo nuestro amor. De esta suerte, siempre arderá en nuestras almas vivísima y hermosa la llama de su santa caridad, y el celo de su gloria animará toda nuestra vida.

Nuestro celo debe ser circunspecto y sólo así obtendremos los más brillantes resultados. Sucede no pocas veces, que al sentir sus ardores é inflamado todo nuestro corazón, se deja arrebatar de los sentimientos que tan profundamente lo conmueven y lo hace sin detenerse un instante, sin pensar en las dificultades y sin tratar de evitarlas, y resulta de aquí que no consigue en sus empresas un favorable resultado, y aun muchas veces sucede todo lo contrario á sus deseos.—Seamos circunspectos y prudentes, acordándonos que todas las cosas tienen su tiempo; esperemos con santa paciencia el momento oportuno; pidamos á Dios que nos inspire, que nos mande un rayo de su luz, y no emprendamos cosa alguna si antes no nos hemos dedicado á la oración. Es inútil, decía David, levantaros antes que venga la luz; levataos después que hayais reposado los que coméis el pan

del dolor (1). El inmenso dolor que oprime nuestras almas al ver ultrajada la divina gloria, nos impulsa con grandísima fuerza á reparar los daños que le ocasionan los pecados de los hombres; sin embargo, no hay que precipitarnos inconsideradamente; meditemos, pidamos el divino auxilio y trabjemos en seguida, que entonces Dios bendecirá nuestros trabajos. Cuidemos que la prudencia de que hablamos sea según el espíritu de Dios y no la otra que enerva nuestras fuerzas y nos hace descansar tranquilamente en una ociosidad funesta.

Nuestro celo debe ser constante, sin ceder á las dificultades que se le presenten. Dios querrá tal vez probar la sinceridad de nuestro amor, purificar nuestras intenciones y darnos un mérito más grande en todas nuestras obras, y por esto en repetidas ocasiones podemos decir estas palabras: Hemos trabajado toda la noche y nada se ha logrado (2), y así jamás tendremos que desfallecer, que Dios no dejará de premiar nuestros trabajos, y estos siempre serán agradables á Su Majestad; esta será nuestra dicha y el premio que debemos buscar en todas nuestras obras.—No dejemos que en tales circunstancias la tristeza ó el desaliento se apoderen de nosotros; mas, al contrario, siempre alegres y bendiciendo á Dios, sigamos trabajando hasta que caiga la tarde, hasta el fin de nuestra vida.

(1) Ps. CXXIV, 2.
(2) Luc. V, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á fin de alentarnos en todo lo que empren diéremos por la gloria de Dios, pongamos los ojos en Jesucristo Nuestro Señor, que dijo de sí mismo: Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? Y luego añadió Su Majestad: Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado: ¡oh, y cómo traigo en prensa el corazón mientras no lo veo cumplido! (1). De esta suerte las obras de celo nos causan los sufrimientos de un verdadero martirio; mas estos, en vez de desalientos y tristezas, han de inspirarnos las más vivas y abrasadas ansias de trabajar por Dios Nuestro Señor.

Preciso es que todos trabajemos por la divina gloria y por la salvación de las almas: el sacerdote con el ministerio de la palabra y la dispensación de los sacramentos; con manifestarse en todas partes como verdadero ministro de Dios. El que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dice San Pablo, dedíquese á su ministerio; el que tiene el don de enseñar, dedíquese á enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, déla con sencillez; el que preside, sea con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad y alegría. El amor sea sin fingimiento... No seais descuidados en cumplir vuestro deber. Sed fervorosos de espíritu, acor-

(1) Luc. XII, 49, 50.

dándoos que al Señor es á quien servís... Sed sufridos en la tribulación y continuos en la oración; caritativos para aliviar las necesidades del prójimo, y estad prontos á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen, bendecidles y no los maldigais. Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran, y estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos (1).

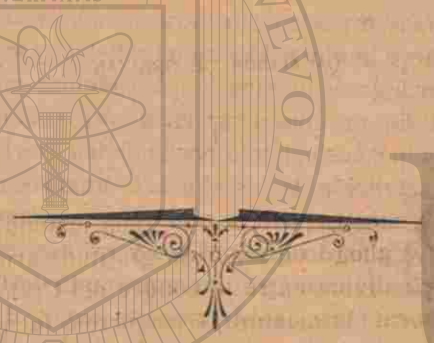
La mayor parte de lo que acabamos de decir, se refiere también á los simples fieles, y señala los verdaderos medios de que podemos servirnos á fin de conservar en nosotros siempre vivo y hermoso el celo por la divina gloria.

La salvación de las almas. Hagamos cuanto esté de nnestra parte por que todos los hombres se salven; así lo quiere Dios y así nos lo pide su divina gloria. Las almas que tanto costaron al Hijo de Dios, que derramó su sangre divina y murió por ellas, si se pierden le habrán de maldecir allá en la eternidad, y las amarguras y tormentos y la muerte de Jesús para ellas quedarán sin resultado, y esas almas gemirán sin esperanza ninguna en las llamas eternas del infierno. ¡Ay dolor! ¿Por qué no evitar cuanto esté de nuestra parte tantos ultrajes y blasfemias á Dios Nuestro Señor, y la ruina inconcebible de esas almas? ¡Oh, que nos abrase y consuma el celo de la gloria del Señor; que la

(1) XII, 7-16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvación de las almas sea nuestro gran pensamiento y el vivo deseo que anime toda nuestra vida! Así diremos con verdad que queremos arrojar sobre la tierra el fuego del amor divino, y que anhelamos con todo nuestro afecto la salvación de los hombres.





CAPÍTULO XXXIII

LA ACCIÓN DE GRACIAS

I

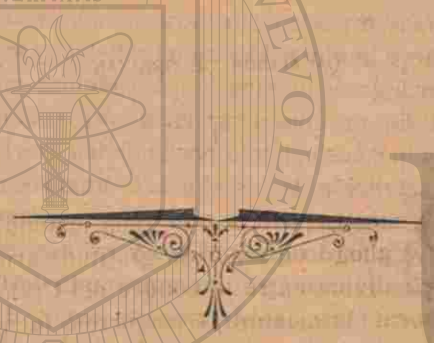
Pago de estricta y sagrada justicia; desahogo de amorosa gratitud; armonía divina entre la bondad del Creador y el amor de la criatura, é inagotable fuente de gracias y misericordias: tal es la acción de gracias, que nos revela todos sus encantos y bellezas. Contemplémosla desde estos puntos de vista.

Dios ha obrado todas las cosas para su gloria; aun al impío, que reserva para el día tremendo (1); si, pues, nos ha criado; si conserva nuestra vida y nos colma de gracias, por todos sus dones tenemos que glorificarle; ¿de qué manera tenemos que hacerlo? Reconociéndole por primer principio de todo nuestro sér, y confe-

(1) Prov. XVI, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvación de las almas sea nuestro gran pensamiento y el vivo deseo que anime toda nuestra vida! Así diremos con verdad que queremos arrojar sobre la tierra el fuego del amor divino, y que anhelamos con todo nuestro afecto la salvación de los hombres.





CAPÍTULO XXXIII

LA ACCIÓN DE GRACIAS

I

Pago de estricta y sagrada justicia; desahogo de amorosa gratitud; armonía divina entre la bondad del Creador y el amor de la criatura, é inagotable fuente de gracias y misericordias: tal es la acción de gracias, que nos revela todos sus encantos y bellezas. Contemplémosla desde estos puntos de vista.

Dios ha obrado todas las cosas para su gloria; aun al impío, que reserva para el día tremendo (1); si, pues, nos ha criado; si conserva nuestra vida y nos colma de gracias, por todos sus dones tenemos que glorificarle; ¿de qué manera tenemos que hacerlo? Reconociéndole por primer principio de todo nuestro sér, y confe-

(1) Prov. XVI, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sando que todo lo hemos recibido de Su Majestad, y añadiendo á esto las más sinceras y afectuosas gracias; debemos dárselas con todo el corazón, ya que al poner los ojos en nosotros lo ha hecho por un efecto de su buena voluntad. ¿Quién es el que á Dios le dió primero alguna cosa para que pretenda ser recompensado? Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén (1). Sí, á Él sea toda gloria y alabanza, y la acción de gracias, dulcísima y humilde, sincera y afectuosa. De esta manera hemos de pagar á Dios Nuestro Señor todo cuanto hemos recibido de Su Majestad; mas ¡ay! que al decirlo quedamos confundidos, avergonzados de nosotros mismos. ¿Qué son ni pueden ser nuestras acciones de gracias presentadas al Eterno como la ofrenda con que pagamos sus riquísimos dones, los innumerables beneficios de que se ha dignado colmarnos? Por esto, tales acciones de gracias han de ser muy humildes; y al aceptarlas Dios Nuestro Señor, nos deja nuevamente obligados para con Él, y nace de aquí la necesidad en que nos vemos de elevar sin descanso hasta su trono nuestras bendiciones y alabanzas. Que nunca cesen nuestros labios de decirle: bendición y caridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á Nuestro Dios y Señor por todos los siglos.

(1) Rom. XI, 35, 36.

La oración es nuestro gran deber, y su práctica nos es indispensable si queremos salvarnos; mas la acción de gracias pertenece á la oración; es una parte de esta misma, dice el Angélico Doctor, y añade que la razón de impetrar por parte del que pide es la acción de gracias, puesto que al darlas á Dios Nuestro Señor por los beneficios recibidos, merecemos recibir otros mejores (1). Por esto en las Sagradas Escrituras se nos exhorta con tanta frecuencia á ser agradecidos con Dios Nuestro Señor. Recomiendo ante todas las cosas, decía Pablo á Timoteo, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas y acciones de gracias por todos los hombres (2). Llenaos del Espíritu Santo, decía el mismo Apóstol á los Efesios, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y canciones espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (3).

Es tan imperioso el deber que tenemos de dar gracias continuamente á nuestro buen Dios y Señor por ser quien es y por los beneficios que hemos recibido de Su Majestad, que siendo insuficientes por nosotros mismos para llenar una obligación tan sagrada, tenemos que recurrir á nuestros hermanos para que ellos nos

(1) 2-2, Q. LXXXIII, a. XVII.
(2) Ep. II, 1.
(3) V, 18-20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ayuden, dando gracias por nosotros, como lo hacía San Pablo, el cual, hablando de los peligros de que Dios le había librado, decía á los Corintios que le ayudasen con sus oraciones, á fin de que muchos dieran gracias á Dios por los beneficios que de Él habían recibido (1).

Si es para nosotros un deber imprescindible glorificar á Dios, cumplimos tal deber con la acción de gracias. Las ofrendas que estamos encargados de recoger, decía también San Pablo, no sólo remedian las necesidades de los Santos, sino que además contribuyen mucho á la gloria del Señor, por la gran multitud de acciones de gracias; porque los Santos, recibiendo estas pruebas de vuestra liberalidad, se mueven á glorificar á Dios por la sumisión que mostrais al Evangelio de Jesucristo y por vuestra caridad (2).

La acción de gracias dilata nuestro corazón y le hace derramar sus más dulces afectos en el seno de Dios. Son innumerables y preciosos los beneficios con que el Señor se ha dignado enriquecernos, y en éstos tenemos que ver, no sólo las misericordias con que se nos favorece, sino además quién es el que lo hace y cuánto es el cariño con que nos prodiga sus divinas gracias; y, finalmente, quiénes somos nosotros que así hemos podido inclinar la benevolencia del Señor.

(1) II Ep. 1, 11.
(2) Id. IX, 12, 13.

Todos los dones con que Dios nos enriquece tienen por objeto atraernos á Su Majestad y llevarnos al cielo, y entrar en el orden que su divina Providencia tiene establecido para hacernos santos: nuestra santificación, el cielo y el poseer á Dios eternamente; todo esto anima y penetra, por decirlo así, los dones y las gracias que recibimos del Señor, y les da un valor inestimable, verdaderamente infinito, atendido el fin á que nos encaminan.

Dios y nosotros. La grandeza y la majestad del Señor son infinitas, y en su presencia todas las criaturas son como si no existiesen; y, sin embargo, se digna colmarnos de sus gracias... y lo hace con un afecto muy grande, con una bondad infinita. ¿Dejaremos de bendecirle un solo instante, y nuestras acciones de gracias no subirán hasta su trono como el perfume de agradable incienso, glorificando su sagrado nombre? La multitud de sus misericordias nos rodea por todas partes, y siéntese oprimida el alma mientras no desahoga la gratitud y la ternura que la inundan, y derrama todos sus afectos de amor dulcísimo y del más humilde reconocimiento, glorificando y dando gracias al Señor por todos los favores que de Él ha recibido; por ser quien es, por su poder inmenso y por su gloria, que nunca ha de acabar. ¡Oh, y con cuánta dulzura pronuncian nuestros labios estas palabras: Te damos gracias, oh Señor Dios omnipotente, á tí que eres, que eras y que has de venir; porque hiciste alarde de tu poderío,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y has entrado en posesión de tu reino! (1).

La acción de gracias es una armonía divina, misteriosa y santa entre la bondad del Creador y el amor de la criatura. Ved á Nuestro Señor amorosísimo abriendo los tesoros de sus gracias para derramarlas en nuestro corazón, y oid los tiernos cantos de amor y gratitud que ese corazón eleva hasta el Señor reconociendo su bondad inmensa. Dios se inclina y llega hasta nosotros con sus riquísimos dones, y la acción de gracias que por ellos le ofrecemos nos acerca á Él y nos une con Su Majestad mediante los lazos de una tierna gratitud. Nos ilumina con la luz de su gracia é inflama nuestras almas en el fuego de su santa caridad, y nosotros ponemos en El nuestras miradas, le bendecimos, le adoramos y le damos gracias por sus misericordias infinitas; y si pudiéramos decirlo, las corrientes de la luz y de la gracia que descienden del seno del Señor se encuentran y casi se confunden con las de amor y reconocimiento que parten de nosotros, repitiendo en sus sonoras ondas el nombre del Eterno, su gloria divina y su bondad inmensa.

Al bendecir á Dios Nuestro Señor, al darle gracias por ser quien es y por todo lo que hace por nosotros; las misericordias que se digna dispensarnos aumentan sin cesar el caudal de sus aguas; y cual si pudiera establecerse una competencia amorosísima entre Dios y nos-

(1) Apoc., IX, 17.

otros, Su Majestad aumenta más y más sus favores cuando le ofrecemos sin interrupción y con el más sostenido fervor las gracias que le son debidas. Jamás será vencida la bondad divina; mas antes bien, su infinita largueza brillará sobre nosotros con nuevos esplendores al bendecirle y darle gracias por sus dones. Es este un manantial de dicha incomparable, la verdadera fuente de la vida; gustemos siempre sus aguas de salud eterna; amemos á Dios y seremos amados de Su Majestad; seamos para con Él agradecidos; rindamos gracias continuamente á la gloria de su nombre, y sus misericordias descenderán sobre nosotros con la abundancia de su amor divino, desde ahora y para siempre. Amén.

II

Es dilatadísimo el campo que se nos presenta para derramar en él nuestros afectos de amor y de ternura, de acción de gracias á nuestro Dios querido; y si toda nuestra vida la pasásemos en bendecirle y alabarle sin la menor interrupción, no llegaremos al término del horizonte que se dilata delante de nosotros sin medida alguna cuanto más avanzamos en el camino que nos proponemos recorrer.

Dios Nuestro Señor; sus divinos atributos; las manifestaciones de su amor divino y sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

incontables misericordias; el brillo purísimo de su justicia, y, en fin, todas las obras de sus manos; cuanto de Él procede y tiene que volver á Él; lo que ha sido, lo que es y tendrá que ser; por todo esto tenemos que elevar hasta el trono del Eterno cánticos de amor y de alabanza y de acción de gracias, á fin de darle honor y gloria hasta donde sea posible á sus miserables y humildísimas criaturas.

Dios en sí mismo y en sus adorables atributos... ¡Oh, qué objeto tan sublime y divino, de santa gratitud para nosotros! La Iglesia, nuestra madre, al pensar en esto y queriendo inspirarnos sus mismos sentimientos, exclama enajenada de amor y de inefable dicha: Gloria á Dios en lo más elevado de los cielos... Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria, oh Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre Omnipotente... Oh Señor, Hijo Unigénito Jesucristo... Oh Señor, Espíritu Santo, que estás en la gloria de Dios Padre. La unidad de la esencia divina, la Trinidad de las Personas... ¿Con qué palabras podremos bendecir y glorificar y dar gracias á nuestro amado y dulcísimo Señor, que sean dignas de su infinita majestad, de su altísima y sagrada perfección?

Él es nuestro Dios soberano, eterno, inmutable, omnipotente y sapientísimo; su bondad es infinita y sus misericordias son innumerables; su justicia es la misma rectitud, y su providencia una revelación encantadora del amor que

nos tiene. Al pensar en Él y en sus divinos atributos, ¿dejaremos de bendecirle y alabarle? ¿Ahogará en sí mismo el corazón sus nobles sentimientos, que le están pidiendo acción de gracias, honor y gloria al Sér de los seres, que existe por su propia esencia?

Las obras de la sabiduría infinita y la inmensa bondad del Eterno, piden asimismo nuestras bendiciones y alabanzas. Los cielos publican la gloria del Señor, y el firmamento anuncia las maravillas de sus manos. Cada día transmite al siguiente sus voces de alabanza, y una noche las comunica también á otra (1). Desde la tierra también nosotros tenemos que cantar la gloria con que brillan las obras del Señor, y darle gracias por la magnificencia y hermosura con que se ha dignado criarlas.

El Señor nos ha criado por un efecto de su buena voluntad; debemos bendecirle y darle gracias por este beneficio. Nos crió á su imagen y semejanza para que le sirviésemos aquí en la tierra y gozáramos de su presencia y fuésemos eternamente felices en el cielo.—Si el pecado nos cerró las puertas del cielo, el Hijo Unigénito de Dios se hizo nuestro hermano, y con los méritos de su pasión y muerte restauró las pérdidas ocasionadas por nuestras culpas y nos abrió las puertas del cielo.

Jesucristo se hizo nuestro hermano... ¿Podremos comprender el amor del Padre celestial al

(1) Ps. XVIII, 2, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

darnos á su Hijo por hermano, y á fin de que muriese por nosotros? Y el amor del Hijo de Dios, que se hizo hombre por nosotros, ¿por ventura, no excede todo entendimiento? Comprendamos, pues, que no es dable dejar de bendecir con todo el corazón á Dios Nuestro Señor, dejar de darle las gracias por el misterio de que hablamos.

Allí están toda la vida mortal del Hijo de Dios, su pasión y muerte, y su resurrección y su ascensión á los cielos, y el estar á la diestra del Padre, y la misión del Espíritu Santo y cuanto ha hecho y ha de hacer por nosotros; por todo ello le debemos infinitas gracias y las más dulces y amorosas bendiciones, y toda gloria y la adoración más humilde y rendida.

Jesucristo estableció su Iglesia para salvar á los hombres, y se dignó llamarnos á ella. Nos dió los dones preciosos de la fe, de la esperanza y del amor, sacándonos de las tinieblas del pecado y estableciéndonos en el reino de la luz. En este reino, que es su santa Iglesia, nos ha colmado de innumerables gracias y favores; ¿podremos contarlos ó comprender su excelencia?

Pensemos en nosotros mismos: ¿hay en nuestra vida siquiera un momento en que deje de favorecernos el Señor? Y si esto es así, ¿no tendremos que manifestarle sin interrupción el reconocimiento y gratitud de nuestras almas?

Reflexionemos en las misericordias que á cada uno en particular ha dispensado Dios

Nuestro Señor. Le hemos ofendido, y en vez de castigarnos nos ha llamado una y otra vez al arrepentimiento, y nos brinda con su amoroso perdón.—Mil veces hemos resistido á las inspiraciones de su gracia; y esta gracia una y otra vez vuelven á llamarnos con una benignidad incomparable y con una paciencia invencible. Al venir á sus brazos nos recibe lleno de misericordia y de dulzura. Ni una palabra que pueda contristarnos sale de su boca, y quédase viéndonos con una mirada llena de dulzura, é infunde en nuestras almas la paz y el gozo de su Espíritu divino.

Nos ha preservado el Señor de innumerables culpas, y aun en las que hemos tenido la desgracia de incurrir no ha querido dejarnos sin remedio, mas antes bien, con mucha frecuencia hemos escuchado su voz amorosísima que nos llamaba á penitencia.

El Señor ha librado á mi alma de la muerte, podemos decir con David, ha enjugado mis lágrimas y ha retirado mis pies del precipicio (1). ¿No deberemos serle agradecidos por tantos beneficios? Digamos, pues, estas palabras de los Libros Santos: Bendice al Señor, oh alma mía, y todas mis entrañas bendigan su santo nombre; bendícele y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus maldades y sana todas tus dolencias; quien rescata de la muerte tu vida y te corona

(1) Ps. CXIV, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de misericordias y de gracias, y colma con sus bienes tus deseos para que se renueve tu juventud como la del águila... Bendecid al Señor todos vosotros, sus hermosos ángeles, que ejecutais sus órdenes y obedecéis la voz de sus mandatos; bendecidle los que formais su celestial milicia; vosotros sus ministros que hacéis su santa voluntad. Todas las criaturas de Dios, en cualquier lugar de su imperio en que os halléis, bendecid al Señor, y tú también, alma mía, bendice al Señor (1).

Que nunca se interrumpan las acciones de gracias que demos á Dios Nuestro Señor, ya que es inagotable el manantial de sus misericordias con que sin cesar nos favorece; por esto decía el Apóstol: Ora comais, ora bebais ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (2).

Dícenos La Puente, que la acción de gracias consiste en los actos de agradecimiento por los beneficios que de Dios Nuestro Señor hemos recibido, contándolos todos por menudo y alabándole por cada uno de ellos. No sólo tengo que darle gracias por los beneficios propios, sino también por los que hace á los ángeles del cielo y á todos los hombres de la tierra y á las criaturas insensibles que no saben agradecerlos; y por los que hizo á los mismos demonios, y á los condenados que no quieren serle agrade-

(1) Ps. CII.
(2) 1 Cor. X, 31.

cidos (1). Esas misericordias del Señor, y la infinita bondad de que proceden, y la providencia amorosísima con que se ha dignado dispensarlas, son dignísimas de toda bendición y gloria: ¿dejaría nuestro amor de suplir las tristes deficiencias de que hemos hablado? Si los demás callan, no callemos nosotros; si los réprobos, si los demonios no bendicen á Dios, bendigámosle nosotros, y démosle las gracias que ellos le niegan; y más todavía, sean nuestras bendiciones y alabanzas tan puras y hermosas, y profirámoslas con tanto fervor, que puedan ahogar en su inmensa dulzura las maldiciones y blasfemias que lanzan contra Dios sus enemigos.

Aun prescindiendo de otras consideraciones, lo que acabamos de decir debe empeñarnos en glorificar á Dios cuanto podamos, y darle gracias sin interrupción ninguna. ¡Ay cuántos son los que blasfeman de su santo nombre! Si bajamos al infierno, ¿oiremos otra cosa que horribles maldiciones y blasfemias? Y en el mundo también es blasfemado y maldecido una y otra vez aquel sagrado nombre. ¿Oiremos impasibles semejantes injurias lanzadas contra el Dios que tanto amamos? Si tenemos la desgracia de escucharlas, ¿no gemiremos penetrados de profundo y amarguísimo dolor? Pues nada importa que no las escuchemos, que no por esto dejan de ser injurias á Dios Nuestro Señor.

(1) Introducción á las *Meditaciones*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Procuremos, pues, bendecirle y amarle sin descanso, y darle gracias por su infinita gloria.

Si el Señor nos castiga por nuestros pecados ó nos corona por su gran misericordia; si nos concede lo que le pedimos ó nos lo niega; si manda sobre nosotros las angustias y tribulaciones, las enfermedades; si nos agobian con su enorme peso todos los males de esta vida, ó si, al contrario, pasan nuestros días alegres y tranquilos, bendigamos siempre á nuestro Dios querido y démosle gracias por las santas disposiciones de su providencia, que todo lo encamina al bien de sus escogidos, y no demos lugar á la tristeza si Dios no escucha nuestras peticiones, recordando estas palabaas de San Agustín: El que pide á Dios con fe por las necidades de esta vida, es oído misericordiosamente, y asimismo misericordiosamente no lo es, porque el médico sabe mejor que el enfermo lo que á éste le es conveniente (1).

Finalmente, bendigamos á Dios y démosle gracias por los beneficios que en adelante nos ha de dispensar. Desde la misma eternidad quiere nuestro bien, y desde entonces ha determinado colmarnos de esos dones que aún no hemos recibido. Esa voluntad amorosísima debe ser glorificada por nosotros y nos obliga á serle agradecidos, aún más que por sus gracias, por sí misma; por ser quien es y por ser principio y razón de todos nuestros bienes.

(1) Sen. Prosp. 212.

Nuestra gratitud se eleva hasta el Señor por causa de sí mismo, por su bondad inmensa... Todo esto tiene que ser para nosotros fuente inagotable de dulzura y manantial de santísimas delicias; olvidando cuanto es posible nuestros propios intereses, sólo pensemos en Dios, en su hermosura y santa gloria y en agradarle con las acciones de gracias que le tributamos.

¡Qué consuelo para nuestras almas poder decir á nuestro Dios querido: Os bendecimos, os amamos y os damos gracias por Vos mismo, por todas vuestras obras!—¡Oh, Señor Dios omnipotente, Rey de los siglos, inmortal é invisible, á quien corresponden todo honor y gloria! Que nuestra inteligencia se ocupe siempre en vos; que el corazón os ame sin descanso y nuestros labios pronuncien sin cesar vuestras divinas alabanzas: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria; que todas vuestras criaturas os bendigan y os den gracias desde ahora y para siempre. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
Prólogo	9
Cap. I.—Pensemos en Dios	13
— II.—La omnipotencia y la ciencia de Dios	24
— III.—El amor en Dios Nuestro Señor	37
— IV.—El Padre celestial	51
— V.—Jesucristo	63
— VI.—El Ssmo. Corazón de nuestro Amado	75
— VII.—La Pasión de Jesucristo	86
— VIII.—Jesucristo viviendo en la divina Eucaristía	98
— IX.—El santo sacrificio de la misa	113
— X.—La sagrada Comunión	125
— XI.—El Espíritu Santo	142
— XII.—La unidad de la esencia divina y la Trinidad de las Personas	158
— XIII.—María	172
— XIV.—Los ángeles de Dios	186
— XV.—Los príncipes celestiales: Miguel, Rafael y Gabriel	201
— XVI.—Los santos y las almas del Purgatorio	214
— XVII.—La fe y la esperanza	229
— XVIII.—La caridad	242
— XIX.—El amor al prójimo	257
— XX.—Las virtudes cardinales.—La Prudencia y la Justicia	269
— XXI.—La Fortaleza y la Templanza	281
— XXII.—Virtudes morales.—La Religión. La devoción	292
— XXIII.—Fin de la devoción	304
— XXIV.—Medios de adquirir la devoción	315
— XXV.—La oración mental	328
— XXVI.—La mortificación	339
— XXVII.—La humildad	353
— XXVIII.—La paciencia	366
— XXIX.—La pureza	378
— XXX.—La piedad	392
— XXXI.—La presencia de Dios	403
— XXXII.—El celo	417
— XXXIII.—La acción de gracias	433

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS